

*Náufragos
de un barco
de papel*



Nico Quindt

Náufragos de un barco de papel

T.L,

Nico Quintt

Quindt, Nicolás Alejandro

Náufragos de un barco de papel / Nicolás Alejandro Quindt. - 1a ed. – Buenos Aires : el autor, 2016.

Libro digital

344p

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-42-1698-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Realistas. I. Título.

CDD A863

© Nico Quindt2016

Queda hecho el depósito legal establecido por la ley 11.723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial así como su almacenamiento o fotocopiado mediante cualquier sistema electrónico o mecánico sin la debida autorización o mención del autor. Todos los derechos reservados.

Por Julieta Pedernera

Me gustaba ver los barcos alejarse por la costa, surcar el río y perderse mar adentro. Alguien dijo una vez que lo único que verdaderamente teníamos era aquello que no podíamos perder en un naufragio. Alguien que seguramente había transitado por los senderos de un pensamiento estrecho y arduo, de siglos de miserias humanas y eras de pestilencia en una historia congelada e insolente.

Nos encontramos en la portería. No nos conocíamos, no nos habíamos visto nunca, pero fue instantáneo tanto como espontáneo, como si no hubiera otra forma de saludarnos, nos fundimos en un abrazo sellado por sollozos enmudecidos. Nos unía algo tan lejano y abstracto que ninguno supo qué decir. Solo nos abrazamos.

Cuando entramos en aquella casa que llevaba años sin ser habitada, el rostro de Daniel en ese momento fue una convulsión de emociones sacudidas y condensadas por una marea de convergencias inestables que le expulsaban las entrañas para contraer anatemas de presión hasta la propia médula.

—Compré la casa sabiendo que quizás la superstición de cierta gente la devaluaría y tal vez así fue, la pagué a un precio muy cercano a las tres cuartas parte de su valor real, fue eso o que los abogados de tu familia querían deshacerse de todo lo antes posible —dije con voz afable.

Daniel dejó descansar sus ojos sobre el suelo de parqué marrón y luego recorrió las inmediaciones polvorientas y los rincones plagados de telarañas. Algunos muebles cubiertos por manteles o sábanas y otros tan solo por el polvo.

—Te he visto innumerables veces en televisión, temí morir sin que regresaras por tu pasado — interrumpí los pensamientos de aquel muchacho, no quería dejar al silencio ocupar el tiempo que mi corazón había estado años esperando que sucediera. No sé por qué razón nunca me deshice de todas las cosas que había en la casa. —Todo está conservado tal como lo hallé. —Hice una breve pausa—. Quizás tenía la tonta idea de que los artistas en algún momento de sus vidas cuando entraban en algunos años llegaban a la nostalgia y los invadía una melancolía dulce, en tu caso, no tan dulce, por todo lo que encierra tu pasado.

—Tú parece haber estado más preocupada por la historia de nosotros cuatro que nosotros mismos. —Daniel perdió sus ojos en los recovecos que aun recordaba de la casa. Suspiró un segundo inigualable y lo repuso dentro del resto de los suspiros de toda la eternidad—. Quizás me hubiese gustado conocer a Nancy —agregó indeleble en el tiempo.

—No sé quién es Nancy —dije. Ahora se ampliaba fastidiosamente el rompecabezas cuando yo lo creía resuelto— necesito completar lo que me obsesionó toda la vida —contesté.

—Cuenta con ello —aseguró sentándose en el sofá frente a la televisión. Allí había pasado su infancia, mirando dibujos animados y sus programas favoritos. Echó la cabeza hacia atrás y

observó el cielorraso de madera pintado de laca blanca. Recorrió todo el lugar con la vista y proyectó recuerdos sobre la casa. Vio a su familia interactuando por todas las habitaciones, incluso se observó a sí mismo correteando de aquí hacia allá—. A veces extraño a mi hermana, mucho más que a mis padres, aunque creo que era una chica arrogante y superficial, al menos así la recuerdo. No tengo la menor idea de cómo terminó con tu hermano —expresó sin intensiones de encontrar una respuesta.

Saqué el diario de dentro de aquella valija negra en donde estaba guardado que parecía muy vieja, Daniel la había dejado allí deliberadamente, lo tomé entre mis dedos y lo examiné al detalle, pero solo de forma superficial. No me atreví a abrirlo. Estaba añejo, cocido y vuelto a cocer. Lo dejé descansar sobre la alfombra y lo contemplé desde una posición incómoda para mi columna vertebral. Él se asomó también, pero solo a tratar de compartir las sensaciones que sospechaba me estaban invadiendo. Lo dejé sobre el tapete.

—Por mucho tiempo me he preguntado ¿por qué las cosas resultaron así? ¿Por qué esta clase de vida nos tocó en suerte? Y ahora que te conozco me doy cuenta de que tú tuviste la misma oportunidad de hacer lo que mi hermano hizo, de convertirte en lo que él se convirtió y sin embargo no lo hiciste, lo que demuestra que no importa cuánto hayamos sufrido. No importa cuánto dolor hayamos tenido que soportar, ser mejores o peores solo depende de nosotros —mencioné con voz suave.

—También me lo he preguntado infinidad de veces. —Se adhirió a mis pensamientos—. Quédate conmigo —añadió.

—Lo siento. Yo... creo que quizás me interpretaste mal —respondí sonrojada y apenada al mismo tiempo. Él era mucho más joven y apuesto que yo, me arrepentí de haber entendido que me estaba haciendo algún tipo de propuesta sexual.

—No. Quizás tú me estás malinterpretando. Solo necesito quedarme aquí y que te quedes conmigo.

—Sí, yo también quiero quedarme —dije tratando de recuperar el estatus—. ¿Pedimos algo de cenar? —Sugerí con alegría.

—No, yo cocinaré —me impugnó poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la cocina. Buscó en las alacenas superiores de madera laminada para descubrir que estaban las vajillas depositadas desde hacía más de diez años, impregnadas de polvo y que nada comestible podría encontrarse allí. Vi su semblante entristecerse y volví a insinuarle que pidiéramos algo de cenar.

Terminamos la cena y continuamos bebiendo algunas copas de vino que encontramos en la bodega ubicada en el almacén debajo de la escalera. Daniel se sesgaba acomplejado por todo lo que significaban sus recuerdos en ese momento, casi le hacían olvidar su envidiable presente.

—Mi madre fue una mala madre, solo la recuerdo: borracha o coqueteando con otros hombres a espaldas de mi padre. Nos golpeaba a mi hermano y a mí cuando no nos dormíamos y ella no podía cogerse a cualquier borracho del pueblo, mientras mi padre estaba de servicio —comenté

sin tapujos y con cierto reconcomio. No entendía muy bien por qué lo había hecho, quizás por querer abrirme y despertar mi infancia para que él me imitase. Sí, seguramente era eso.

Por el ventanal del comedor se veían las sombras de las personas que salían a caminar por la noche, acogidas por la tranquilidad de aquel barrio privado. Acababa por concluir en que solo ellas mostraban la realidad de los espíritus: enclenques y hoscos títeres del escenario ecuménico. Daniel continuaba en silencio, jugueteando con sus dedos dentro de una rotura de sus pantalones.

—Soy periodista —disparé, en una mezcla de brusquedad y timidez conjugada en un aliento terco y herrumbrado, que interrumpió los pensamientos del muchacho.

—¿Y qué con eso? —Se defendió él, interpretando aquel simple comentario como una especie de ataque.

—Tu vida es algo que siempre ha sido una especie de propósito para mí, no solo por lo que representa tu fama y tu dinero, sino por lo que ha representado tu vida, hemos sufrido el mismo destino, mi hermano se autodestruyó, tú has vivido la vida que todos los seres sueñan vivir, y yo solo soy una redactora de los acontecimientos. Compré esta casa porque sabía que un día regresarías y quería que me permitieras escribir tu biografía y darle un cierre a esta historia.

Daniel se quedó cavilando un momento. Quizás pensaba en que mi propuesta no era una mala idea y le ayudaría a comprender algunas cosas de su existencia, de su infancia y demás. Quizás le abriera un poco el panorama de lo que había sucedido aquella noche que seguramente recordaría en cada una de sus pesadillas. O tal vez solo creía que yo era una obsesiva insoportable y que era mejor perderme de vista.

La primera impresión que había tenido de él fue de alguien totalmente escéptico, frío y distante. Sus bromas eran máscaras para sus lamentos, los que más tarde supe, eran constantes. Bajo su egocentrismo yacía un ser totalmente tímido, decrepito e introvertido. Muy amablemente (aunque su amabilidad no era una expresión de cortesía, sino más bien un desencadenante de alguna especie de misantropía que mantenía; las veces, oculta; las veces, implícita) dirigió sus palabras envolventes hacia mí.

—Escribirás mi biografía entonces —afirmó. Simple. Tan gentilmente que provocaba ternura, pero en su mirada descansaba como en nadie las ganas ocultas de mandarme al demonio. O al menos eso era lo que yo entendía.

—Así es, —respondí— en tanto me lo permitas, es mi deseo.

Comenzó tomando un vaso de agua como si fuese un sediento venido de un lejano desierto, con ambas manos recogió el vaso y se lo llevó a la boca, acabándolo de un sorbo.

—Mi vida es simple, estoy envejeciendo más de lo que debería, creo que por tanto ocio, se me suman los años por dos, luego moriré y se acabó.

—Vaya si es simple —esbocé con cierto disgusto. Me pareció que él era simplista, pero nada

era absoluto en este individuo, nada parecía real. O siempre estaba jugando un personaje o siquiera sabía quién era en realidad, tenía la misma cantidad de argumentos para estar a favor o en contra de la misma idea y nunca se sabía si estaba de un lado, del otro, o de ninguno. Parecía como si no le importara nada y a la vez le afectara todo. Él era una dicotomía viviente, su vida era una contrariedad constante, era sumamente bipolar y neutro al mismo tiempo, ambivalente, déspota y proletario, tirano y plebeyo, irascible y taciturno.

Amaba a todos, se amaba a sí mismo, se odiaba y no amaba a nadie.

Algo me disgustaba de este sujeto, pero lo encontraba intrigante como pocos. Luego comencé a pensar que aquel disgusto era solo un producto de mis celos, de los que cualquiera pudiera tener frente a una notoriedad como él. Pero no podía negar que ocultaba algo, un resentimiento reprimido. Nunca el altruismo se desató en toda la historia de la humanidad como algo natural, al contrario, la naturaleza empujaba a los seres a que solo se interesasen por ellos mismos. Todo era cuestión de quitarle la máscara y descubrir en realidad quién era, aunque su personalidad lindaba entre lo común y ameno, y era concretamente básica y similar a la de cualquier ser, había algo que no encajaba por ningún lado: su talento sin igual, su inagotable imaginación y capacidad creativa, una absoluta facilidad para volcar esos mundos en piezas de arte. No tenía diplomas, ni títulos en ninguna escuela artística y sin embargo su trabajo era excelente. Ni qué hablar de su talento deportivo y de esa inteligencia sublime que demostró en uno de los deportes más competitivos del mundo.

Mientras lo escuchaba hablar, me perdía en su mirada que mezclaba ira con profundidad, ironía con desengaño de la vida. Esa mirada compuesta por dos ojos que habían visto más de lo que hubiesen querido. Amaba algo, pero odiaba lo que había dentro de eso que amaba. Quizás su temprana orfandad junto a su prematura riqueza lo habían desatado a ese sitio alejado de las costumbres comunes y las condescendencias demagógicas, y eso era lo que tanto me costaba asimilar en él.

—No recuerdo mucho de mi infancia, como no recuerdo la mayoría de los buenos momentos de mi vida, tienden a evaporarse, a desvanecerse como la niebla. —Se recuperó de lo que parecía ser una imagen difusa que había visto pasar por dentro de su cabeza—. Recuerdo ser uno de los niños más estúpidos del preescolar, y hasta el más débil e imbécil de la toda la primaria y llamar mucho la atención en clases con mi mala conducta. Recuerdo un día caluroso, no puedo precisar si era primavera o verano, tenía la edad de ocho años aproximadamente y fue la primera vez que desee morir. Experimenté esa sensación suprema y absoluta de desaparecer del mundo, y hasta accidentalmente, no recuerdo por qué lo había sentido, pero de allí en más, mi vida ya no fue la misma, esa conmoción me había arrancado la infancia y me había llevado a la rastra hacia un abismo del que nunca se regresaba: la realidad. Se aparejó casi por añadidura un sentimiento que venía acompañado de forma inmanente al deseo de morir, la inevitable soledad, la cual me llevó a extender mis inanimadas charlas con la nada hacia un papel y un lápiz, allí nacieron mis primeros escritos, la mayoría incinerados más tarde, y otros, no sabía por qué terquedad de mi orgullo, conservé. Y fueron ellos los que me arrastraron día y noche a concitar con las sombras y la desolación, a sentirme tan parte de la nada que mi propia alma era un reflejo mediocre y repugnante de la utilidad de un objeto que no servía para nada. De allí en más, recuerdo mis fantasías y sueños saludarme desde lo más profundo de un corazón predestinado a endurecerse y volverse piedra. Comencé a escribir rejuntando todo lo que tenía desparramado en papeles sin

sentido, con la idea de más tarde volverlo un filme, carecía totalmente de amigos y había leído mi primer libro llamado “El color que cayó del cielo” de H. P. Lovecraft...

Se puso de pie torpemente, sin saber qué lo había impulsado a levantarse, fingió necesitar más agua y se dirigió a la cocina pidiéndome permiso, pero antes de concretar su viaje innecesario, volvió sobre sus pasos.

—Lo que me llamó la atención de aquel libro fue que en la contraportada decía que el autor había escrito aquellos cuentos en medio de la pobreza y la soledad y eso me conmovió inefablemente, aunque nunca me he encontrado en medio de la pobreza, pero la soledad que sentí durante toda mi vida o más bien desde la muerte de mis padres y mi hermana me había carcomido hasta la médula. Desde aquel momento no pude parar de leer. —Allí se encogió de hombros en un gesto miserable que lo dejó al descubierto en el escaparate de sus carencias.

Comenzó a contarme lenta y pausadamente acerca de sus primeros años de preparatoria y entrenamiento donde solo se dedicaba al estudio y al deporte, sin entablar relaciones de amistades y sin siquiera interesarse por las otras personas. Allí fue donde sintió el peso de la soledad más abrumador que nunca, otorgándole las fuerzas para comenzar su extraordinaria carrera de deportista, sus ansias de gloria incansables.

—Un momento —lo detuve en medio de su relato.

—¿Por qué? ¿Acaso no estás grabando esta charla? —Me preguntó arqueando las cejas.

—Sí —respondí con soltura—, pero quisiera ahondar en alguno de estos episodios y en particular en algunas de las cosas que dijiste.

En ciertos momentos tenía dudas acerca de si me encontraba ante un perfecto idiota o ante un genio demente. Intentar entender su cerebro era estar a merced del juego caprichoso que proponía constantemente. A veces me parecía que sus múltiples personalidades eran estrictamente premeditadas y minuciosamente llevadas a cabo, casi como si supiera lo que ocurriría en cada segundo de su vida y con cada palabra que pronunciase, y otras veces pareciera estar desorientado, completamente perdido y desalentado, con un desparpajo que lo sometía a oscilaciones tan extremas que en realidad desconcertaban.

—¿En qué quieres ahondar? —Preguntó con delicadeza.

—En tus escritos, en los que incineraste, más precisamente... ¿eran muy personales?

—Creo que no he escrito nunca nada que hable de mí, creo que cuando digo “yo” en realidad siempre me he preguntado ¿a quién me estoy refiriendo? Y cuando me he preguntado, no sé en realidad a quién le designo el “me”, ¿será por mí? No creo ser real... no sé si todo esto no es más que una ilusión.

Traté de asimilar esa idea, pero se contraponía fuertemente a lo que me repetía acerca de su egocentrismo, de su persistencia y demás. Su cabeza me estaba pidiendo que dividiera mi mente

en varias celdas: una para almacenar sus afirmaciones, otra para las refutaciones a esas afirmaciones, otra para las negaciones de las afirmaciones y las refutaciones, y otra para las conclusiones que estaba sacando a tirones de todo ese gran disparate.

—¿Y tu novia? —Pregunté esperando una respuesta obvia.

—No tengo novia —respondió.

—Pero supongo que has tenido alguna antes de la que podamos hablar. —Casi exasperándome, sabía que estaba teniendo una relación con su asistente, y que había tenido varios asuntos. Una celebridad como él no podía mantener eso en secreto. Hubiese sido más fácil para una persona famosa ocultar un crimen que un romance.

—De hecho, no las recuerdo bien, es decir, recuerdo sus palabras; de tan solo una de ellas, el rostro; de otra solo su voz. Algunas anécdotas, pero nunca logro recordar a ninguna besándome, dándome un abrazo o haciendo el amor conmigo, y entonces me invade la duda de si no fue solo mi imaginación o mis ansias de compañía, creando en mi mente noviazgos inexistentes.

—No puedo creerte... al menos recuerdas sus nombres.

—Claro que sí, pero no voy a darte nombres.

Daniel era obstinado con los nombres, lo que me hacía dudar siempre de sus historias. Apagué la grabadora por un segundo.

—¿Nunca te has masturbado pensando en sexo con alguna de tus ex novias? —Le pregunté casi indignada.

—No voy a hablar de sexo, y no voy a darte nombres —afirmó con terquedad sonriente.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho? —Insistí, ya estaba algo frustrada y no pude evitar mordirme el labio de la ira que sentí.

—Años —dijo otra vez con una sonrisa falsa e irónica dibujada en su boca.

Su última respuesta me enfadó. Asumí que no conseguiría nada de información de su vida privada y entonces traté de concentrarme en la historia que nos concernía a ambos.

Eran las seis de la mañana. Ninguno de los dos había dormido y nuestros rostros estaban desfigurados. La conversación se había extendido tanto, que para esas alturas se me hacía muy difícil seguirle el hilo. Comenzaba a juzgar a Daniel como un ser que buscaba la aceptación de la gente en cuanto a sus actividades, es decir, solo quería lograr la admiración y el deslumbramiento de las demás personas para con él, principal característica de un individuo vacío y con un pasado que le daba vergüenza o tal vez dolor expresar.

El simple hecho de haberme permitido a mí una crítica o una biografía en cuanto a su persona, podía interpretarse como que no era capaz de hacer un replanteo de su propia vida, y necesitaba que otro lo hiciera por él. ¿Inseguridad tal vez? O simplemente le daba curiosidad saber cómo lo veían los demás.

Había extraído una extrema soberbia que no se molestaba en ocultar y en ocasiones parecía estar orgulloso de ese defecto. A pesar de eso, era un ser que estaba dispuesto a hacer cuanto esfuerzo fuese necesario para llegar a la cima, nunca se rendía hasta conseguir lo que se proponía. No mucha gente tenía la capacidad o el valor para llegar sin pasar por encima de nadie, tan solo con el esfuerzo diario, solo por la satisfacción de haberlo logrado. Había ayudado a muchísima gente y estaba dispuesto a dar y hacer todo cuanto estuviera a su alcance para mejorar la calidad de vida de cualquier ser y eso merecía todo mi respeto y a causa de ello le perdonaba todo lo demás. Más tarde me arrepentiría de todas las cosas negativas que había pensado acerca de él. Lloraría por no comprenderlo y comprobaría que no hubo ser más maravilloso en toda la historia.

Dos palomas batieron sus alas y se alejaron ahuyentadas por un gato atigrado que hacía crujir el tejado paseándose por todo el barrio en busca de alimento. La mañana era demasiado pesada para aquel que no había dormido. Daniel me contagió el bostezo y ambos nos quedamos en un silencio que anunciaba el fin de la charla.

—Hora de dormir —dije al fin y me arriesgaría a decir que él quería oír esa orden, ya que no estaba en su casa, aunque fuese más suya que del resto del mundo.

Despertamos cerca de las 2 PM. La resaca de la noche en vela, del diálogo agotado, de las acciones carentes de razón a pesar del esfuerzo por acariciar conclusiones, inauguraba un revoltijo en los estómagos ácidos y gargantas pastosas. Las noches en vela eran tan eternas que en cada una de ellas se creía almacenar porciones de las ecuaciones fundamentales de la existencia, las mismas que se volverían añicos al ver la luz del nuevo día. Nos sentíamos extraños o al menos yo lo sentía así y a juzgar por la forma catatónica con la que Daniel recorría la casa, podía arriesgarme a decir que él también. Con el puño me restregué los ojos enlagnados y me dirigí al baño para higienizarme y comenzar un día que deseaba fuera mágico. Al salir del cuarto de baño la sensación que me había invadido anteriormente había sido despedida por su antítesis de manera formidable, ahora éramos ambos como una familia. Nos sentamos a desayunar luego de esperar varios minutos a que trajeran lo que habíamos ordenado en el buffet del barrio, contándonos lo que habíamos soñado esa noche y nos perdimos en una conversación bizarra que atesoré como pocas, me estaba divirtiendo y me sentía muy a gusto. Aquella casa, nuestras familias, nuestras historias me hacían sentir, muy a pesar de la ironía del destino, feliz.

Daniel era un hombre fantástico que nunca se fijaría en mí. Quizás podría terminar en una cama conmigo por la proximidad que la situación nos llevó a vivir, por piedad, melancolía, recelo, culpa, ira, más nunca por deseo o amor. No me consideraba una mujer fea, pero había visto el tipo de modelos perfectas con las que él siempre estuvo involucrado y estaba muy lejos de acercarme a ellas.

Se estaba colocando una camisa cuando pude ver las cicatrices en su torso y abdomen, creo que él lo notó y se vistió rápidamente.

—¿El amor no tiene ningún espacio en tu vida? Creo que hasta mi hermano tuvo más suerte que tú entonces, al menos él en el último minuto de su vida, el peor momento de la tuya, fue feliz... — pregunté impaciente y encendiendo la grabadora portátil que dejé sobre la mesa.

—No existe tal cosa —me contestó con brusquedad.

—¿Te refieres al amor? No es para todo el mundo, solo para unos pocos valientes que crean en él.

—El amor es un invento de las mujeres para no sentirse prostitutas cuando abren las piernas, en el hombre se manifiesta como un fenómeno biológico y orgánico, hay un miembro que se erecta, en la mujer es algo instintivo: son el recipiente de la procreación, pero quizás sí, una o varias relaciones malas me llevaron a creerlo así, a evitar sentir más nada por nadie y a solo tener espacio para lo único que no me ha lastimado nunca: lo que hago, mi creación, ese lugar donde realmente siento como un abrazo cálido, irreal sin duda, pero el amor también es irreal, y aunque creemos palparlo y poseerlo: no existe, no es algo tangible, la mente lo crea y nosotros nos aferramos a él como a una rama cuando nos arrastra un alud, y no creo que sea para pocos, pienso que es el elemento común al que todos podemos acceder para refugiarnos de la tormenta y encontrar calma en este mundo inhóspito, que hay que tener valor para sumergirnos en él, sí seguramente, y más para seres tan egoístas e introvertidos como yo, que temen quedar en ridículo siempre, porque han soportado burlas toda su vida y existen dentro de una vergüenza perpetua que los determina a no moverse de su lugar, a no arriesgarse a sentir, a nunca dejar al descubierto sus sentimientos, porque de esta manera quedaría una enorme mancha en nuestra biografía y eso no lo podemos permitir, soy un cobarde, y lo seré siempre...

Aguardé en silencio algunos segundos. El ruido del cassette de la grabadora dando vueltas me ensordecía. Daniel era tan inteligente que, aunque no estuviera de acuerdo con todo lo que decía sin saber por qué motivo, no podía negar que tuviera mucha razón. Decidí dejar que comience a hablar de nuevo arriesgándome a que no lo hiciera y verme en el aprieto de no saber qué preguntar. Traté de improvisar alguna jugada de libro, pero fue en vano. «Tantos años de periodismo para quedar en blanco» —me reproché a mí misma.

—Seguir vivo a la mañana siguiente es un episodio olvidado por algún guionista de teatro gótico. Los mundos explotan y colapsan sobre segundos elásticos que sorprenden a las agujas de esta vida sin cuerda y nuestros llantos aflojan los engranajes del corazón de Dios... perdón estoy divagando —se disculpó sonriendo.

—Desde que te he conocido es lo que has hecho —advertí en tono de broma, quería ser simpática.

—Lo siento.

—Mentira, no lo sientes... lo haces a propósito para que yo piense que eres un excéntrico o un loco, o un genio incomprendido.

Me dio la impresión de que mi última frase había sonado algo grosera, ergo necesitaba desahogarme y ser totalmente sincera con él, era la única herramienta que poseía para lograr que se sincerase también. Bebió un sorbo de su taza de café con leche y la dejó reposar con cautela sobre la mesa del comedor principal, de patas de madera y tablero de vidrio reforzado y enmarcado también en madera. Sobre ella había desayunado durante toda su infancia, deslizó todo su pasado hasta esos momentos para llenarse de nostalgias. Esa niñez había sido su fin y por percibir el fin en el principio iba más a prisa que el tiempo.

—Odio escribir, odio el cine y el deporte, nada de eso me apasiona, aunque parezca lo contrario, todo es una farsa —confesó al cabo de unos momentos. Me pareció que comenzaba a abrirse conmigo, que al fin despachaba lo que tenía adentro, y sus entrañas eran más umbrosas de lo que esperaba.

—Por alguna razón no termino de creerte, hay algo que no cuadra, todas esas acciones solidarias y desprendimientos, incluso tu película, tan triste y con ciertos dejes de romanticismo no pueden provenir de alguien que nunca ha creído en el amor, sino de alguien que tuvo un fuerte desengaño... —argumenté.

Daniel vaciló algunos momentos mientras yo temía haberme extralimitado una vez más y que decidiera marcharse, no obstante, seguramente algo más fuerte que su propia voluntad lo usurpaba. No importaba lo que le dijese o lo que él me dijese a mí, ninguno de los dos nos retiraríamos de ese lugar hasta no terminar de sacar algo en concreto, estábamos atados el uno al otro.

—La primera vez que admiré la belleza, la admiré de tal forma que supe que yo no había nacido para ser uno más, sino para hacer perdurar a la belleza que a otros les pudiera parecer grotesca, porque la belleza no existe solamente en las formas conjugadas y ensambladas de un todo perceptible a los sentidos. Sino que a veces se encuentra disfrazada o adherida dentro de sustancias intangibles como una tristeza o una alegría... hay belleza en el interior del más repugnante animal, y hasta un gusano o una rata puede conmovernos si estamos perpetuados a encontrarla. —Acomodó su asiento y enderezó su espalda que seguramente le estaba molestando — esa noche, todos apagaban el televisor como si tal cosa, y yo no podía quitar de mi cerebro la imagen de esa belleza que me persigue hasta hoy, era una mujer, y fue sin duda la primera vez que admiré algo. Hoy, luego de más de una decena de años, la he vuelto a ver y he llorado la pérdida de esa belleza sublime, he derramado lágrimas internas de rencor contra mí mismo, por no haber nacido con la capacidad de inmortalizar todas las bellezas del mundo. Apenas si alcanzo a describirla en un cuento o en un film, pero las que pierdo, las que ya no regresan, esas me dolerán por siempre. Creo que siempre envidiaré a Katja Esler, su talento me correspondía.

—¿Tienes casi todos sus cuadros no es cierto? —Sabía que los había adquirido.

—Están valuados en millones de dólares... —me respondió— y quiero dejártelos a ti. No quisiera que nadie más que tú los tuviese a mi muerte.

—Te llevo cinco años, lo más probable es que yo muera primero —expresé con una mezcla de indignación y ternura. En el fondo comprendía lo que estaba intentando hacer.

—¿Alguna vez has intentado pintar? —Pregunté para evadir la incomodidad que sentía por su oferta de dejarme todos esos cuadros tan valiosos.

—Sí, y soy muy malo para eso —dijo extrayendo finas y detalladas imágenes de sus bocetos mentales—. Siempre quise pintar el retrato de una mujer rubia, sentada en una fuente, bajo la lluvia sin inmutarse. Su mirada alegre al comprender que ya no volvería a sufrir esas tristezas que dejó atrás, y triste por el mismo motivo, perdida en nostalgias pasadas, pero orgullosa de desafiar un futuro incierto. El agua de la lluvia escurriendo algo más que sus angustias, que sus consecuencias de anhelos cumplidos o irresolubles, llevándose quizás risas y recuerdos de momentos que ya no serán otra vez, ni nunca más. Aguardando quién sabe a qué o a quién, pero con la tranquilidad y hasta la plena certeza de que a su alrededor el tiempo está detenido, como teniendo consciencia de ser una figura en un cuadro o una imagen en la mente de un iluso. Sus manos por entre las piernas tomadas entre sí como si no quisiesen dejar escapar un sueño que tal vez sea el último que le quede. No hay nada detrás, porque esta imagen lo dice todo y los fondos se pierden por su sola presencia, incapaz de imaginarlos, creo, no poder llegar a alcanzar jamás la facultad de pintar lo que sea detrás de algo tan bello como lo que acabo de describir, la cual juzgo como la escena más romántica de la historia. Todavía no me siento preparado para reproducirla siquiera en una película y creo que nunca lo estaré.

Varias lágrimas rodaron por mis mejillas. Por fin comenzaba a entender lo que se ocultaba detrás de ese ser, se había puesto semidesnudo ante mí por primera vez, lo que me hacía pensar que estaba comenzando a confiar en mí, o que se había dispuesto a dejar de dar tantos rodeos.

No soportaba ser él mismo y eso le generaba un sinfín de personalidades tras las cuales esconderse. Ahora ya no lo odiaba más, ahora sentía pena por él. Tenía ganas de abrazarlo como se lo hace con un hijo en problemas, pero sabía que acudiría su yo insensible a poner una pared, se negaría rotundamente a recibir afecto. Era un niño en el cuerpo de un adulto y la mente de un viejo. Y eso le impedía coexistir en armonía consigo mismo.

—Continúa por favor, este es el momento al que quería llegar —dije secándome las lágrimas.

—A partir de los doce años comienzo a perder poco a poco los sentimientos hacia mi entorno, situación que concluyó en la pérdida casi absoluta de los mismos. Acabando por borrar de todo recuerdo, la esperanza, la pasión, el apego, la amistad, el amor, la confianza, el rencor, la envidia, la fraternidad, el odio, la piedad, el remordimiento... sin embargo, nunca me he sentido conmovido por nada, salvo en la infancia o pre adolescencia. Incluso fue una farsa haber estado con alguna mujer en alguna ocasión. El deseo sexual a veces consigue hacerte decir cosas de las cuales te arrepientes ni bien consumas el acto.

Daniel bebió el último trago de café que quedaba en la taza y yo encendí un cigarrillo mentolado exhalando el humo hacia un costado para no interrumpir su relato.

—Recuerdo haber llorado tres veces en toda mi vida —prosiguió—, por la muerte de mis padres escasas lágrimas; por no poder cambiar el mundo, ríos de lágrimas y por la desesperación de querer quitarme la vida, océanos de lágrimas. Hay psiquiatras que aseguran que una persona solo se mata cuando pierde la esperanza de ser amado y hay filósofos que sostienen que cuando la vida nos satura, solo la pasión por lo absurdo puede confortarnos, por eso he optado por apasionarme por lo más absurdo que conocí: mi propia existencia. Una existencia común y corriente que pronto será olvidada y ruego al cielo en el nunca creí que así sea. Una existencia

vacía, una vida desperdiciada...

—Has tenido deseos de suicidarte... —contemplé extrañada, siempre me había parecido que viviendo como él vivía, nunca se atesoraba dicho pensamiento.

—Todos y cada uno de los días de mi vida sentí deseos de suicidarme, es algo que creo no voy a poder apartar nunca. Pensarlo en todo momento, pensar en matar a ese alguien que está dentro de mí, recordándome quién soy en realidad. Creo que todos somos asesinos, a veces es cuestión de valor, de falta de interés o de hastío. Quien piensa en suicidarse, en realidad tiene más motivos de asesinar a otra persona, pero se da cuenta de que asesinar a esa persona en realidad no es la solución, porque el problema de uno va a seguir subsistiendo a pesar de la muerte de ese “otro” y se va a incrementar, por lo tanto, la solución más factible, más acertada sería la propia extinción que no acarrea ninguna consecuencia. Después del suicidio no hay consecuencias y sin embargo, sí hay consecuencias después de cualquier otra determinación, y dado que cada una de mis decisiones tuvieron una consecuencia no deseada por mí, una consecuencia que me entristeció y que me endureció... creo que no hay nada más triste en esta vida que hacerse frío, no hay nada más doloroso que endurecerse —me hizo una seña para que le invitara una pitada del cigarrillo que ya estaba por consumirse, fumó torpemente y continuó hablando con la voz ronca—. Del desinterés por la vida, por la gente, de no poder expresarle a alguien que uno lo quiere, de lograr hartarse de los demás, de no confiar en las personas, porque luego de tantos fracasos la confianza se vuelve lejana: no vamos a arriesgarnos nuevamente a que nos lastimen, de allí proviene nuestro rechazo y agresión, por la misma violencia que hemos recibido, por la misma provocación que hemos sufrido y no existe la persona que valga la pena, que merezca nuestra lástima, y sí nuestros prejuicios, por lo que al apartar a alguien, no estamos cometiendo ningún error, al no creer en alguien no estamos siendo cobardes sino previsores, al no dar oportunidades a la gente estamos siendo sabios, estamos anticipando un futuro desengaño, un próximo malestar, una inevitable desilusión. Por eso lo mejor cuando alguien quiere acercarse a nosotros es mandarlo al diablo, quedarnos solos, tratar de hacer la mayoría de las cosas solos. A la gente le molestamos, le molesta tu presencia, le molesta que la llares, que le pidas favores, que la necesites —concluyó.

—Es una pena que no tengas el valor para sentir algo por alguien. Todo tu discurso está muy bien diagramado, se nota que lo has repetido en tu mente una infinidad de veces para lograr creértelo tú mismo, pero es basura y lo sabes... —apagué el cigarrillo en un cenicero de vidrio opaco por la falta de limpieza.

—Presupongo que estoy equivocado en todo, por eso estoy dispuesto a las correcciones que se me puedan llegar a hacer en mi vida, nunca es tarde para darse cuenta de que uno estuvo equivocado durante toda su vida, solo requiere cierto valor aceptarlo.

—Quiero mostrarte algo —dije poniéndome de pie y dirigiéndome a mí maleta. En ella guardaba toda mi investigación, todos los años que había dedicado a escribir esta historia que todavía no sabía si la publicaría como una novela, aunque dada la prolongación que había adquirido no cabía como artículo periodístico. Desenfundé sus páginas sobre la mesa y hurgué hasta hallar lo que estaba buscando: el final de la historia de mi hermano Alejandro y su hermana Iel. Comencé a narrarle minuciosamente cada palabra y para mi sorpresa, él no pareció aburrirse en ningún momento, por el contrario, estaba absorto oyendo aquel relato. Por fin cerré aquella improvisada carpeta guardándome las palabras finales para brindárselas en forma de pregunta:

—¿Sabías que ellos murieron tomados de la mano? —Comenté luego de hacer una breve pausa.

—Sí, lo sabía porque los he visto —expresó apenado, pero orgulloso, e inclinando la comisura de la boca hacia una sonrisa que acabó por no efectuarse.

Miré hacia la alfombra. El cuaderno todavía descansaba allí. Saqué de mi maletín los recortes de periódicos que había encontrado en la habitación de sus padres y se los entregué.

—Ese diario fue puesto en la cuna de mi hermano al nacer, él siempre lo llevaba consigo y murió sosteniéndolo —dije empañando mis palabras con añoranza.

—¿Cómo sabías que yo lo conservaba? Es decir, no me preguntaste por él, solo me dijiste: tráelo.

—Será que somos muy parecidos Daniel, toda mi vida solo fue la obsesión de esta historia y al igual que tú, yo nunca me rindo y quiero llegar al final de esto.

—Hay algo que debieras saber entonces: no se trata de un diario —expresó con rigor.

—¿Cómo no? —Me tomó por sorpresa aquella revelación.

—Son tres. Y cuando acabes mi biografía con mi ayuda, serán cuatro.

En ese momento un escalofrío de emoción y tenebrosidad me recorrió el semblante y abrí los ojos sorprendida.

—¿Mi hermano también escribió en él? —Pregunté con labios temblorosos.

—Sí, y también una mujer, llamada Nancy Hewitt, su historia es muy particular también, nunca supe cómo llegó este cuaderno hasta sus manos, supongo que lo robó, era vecina de mi tía Mercedes en Barinas —me contó. Ya quería tener ese cuaderno en mis manos y ver de qué se trataba lo que acababa de decirme.

Traté de no impacientarme, sabía que pronto lo tendría en mi poder y lo que estuviera allí escrito no iba a cambiar, de modo que volví a enfocarme en Daniel, él sí iba a retirarse de momento a otro y lo perdería seguramente después de eso.

—¿Nunca te intrigó todo esto? Saber por qué tu vida fue lo que fue...

—No —contestó con indiferencia

—Mentira. No estarías aquí, no hubieras regresado jamás y no estarías perdiendo el tiempo conmigo desde ayer. ¿Por qué crees que ninguno de los dos hemos tenido hijos y no los tendremos nunca?

Creo que en ese momento Daniel había comprendido quién era yo y cuánta razón tenía.

—Llevas siempre esos cuadernos contigo ¿no es cierto? Adonde vayas, serán siempre lo más

importante —afirmé empecinada y terca. Tomé el diario nuevamente entre mis manos, ahora que sabía la verdad me parecía más grande que cuando lo tuve de niña entre mis brazos.

—No vas a llevártelos —me advirtió.

—No es necesario, voy a copiarlos. —Tomé mi cámara y comencé a fotografiar una por una las páginas de ambos cuadernos.

—Ahora se cerrarán las historias —dictaminé satisfecha.

—Todavía no —replicó Daniel— en unos días te llamaré, deberás conseguir un traductor de ucraniano mientras tanto o no podrás entender algunas partes del diario de Katja.

—¿Y tú cómo los has leído?

—Me lo ha leído una modelo ucraniana. Pero le llevó varias noches hacerlo.

—De acuerdo —asentí sonriendo con picardía, sabía que esa modelo no solo había pasado las noches leyéndole.

—Tómale todas las fotografías que quieras, de todas maneras, este cuaderno será tuyo...

Tiene poca relevancia lo que sucedió luego de que fotografié aquellos cuadernos. Nos despedimos con un abrazo que duró varios segundos y que nos arrancó una lágrima a cada uno, y prometimos estar en contacto y volver a vernos para cerrar de una vez, toda esta historia que cuando yo creí que acabaría, parecía recién empezar. Me fui algo decepcionada con lo que encontré en aquel ser que había sido premiado por todo el mundo, que tenía un reconocimiento y una trascendencia increíble. Quizás esperaba a una persona menos desamorada de la vida y de las circunstancias. En muchos aspectos en cuanto a la forma de ver las cosas no se diferenciaba mucho de lo poco que conocía de mi hermano. Aunque eran completamente diferentes en lo que concernía a la forma de actuar. Habían escogido rumbos totalmente distintos a pesar de tener un comienzo casi idéntico en la vida.

Finalmente, un mes más tarde, luego de que Daniel me llamara, había quedado consternada. Se cerraba por fin el círculo donde él era el último eslabón. Creo que siempre estuvo destinado a serlo.

El destino lo hacía cada persona o estaba escrito, o se podía tomar partes de un rompecabezas y armarlas de acuerdo con las variantes o era un absurdo total. Ninguna de esas teorías me dejaba conforme. El destino era un enemigo, tanto si existía como si no.

Las historias en la literatura o en la vida misma eran siempre las mismas. Y justamente eran siempre iguales porque los impulsos de las personas eran los mismos, perseguían las mismas cosas, iban tras los mismos sueños y se enfrentaban a los mismos obstáculos, y todas,

absolutamente todas las historias acababan de la misma manera: con la muerte. Ese era el único final, incluso la forma en que terminaba una persona era más interesante que todo lo que le había sucedido durante su existencia, ese cierre tácito acababa por colocar la última pieza en el rompecabezas y solo allí se podía observar de qué se trataba la figura que momentos antes resultaba ser obsoleta. Los escritores no deberíamos existir, sobre todo cuando nuestros personajes, así sean extraídos de la vida real o elaborados de la ficción, siempre tienen más vida que nosotros. Hurgar en los sentimientos, anticipar los deseos, leer a las personas. Encuadrar el momento más doloroso que es cuando alguien cercano muere, abandona el mundo y nos desarticula, ese momento que duele y continúa doliendo cuando lo recordamos, cuando lo extrañamos, cuando dibujamos su sonrisa en algún pensamiento, cuando alguna palabra nos llegó hondo. Y contar las historias de los que murieron para los que quedan vivos, para los que recuerdan... a veces creo que la tarea de los escritores es preservar las nostalgias, eternizar las tristezas que otros convertirán en lágrimas o quizás en alguna alegría para el corazón.

La vida y la muerte a veces congeniaban para brindar historias tan fascinantes como las que contaré, no precisan explicación de por qué las cosas a veces suceden de la manera en que lo hacen, no hay nada que las determine, dictamine o las detenga. Como periodista he oído cientos de relatos que han superado a los más imaginativos guionistas de cine, pero nunca hay mejor historia que la propia, nunca nadie relatará mejor los hechos que los vividos, sufridos y disfrutados, pero no siempre quien es protagonista de las mejores anécdotas tiene la capacidad de describirlas o narrarlas.

Cierta vez estaba almorzando en la plaza que está justo frente a la facultad de medicina, había una chica muy triste que tenía una extensa cicatriz en la cabeza. Me contó una historia que me conmovió más allá de si fuese verdad o mentira. Era huérfana, su madre había muerto de cáncer y su padre, más recientemente, de una extraña enfermedad cerebral que ahora no recuerdo bien. Ella había heredado algunas tiendas de venta de ropa y pasó a ganar muy buen dinero, era dueña de un departamento y dos autos de alta gama. Tenía un novio humilde que soñaba con ser médico, de modo que lo ayudó económicamente durante seis años, hasta que terminó su carrera, luego tres años más para que se especializara. Él había elegido neurocirugía. Ella invirtió casi diez años de su vida en la carrera de su novio. Pagaba sus libros, su vestimenta, su comida, todo para que él pudiera dedicarse de lleno a sus estudios y terminara lo antes posible. Ni bien terminó la carrera, él la dejó.

Así de cruel. Se sintió una idiota, sintió impotencia, odio, todo junto. Hasta pensó en matarlo. ¿Cómo había podido hacerle eso? Era un ser asqueroso, desagradecido, insensible, era lo peor que había en la tierra. Tres años más tarde, la misma enfermedad que había matado a su padre comenzó a afectarle. Una noche su cerebro colapsó y tuvo que ser hospitalizada de urgencia. La intervinieron quirúrgicamente y la operación le salvó la vida de milagro.

—¿Sabes quién fue el médico que me operó? —Me dijo con lágrimas en los ojos.

—No puede ser —dije. Yo estaba perpleja, la respuesta era obvia.

—Él.

La había usado, la había estafado emocionalmente, era un vil gusano, trepador y oportunista, pero le salvó la vida y pagó el costo total de la operación que era muy elevado. Casi como todo lo que ella había invertido a lo largo de esos diez años...

Esta era la profesión que elegí. Mucho tuvo que ver en el afán de sumergirme en historias ajenas, el deseo de olvidarme del pasado, de mi infancia, de la ausencia de mis padres, de todo lo que le había sucedido a mi hermano. Me desenvolvía tan a gusto en ella, siempre iba hasta el fondo, hurgaba en todos los recovecos, viajaba a los lugares más peligrosos y me internaba en las pocilgas más sucias para vivir en carne propia las historias que relataba.

Tantos años buscando recortes de periódicos, investigando en internet, metiéndome en lugares desagradables, tratando de recaudar porciones de información, viajando de un lado al otro, a sitios donde muchas veces no he hallado nada, hasta que por fin las grabaciones y las imágenes escaneadas de aquellos diarios, dieron a luz al trabajo de toda mi vida, siendo una simple espectadora de lo que voy a llamar “cuatro naufragios ineludibles”. Dos mujeres y dos hombres con sus vicios y valores, con sus sueños y desencantos. Con todos los condimentos necesarios con los que se espolvorea la vida misma, ellos fueron sin saberlo parte de mi historia.

Termino mi trabajo. Se lo entrego al editor y al salir de su oficina solo siento tristeza. He desperdiciado mi vida yo también.

LIBRO 1

HOLODOMOR

Ciudad de Jarkov, Ucrania, domingo 31 de julio de 1932.

Desparramados en las aceras, los cadáveres raquíuticos acompañados por el calor hacían apestar las calles. Estaba prohibido enterrarlos en los campos predestinados al cultivo, por eso el deambular se convertía en un paseo de pesadilla. Los cuadros del horror estaban enmarcados por una crueldad injustificada, pero dispuesta a enloquecer a todos los habitantes de la ciudad como se pronosticaba desde hacía tiempo, solo que los más pesimistas aguardan hasta que los sucesos estuvieran sobre ellos para lamentarse y decirles a todos que se los habían advertido, asumiendo una satisfacción sin sentido. Los que en vano luchaban por sobrevivir se encontraban en un callejón sin salida donde debían soportar humillaciones casi intolerables, y los que podían sobrevivir realmente, huían.

Entrando en 1930 Europa atravesaba una etapa de recuperación económica y diplomática. Tras la primera guerra mundial, los acuerdos de Locarno en 1925 garantizaban la estabilidad de las fronteras occidentales de Alemania, que en 1932 contaba cerca de seis millones de desocupados cuando se llevaron a cabo las elecciones en las cuales Adolf Hitler logró el 37% de los votos y el mariscal Hindenburg asumió la presidencia. Al momento de producirse la caída de la bolsa de valores de New York en 1929 el orden económico mundial colapsó y evidenció en cada país la fragilidad de sus modelos económicos y la depresión sacudió los cimientos de las políticas más fuertes. Países como Alemania, Japón, Austria, Italia, y Unión Soviética recurrieron al autoritarismo para sobrellevar sus respectivas crisis y para establecer regímenes originariamente enfocados a perpetuarse.

Katja había nacido un lunes 15 de mayo de 1922, cinco años antes de que Josef Stalin dictaminara la expropiación de la producción agrícola. Por eso en los recuerdos de su infancia siempre persistía el hambre y el miedo. Tenía grabado en su mente los rostros perplejos y arqueados de sus padres debido a la impotencia por soportar tantas injusticias. Los soldados, en su mayoría ucranianos reclutados, guiados por gente de los pueblos, requisaban los graneros y se apropiaban de los cereales para enviarlos a Siberia, de esta manera tan sutil se había comenzado a padecer la más brutal hambruna del país.

Viernes 5 de agosto de 1932.

El verano se estaba yendo y la visión comenzaba a traicionarla poco a poco, volviéndose cada vez más borrosa. A medida que su percepción le desbordaba la razón, los desdoblamientos del mundo se acomodaban para surtir las secuelas de otro conformado de delicias. Los graneros de madera ennegrecida de pronto se volvían construcciones de chocolate. Las plazas desiertas de árboles ásperos combinaban sus colores tal como el arco iris y exhibían golosinas y dulces en sus ramas. Su mente la apartaba a esos universos fantásticos para eludir el real. La llegada del Príncipe Scarlatta que la esperaba siempre para jugar a los escondites y luego se marchaba cabalgando hacia el cielo surcando las nubes, le hacían olvidar que sus padres habían muerto días atrás por no poder soportar, debido a lo débiles que se encontraban, la brutal golpiza que les habían propiciado los soldados del Ejército Rojo al encontrar en el fondo de una de las alacenas superiores, unas cuantas onzas de cereales envueltas en harapos que habían escondido para la niña. Katja, de todos modos, estaba dispuesta a conservarse con vida, a luchar contra todas las desventuras del mundo para seguir adelante. Siempre, desde que nació, había sido una persona de carácter fuerte, llena de energía y con gran decisión. Pese a su corta edad y a pesar de la situación terrible por la que estaba atravesando, conservaba la esperanza de subsistir, quién sabe cómo, y de despertar de aquella pesadilla, porque algo tan horrible como lo que estaba viviendo, no podía ser otra cosa que una pesadilla. De pronto sintió que Dios se apiadó de ella, existía al fin de cuentas ese ser supremo al que su madre tanto le rezaba por las noches, pero que nada había hecho por ella... estaría reservando sus tareas para subsanar la verdadera petición que ella le hacía; sí, así era, ahora lo recordaba, su madre siempre pedía que no le pasara nada a su hija y ciertamente, más que el hambre no le había pasado nada.

Los cadáveres regados por las calles ya estaban en plena pestilencia y sus olores abrigaban a la muerte al reparo de nuevos banquetes. Una mano vieja y arrugada se posó sobre el hombro de Katja. La niña se sobresaltó de inmediato al sentir el roce, más cuando pudo apreciar la caricia que prosiguió, acomodó su necesidad de calma a los ajustes de esa mano resquebrajada y débil.

Podría ser que ese Dios se hubiese enamorado de ella y decidiera darle resguardo, así como su madre le contaba acerca de aquella historia romana conocida desde el primer helenismo donde el Dios Amor se había enamorado de una princesa mortal llamada Psique. Podía sucederle que alguna fuerza mágica la rescatase de sus penurias y la llevase bien lejos, las palabras que más se repetían en la mente de Katja: “bien lejos”.

—Nosotros pudimos salvar algunos sacos de granos, vente a comer, niña, no mueras de hambre tú, no tú —dijo la anciana que se le acercó desde las sombras de la desesperanza.

La niña apenas podía contener las lágrimas de la alegría. Aquella vieja mujer la tomó de una mano y la condujo imperiosa hasta su precaria vivienda. Cálida y señoril, pero precaria al fin. Ni bien ingresó en aquella casa observó un gesto en el rostro de la señora que la hizo desconfiar de sus buenas intenciones, pero el hambre logró hacérselo pasar por alto.

—Siéntate, ¿Cómo te llamas? —Interrogó la longeva con voz lastimosa.

—Katja —respondió la niña con timidez.

—Estamos preparando la cena, debemos tener cuidado de que nadie nos vea.

Cuando la niña apoyó los codos sobre la mesa de roble al estilo Art Deco, los dos hijos mayores de la señora, convertidos en monstruos a causa de su padecimiento, vueltos vampiros por el hambre la tomaron de sus débiles bracitos mordidiéndole los bíceps y llorando al mismo tiempo por la atrocidad que estaban cometiendo. Katja dejó escapar un grito de dolor y se vio cerca del fin. De pronto la mujer los golpeó con un mazo de madera, interrumpiendo aquella acción que ella misma había planificado.

—No podemos hacerlo, es solo una niña... —dijo la vieja intentando contener a sus hijos que se levantaban aturridos por los golpes— ¡Vete de aquí antes de que el hambre y la desesperación nos domine nuevamente! —Gritó aquella contrita mujer tratando de contener a sus muchachos.

Katja corrió. Apenas si podía mover sus piernas. Huyendo desesperadamente de aquella bruja que quería comérsela, trastabilló reiteradas veces, pero por suerte no cayó al suelo, sus lágrimas la entumecían haciendo detener los tiempos, quería llegar a resguardo, pero en aquel lugar no existía tal cosa. Ya había escuchado muchas historias acerca de cómo cocinaban a los niños, fue demasiado confiada, no volvería a suceder. Al fin pudo hallar lo que consideró un lugar seguro. Estaba exhausta, su cuerpecito ya no podría soportar más antes de ser víctima de una anemia. Hubo días en los que solo comió tierra, pero cuando la ciudad comenzó a atestarse de soldados, era cada vez más difícil acercarse a los campos e incluso salir de la granja de sus padres. Habían sido unas diez o más las veces que ingresaron a esa casa, solo para verificar que estaba desierta, y cuando lo hacían, a la pobre Katja se le congelaba la sangre y su respiración parecía la de un perro agitado.

La bomba manual de la que se extraía el agua se encontraba a varios metros de la casa, junto al galpón. Allí se dio cuenta que debía buscar otro sitio donde quedarse. Las granjas ya no eran un lugar seguro, siempre andaban husmeando y temía que no tardasen en encontrarla.

La noche anterior, una división de soldados del Ejército Rojo había irrumpido en las granjas de Jarkov para apropiarse de todo cuanto comestible hubiera en los hogares de los campesinos. En la granja de los Welnkens, una familia oriunda de Alemania. Los uniformados hallaron algo más con qué divertirse, además de las palizas brutales que les propiciaban a todos los campesinos a quienes les encontraban algún alimento oculto: las hijas de aquel matrimonio, Constanze y Clarice eran dos muchachas muy atractivas y fueron violadas por los quince hombres del regimiento. Algunos no solo se contentaban con humillarlas sexualmente y someterlas a sus deseos, sino que además las golpearon de manera cruel. Nadie podría borrar de los ojos del padre las imágenes que le obligaron a contemplar.

Cuando dos años atrás el Ejército Rojo había arrestado a cientos de intelectuales bajo falsos cargos para luego fusilarlos o enviarlos a campos de trabajo forzoso en Siberia; ya comenzaba a sentirse el peso de una obra devastadora de planificada crueldad, allí iniciaba, sin que nadie lo notara quizás, como un supuesto, lo que ahora era una realidad irrefutable: la hambruna sembrada como adyacente de la guerra civil rusa. El año anterior ya se había sentido en escala reducida

como se acrecentaba el hambre, más luego, las desmejoras climáticas que aplastaron las cosechas hicieron sentir al pueblo ucraniano uno de los más atroces padecimientos.

Con el correr de los días, los campesinos destruían ellos mismos su propia cosecha antes que tener que entregarla. La locura comenzaba a instaurarse poco a poco, producto de la desesperación y la rabia a causa de la injusticia.

Sábado 6 de agosto de 1932.

La bella comarca de amigables duendecillos y hadas blancas se distendía sobre los riscos azulados. Más atrás, bajando por las laderas y peñascos, los unicornios correteaban acariciados por los tenues rayos de un sol que asomaba bañando los valles de una calidez de ensueño. En medio de este paisaje de encanto la pequeña recorría todo Jarkov en busca de alimento y ¡tamaño suerte! Siempre hallaba con qué saciar su apetito. Bombones, cremas heladas y succulentas presas de pollo eran sus preferidas, servidas en grandes mesones victorianos a los cuales solo alcanzaba en puntillas de pie.

Los soldados fusilaron a las dos niñas Constanze y Clarice y se retiraron, uno de ellos miró hacia atrás, lo cual no necesariamente significaba que sintiera compunción, pero lo hizo. Katja se acercó a las dos Gnomos que estaban sentadas sobre el sofá.

—Somos el único alimento que tendrás por varios días, niña —dijo una de las gnomos.

La muchacha no estaba muy convencida de comerse a esas duendes, pero el padecimiento del hambre la obligó a hacerlo. Mirando a aquellos seres fantásticos con el rabillo del ojo les dijo que no podían dejarse comer, pero le respondieron que no querían dejar que muriera de hambre. Katja había entrado muy de madrugada, cuando la claridad aún no había siquiera asomado a la casa de los Welnkens. El príncipe Scarlatta no pudo haberle mentado, ella confiaba ciegamente en él. Sabía que allí estaría a salvo. Aparentemente el lugar estaba desierto, el silencio de la muerte había regado el ambiente, y la calma se distendía por toda la casa. El sonido más ínfimo la hubiera llenado de terror. Por suerte todo estaba sepulcralmente callado. Buscó algún escondrijo donde ocultarse y examinó toda la vivienda acomodando los muebles para poder escabullirse y no ser encontrada en caso de que alguien decidiera regresar.

Los soldados llamaban terrorismo a los actos rebeldes tales como negarse a entregar todos los granos que poseía cada familia. Los dirigentes políticos de Jarkov debían ser los encargados de impulsar a la gente a que contribuyera con su propia aniquilación, la situación se tornaba desagradable cuando tenían que obligar a sus propios amigos o familiares, a que acatasen dichas órdenes, pero era eso o la muerte, es decir era la muerte o la muerte.

—¿Es terrorismo que un trabajador quiera conservar lo necesario para comer de la producción que obtuvo fruto de sus esfuerzos? —Había objetado el señor Welnkens antes de ser asesinado. Sabía perfectamente que su objeción le condenaría, pero ya lo había decidido. Era la única forma de borrar esas imágenes. Al gobierno stalinista no le alcanzaba con la expropiación, quería que la gente muriera.

Katja descubrió en el ático de la casa de los Welnkens, una colección de pinturas al óleo, aceites, lienzos, bastidores, pinceles y lápices. Se decidió entonces por comenzar a pintar todo lo que veía en su entorno y mientras lo hacía, descubrió algo que le llenaba el corazón: tenía talento.

Domingo 7 de agosto de 1932.

Había entrado en vigor la ley sobre el “robo y dilapidación de la propiedad social” que incluía hasta diez años de condena en campos de trabajos forzados a quienes la violaran. Dicha ley declaraba que todo aquel que comiera de su cosecha, que se dignara elegir subsistir, sería condenado. Aunque dicha condena no se llevaba jamás a cabo, todo aquel que se negase a cooperar era ejecutado instantáneamente.

Las brigadas encargadas de la colecta efectuaron auténticas expediciones de castigo, la mayoría de ellas, hacia las regiones cerealíferas. Estas apropiaciones fueron acompañadas de innumerables abusos, violencia y detenciones arbitrarias. Nada detenía a los soldados del gobierno ruso, quienes se creían con poder absoluto sobre la vida de los ucranianos, y de hacer lo que les viniera en gana. Masacraban hombres, violaban mujeres, incluso siendo niñas, la edad poco importaba. Tampoco les significaba un impedimento hacerlo delante de sus propios padres, hermanos, o cualquier otro desdichado pariente que tuviera la mala fortuna de presenciar alguno de aquellos espectáculos de la degradación humana.

Ese día no había divisado a ninguno de sus amigos, parecía como si las hadas y duendes que solían acompañarla se hubiesen ido de vacaciones. Cuando miró a lo lejos en las planicies y allá por el horizonte, el príncipe Scarlatta cabalgaba hacia el cielo surcando las nubes. A Katja se le iluminó el rostro, más su alegría no duró demasiado. Su caballo no tenía alas, pero se las arreglaba para elevarse por los aires como si fuese el oxígeno algo sólido. Lo mismo que al galope colina arriba, se alejaba su gran amor. ¿Por qué nunca la llevaba con él?

De pronto la comarca se desfiguraba. Otra vez en ese asqueroso mundo de pesadillas. Comenzó a llorar y a pedir a los gritos que la llevase consigo, que no quería estar más allí.

Los soldados estaban por doquier y por ese motivo no se atrevió a salir de su escondite. Los oía muy cerca de la casa y temía la encontrasen y la apresaran. Se hizo la noche y recordó que no había comido nada en todo el día, pero trató de dormirse esperando que el siguiente tuviera mejor suerte, o sus amigos hubiesen regresado.

Lunes 8 de agosto de 1932.

El día siguiente fue aún peor, ni bien se despertó, tras una larga noche de entresueños y noctambulismo a causa del hambre que tenía, que apenas le había permitido dormir unas pocas horas, se dirigió sigilosamente a la cocina dispuesta a salir, cuando de pronto advirtió por uno de los ventanales cortinados, como los soldados se divertían con un hombre que era más esqueleto que persona. Lo tenían maniatado de pies y manos y lo golpeaban brutalmente riendo a carcajadas y haciendo bromas con cada balbuceo de dolor y agonía que el desgraciado emitía. Aquella escena la llenó de tristeza y de ira, todas esas sensaciones se incorporaron al miedo con el que convivía a diario.

Tuvo que comer sus propias heces para no morir de hambre, parecía como si un ángel la observara llorando mientras deglutía bocado tras bocado, aquel menú que la niña intentaba asimilar como si fuesen bocadillos de chocolate, pero no. No esta vez. Ya estaba saturada de desdichas y su mente no podía alejarla de los sabores asquerosos de los alimentos diarios y de la vida. Su mundo mágico se había extinguido.

Martes 9 de agosto de 1932.

En los días subsiguientes, la represión contra el pueblo comenzó a hacerse más dura que nunca. Más de cien mil personas fueron condenadas a muerte. En los primeros meses de la aplicación de la ley, muchos grupos, que según las autoridades no habían cometido delitos tan graves, como tener hambre y querer comer de su cosecha, eran deportados a Siberia o Kazajstán. Luego de esto, fueron conducidas, de modo caótico y precipitado, cerca de quinientas mil personas para trabajar en la explotación de recursos naturales, forestales, mineros, metalúrgicos y vías de comunicación, siendo tratados como esclavos y sometidos a todo tipo de privaciones y abusos.

El soldado notó que ese esqueleto desparramado sobre la acera aún estaba con vida. Parecía increíble que pudiera vivir sin carne. Si fue por piedad o por no soportar esa rasposa voz que pedía algo que siquiera un Dios podía brindarle, no lo podía asegurar él mismo, pero sacó su pistola de la cintura y lo asesinó. Su superior se dio la vuelta, molesto.

—Ya deja de desperdiciar balas.

“Ucrania es hoy en día la principal cuestión, estando el partido, y el propio Estado y sus órganos de la policía política de la república, infestados por agentes nacionalistas y por espías polacos, corriendo el riesgo de perder Ucrania, una Ucrania que, por el contrario, es necesario transformar en una fortaleza bolchevique.” Aseguraba Stalin en un discurso por radio. La indignación que sentía todo el pueblo podía haber hecho temblar la tierra.

La decisión de utilizar el hambre provocándola artificialmente con la voluntad de dar una lección a los campesinos fue tomada en el otoño, en un contexto delicado para el dictador, con la agudización de la crisis provocada por el primer plan. Sin embargo, esto no lo detuvo y su propósito se llevó a cabo con todo lo que ello implicaba. Desde un comienzo Josef sabía que no podría controlar a su propia gente una vez impartida aquella ley, pero de todos modos la decretó.

Katja permaneció escondida, aterrorizada por el incremento de soldados en la ciudad. Estuvo varios días sin comer y bebiendo pocos sorbos cada vez de un tarro oxidado en el que tenía agua bastante sucia. Esta fue una de las tantas veces que creyó que iba a morir.

Lunes 24 de octubre de 1932.

Dos comisiones extraordinarias fueron enviadas con el fin de supervisar acciones oficiales. La primera para Ucrania dirigida por Viacheslav Molotov, un hombre formal que rondaba los cuarenta y dos años de edad, de mirada cálida siempre antecedida por unos lentes ovalados y delicados, y bigotes finamente recortados; y la otra en dirección al Cáucaso del Norte, dirigida por Lazar Kaganóvich, tres años más joven que el primero, de mirada fría y bigotes puntiagudos, que en 1918 había sido designado Comisario del Departamento de Propaganda del Ejército Rojo, con el objetivo de acelerar las colectas y teniendo el apoyo de los más altos responsables de la KGB.

Al llegar a Jarkov, Viacheslav Molotov halló un escenario desolador. Si bien se estaba enriqueciendo desmedidamente con los botines de las expropiaciones, no pudo evitar sentir una enorme pesadez al ver el fruto de la obra de la cual él, era uno de los principales artífices. Aquel ensordecedor panorama se ajustaba a una escena macabra guionada con una crueldad extrema.

Katja salió a hurtadillas de su escondrijo. Había estado rapiñando alimentos durante días, los cuales llevaba a la casa de los Welnkens donde se alojaba oculta en el sótano. Había hecho un hueco detrás de un armario al que se accedía quitándole la madera del falso fondo, y allí escondía sus dibujos y pinturas. Calculó la comida que le quedaba para unos dos días más. Llevaba una cuenta meticulosa de lo que comía y de cuánto debía juntar. Revisó sus pinturas una vez más y las regresó al lugar donde había decidido que se iban a quedar.

Las calles eran un lugar peligroso, soldados deambulando por doquier, podían cazarla en cualquier momento, gente convertida en caníbal estaba al acecho de apetitosas víctimas de carnes tiernas como la suya. Ya casi no oía las voces de los moribundos. Llevaba como una hora de camino incierto observando la tierra y a los animales domésticos que exhibían la desnutrición cuando el hambre guardaba calma en sus oníricas esperanzas. Al llegar a una oscura esquina, algo como relámpago le arrebató la calma, un grito, un terrible y abominable sonido de lamento. Siguió en su dirección y ya frente a una casa bien constituida, el sonido otra vez se hizo sentir, luego un vidrio roto y un estallido que llenó el espacio vacío sobre la espesura de la noche. Sus ojos se sobrecargaron de lágrimas. La impotencia de sentirse insuficiente frente a un muro y una fortaleza nefasta hizo que sus rodillas cedieran al estupor dejándola tendida sobre la tierra húmeda de una calle que jamás se vio tan necesitada de un héroe que pudiera acabar con la soberbia del poder que todo protegían, que lo hacían con quien sin corazón ni sangre destrozaba las mentes y entumecían el alma con hematomas, fracturas y contusiones agravadas por el impacto que daba la vida, que era el impacto que nunca sanaba. Quiso gritar, pero su garganta parecía arrancada de su cuerpo, enterrada en una tumba en medio de un desierto. No pudo moverse y por un instante solo vio oscuridad. Cuando logró recobrar la consciencia le pareció no estar en aquel sitio.

Se sintió morir. Vio que se había alejado mucho de la casa, pero debía continuar. Se puso de pie, agradecida por no haber sido hallada por nadie en los momentos que estuvo tendida en el suelo. Sentía que más adelante alguien la esperaba.

Miércoles 9 de noviembre de 1932.

Josef Stalin puso la mano en el picaporte de la puerta de su habitación para darle una explicación que incluso a él le sonaba poco convincente, aun cuando la estuvo ensayando frente al espejo, en voz baja durante varios minutos. De todas maneras, su esposa debería acatarla. Él era el hombre de “acero ” y ella lo sabía sobremanera. Ni bien entreabrió aquella puerta pudo ver a Nadezhda sobre la cama sosteniendo un revolver en la mano. Estaba muerta. Se había suicidado. Su matrimonio siempre había sido tenso, los entredichos se habían tornado cada vez más frecuentes y arduos. Y esa última discusión frente a todos había sido el detonante.

Desde que había conocido a la que se convertiría en su segunda esposa en 1919, supo que un destino trágico marcaría su vida. Los suicidas mantenían ese temperamento crucial que indicaba que en ellos todo estaba resuelto de antemano, siempre tenían esa opción ante situaciones que los desbordasen, y eso les otorgaba una significativa ventaja sobre cualquier episodio o sobre el resto de los mortales. Nada les incitaba a entrar en pánico o desesperación, pareciera que esa desesperación semejava en ellos una emoción tan superficial como la alegría de un infante al recibir una paleta. Y casualmente Nadezhda era una de esas mujeres que parecían estar al borde del abismo en todo momento, pero manteniendo una calma inusitada y a su vez enloquecedora. Quizás no pudo tolerar más la presión que sentía al lado de aquel hombre y terminó apresurándose a ese piélagos descomunal de dudas y desintereses.

Quiso llorar la muerte de su compañera, el acero al fin se doblegaría. Era imposible no pensar que toda la culpa recaería sobre él, sobre sus actos. Nadie que se siente lo suficientemente valorado y querido llega a esa determinación. Había descuidado a su mujer.

Josef había ordenado sistemáticamente los aumentos en las cuotas de producción de comida, medida que se llevó a cabo hasta el agotamiento de los suministros en los graneros ucranianos. La cosecha de trigo de 1933 se vendió al mundo a precios muy por debajo del mercado para agotarla. Muchos escritores calculaban que la cosecha de 1933 podría haber alimentado durante dos años a la población de Ucrania, a la cual llamaban el granero de Europa. Pero muy pocos se atrevieron a publicar sus informes.

La policía se apropiaba de todos los alimentos que encontraba, estos eran considerados propiedad del estado. En un primer momento los Estados Unidos y Europa enviaban cargamentos de comida para ayudar al pueblo ucraniano, pero el gobierno ruso los secuestraba tácitamente.

—¡Incineren el cargamento! —Ordenó un alto mando del Ejército Rojo. El mundo debía ver que nadie podía ya, ayudar a Ucrania.

Con la caída del imperio zarista en 1917, Ucrania había proclamado su total independencia el 22 de enero del año 1918. Pero la historia demostraba una vez más, que la independencia estaba muy lejos de ser una realidad. En 1928 Josef “Stalin”, tomando el control absoluto de URSS, hizo que se arrestara, fusilara y deportara a Siberia a líderes religiosos, intelectuales, científicos,

estudiosos, artistas y poetas.

En 1930 se ordenó que las tierras de los Kulaks y todas sus pertenencias fueran confiscadas por el estado, las cuales se transportaban en los llamados trenes verdes. Cientos de productos alimenticios desde granos para semilla, hasta pepinos salados, chucrut y tomates, eran llevados desde Ucrania a centros industriales de Rusia, la mayoría de ellos se habían dispuesto para los festejos de Octubre. Dejando a los ucranianos condenados a una muerte segura.

Katja observaba escondida en su refugio los atropellos cometidos por las fuerzas militares. Un caballero de armadura dorada le había indicado cómo entrar allí. Se había vuelto invisible a los ojos de los guardias y solo ella podía escuchar su voz.

—Aquí nadie te encontrará jamás. —Cuando acabó de pronunciar estas últimas palabras desapareció llevándose su sombra y su aura imperceptible consigo, como si desdoblase con su aliento los encantos que allí estaban ausentes y los arrastrara tras de sí.

Y vaya si le había dado resultado. Las huestes de los maléficos Trolls invadían la ciudad muy a menudo, pero ella siempre llegaba a tiempo para esconderse y para esconder los granos y alimentos en mal estado que conseguía.

Por orden del gobierno se prohibía todo tipo de comercio en las aldeas, se impedía el abastecimiento de productos alimenticios, y se perseguía y condenaba a diez años de prisión o fusilamiento cualquier forma de utilización de pan como pago.

En 1933 morían veinticinco mil personas por día, ya de hambre, ya de Tifus, ya de asesinato. Mientras el ex primer ministro de Francia, Edouard Herriot, el escritor inglés George Bernard Shaw y el columnista del New York Times, Walter Duranty, ganador del premio Pulitzer, negaban el hambre en Ucrania. Solo ellos sabían los motivos para negar una realidad tan rotunda. Miedo, conveniencia, falta de fibra moral. Ninguna de esas excusas pudo haber convencido a Katja de nada, pero para quien no debía padecerlo, hacer la vista gorda se conseguía tan solo con girar la cabeza.

Solía despertar vacía de recuerdos y falta de realidad, por unos instantes ella no era Katja, ni era huérfana y no vivía en Jarkov o Jarkiv como solían llamarle los extranjeros. En los momentos en los que su cabeza desvariaba, podía perderse en esas realidades alternas a las que accedía, pero, aunque le hubiera encantado refugiarse en la locura, todavía no estaba lo suficientemente resignada para hacerlo. Eso significaba la muerte y morir no estaba en sus planes. Caía en su cabeza un extenso casillero de fichas que le rememoraban la consciencia, la sacaban de ese estado límbico y la introducían de lleno en su condición, de allí todo se armaba a medida que ella emprendía la cotidianeidad. El asfalto se iba rellenando a su paso, los ladrillos de las casas se apilaban de a poco levantando paredes, los árboles germinaban y crecían en instantes... todo ello para descubrirle el evento trágico de la subsistencia pura y llana.

Por aquellos días descubrió la casa de una familia masacrada, hurgó por todos los sitios y debajo de una de las camas, encontró que había un hoyo tapado por una ancha madera cubierta tierra arriba. En el mismo, envuelto en paños, y dentro de una caja, había pan, un pan reseco que Katja no dudó en comer de manera alborotada, luego se arrepintió y pensó en los días venideros. No sabía si volvería a contar con tanta suerte, motivo por el cual desistió de seguir comiendo y

decidió guardar algo para después.

Todavía recordaba a los dos duendes de los que se había alimentado, que ya eran osamentas que apestaban en aquella sala. Debía sacarlos cuanto antes y esconderlos en la habitación más grande, pero corría el riesgo de ser vista.

Era tal el miedo que tenía a ser descubierta que lloraba siempre que se encontraba en alguna situación que pudiera ponerla en riesgo. Sus lágrimas, muy a pesar de su edad, contenían una sabiduría inigualable, en ellas reposaban horas interminables que pudieron haber hecho envejecer los tiempos mismos, marchitaban las profundidades del pensamiento dejando marcas de longevidad en cada instante vivido.

Jueves 24 de diciembre de 1932.

No podía creerlo. Sus amigos los ratones mágicos y anteriormente aquel caballero dorado y el príncipe Scarlatta le habían dicho que allí nadie podría encontrarla. Su escondite era perfecto. Trató de tranquilizarse, aun no la habían descubierto, aunque estaban muy cerca. Solo debía permanecer quieta y en silencio por el tiempo que fuese necesario. Calculó, por el ruido de zapatos que hacían contra el piso de madera y las voces, entre cuatro y seis soldados, no más. Hablaban de llevarse los cuerpos, y ella enseguida supo que se trataba de los duendes putrefactos que ya no servían más como alimento. Quiso creer que solo estuviesen haciendo limpieza, pero definitivamente no era eso. Habían dejado pasar cuatro meses para venir a ordenar aquel desastre. Lo peor se cruzó por su mente: “Se instalarían allí, pondrían una base de operaciones como ya habían hecho con algunas casas”. Pero esta era muy humilde para ser utilizarla para ese fin. Sea como sea, estarían allí por algún tiempo que, para Katja se volvería eterno. En padecimiento del hambre, cada segundo era una pesadilla inigualable.

Las dificultades diplomáticas para arribar a Ucrania por parte de ciudadanos norteamericanos solo podían ser sorteadas con una gruesa suma de dinero para sobornar a los empleados estatales. Shannon y John Esler habían decidido viajar a ese país. Un viaje atípico de unas vacaciones al centro del infierno.

Fueron directamente a conocer la ciudad de Jarkov. Trataron de no mirar hacia los costados. Era incluso más difícil ignorar todo el horror que tratar de no respirar.

Uno de los tenientes les ofreció la casa de los Welnkens y ellos aceptaron, era una magnífica propiedad y la adquirieron por menos de un cuarto de su valor real. Dos soldados de bajo rango tuvieron que limpiar la casa de los cadáveres y regar con lejía el lugar para que la podredumbre no se sintiera.

Viernes 25 de diciembre de 1932.

La mañana del 25 de diciembre Shannon soñaba profundamente con la casa de sus padres cuando era niña. Su presencia fue una imagen imposible de divisar. Se encontraba boca arriba sobre un viejo camastro en cuyos hierros rezongaban los años, apenas alumbrado por una lámpara engañosa en su función, y lo que aquel cuarto contenía no lo recordaría luego, no podía saberlo sí ni siquiera le importaba estar bajo un techo que la resguardara de las inclemencias del clima y la soberbia de los años bajo una estrella distante. De pronto algo la despertó de golpe, un sigiloso paso furtivo dentro de la habitación. Acomodó su posición en la cama, sintió un pequeño escalofrío y pensó en despertar a su esposo. Dentro de aquel infierno podría esperarse cualquier cosa. Cuando agudizó la vista por sobre el manto de la oscuridad de aquella habitación, pudo verla con detenimiento, de pie junto a la mesa de hierro, dispuesta a correr lo más rápido que sus pequeñas piernas le permitieran. Shannon dirigió sus ojos a la ventana lateral de la habitación y divisó un grupo de soldados que se divertían golpeando a un hombre en la cabeza con las culatas de sus rifles alumbrados por una farola. Enseguida corrió la cortina impidiendo ser vista. Y, entonando un ucraniano torpe, le dijo a la niña que no tenía nada que temer, que no estaban allí para hacerle daño, sino que iban a ayudarle.

Shannon era una estudiante de periodismo que había decidido ver con sus propios ojos lo que le habían contado que ocurría en aquel lugar, y decididamente le habían informado mal, la situación era mucho peor. Ocultando sus posturas políticas y con la excusa de querer comprar alguna propiedad que hubiese sido expropiada, llegó junto a su esposo sin retardos a destino, salvo por el pequeño altercado donde los retuvieron por algunas horas hasta que finalmente les abrieron el paso. Shannon había saludado a un teniente extendiéndole la mano aun enguantada, era un claro signo de descortesía, el soldado lo advirtió y la miró con desdén, por alguna razón ciertas personas no podían esconder su descontento en esos mínimos detalles que pudieron haberle costado muy caro. Las preguntas comenzaron a intensificarse y la pareja americana se vio en aprietos, hasta que el esposo mostró varios dólares más a aquel soldado que se había sentido ofendido y todo el inconveniente se solucionó al instante.

La niña quería creer con todas las fuerzas de su corazón lo que aquella mujer norteamericana le estaba diciendo, pero la última vez que había confiado en alguien quisieron comerla viva, y aún tenía la cicatriz en su brazo. Se lo rascó suavemente como un impulso de su cerebro por recordarle que confiar en las personas podía costarle la vida.

Y Shannon hizo lo más lógico que podía hacerse en esos momentos, lo mismo que se hace con un animal hambriento: ofrecerle comida. Le extendió un chocolate al que solo le faltaba un trozo.

Katja se dio cuenta de que al menos no quería comerla, y que alguien que le daba comida no podía ser otra cosa que una amiga, y también pensó que un soldado del Ejército Rojo no se vería tan bonita y bien cuidada como esa señora. Todos esos pensamientos la convencieron para acercarse, tomar el chocolate y devorarlo, aunque no dejó de mirar a Shannon en ningún momento.

John estaba desconcertado por la petición de su esposa. Luego de haber degustado una deliciosa cena, la desconfianza de Katja había desaparecido casi por completo. De todos modos,

mientras deglutía bocado tras bocado no les quitaba la vista de encima a ninguno de los dos. Conforme pasaban las horas, Katja comprendía que las intenciones de aquellas dos personas eran buenas. Comenzó a sentirse más segura, pero estaba dispuesta a clavar el cuchillo a él, el tenedor a ella y a salir corriendo en cualquier momento.

Shannon le dijo a la niña que durmiera en la cama principal, pero Katja se negó. Se puso contra la pared y atinó a correr hacia la puerta.

—No, no huyas... si sales te matarán. No te haremos daño, lo prometo —dijo la mujer con palabras emocionadas.

Katja respiró profundo. Era una situación que iba a sorprenderla de momento a otro: la muerte o la muerte. Debía arriesgarse a confiar, afuera la muerte era segura, allí cabía la posibilidad de que esa mujer estuviera diciendo la verdad.

Obedeció y se fue a dormir, llevándose el cuchillo con ella. Si tenía que morir iba a hacerlo peleando.

La pareja había tomado la decisión de llevarse consigo a Katja a los Estados Unidos de Norteamérica. Solo faltaba convencer a la niña de que fuese con ellos.

Sábado 26 de diciembre de 1932.

La mañana siguiente prepararon pan tostado con una mermelada de arándanos que había traído de Estados Unidos. Sabían que allí no la conseguirían y para John un desayuno sin arándanos no era un desayuno.

—Vendrás con nosotros —asumió Shannon, sirviéndole el té a la niña. Las palabras le sonaron un largo rato en la cabeza. Si quisieran violarla como habían hecho los soldados del Ejército Rojo con todas las demás muchachas de Jarkov, ya lo hubieran hecho, si quisieran entregarla a las autoridades ya lo hubieran hecho, si quisieran matarla, no la estarían alimentando. Solo quedaba la opción de que realmente querían ayudarla...

La pareja mantuvo una conversación en inglés y Katja no entendía una sola palabra de lo que hablaban, pero cuando le preguntaron si quería irse bien lejos de allí, comenzó a llorar y fue a su encuentro abrazándolos a ambos fuertemente. No quería que la soltasen jamás.

El contacto que tenían dentro del Ejército Rojo les facilitó la tarea de sacar a la niña del país, advirtiéndoles que solo era posible a través de Rumania y que tardarían una semana y media aproximadamente en llegar a Constanza y luego de allí por el Mar Negro podían salir sin problemas. Les consiguió, además, la documentación falsa de la niña, para poder sacarla como si se tratase de su propia hija.

Martes 29 de diciembre de 1932.

Ya habían visto suficiente en esos pocos días como para escribir por el resto de sus vidas. No era necesario ni tampoco aconsejable continuar allí.

Katja dejó escondidas sus pinturas en el sótano de la casa de los Welnkens. «Algún día regresaré por ellas» —pensó en su inocencia. Shannon le consiguió algo de vestimenta apropiada para poder salir sin llamar la atención de una de las tiendas abandonadas que había en el centro de la ciudad. En realidad, sus dueños estaban demasiado famélicos para atender y nadie se preocupaba de la ropa cuando no había qué comer.

Cuando estaban saliendo de la casa, Katja dirigió la mirada sobre la vieja chimenea que separaba un improvisado almacén, vio una fotografía de las hermanas Constanze y Clarice, y por alguna razón decidió ir a recogerla y cargarla consigo.

Al otro lado del mundo, miles de bancos y cientos de miles de sociedades mercantiles habían quebrado. La producción industrial se había reducido a la mitad, así como el ingreso agrícola y los salarios. Ya nadie invertía en nada, y uno de cada cuatro trabajadores estaba desempleado. Había comenzado el 24 de octubre de 1929, en el denominado «Jueves Negro», una oleada de ventas de acciones provocada por el pánico originó un quiebre en la Bolsa de Valores de New York. Nada pudo hacerse para detener el derrumbe en los precios de las acciones y de otros valores. Durante todo el viaje a través de Rumania John oía al conductor del camión que los transportaba, que hablaba el inglés bastante fluido, contarle lo que estaba pasando en Norteamérica, mientras Shannon buscaba la manera de comunicarse con la niña. Era muy difícil por el hecho de no manejar bien el idioma ruso o el ucraniano. Armaba frases simples e intentaba ser amable con ella, pero, aun así, la pequeña parecía muda.

—Ya no tienes de qué preocuparte, estamos fuera de Ucrania —trató de darle seguridad Shannon.

—Solo cuando mi amigo me diga que estoy a salvo, lo estaré —respondió la muchacha. Shannon pensó por un momento que la cabeza de Katja desvariaba y era perfectamente entendible. Con todo lo que había vivido no era de sorprender que se hubiese vuelto loca.

El 14 de abril de 1931 en España se proclamaba la república, con la abdicación del rey Alfonso XIII de Borbón que había sido coronado a los 16 años, y ahora asumía la presidencia Niceto Alcalá Zamora. Latinoamérica entre tanto, oscilaba entre la democracia y el autoritarismo, la crisis del '29 multiplicó los golpes de estado. En Argentina provocó la caída del gobierno radical de Hipólito Irigoyen, en el Perú concluyó el oncenio de Augusto Leguía por un golpe militar fascista, tres años más tarde en Uruguay Gabriel Terra daría un golpe de estado, y ya hacía un año que en Brasil tuviera lugar una revolución del llamado “Estado Novo”, creada por Getulio Vargas.

Estado de Nevada, EE. UU., jueves 29 de marzo 1934.

El sol radiante entraba por la ventana, evadiendo las blancas cortinas de seda que se distendían acariciadas por una leve brisa matinal. Como encuadrada dentro de una pintura de Rembrandt se veía la cara de Katja desde la puerta de la habitación. Acogida por un sueño que le ascendía a las más altas cumbres de la calma. De un momento a otro, la tranquilidad se desvaneció junto con los sueños extraviados. El despertar irrumpía en las existencias una vez más, asegurando las distancias y amarrando las agujas del reloj consigo, dando a conocer la realidad imperante de que hay un destino aguardando por todos allí afuera. Hacía un año que el demócrata Franklin Roosevelt asumiera la presidencia y ya se veían encaminadas las estrategias que salvarían al país de la quiebra económica.

Cuando la pareja adoptó a Katja para brindarle una nueva vida, un nuevo comienzo; la obsequiaron con algo que ella sin terminar de comprender en su totalidad, aceptó gustosa. Le dieron su apellido. Ahora para todo mundo era Katja Esler. Así había figurado en la documentación falsa con que la sacaron de Ucrania y ahora dos años después, era auténtica.

Lo primero que la jovencita había pedido apenas arribaron a los Estados Unidos fueron los elementos para pintar. De modo que John adquirió una amplia variedad de pinturas al óleo, aceites, pinceles, bastidores y telas que le regaló a la que ahora era su hija. Shannon se deleitaba mirando a la niña pintar, parecía que en ese momento donde un artista se encontraba con su pasión, cuando la mano hallaba el objeto que canalizaba el alma misma, una simiente mágica se apoderaba de su persona generando un nimbo particular y estremecedor. Todo eso, sumado a la dicha de tenerla allí era más de lo que cualquier madre pudiera pretender.

A cada día de sobrevivir en aquellos lugares desolados, pudo comprender que ese vacío era algo que necesitaba hacía mucho tiempo. Desde esa posición privilegiada tomó conciencia de lo que era cada condena que sufría el ser humano en la prohibición y los peligros de la libertad. El que estaba libre creía que nunca había acariciado la libertad y que no le interesaban sus asquerosos tentáculos. Pero para alguien que había pasado su infancia ocultándose y luchando contra lo más esencial de la vida que era obtener alimento, empresa que a duras penas llevaba a cabo, toda esa prolongación de suplicios encendía la agitada libertad convirtiéndola en esclava.

Llegó la noche con leños encendidos, estofado de carne y cebollas, y algunas frutas de postre.

Shannon veía dormir a su hija. Era su hija, solo eso contaba. Años atrás cuando su útero había quedado inservible a causa de un cáncer de cuello de útero, donde tuvo que ser intervenida en una operación quirúrgica. Se le había desmoronado el sueño de ser madre algún día. Tenía tanto que enseñar, tanto amor para dar, que cuando en aquella tierra bañada por el horror y que había hecho descender a las personas a lo más bajo que podía descender el ser humano, vio allí parada, trémula y lacrimosa, a esa niña perdida, por su cabeza solo se había instalado una idea, para luego arraigarse con más vigor al correr de los segundos, minutos, horas y días: la llevaría consigo, la adoptaría. Y allí estaba, años después, junto a ella. Dormitaba como una princesa. No era la muchacha más bonita de todas las bellezas femeninas que solía dar como fruto el suelo ucraniano, pero era su adorada.

Miércoles 11 de abril de 1934.

En esa escuelita del pueblo de Tonopah más conocido como “Queen of the silver Camps”, en el estado de Nevada, a unos doscientos cincuenta kilómetros por la ruta 95 de la ciudad de Las Vegas, Katja descubrió que era fea. Sí, una realidad como cualquier otra. Tenía una imaginación increíble, una inteligencia sobresaliente, pero era fea. Sus facciones desproporcionadas y ásperas, y su cuerpo delgado y falto de las clásicas curvas femeninas, llamaron su atención. Quizás si no fuese una artista tan detallista y si no fuera tan buena observadora de las figuras, si no conociera los recovecos de las formas que daban belleza a los cuerpos y rostros humanos, hubiese ignorado por más tiempo aquella verdad, pero su prodigioso talento la embebió de realidad.

Tonopah, aunque los más viejos todavía lo llamaban Butler City, era un pueblo de unos pocos miles de habitantes, con algunos cerros alrededor que lo cercaban en ensueños de reclusión y amparo, donde se respiraba una tranquilidad prodigiosa, pero que era desbordante en ciertos aspectos, aunque todos estaban de acuerdo con que así fuese. Y por más que no lo estuvieran estaban atrapados allí entre la normalidad y la trivialidad.

Los primeros días de escuela fueron muy difíciles para Katja, había estado casi en aislamiento por los dos años que llevaba allí, aprendiendo el idioma y adaptándose a su nueva vida. Su madre adoptiva dedicaba varias horas durante el día para contarle la historia de Estados Unidos, sus costumbres y demás.

El cambio fue difícil. Mientras se convive con el horror, el ser humano se adapta a dicha situación particular porque su cerebro acepta esa realidad como impostergable y única. En cuanto se le traslada a un escenario normalizado, los reajustes son catastróficos. Por primera vez se toma real consciencia de lo que se estaba viviendo y la mente conecta con una forma de caída libre por la nueva circunstancia que impacta los sentidos y los hace tambalear, haciendo sentir todo el peso de la pesadilla. Porque si la mente acepta el nuevo contexto como normal tiene que, irrevocablemente, incorporar que aquello que vivió fue terrorífico, y esa debacle que desfila por la cornisa de la cordura y la demencia, debe cobrar una fuerza que endurezca el espíritu para evitar la depresión o el colapso.

Sus compañeros la humillaban constantemente, y cuando a los niños se les ocurre tomar a uno en particular como blanco de sus burlas y crueldades, cada instante torna la situación más espesa. Al principio fue por su mala pronunciación, hasta que finalmente las bromas se centraron en su fealdad. Ella fingía que no le importaba, pero un temblor de impotencia contra la naturaleza, contra el mundo y contra su maldita suerte, la recorría por dentro obligándola a que las lágrimas se asomaran por los ojos. No las dejó brotar hasta que no llegó a su habitación. «¡Qué injusta es la vida!» —Pensó.

Sin embargo, cuando se preparaba a pintar, todo lo que el espejo reflejaba desaparecía; allí, en ese mundo que era su mundo, todo era perfecto, todas las cosas eran como ella las disponía. Ese era el único lugar donde no se hacía daño, donde nadie podía lastimarla, hacerla a un lado, discriminarla o degradarla. Allí, ella era realmente hermosa y no había quien pudiera quitarle esos instantes donde el fluido de la acción misma la hacía confundirse con su obra. Su

imaginación había sido siempre su vía de escape, su salvación. Gracias a ella conservaba la cordura, la integridad y la vida.

Viernes 11 de mayo de 1934.

Fue entonces que comenzó a obsesionarse con Eleonora, la muchacha más bonita del colegio. Era hija de mexicanos, pero nacida en Estados Unidos. Sus padres habían vivido primero en Round Mountain, un pueblito más pequeño, siete millas hacia el noreste, y luego decidieron quedarse en ese encantador lugar que en lengua de los Shoshone del oeste significaba “algo de agua y algunos árboles”. Para Eleonora todo había resultado más sencillo, la belleza era sin duda un poderoso pase de acceso a las simpatías de los desconocidos. Cuando todos los niños quieren ser tus amigos, cuando todo mundo está dispuesto a ayudarte y complacerte, las cosas pueden resultar tan cómodas para un recién llegado que lo hacen sentir como si estuviese en su hogar.

Como un extraño revoltijo de dudas e incertidumbres que se condensaban dentro del remolino de sus emociones y razones, descubrió otra cosa más acerca de su vida: le gustaban las mujeres. Comenzó envidiando la suerte de Eleonora de ser tan bella, luego se decidió por dejar la envidia y simplemente admirarla, era una criatura realmente increíble, tanto mujeres como hombres, todos querían permanecer cerca de Eleonora.

Ella fue su primer amor. Un amor irritado por las sobras de lo inalcanzable. De lo vertiginoso del abismo insalvable que existía entre esos dos seres.

Sufría de manera gélida por la incomodidad de no sentirse conforme con su cuerpo. No podía imaginar quién podría fijarse en ella, cómo podría llegar a enamorar a alguien, quizás era demasiado inteligente y talentosa, quizás estaba por encima del amor, o su carácter y obsesiones tal vez ahuyentarían a mujeres simples que solo soñaban con casarse de blanco, criar a sus hijos, malcriar a sus nietos, envejecer y morir.

Trataba de no pensar demasiado en sí misma, en cambio sí de pensar en ella. De soñar con besarla, tocarla y recorrer todo su cuerpo perfecto, como el de una joven perfecta de catorce años.

Jueves 5 de julio 1934.

I know you'll think « where's the heat? » there's always a star shining for you.

Another dream starts today.

Remember that in your soul it rains to bloom.

And I always fled, today I'll stay.

And I believed. I'd never see again.

that star that shines for you.

It will guide you to the end, it will be with you.

El locutor en el radio acabó de leer aquella poesía alentadora. A Katja ciertamente le encantaba oír ese tipo de mensajes y cada tanto recordaba con nostalgia incomprensible algunas circunstancias de Jarkov, aquella ciudad donde muy a pesar del hambre, podía soñar; donde aún no era consciente de su fealdad y de que jamás, por este impedimento, lograría concretar el sueño de toda mujer, de hallar a su príncipe azul, o como ella hubiese preferido: a su princesa rosa.

Contrariamente con este tipo de cosas que le enternecían el corazón y le llenaban el alma de dicha y de ansias de triunfo, estaba su estado actual. El sentimiento de fealdad la estaba llevando a convertirse en una persona taciturna que convivía con el aislamiento, no quería tener amigos, la gente le molestaba. La escuela era simplemente una tortura diaria. Pensó en pedirle a su madre que no la enviase más, pero algo en su fuero interno la hostigaba a continuar, a superar aquel obstáculo, algo estaba despertando en su espíritu que jamás la dejaría dar marcha atrás. Y, por otro lado, no podría soportar dejar de ver a Eleonora, quien le recordaba a la belleza sin igual de Psique, arrancando suspiros con su figura angelical que se perfilaba a desarrollar un cuerpo endiosado, encandilando almas con esos enormes y hermosos ojos color verde esmeralda que despreciaban a cuanto pretendiente se le acercara, arrastrando corazones a la desesperanza, tanto viejos, jóvenes como niños.

Eleonora nunca hablaba sinceramente de su familia con nadie, cuando le preguntaban por la misma, aducía que habían muerto todos en un accidente automovilístico, a otros les decía que su padre los había abandonado y su madre había fallecido de sífilis, a otros que había sido dada en adopción y que vivió en orfanatos hasta el momento. Inventaba todo tipo de historias y llevaba minuciosa cuenta de a quien le había contado cada historia. O su memoria era extraordinaria o tenía un diario en el cual anotaba el nombre de la persona y lo que le había contado a la misma, ya que nunca se equivocaba, y cuando alguien le preguntaba por qué había relatado a otra persona una historia diferente, ella solo decía: “la verdad solo te la he contado a ti, a los demás les invento historias porque no me interesan, cree lo que tú quieras”. Y de esa manera se retiraban

contentos de suponer que la chica más bella de la escuela había compartido su secreto solo con ellos. Lo cierto era que a Eleonora jamás su madre o padre la habían pasado a recoger por la escuela. Una tutora se encargaba todas las tardes de buscar a la niña, le sostenía la cartera y se iba caminando a su lado perdiéndose en las praderas y arrastrando con ella los sueños de amor de todos.

Domingo 15 de julio 1934.

Anhelaba las desgracias, pensaba que necesitaba muchas para lograr la atención de Eleonora, lo único que se sabía con certeza era que había perdido a su familia y aunque ella tenía una situación mucho más complicada a cuestas, no quería incomodar de ninguna manera a sus nuevos padres, que la habían sacado de aquel infierno y para quienes era su consentida, pero tenía la torpe ilusión de que así podía llegar al interés, a la piedad, a la compasión de Eleonora. De modo que la única cosa que pudiera llegar a acercarla o unirla estaba descartada.

—He oído que tus padres murieron en el terrible régimen comunista, aquí odiamos a esos cerdos —decía Eleonora en una charla ficticia.

—Yo también los odio —respondía Katja en su imaginación.

Con qué facilidad brotaban las palabras de su boca en sus fantasías, con cuanta elocuencia emanaban las frases, lo mismo que las aguas de un manantial, cuán diferente era la realidad, qué lugar hostil era la verdad.

No podía hablar con ella. Sabía que iba a rechazarla. Y no soportaría enfrentar tal desprecio, prefería mantenerse invisible para ella y de ese modo la felicidad, aunque más no fuese solo en sus quimeras, sería eterna.

No obstante, no podía dejar de verla, conocía su rostro de memoria, cada una de las líneas que formaban el contorno de su cara, la profundidad de sus pómulos —donde todo artista sabe que está la diferencia crucial en un rostro—, su pelo fino y sedoso, su nariz perfecta, sus labios exquisitos y todo junto, conformando una delicia para los ojos de quienes tuvieran la suerte de contemplarla. Regresaba de la escuela como impulsada por una impaciencia compulsiva que la obligaba a precipitarse sobre algún lienzo y a dar forma a paisajes de ensueños donde la protagonista era una doncella tan bella que era difícil describir con palabras. Solo la subjetividad del amor que Katja sentía podía dilucidarla.

Mientras producía aquellas obras con singular pasión y entrega, se preguntaba si Eleonora acabaría como Psique, pero le parecía imposible. Ajustaba las horas a la inconsistencia de sus sueños, pálidos y ya sin relieve, como una bella y solapada vergüenza de reconcomios paralizados, ya no con el reloj disminuido, más sí con las horas apretadas, contenidas en sus desesperaciones por falta de tiempo volátil, ese que desaparecía en los momentos de placer, de comunión, de éxtasis o de entrega. Si alguien le había prestado las lágrimas no se las devolvería jamás.

Miércoles 12 de enero de 1935.

Los Estados Unidos se habían convertido en la primera potencia mundial, tanto por la estabilidad de sus instituciones como por la solidez de su economía. Por aquel tiempo en Gran Bretaña crecía el prestigio del Mahatma Gandhi, un hombrecillo que ganaba más y más adeptos y fuerza, solo con el lema de la no violencia, y Katja no podía encontrar algo que la hiciese sobresalir de alguna manera tan extraña como aquel.

«La no violencia» —pensaba. Una simple forma de afrontar los hechos, le daban prestigio a un hombre que de otro modo sería insignificante y pasaría inadvertido por todos.

La sensación de ser fea era, para una mujer, una desdicha despiadada. Pocos eran los minutos que Katja podía pasar frente a un espejo sin deprimirse, sin sentir que no valía nada. Cuando en la escuela las miradas de todos se agolpaban hacia Eleonora, sentía una tragedia inédita. La genética era algo que maldecía o bendecía a las personas, las colocaba en un lugar en el mundo que nadie podía restituir.

Mostrando una alegría reluciente, Shannon regresó de la tienda. Golpeó la puerta de la habitación de Katja y luego de oír la voz de su hija invitándola a entrar, atravesó la misma y se quedó observando cómo desplegaba su arte en aquella pintura. Verla trabajar era realmente admirable, sus dedos deslizaban los pinceles sobre la tela de una manera tan delicada y precisa que cuando se la observaba, se podía figurar que los resultados fueran los que obtenía. Finalmente se sentó detrás de ella.

—Nos mudamos a Las Vegas —expresó Shannon con entusiasmo. No el mismo que mostró Katja. Si bien la idea de mudarse a una ciudad de verdad era tentadora, tener que olvidarse de Eleonora no le agradaba demasiado.

Las personas se deprimían sin motivos aparentes, por cosas sin sentido y acudían a las drogas, el alcohol y demás distracciones, olvidándose de experimentar ese proceso crucial, y por lo tanto jamás aprenderían cómo controlarlo, cómo evitarlo. Evadían sensaciones naturales en el ser humano como los celos, la envidia, la tristeza, y tantas otras emociones, obviando que sin el reconocimiento nunca vendría el aprendizaje. Katja, sin embargo, sí tenía motivos suficientes para deprimirse, pero elegía luchar. Por alguna razón que siquiera ella misma comprendía, apostaba a su vida y a su futuro con un palpito inaudito.

Ciudad de Las Vegas, Nevada, viernes 3 de marzo de 1939.

Luego de una sangrienta guerra civil, el general Franco, auxiliado por Hitler y Mussolini, quienes le brindaron armas y tropas, había tomado el mando de España. La lucha entre “nacionales” y “leales” tuvo como consecuencia: torturas, prisión, saqueos, muertes y violaciones a niños, ancianos y mujeres. Mientras que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, impedían que recibiera la ayuda que necesitaba, Franco recurrió a Stalin, quien no dudó en enviar armas y asesores militares. La victoria de Franco en Madrid fue el puntapié que afirmó el fascismo, y alentó a Hitler que ocupó el resto de Checoslovaquia.

Mientras el mundo mantenía sus ojos puestos en los sucesos de Europa, la joven Katja con tan solo diecisiete años, había adquirido una facilidad extraordinaria para volcar en lienzos, todo aquello que atravesaba por su imaginación, sin embargo, pintando bellezas nunca había conseguido ser admitida en ninguna exposición, Shannon se había ofrecido a pagarle el alquiler del lobby del hotel Mizpah para organizar una allí y ella aceptó. No hubo mucha concurrencia y no vendió un solo cuadro. Regresó a su casa con una frustración que la obligó a encerrarse en su cuarto. Cuando las cosas no salían como una persona esperaba, el detenerse a pensar en todos y cada uno de los por qué, el indagar al destino y las ordalías, llevaban a la indefectible noción de que quizás no iba a alcanzar su sueño jamás. Un sepulcral silencio le acompañaba en este proceso donde la mente se desprendía del tiempo, desorientada y exhausta, calcinada por la fermentación de las ilusiones. La vergüenza se erguía escoltada por el miedo de nunca ser, fortalecida por una pena lastimosa que acompañaba todo ese evento a un intranquilo reposo del que no se quisiera despertar.

Katja Esler estuvo varios días cabizbaja. Atesorando un decaimiento por momentos lastimoso, por momentos distante. Pero eran sus sueños los que estaban en juego, eran su “todo”. No había más nada para ella. Sus sueños la habían acompañado desde siempre, le habían ayudado a soportar la muerte de sus padres, le habían regalado amigos en medio de la soledad más absoluta, gracias a ellos había sobrevivido a una infancia que era lo más parecido al fin del mundo. Podría renunciar a la existencia antes que a sus sueños.

Domingo 27 de agosto de 1944.

La radio anunciaba que Mussolini había sido fusilado. Katja apagó el aparato y salió de su trabajo en la tienda de discos del centro de la ciudad. Lo había conseguido hacía unos pocos meses, necesitaba sentir que estaba ayudando de alguna manera con la economía de su casa y a sus padres a los que les debía tanto. Solo que cada día en ese lugar sentía que su vida escapaba y que ella no pertenecía allí, necesitaba unir sus sueños con la realidad ya que el retorno a su hogar era la frustración más grande que podía experimentar. Cada día que transcurría en la ausencia de la vida que quería, era un desperdicio de tiempo.

Quien habitaba en una mansión y era dueño de un automóvil de lujo, tenía casi siempre un alto concepto de sí mismo, quien venía de los tugurios, quien no contaba con un transporte propio y nunca tuvo más que hambre, miseria y soledad, casi siempre se consideraba poca cosa, pero para una artista de la talla de Katja Esler todas esas vicisitudes no le impedían valorarse como nadie. Para ella la vida solo cobraba sentido en un único momento, cuando su obra fuese reconocida. No había más. Quedaban de lado los lujos, las mansiones, automóviles, viajes por el mundo y demás, lo mismo ocurría para el hambre, la pobreza y el horror que vivió de niña. Todo, incluso el mundo, desaparecerían el día que su deseo fuera cumplido.

El trabajo en la tienda de discos era poco para ella. Estaba desubicada y cada día allí era una frustración innecesaria. Salió a dar un paseo durante la tarde, luego de salir de ese lugar, se sentó en un banco de la plazoleta y allí meditó por largo rato tratando de hallar una respuesta inmediata. Varias palomas se acercaron a sus pies, revisó su cartera en busca de alguna galleta, pero recordó que no traía ninguna. Pensó en Ucrania, en el hambre, en toda esa basura, para intentar sentirse bien con su presente, pero la disconformidad estaba tan apegada a su personalidad que no tuvo efecto alguno. Necesitaba algo más para sentirse bien consigo misma, algo que no podía dárselo ningún ser humano o ninguna suma de dinero.

Lunes 30 de abril de 1945.

El mismo día en que Hitler se suicida y luego de que la expugnación de Okinawa resultase determinante para decidir la destrucción de Hiroshima y Nagasaki con bombas atómicas, terminando una guerra que le había costado a la humanidad cincuenta millones de muertes, Katja permanecía absorta del resto del mundo, distraída en las obsesiones que taladraban todos sus actos cotidianos volviéndolos insostenibles. Pensó en la depresión muchas veces y concluían sus ideas en afirmar que nunca se dejaría caer por ese hoyo insondable que había acabado con las fortalezas de tantos otros que se habían dejado morir o suicidado allá en su vieja Jarkov.

Si bien su talento se vio reflejado en sus obras a muy temprana edad, su crecimiento artístico fue notable gracias a su exhaustiva capacidad de autocrítica. Según ella, a sus obras siempre les faltaba algo o siempre podían mejorarse, solo que a veces consideraba que por su capacidad limitada no era quien podía mejorarlas y necesitaba seguir aprendiendo.

Iba a renunciar a su trabajo. No toleraba más aquel lugar. La música no le daba la más mínima satisfacción. Contaba con el apoyo incondicional de su madre que ya era mucho decir. Una suerte que no tenían la mayoría de los adolescentes que aspiraban a algo más grande que formar una familia y tener una vivienda.

Martes 15 de mayo de 1945.

Festejaba su cumpleaños número veintidós cuando de pronto una vieja palabra surcó sus pensamientos: “Holodomor”. Desde niña que no la oía pronunciar. Los viejos la repetían sin descanso por aquel tiempo. Y allí recordó sus antiguas pinturas, esas que había dejado escondidas en casa de los Welnkens y se preguntó: “¿Cuánto valdrían aquellos cuadros que entremezclaban la fantasía con la realidad? Sin duda con una buena publicidad donde se explique su origen podría ser un pasaje al reconocimiento de su arte. Pero no iba a poner a sus padres en gastos, ya estaba mayor y ahorraría el dinero para ir por sus propios medios de regreso a Ucrania.

Domingo 16 de septiembre de 1945.

Franklin Roosevelt muere después de más de doce años de presidencia. En todo el estado de Nevada la industria minera, que era una de las principales fuentes de trabajo, había caído precipitadamente y el país entero pronosticaba “hambre venidera”. Katja los escuchaba hablar en las tiendas y sonreía por lo bajo, ninguno de ellos se acercaría jamás, siquiera un ápice a lo que en realidad significaba padecer hambre.

Escondida y ajena dentro de un expreso. Miraba el paisaje a través de la ventana del tren, había decidido hacía tiempo hacer un viaje improvisado, tomar un tren sin tener un destino determinado, sino más bien bajar en alguna estación pintoresca y conocer el pueblo que la rodeaba. Los lugares desconocidos tenían ese encanto único que los emparentaba con una impalpable libertad, que solo se disfrutaba en las lejanías.

Observaba la fotografía mientras el sonido del expreso le concedía una especie de trance hipnótico. Esa misma fotografía que había traído consigo el día que sus padres la adoptaron. En ella estaba impreso un parque en Jarkov, había estado allí, sus ojos se perdían en los retiros impalpables de un papel fotográfico, y en un primer plano las hermanas Clarice y Constanze se abrazaban la una a la otra. De pronto sintió los frenos de metal crujir contra las ruedas y descendió del transporte a visitar un pueblo perdido de calles muertas de miseria y olvido. Allí no eran bien recibidos los forasteros. A todo aquel que bajase de ese tren se le trataba con hostilidad, si se le trataba. Era como si creyesen que cada visitante viniera a juzgar sus costumbres o modos de vivir. Nadie hablaba cuando ella estaba cerca, las conversaciones se apagaban lentamente a su paso. Al fin, aturdida de tanta inclemencia decidió regresar a la estación a esperar nuevamente el tren. Y mientras tanto sacó su cuaderno de bocetos y comenzó a dibujar algunas ideas que más tarde se convertirían en obras.

Aun no tenía la respuesta a sus inquietudes, no sabía cómo alcanzar sus sueños, tan distantes como una estrella, pero al menos esos paseos la mantenían ocupada en su tarea, no sentía que estuviera perdiendo el tiempo cuando pensaba en la manera de llegar a su objetivo. Y la idea de visitar Jarkov era cada vez más insistente dentro de su cabeza.

Sábado 15 de mayo de 1946.

Había ahorrado y esperado durante un año para pagar su pasaje. Se había decidido a volver a Jarkov, necesitaba recuperar sus antiguas pinturas. Siquiera las recordaba, pero algo dentro de ella le decía que eran fantásticas. De pronto las imágenes de aquel desolador paisaje de su pueblo hicieron un recorrido demoledor a través de sus entrañas, depositando congojas inesperadas. Trató de amarrarlas fuera de su consciencia para que no la estorbasen durante su trayecto y consiguió despejarlas anteponiendo la fuerza de sus deseos y sus ansias de éxito, que, aunque por el momento solo reposaban sobre las sedas de sus fantasías, contenían una fortaleza impermeable.

De pronto cientos de dudas la invadieron: ¿y si habían demolido la casa de los Welnkens? ¿Y si alguien hubiera descubierto sus dibujos? ¿Y si los incineraron o arrojaron a la basura? Alejó esos pensamientos de su mente, de todos modos, volver a Ucrania era algo que debía hacer antes de morir.

Recordó entonces que sus padres le habían contado que ni bien llegaron a Jarkov, habían comprado aquella casa, aunque todo fue hecho de manera ilegal, los papeles eran auténticos, y si bien podía haber otra familia viviendo, si la casa estaba en pie, sus dibujos debían estar intactos.

Ciudad de New York, martes 18 de mayo de 1946.

Mientras el barco se alejaba de la costa, la consistencia de su anhelo se espesaba por sobre una superficie de baluartes eternos. Nadie como el soñador podría tener esas sensaciones epidérmicas de adentrarse en las expectativas más extravagantes y suplirse de ellas como si de un alimento para el alma se tratase.

El navío había partido desde New York, e ingresó por el Mar Mediterráneo, haciendo su primer desembarco en el puerto de Tanger en Marruecos, luego se adentró hacia el Mar del Norte hasta unirse con el Báltico para desembarcar en Polonia. Allí sus ojos pudieron descansar de lo agotador que resultaba ver tanta inmensidad de agua durante tanto tiempo.

Se entretuvo algunos momentos en los rostros de toda esa gente, tratando de averiguar cuánto sabían del infierno por el que ella había pasado, pero luego de la guerra todo mundo había tenido que rememorar sus propios infiernos.

Ciudad de Jarkov, Ucrania, viernes 12 de julio de 1946.

Al fin llegó a Jarkov. Una sensación de lo más peculiar la invadió por completo. Estaba petrificada, anulada frente a la vida misma. No podía caminar con normalidad. Su vecindario estaba tan cambiado que no lo recordaba en lo absoluto. Sin cadáveres en las calles, sin soldados maltratando a la gente, sin ruidos de disparos, sin corridas, humo, llantos, gritos... era imposible reconocer esa ciudad. De pronto se encontró con que no recordaba bien cuál era la casa de los Welnkens, hacía un año la RSS de Ucrania se había convertido en uno de los miembros fundadores de la ONU y se les habían restituido las viviendas que se entregaran de forma fraudulenta a extranjeros, pero por alguna razón que se ignoraba, aquella casa se conservaba desierta e intacta, tal como la habían dejado aquel sábado 31 de diciembre de 1932. La reconoció por una sola razón, se paró del lado de afuera en todas las ventanas del barrio hasta que una le trajo los recuerdos de cuando miraba aterrada a los soldados abusando de la gente, golpeándola hasta morir y dejando los cuerpos regados por la calle como si se trataran de bestias.

Se introdujo en el sótano y allí redescubrió algo maravilloso: sus pinturas eran fantásticas tal como ella pensaba. Sin saber por qué, sin entender sus propios sentimientos cayó de rodillas sobre el húmedo suelo de aquella bodega y lloró. Lloró con amargura, con tristeza, con alegría y quién sabe con cuántas sensaciones más que no alcanzaba a comprender. Tampoco supo por qué razón no quiso ver siquiera de reojo la casa de sus padres, no quiso ver más ni estar un solo segundo más en ese lugar. Odiaba Jarkov y Ucrania y a los rusos y al mundo entero. Solo se alejó y se fue.

Ciudad de Las Vegas, EE. UU., viernes 23 de agosto de 1946.

Las Vegas era el lugar más encantador del mundo, quería quedarse para siempre allí. O quizás cualquier sitio luego de aquel cadalso le resultaba encantador.

Antes de entrar a su casa, el estómago se le crispó. Una inmensa soledad la abordó desde lo más profundo de sus tripas murmurándole desconuelos al oído. La casa estaba vacía. Había telefoneado apenas pisó New York con intenciones de hacerle saber a sus padres que pronto estaría con ellos, pero nadie había atendido el teléfono. Cuando se disponía a desempacar llamaron a la puerta, era toda una comitiva, la mayoría compañeros de trabajo de sus padres junto con algunos de sus tíos y abuelos. Shannon y John habían muerto.

Durante una visita a una antigua mina de carbón, donde se denunciaban maltratos a los trabajadores y condiciones infrahumanas de trabajo, un derrumbe los había sepultado a ambos encontrándolos dos días después aplastados por las toneladas de roca sólida. Katja estaba devastada, ella se había burlado para sus adentros de los mineros y del hambre que pronosticaban pensando que les faltaba bastante más para saber lo que realmente era el hambre, pero nunca imaginó que esas minas serían la tumba de sus padres. No pudo contenerse más y se dejó caer sobre un sofá a llorar y a gritar como nunca lo había hecho en su vida. Trataron de contenerla, pero ella los alejó con brusquedad.

—¡Váyanse y déjenme sola! —Gritó.

La imagen de su madre le surcó los senderos de la mente de forma tan estrepitosa que aún quedaban intactos, esbelta, pero acogida por la lobreguez, Shannon era una mujer penitente y poco entusiasta, de principios y honradez agotadora, virtudes que la habían puesto en problemas varias veces y que finalmente terminaron por matarla, llevándose a su marido en la barricada de su carácter junto a ella. Ambos habían tenido demasiada suerte en Jarkov, y en todos los sitios peligrosos a donde se adentraron con anterioridad, pero la suerte se agotó ese día. Hubiera querido reírse más de algunos chistes groseros, despotricar contra personas indeseables y fornicar con algún sirviente cuando era más joven, aun algunos momentos antes de morir habría tenido deseos de salirse del control que presionaba su vida, un manual escrito en su cabeza le dictaba todo cuanto comportamiento debía asumir en cada situación y escapar de ese guion hubiera resultado un gran alivio. Solo que, si nunca se hubiese preocupado de las cosas que le preocupaban, jamás se hubiera casado con John ni hubiese viajado a Ucrania y conocido a su hija, a Katja Esler que ahora lloraba desconsolada sobre un sofá.

El último artículo que Shannon había enviado a la editorial versaba acerca de la historia de Katja, de cómo había sobrevivido al “Holodomor” y de la fantástica historia de su regreso a Ucrania a recuperar sus pinturas. Comenzaron a llamarla de todos lados, radios y televisoras locales querían tenerla en sus estudios.

A partir de allí, sus cuadros se vendieron por miles de dólares. Le resultaba increíble explicar

cómo la gente compraba obras de mala calidad, pintadas por una niña inexperta que describían fusilamientos, cadáveres desnutridos tirados en las calles y demás. Había uno en particular que la hizo llorar y el cual no quiso poner a la venta ni exponer, en él se retrataba a una niña pequeña no muy bien detallada, pero se distinguía que se trataba de una niña, estiraba su mano en dirección al cielo como queriendo atrapar algo, o más bien como queriendo recuperar algo que le habían arrebatado. Detrás relataba una batalla de la edad media entre seres mágicos, como elfos, centauros, contra bestias y trolls, que significativamente llevaban unas curiosas armaduras de escalofriante similitud con los trajes usados por el Ejército Rojo.

Domingo 27 de octubre de 1946.

Uno de sus cuadros: “El recuerdo de los alerces”, llamó la atención de un crítico entusiasta que en una ocasión le había preguntado: “¿dónde se encontraban los alerces?” Para ella eran tan evidentes que por momentos pensaba que le estaban jugando una broma con esa pregunta. Sucedió que las personas estaban tan acostumbradas a ver solo luces, sombras, profundidades y el color que no se disponían a observar más allá, a ver las dimensiones que cruzaban un paisaje, a ver geométricamente cómo estaba conformado, cuáles eran las leyes y fundamentos que componían lo que la vista interpretaba para enviarlo en imágenes al cerebro. No lo que se observaba a simple vista sino lo que había más allá de las percepciones ordinarias, desglosarlo, desvestirlo de esa máscara de luces, sombras, profundidad y colores que en realidad no existían como leyes intachables sobre el arte.

—¿Por qué el fondo debía estar atrás? —Expresaba Katja ante las risas de las personas que asistían a sus muestras.

Era elemental divisar allí, la estrecha cercanía que tenían las más hondas profundidades y distancias. No necesariamente las reglas matemáticas o físicas debían regir una pintura, porque se perdería la esencia de la ilimitada imaginación.

Antes de dar inicio a aquella presentación pidió que se olvidasen de las percepciones ordinarias, que supieran desentramar los paisajes como existían, sin que la vista los distrajera y distorsionase los ambientes, todo lo que fuera percibido estaba deformado por la subjetividad propia, por lo tanto, el sentido visual ya no sería para nada confiable.

—Percibamos más a través del olfato y el oído y nos daremos cuenta de lo vulgares que son los colores —abrió la muestra.

La mayoría de los presentes aplaudieron sin saber por qué. Pero eso siempre fue mucho pedir, solo le bastaba unas cuantas gotas, por mínimas que fueran y, de vez en cuando, que esas gotas se hicieran arena nueva para poder amar su estado inquieto en la inmensidad vacía, sabiendo así que podía acudir, cuando lo necesitase, a un poco de humedad para que sus venas no se secasen por completo. Salió del Lobby para respirar y no quiso detenerse. Seguía caminando y no podía creer toda la inmensidad que afloraba a la luz de la luna por detrás de los cortinados. Se sintió muy cansada y al fin se sentó para relajar el cuerpo, respiró profundamente, cerró los ojos y sintió en la lejanía unos murmullos. Se percató de que el viento comenzaba a agitarse. De manera imprevista, una ráfaga de pestilencia golpeó su cuerpo. No era nada, solo que cuando al fin pudo saborear sus sueños, palparlos con la mano, no había nadie que sintiera orgullo por ella, no había nadie con quien compartir ese momento. Su sangre pareció congelarse de golpe y se puso de pie. Algo que no hubiera podido ser expresado por miles de lágrimas salió de sus poros y lo que no logró escapar le carcomió el alma.

La jornada acabó con algunas ventas y algún que otro encargo. Nada a lo que no estuviera acostumbrada. Siquiera sabía por qué la fama la estaba golpeando, de la misma manera quizás que nunca entendió la infancia que le tocó vivir.

Domingo 25 de junio de 1950.

Comenzó a difundirse la computadora comercial al tiempo que las tropas norcoreanas empujaban a las fuerzas de Corea del Sur. Al concluir la segunda guerra mundial el territorio había sido dividido, así como el de Alemania que al establecerse el periodo de transición y deliberando las tres potencias liberadoras, optaron por regalarles sus regímenes a cada una de las Alemanias. Algo similar había ocurrido con Corea, la parte norte quedó bajo la tutela soviética; y la parte sur, protegida por Estados Unidos.

El mundo siempre le traía noticias que ya estaba cansada de oír. Ella solo pensaba en encontrar a una mujer que le derritiera el solo verla, que provocase en su alma la ternura más dulce y la nostalgia más hermosa, y todo eso únicamente para morir en sus brazos, para que luego de besarla y acariciarla, tomara su vida y la arrebatara de ese cuerpo putrefacto.

Soñaba con algo más grande que la fama y la fortuna, con algo más precioso que el diamante. Con algo que la dejara dormir tan profundo que hasta le hiciera olvidar por completo que su alma estaba encerrada en un cuerpo. Caminó desnuda por la cocina, estiró sus ensueños hacia una verdad que no acababa de llegar a convertirse en tal, por estar muy cerca de los deseos más profundos que tenía, tanto que no querían escaparse de su interior. «¿Y si hubiera un amor dispar, tan dispar que no pudiera llevarse a cabo en otro sitio que no fuera la muerte?» —Se preguntaba bebiendo de una botella de jugo de naranja. No podría pintar tal escena, no podría encontrar los colores adecuados para llevar esa imagen a un lienzo.

Viernes 23 de mayo de 1952.

Había adquirido una enorme biblioteca, con más de cinco mil ejemplares que había leído casi en su totalidad, los que tenía leídos a medias, con promesas de terminar algún día, descansaban sobre su mesa de luz, eran unos quince. La biblioteca estaba dispuesta por países, y luego por autor y cada libro por orden de aparición en el mercado. Era una verdadera obsesiva de las lecturas de ciencia ficción, de allí sacaba la mayor parte de su inspiración para pintar. Había bautizado a uno de sus cuadros con el nombre de “más allá de las fronteras del dolor” tal como había descrito el Holodomor la poetisa ucraniana Lina Kostenko, este lienzo adornaba el mural de la pared frontal a la biblioteca. Lo tenía en calidad de invendible, no existía suma de dinero que pudiera tentarla a deshacerse de él. Lina, sin embargo, tenía solo tres años cuando lo del Holodomor sucedió, y no había vivido tan de cerca o al menos no tenía la memoria suficiente como para recordarlo. A diferencia de Katja, quien a través de sus pinturas había descubierto un canal para hacer llegar al mundo sus vivencias en aquel oscuro laberinto de retorno a ese lugar. Sin embargo, no fue hasta que regresó a Jarkov y recuperó sus pinturas de cuando era niña que alcanzó la fama y la fortuna. Algunos de esos cuadros y dibujos, llegaron a venderse por más de un millón de dólares. Luego de que apareciera en un canal local —debido, en gran, parte a la muerte de sus padres— a contar su fabulosa historia acerca de cómo había sobrevivido comiendo cadáveres, estiércol, tierra y basura durante meses, de que había conseguido evitar perder la razón refugiándose en un mundo de ensueños y cómo había escondido y recuperado sus obras.

En lo que duró toda la entrevista televisiva, el conductor titubeaba en las preguntas que la producción esperaba que hiciese y lo que su propio morbo instigaba a su curiosidad que hiciera. Finalmente se dio una charla muy fluida en la que la artista removi6 todo su pasado y lo evoc6 de una manera prodigiosa.

—¿Crees que tus padres adoptivos tomaron la decisión correcta al traerte aquí? —Fue la última pregunta que le quedaba por hacer al joven reportero.

—Yo creo que sí, porque estoy viva —respondió Katja.

El reportaje se dio por terminado y ella regresó a esconderse debajo de su soledad. La nostalgia no podía ya sostener a los impulsos de su corazón, deseoso de algún albergue que lo contuviera en caricias cálidas. Toda la fama y la riqueza del mundo en ese momento no valían nada. No era nadie y estaba sola.

Jueves 1 de noviembre de 1956.

Imre Nagy, un rotundo opositor al stalinismo, anunció a su pueblo acerca del retiro de Hungría del pacto de Varsovia y aunque su país pidió auxilio al mundo entero, nada impidió que 15 divisiones blindadas con 600 tanques entraran a aniquilar la rebelión. Civiles, estudiantes y obreros pelearon con bombas molotov, pero fue en vano. Otra vez Katja apagó la radio del automóvil indignada, odiaba a los rusos más que a nada en el mundo. Ingresó al Beverly Hilton Hotel, en Beverly Hills, observó hacia arriba al cartel de Robinson's por algunos momentos, y dejó llevar sus ojos a la admiración por el colorido hotel, sus vistosas palmeras y la pulcritud de sus calles. La recibieron con cortesía y la hospedaron en uno de los mejores cuartos. Mientras caminaba por el corredor, sintió un miedo que la invadía, el miedo a no tener miedo. Se dijo a sí misma que algún día realizaría una exposición en el lobby de aquel hotel.

Lo que le había provocado haber vivido el horror, estaba desnudo frente al mundo entero. Una simple muchacha que no era nada simple. No era nadie. Y estaba sola. No podía besar su fama, acariciar su gloria, teñirse de la piedad con que se había forjado su éxito. Había soñado durante toda su infancia con el príncipe Scarlatta, aunque a ella le gustaban las mujeres, quizás siendo tan pequeña no lo sabía con exactitud.

Se quedaría varios días alojada allí, solamente para pensar. Algo la estaba socavando por dentro y necesitaba entender de qué se trataba. Su mente no estaba bien, no podía concentrarse, más bien se le difuminaban los recuerdos y se le confundían los hechos. Tanto había ocupado en tratar de no volverse loca, en escapar de aquella pesadilla que había ingresado en un torrente sin fin de sueños obtusos. Ahora podía estar perdida, ahora que todo había pasado, necesitaba recobrar esas pesadillas y encontrarse con la realidad. Volverse loca era algo que la desesperaba. Pero sus recuerdos no se detenían y sus pensamientos no le obedecían. Pronto no solo no sería nadie, sino que tampoco sabría que no era nadie.

Viernes 4 de octubre de 1957.

URSS lanzaba al espacio el primer satélite artificial, el Sputnik I y luego el Sputnik II tripulado por la perra Laika. Katja sintió pena por ese animalito solo en medio del espacio, pero en unos segundos más renunció a esa lástima. «Quizás ella era más afortunada...»

De pronto sus pensamientos viajaron más allá del universo y su existencia se desvaneció por un instante, como si quisiese tomarse unas largas vacaciones. Le parecía estar ausente de la realidad. Toda su vida se había reducido a un simple malentendido, no había estado nunca en Jarkov. No había sido adoptada. Era solo una chica huérfana nacida en Estados Unidos y que había leído tanto acerca del Holodomor, hasta obsesionarse de tal manera con esa idea que se volvió parte de ella. «¿Podía ser posible?» Que todo fuese un sueño. Le hubiera encantado eso sin duda.

De esta manera desembocaban sus pesadillas, dentro de un escenario ambiguo. Esa nostalgia impenetrable de no saber por qué se está triste, estaba haciendo estragos con su consciencia. Dormía más horas de las necesarias, se quedaba despierta hasta altas horas de la noche, e incluso veía los amaneceres sucederse en la espera de nada y sin hacer absolutamente nada. Su apetito poco a poco perdía la fuerza que debía tener; sus ansias, su voluntad, todo estaba siendo doblegado por un Ejército de incertidumbre y pesadez. En varias oportunidades llegó a creer que nunca sería feliz, que, aunque tuviera todo a sus pies, eso no alcanzaría, nunca cubriría totalmente los fantasmas que la asolaban. «Katja Esler» —se repetía a sí misma y ese nombre le sonaba completamente vacío.

Ciudad de Washington, viernes 22 de noviembre de 1963.

Kennedy era asesinado en Dallas y el pueblo americano se entristecía ante la noticia. Sin embargo, no era un luto que sintiera como propio. Sin bien, esa era la tierra que la había acogido y librado del infierno, aún no se acostumbraba a sentirse americana. Prefirió no darse por enterada de esas sensaciones que le resultaban ajenas. Había estado planeando llevar a cabo una de sus exposiciones justamente en la ciudad de Washington, y necesitada mantener el enfoque en eso, todo lo demás era una interferencia poco satisfactoria.

Katja nunca había querido ir a los cumpleaños de sus compañeros de escuela, por lo general la invitaban mirándola con ojos de desprecio y en los ojos de aquellos niños se podía leer fácilmente que no deseaban verla en su fiesta, solo que los padres los obligaban a entregarle invitaciones a todos. La única que le entregó una tarjeta de invitación para su fiesta de cumpleaños sin esa expresión, por el contrario, con la misma sonrisa con la que se la entregó al resto de los compañeros, fue Eleonora. Pero Katja nunca asistió. A cambio se quedó toda la tarde maldiciendo su suerte, llorando e imaginando lo que hubiera sucedido en aquel cumpleaños. Despejó esos recuerdos de su cabeza.

«¿Por qué cada vez que estaba a punto de sucederle algo grandioso tenía que traer memorias tristes a un presente que debería estar lleno de dicha?». —Se preguntó. Al fin se presentó frente a la convocatoria y dio la bienvenida invitándolos a disfrutar de la muestra. Aun sentía esa fobia despiadada hacia todo el mundo, pero a la segunda botella de vino, todos esos malos sabores, recuerdos, dudas y temores se disiparon, y se sumió en una risa que era mucho más cercana al llanto que a cualquier otra cosa.

Los presentes aplaudieron la muestra que en esta ocasión contaba con el doble de pinturas que la última vez. Katja había estado trabajando muy duro.

Para ella nada dejaba de ser una farsa.

Ciudad de Beverly Hills, jueves 26 de enero de 1967.

Los hoteles comenzaban a sentarle bien, era la vida que siempre había deseado, de aquí hacia allá exponiendo su arte por todo el país. Se recostó sobre la extensa cama de colchón de resortes y al instante se incorporó de aquel reposo que encontró rutinario, escrutó su habitación impávida, sin sentir miedo ni júbilo, y pudo ver que sobre la mesa de roble que le sirvió de descanso para sus males ahogados en letras, había un mensaje en forma de carta, se aproximó ansiosa y sin respetar cautela, la tomó en sus manos, la abrió y comenzó a leerla, estaba redactada con caligrafía de erudito y le ordenaba que fueran, al pie de la letra, aquellas palabras ejecutadas. La acusaban de no haber comprendido las primeras palabras de esa noche, que eran las frases que siempre había esquivado. La carta rogaba que saliera a la calle en ese mismo instante y caminara deteniéndose a observar sin buscar en sus amigos y conocidos el porqué de su andar, pues ellos no sabrían decirle nada sobre ella, ellos no sabían nada. Le pedía, además que no mirase el engaño de sus ojos sino solo la realidad y la materia. Y hallaría, esa noche, refugio en quien estaba a su espera sin saberlo.

Terminó la lectura del mensaje y pudo comprender perfectamente las palabras agrupadas en aquel papel y de quién provenía, eran del Príncipe Scarlatta.

Cuando pisó la calle renegrida por el rocío y la escarcha del frío de la noche, tuvo la sensación de estar perdida en una tierra extraña. Mientras marchaba por el medio de la calle pudo ver como era de distinto el entorno nunca visto en detenimiento y detalles. Allí logró percibir la insistencia de la naturaleza y cómo intentaba volver a tomar su antigua posición de dueña legítima de sí misma sobre los caseríos en donde las enredaderas trepaban por las paredes. El viento hacía quejar la madera del cadáver del árbol, era como si toda la madre naturaleza tratara de hacer oír que era ella la que daba el fruto y la que devolvía el odio que los seres humanos le arrojaban cada día. Pudo oír cómo sus lágrimas, desde las copas de los árboles, se hacían dueñas de la oscuridad y de la gran pena de la involución en la que pocos la acompañaban, incluida en los otros, a los cuales no les producía nada el mar negro o el cielo en el día oscuro. Siguió camino en dirección a la ansiedad, bañada por la luna que sobre la espesa soledad de las calles arrojaba su encanto. A cada paso, sus oídos zumbaban el ardor del frío en la ventisca, y decidió en medio de confusiones incandescentes, regresar a su lugar. Se subió al automóvil decidida a perderse en la propia vanidad y confiada de que esa sería al fin su noche.

Aparcó el Mercedes Benz en la parte lateral de aquel lujoso hotel de Beverly Hills. Nuevamente estaba allí esperando la exposición que se daría al día siguiente y tratando de recuperar alguno de sus pensamientos iniciales y perdidos.

Entró a su habitación y trató de encontrar la carta que la había llevado a ese paseo sobrenatural. No estaba.

«¿Todo había sido un juego de su mente?» —Trató de contenerse. Pero se vio obligada a llorar y de esa manera se alzaron las pesadillas de siempre para dormirla hasta el día siguiente.

Viernes 27 de enero de 1967.

Luego de pasar una larga noche sacudida por las dudas acerca de si la cordura la había abandonado, aunque ya no se permitía aquel placer, sabía que ella podía decir las migajas del plano existencial que le tocaba lamentar tanto como todos los hombres de las palabras. Esnobs por doquier, en esa clase de eventos frugales. Aunque su ruina moral, y la de todos, les dominaba el aspecto y sin incluir a aquel que se imponía en sufragios por días efímeros de deshuesar sus lamentos falsos sobre el gran estrado, sobre toda la multitud, sobre el hambre principalmente. O quizás se debía por el hábito del regalo o regalía que siempre se acostumbraba, así como el agua se amoldaba a cualquier forma.

Se paró sobre el púlpito principal, montado en el centro del lobby ante el variado y multitudinario público y leyó aquella introducción a la concurrencia, tratando de explicar que existía una sustancia tan particular, entre otras, que cobraba un insospechado valor entre los seres humanos y hacía sentir lástima por los seres mismos, pena por un futuro incierto y una muerte segura, y nostalgia por un pasado irreversible: se la conocía con el nombre de tristeza y era fundamental distinguirla del resto de las emociones, ya que ella era la base fundacional del resto, este era el estado natural que caracterizaba a esta especie, y tristeza era lo único que podía sentir al evocar su infancia en aquel infierno, pero a veces la misma tristeza podía convertirse en un puente para que el arte floreciera y toda aquella sensación espantosa se transformaba en una impresión que podía ser compartida, y si alguien lograba admirarla o aborrecerla, su tarea había sido llevada a cabo con éxito.

—Que disfruten de la muestra, muchas gracias por venir. —Se bajó aplaudida del estrado y se encaminó hacia la barra a beber un jugo de frutas. Observaba a su alrededor y tratando de confundirse con los alcoholes, disfrutaba de aquella bebida. No vio venir a la señora que se le acercaba entremezclada con la multitud. Cuando la tuvo frente a sí, enseguida advirtió que se trataba de alguien proveniente de un país muy cercano al suyo.

—Es usted una gran artista señora —señaló la desconocida.

—Muchas gracias —sus cejas se arquearon expresando sorpresa e intriga.

—Svetlana Alilúyeva —se presentó manteniendo la mirada fija en la gente que deambulaba por la exposición, sin siquiera extender su mano, como si no le interesase el gesto formal de saludar a alguien en cuanto se lo conoce.

—Debo asumir que mucho de mi talento se lo debo a su padre —dijo algo molesta Katja.

Svetlana bajó la mirada, primero se sintió avergonzada, más luego se dio cuenta de que no tenía por qué hacerlo.

—Soy escritora y no tengo nada que ver con lo que ha hecho mi padre —se defendió la señora.

—Me parece razonable. Beba conmigo —la invitó Katja.

—Será un placer —dijo Svetlana mirando su copa casi vacía

—Hoy es mi cumpleaños — agregó en un tono de melancolía.

—Entonces tenemos que celebrar.

Ambas brindaron.

—Todo el mundo recuerda el holocausto, nadie el holodomor —se lamentó Svetlana.

—Es que no hay ucranianos ricos como los judíos —bromeó Katja.

Ni bien terminó de beber su copa, fijó los ojos en una joven muy atractiva.

Su imaginación comenzó a volar como era costumbre y de pronto esa mujer venía hacia ella, trayendo dos copas de champagne y ofreciéndole una.

—Deja ese jugo, bébete esto que es exquisito, pertenece a la bodega personal de papá — ofreció la joven un vaso de vino tinto.

—Gracias, pero no bebo alcohol —se disculpó Katja.

—Con esa cara de ramera y no bebes alcohol —sentenció aquella joven con total descaro. Su rostro le parecía familiar.

Katja se puso seria, una completa desconocida que en un principio hasta le pareció amable le había faltado el respeto.

—Mi cara es un asunto mío ¿Quién crees que eres para insultarme?

La muchacha se retiró llevándose las dos copas y regresó al rato con dos malteadas de frutas, y allí un gesto que aquella mujer había hecho le trajo recuerdos de su infancia, la recordaba, la había visto antes, pero ¿quién era?

—Tienes un rostro de señora tan seria y saludable que pensé: seguramente le agradará esta malteada de frutas que es el mejor trago que va a probar en su vida.

Katja no pudo más que sonreír y tomar la malteada.

—Eres una idiota —aseguró.

—Cuán fáciles son las mujeres —dijo la desconocida.

De pronto la vergüenza se apoderó de sus mejillas enrojeciéndolas. Esa mujer era tan atractiva que su simple aroma la ponía nerviosa.

—No tienes idea en qué clase de terreno pantanoso te estás metiendo —advirtió Katja sacudiendo su vaso y apoyándose en los codos sobre la mesa de los bocadillos.

—Yo siempre piso firme en cualquier terreno —afirmó aquella chica sin dejar de sonreír con picardía.

—Señora... —la llamó Svetlana que había notado a Katja sumida en sus propios pensamientos.

—Sí —dijo Katja volviendo a la realidad. Prefería pasar algunos instantes sumida en esas conversaciones imaginarias de lo que le hubiera gustado que ocurriese en aquella reunión tan absurda y aburrida. Como cuando era niña y quería escapar de lo que no le agradaba. Su imaginación permanecía intacta o la demencia se estaba apoderando de su lucidez.

Qué fácil era imaginarlo, qué fácil era para su alter ego realizar esas proezas cinematográficas, y en contraste con la verdad, qué difícil era entablar conversaciones con extraños, y de entre ellos encontrar a quien amar, junto a quien introducirse en un ensueño reparador de esta realidad, que suturase la vida mientras dormía y que la despertase acogida sobre la dicha.

Varias personas se acercaron a Katja y Svetlana. Comentaban anécdotas acerca de sus viajes por el mundo y demás excentricidades. Ciertamente ninguna de las dos quería oír a nadie, por lo general las artistas que no tenían contacto directo con el público, tal el caso de escritoras o pintoras, no disfrutaban de la misma manera que un músico o un actor. A ellas las gentes las fastidiaban, sus labores eran solitarias y obsesivas.

—Lo más extraño que he comido fue en un viaje a Tanzania, me sirvieron filetes de antílope, la verdad fue una de las cosas más exquisitas que he probado, también he probado allí mismo un plato llamado Kebabs, que son tiras de carne de cordero, acompañadas de verduras y salsas bastante concentradas y a todo eso le añaden arroz... —contaba una señora elegante y presumida.

—Y tú Katja ¿Cuál fue el plato más extraño que has degustado? —Preguntó aquella señora elegante, pero con poco talento para vestirse según lo que consideró Katja.

—Es gracioso, —rememoró la ucraniana— el señor Welnkens era un buen hombre, vivía en una hermosa granja a la que le dedicaba todos los cuidados, además de cosechar, también vendía fertilizantes y plaguicidas y todo tipo de cosas relacionadas al cultivo. Tenía dos hijas hermosas, aun las recuerdo, Constanze y Clarice. Por aquellos tiempos yo no quería ver la realidad, y con mi corta edad, mi mente convirtió todo en un mundo de fantasía. Nada era real. Lo que sí era real y no había fantasía que pudiera hacerme olvidar, era el hambre que sentía tras varios días sin comer. Los soldados del Ejército Rojo habían asesinado al señor Welnkens, a su esposa y a las dos muchachas. Ellas estaban sentadas sobre el sofá, con sus rostros blancos y con las expresiones ajenas que la muerte les había arrebatado. Yo tomé un cuchillo muy limpio, pero no demasiado afilado, así que tardé unos minutos en cortar la carne, imagínense, no tenía muchas fuerzas debido al hambre y a lo pequeña que era. Era muy débil, pero al fin pude terminar de rebanar la pantorrilla de Clarice. Y créanme luego de haber comido mi propia mierda, la pierna de esa chica fue algo delicioso...

Svetlana agachó la cabeza, intentando disimular la risa. Los demás escuchaban atónitos aquel relato. Parecía una broma de mal gusto, pero distaba bastante de serlo. Todas y cada de una de las

mujeres se fueron alejando. Katja había dejado bien en claro por qué era ella el centro de la atención en esa exposición, porque ese era su mundo y porque en su mundo podía derribar las hazañas de cualquiera que quisiera robarle protagonismo, era su momento y no iba a permitir que un puñado de viejas que no tenían otra cosa que hacer con sus vidas que gastar la fortuna, seguramente de sus maridos, en piezas de arte costosas para sentir que rozaban con un universo que nunca podrían entender, la incomodasen con historias estúpidas. Maldijo para sus adentros al dinero. «¿Qué derecho tienen los ricos a entrometerse en lugares que les eran tan ajenos y distantes solo por poseer un objeto con el que jamás podrían comprar la esencia del producto?» —Se preguntaba. Nunca la gente que adquiría una de sus obras era la que realmente podía sentirla y entenderla, solo la que podía pagarla. Detestó eso por algunos instantes, pero luego recordó que detestó mucho más el hambre. Y si tenía que soportar por el resto de su vida a aquellas personas indeseables, lo haría, pero jamás volvería a arriesgarse a pasar hambre nuevamente.

—Fui criada por una nana, mi madre murió cuando yo tenía seis años, era una bella mujer, te hubiera gustado. Creo que me encanta este país, me voy a quedar a vivir aquí —comentó Svetlana tratando de que Katja regresara de su trance agudo, una vez que se hubieron alejado aquellas mujeres adineradas.

—Entonces nos veremos más seguido —respondió amablemente.

—Ve y díselo —recomendó la escritora leyendo los pensamientos de Katja.

—¿A qué te refieres? —Queriendo disimular lo que era más que evidente.

—A esa mujer, la estás viendo desde hoy, es una obviedad que te gusta —con una sonrisa cómplice, bebió su copa y se retiró haciendo una leve reverencia ante la artista.

Katja miraba a la joven que continuaba riendo junto a sus amigos, le resultaba tan familiar que quiso acercarse a observarla mejor y allí oyó cómo la llamaban. Se quedó estupefacta al oírlo. Hacía tanto tiempo que no pensaba en ella, pero de ninguna manera la había olvidado.

Eleonora al fin se alejó de sus compañeros y se dirigió al jardín a contemplar el agua de la fuente correr hacia el lago artificial. Katja la miraba atónita. Quería besarla, pero nunca podría hacerlo. Pensó que quizás a ella no le gustasen las mujeres, y si le gustaban, no era muy factible que le gustase ella en particular. Esos pensamientos la volvían desdichada. Observaba la cremallera del vestido que terminaba en dos huequitos que se dibujaban justo después de sus caderas y la línea de la columna que sostenía aquel cuerpo endiosado y se perdía en sus encantos a través de un deseo absoluto.

En su mundo imaginario era simple concebir a Eleonora acercarse con copas de malteadas frutales y demás, pero en la realidad era casi imposible imaginar que ella le hablase tan solo. De pronto una fortaleza inmediata acudió en su ayuda, había sobrevivido sola, sin padre ni madre en una edad donde cualquier chiquilla estaría llorando si le faltase su muñeca de trapo preferida, a uno de los horrores más grandes de la historia. Había soportado las burlas de todo el mundo en una tierra desconocida aprendiendo un idioma totalmente nuevo. De la nada se había convertido en una de las figuras más famosas del arte y se había quedado huérfana nuevamente. No podía ser en ninguna circunstancia que no tuviera el valor de hablarle a Eleonora. Se armó de fuerzas descomunales y se acercó a aquella encantadora mujer que parecía más hermosa aun de lo que era

cuando niña. Sus ojos brillaban como brillan las gotas de rocío en las praderas por las mañanas al salir el sol, reflejando el acantilado fulgor que se deslizaba por entremedio de las verdes hojas, eran de un color tan azul como el del agua cristalina sirviendo de espejo al más hermoso cielo que una tarde de verano haya podido trazar. Su cabello, almendrado y bañado por los rayos del sol más radiante, siempre parecía estar mojado, debido a la perfección de sus líneas y a lo rotundo de su pulcro color, su figura parecía esculpida por un amante de la perfección, su piel del color de la miel mezclada con el marfil: una blancura inigualable bronceada de la forma más perfecta, le daban una belleza tal, que pocos han tenido el honor de ver con sus mortales ojos. La contemplaba como un niño contempla su juguete favorito al otro lado de la vidriera. Ella la miró con aquellos ojos de argentino fulgor, esos ojos que proyectaban la dulzura más estremecedora que un soñador hubiera soñado jamás y Katja le devolvió la mirada como se mira a un imposible, con desdén; y a pesar de que sentía su vista clavada sobre el rostro, no se atrevió a devolvérsela de nuevo, por miedo a lo inevitable: que su alma se enamore y su corazón se destrozase. Pero ya no pudo resistirse. Sus encantos eran de una fuerza tan desgarradora que doblegaba su voluntad; su belleza era impecable como la flor de loto. Katja la miró a riesgo de perder su alma y ella continuaba observándola tan delicadamente que le era imposible mantenerse en pie.

—Señora mía —expresó Katja mirando al suelo—, es el más grande de los halagos, el hecho de que se muestre interesada en algo de mi persona ya sea que fuese sólo para burlarse.

—De ninguna manera podría yo, burlarme de alguien que se siente atraída hacia una solitaria mujer que contempla en silencio el correr del agua, ha de ser, sin lugar a duda, usted una mujer extremadamente apasionada e increíblemente romántica —contestó Eleonora.

—No se ha equivocado. La espera me ha hecho muy observadora, los golpes: muy dura, las traiciones: desconfiada; simplemente eso. El mundo es cruel, la sangre se vierte a chorreras por las aceras de las más prodigiosas ciudades, si no te vuelves fría como un glaciar y dura como una montaña, tu vida te será pisoteada, humillantemente ultrajada y arrebatada con una impiedad cabal... pero nada pudo, ni podrá, hacerme perder mis ilusiones —se sintió avergonzada, no pudo evitarlo. —¿Qué maleducada he sido! Sepa usted disculparme, todavía no me he presentado: mi nombre es Katja —extendió la mano para tomar la suya. Ella se la brindó, y temblando ante la mano más preciosa con que la naturaleza había premiado al más dulce de los seres, se la llevó a la boca y la besó. Cuando la piel de esa doncella hizo contacto con sus labios, cuando su olfato percibió ese aroma exquisito que emanaba a través de los poros, esos poros que unidos comprendían la belleza más preciosa y admirable de la tierra, su corazón estuvo al borde de estallar. Qué excelso artífice había elaborado a aquella criatura sin gritar a los cuatro vientos: ¡esta es mi obra, admiren su perfección!

—Claro que te llamas Katja, todavía estoy esperando que acudas a mi cumpleaños... me presento también: yo soy una soñadora...

—¿Qué tan soñadora es usted? —Interrogó sonriendo. No podía estarle pasando esto. Ella aun recordaba lo del cumpleaños, realmente la había estado esperando...

—La más soñadora de todas... creo en el amor —respondió Eleonora.

Katja se quedó como una niña perdida en medio de una negra tormenta, no sabía qué

responder: “que la amaba sin saber por qué, que ella era la que había esperado siempre”, cualquier cosa que dijera podría ahuyentarla, entonces optó por lo que realmente hubiera escogido una persona sabia: callar.

Trató por un momento de colocarse en sus pensamientos observando ella también el correr de las aguas, pero le era imposible pensar sólo en que de un momento a otro Eleonora diría una palabra que la desgarraría: “adiós”. «¿Qué decir para que se quedase un instante más? ¿Qué decir para que se quedase para siempre?» —Se preguntaba Katja a punto de enloquecer de ansiedad. Sus nervios parecían sacudirle los huesos y los latidos del corazón aceleraron de tal manera su ritmo que pareció a punto de estallar.

Estaba decidida, la mujer más hermosa que había visto en su vida se paseaba ante sus privilegiados ojos, había fijado por un momento los suyos en ella, ¿quién sabe si no hay muchas personas que mueren sin jamás poder admirar una belleza como la de aquella joven tan encantadora, como lo es toda la fama y la riqueza del mundo para otros? Le diría la verdad, solamente la verdad.

—Continúas tan hermosa como siempre —dijo al fin, mientras Eleonora la miraba fijamente.

Eleonora recordó a aquella niña insignificante de la que todos se burlaban en la escuela, y la comparó de alguna manera abstracta a la que era ahora poseedora de una genialidad inigualable como pocas veces se había visto. Lo que le faltaba en gracia lo había obtenido en talento.

—Bastante directo e intenso el discurso de su presentación... —expresó Eleonora.

—Las personas aplauden la religión, la política y el patriotismo con la misma pasión que condenan la guerra: consecuencia directa de las primeras tres —comentó Katja refiriéndose a ese discurso.

—No voy a perder un solo segundo más hablando de guerras o haciendo filosofía. Vámonos ya de aquí —apuntó Eleonora que no quería perder el tiempo en charlas superfluas.

Ambas salieron de aquel evento dejando todo atrás. Por fin había algo más importante en su vida que unas simples pinturas obsoletas que la gente encontraba fascinantes.

Llegaron a la habitación de Eleonora. Entraron riendo como dos niñas.

—He venido a buscarte —exclamó Eleonora.

—Pero ¿cómo sabías que yo quería?

—Siempre las reconozco...

Seguramente cientos de hombres tanto como de mujeres la habían amado y admirado durante toda su vida, era comprensible que supiera desde siempre que ella la amaba. Cuando no pudo soportar más toda la bestial velocidad del universo que la dejaba rezagada de la verdad, aquella que nunca hubiese conocido si su ser, por las grandes masas se hubiese dejado arrastrar; el punto de tolerancia final llegó. Pero la tenía frente a sí y su sangre estaba más espesa que el fango. Katja

no pudo contenerse más y rompió en llantos, sentía demasiada vergüenza de desnudarse frente a ese ejemplar de belleza sin igual.

—Lo siento soy una mujer estúpida —brotó el sollozo en dirección al suelo en un acto que intentaba esconder una desnudez que no se había concretado.

Era la angustia de la degradación, la herrumbre del desvanecimiento y la podredumbre de las cosas, lo que las conservaba vivas. Sólo en la asimilación del exterminio se concebía la creación y el nacimiento. Eleonora la trajo hacia sí, tomándola de las manos temblorosas y comenzó a desnudarla lentamente, besándola en cada rincón de su cuerpo. El solo contacto de los labios de aquella doncella increíble con su piel, la hacía estremecer, conduciéndola a páramos encantados. Vaya si sentía despegar sus pies de la tierra. Ella la hacía sentir una reliquia invalorable, como jamás pensó que pudieran hacerla sentir. Eleonora acarició los brazos de Katja y notó las cicatrices en sus bíceps, esas que les hicieran cuando era niña los hijos de la aquella señora que habían querido comérsela. No quiso preguntar, solo prosiguió a besarla. De pronto estaban las dos desnudas dejándose llevar por ese remolino de deseo que las sacudía dentro de la ternura y el placer. Sus lenguas se enredaron tanto que parecían fundirse una con otra, hasta que surcaron los límites y se precipitaron sedientas entre cada vagina saboreando el paraíso que se trazaba en las entrepiernas de las dos amantes. Cuando sus ojos se encontraron nuevamente estaban empapadas en fruición, Eleonora se mordió el labio inferior y su expresión inflamó a Katja que la tomó de los cabellos y la besó con tanta pasión mientras la acariciaba suavemente, que ambas se perdieron en un trance arrebatador donde hasta las identidades se disipaban en besos, caricias y sudor.

Sábado 28 de enero de 1967.

En esa época, el viento era para ella algo intangible en su piel, pero visible a sus ojos, podía atraparlo donde fuese y observar su recorrido nomotético, perfectamente diagramado. La luz del día no era un resplandor que le hacía posible distinguir ciertas cosas, podía percibir su aspereza y su procedencia oscura en muchos casos. Las palabras eran, según su entendimiento, solo unas cuantas vibraciones a la brisa. Echadas, casi no tocaban su corazón y tampoco le causaban dudas que la llevaran al gran laberinto de la razón, se convertían, en el aire, en pistas que la conducían a chasquidos imprevistos, se mantenían allí, nunca desaparecían de su vista. Ponía en aquellos tiempos su suerte al juego del destino, a los hombres y mujeres que nunca escuchó y a miles de inmensas cuestiones que en su mente jamás cabrían y por más esfuerzo que hubiera hecho, su corazón no asimilaría ninguna de esas cosas a cualquier tipo de sentimiento puro.

Ahora, en estos momentos tenía en sus manos la felicidad y la expidió al libre albedrío de la tristeza, sabiendo que de ningún modo la podría haber sostenido por la eternidad, no lo podría haber hecho porque la risa en que se concebía editaba inmolaciones propias en cada uno de los elementos que la conformaban. Fue solo un momento previo y maravilloso en donde no importaba nada de lo que sucedía a la vista común, y poco interesaba lo que estaba dentro, fuera o en ninguna parte. No pudo haber sido por siempre. Fue solo un gesto amable de la vida, el último recuerdo antes de que comenzara a tejerse la gran maraña sin sentido de morir a cada día sobre las penurias de la adultez humana. Aquellos días de cada anécdota y aventura, fueron siempre recuerdos y alivios del pasado que nunca volvieron, no hubo persona ingrata, ni hostil, pues creyó haber estado lejos de ellas hasta ese momento.

La mañana se presentó rodeada de dudas que la dejaban exhausta. Debía interpelar todo el tránsito de una situación desbordante.

—¿Qué sucederá ahora? ¿Te irás? Comprendo si es así... —dijo Katja algo humillada.

—Estás en mi casa así que en todo caso la que debiera irse eres tú —remarcó Eleonora.

—Comprendo, no te preocupes ya me voy.

—Ahora te quedarás conmigo para siempre...

Domingo 5 de marzo de 1967.

Eleonora había comenzado su carrera de modelo con bastante éxito. Había sido convocada para realizar varios protagónicos en comerciales, sus piernas aparecían luciendo las nuevas Gogo botas en todas las carteleras de la ciudad. Katja se mudó junto a ella.

Se observaba al espejo en ropa interior, no pudo más y se recostó sobre la cama, excitada con su propia figura, comenzó a tocarse pensando en cuanto disfrutaría un hombre teniendo a su disposición tan bello cuerpo, el contacto con sus deliciosas curvas, tenía ardientes deseos de entregarse, pero ella no necesitaba un hombre, se bastaba a sí misma y le alcanzaba su narcisismo como suplente del amor, era tal el placer que experimentaba tocando y acariciando su figura que dudaba que existiese experiencia mejor.

Recostada sobre un Edén, su cuerpo era un manjar para los dioses, en tanto que más deliciosa se tornaba en las profundidades de sus curvas perfectas, Dios había querido crear una criatura perfecta y era ella...

Katja la sorprendió masturbándose sobre la cama. Sin duda fue un antes y un después de toda esa maratón de vivencias en las que había sorteado obstáculos que creyó imposibles de existir.

—¿Qué haces? —Preguntó al verla allí en medio del placer.

—¿Me deseas? —Respondió Eleonora.

—Solo un ciego podría no desearte...

—Entonces ven... me aburro sola...

Lunes 6 de marzo de 1967.

Presentía que todo se iba a acabar aquel día, fue como si algo le hubiese advertido que un gran cataclismo comenzaría. Pudo notarlo al darse cuenta de que no recordaba haber visto muchos calendarios en toda su vida, pero sentía la penuria del peso de una eternidad sobre sus hombros, cobrándose todos los días que había olvidado vivir. Lo sintió a su alrededor, cuando la pestilencia abominable y apesadumbrada de no poder mover su cuerpo a la influencia del tiempo por la odiosa imaginación anhelante de la movilidad, y ansiosa de acometer en el mundo de la materia, comenzó a destruir sus días, sus noches, sus afectos y sus odios. Cuando no, se daba cuenta de sus manos sucias, de acariciar la gran hipocresía visceral de los vicios segadores que ella y todo un mundo detrás consumía.

El amanecer llegó impregnando las suaves melodías que las aves entonaban dentro de la habitación. No había un solo cuadro o adorno en todo el cuarto que restara atención a aquellas dos criaturas que dormían abrazadas. Katja fue la primera en despertar, era el día más maravilloso de toda su vida.

—¿Qué fue lo que realmente le sucedió a tu familia? —Interrogó Katja con voz suave y enamorada.

—Sabes que nunca te mentiría —aseveró Eleonora.

—Sí, lo sé.

—Si vuelves a hacer esa pregunta, tendré que mentirte y no quiero hacerlo.

Katja comenzó a acariciar el rostro angelical de Eleonora sin poder dejar de admirar su belleza. Comprendía muy bien de qué se trataba esa sensación huracanada y voraz de querer sepultar el pasado. Entendía exactamente de lo que hablaba. Intentó imaginar lo difícil que resultaría en general a los hombres desentramar a una mujer, comprenderla en su esencia, sus pasiones, investiduras, gritos y silencios, llantos y risas. Aun a ella le costaba a veces llegar a lo recóndito de sus compañeras. Percibía que para un varón la tarea sería extremadamente difícil. Lo que nunca llegaría a comprender era lo que hacían las mujeres rezando o creyendo en Dios, ellas eran generadoras de vida, sentían las fuerzas de la naturaleza trabajando en su interior ¿Cómo podían ceder ante ese viejo artilugio del hombre inventado en su afán de dar explicación a todo? Nunca entendería a las mujeres creyentes y jamás podrían llamarle la atención.

—No sé si hacer esta pregunta, ya que yo nunca creí en la felicidad, pero ¿eres feliz? —Preguntó Katja.

—Sí —respondió Eleonora escondiendo una risita aguda.

—¿Qué es lo que te hace más feliz?

—Tú.

—¿Estás enamorada?

—Muy enamorada.

—Cuando la gente se dice estas cosas en una película romántica escrita por algún guionista fracasado, los protagonistas mueren... —Katja hizo una pausa y se quedó pensativa algunos segundos, quizás forzando en su mente una premonición—. ¿Qué tal si salimos y nos matan? Mejor quedémonos aquí, quizás te parezca absurdo, pero ¿has visto en esas películas donde llegan a estas partes que suenan a despedidas y luego se mueren, bueno... pero a pesar de esos filmes, las personas se mueren y cuando se están muriendo en un accidente de tránsito dicen: ¿por qué no conduje más despacio? O de una sobredosis ¿Por qué me inyecté esa droga? Pero ya es tarde, la decisión está tomada, y seguramente antes de morir pudieron tomar una decisión diferente, pero lo que sucede es que nadie espera morir, todo mundo vive como si esa circunstancia les fuera ajena y, sin embargo, es el único acontecimiento que nos es propio desde que nacemos...

Sujetó bien fuerte la mano de Eleonora, la acarició en la mejilla. No fingió que no se estremecía cuando la tenía cerca. No podría, aunque quisiera, todo su ser brillaba junto a ella. El corazón se le salía del pecho. No podía contener la dicha.

Había sido en su cumpleaños número diez, o quizás mucho antes, cuando comenzó a tener una pequeña noción de aquel sentimiento que se acrecentaba al tamaño de Dios y que al igual que él, la perseguiría por el resto de su vida, perforando cada una de sus ilusiones: la soledad. Ahora, esa sensación estaba ahogada para siempre. Salvo que mientras estuvo presente, ese fallecimiento de vaya a saber qué cosa, que su alma sufrió, había dado lugar al nacimiento de un ser en sus entrañas. Arraigándose a su corazón y avergonzándole en incontables oportunidades. Alguien a quien amó, a quien le contaba cada uno de sus pesares, alguien a quien ofendían las ofensas que eran dirigidas a ella, que tropezaba en sus caídas y le ayudaba a levantarse. Todo su razonamiento sucumbía y su alma se pervertía en los desquicios que esa relación determinaba. Y desde un lugar ciertamente nostálgico, de recuerdos profundos, extrañándolo como nunca había extrañado a nadie, derramó sus últimas lágrimas por él: El príncipe Scarlatta. Ya no lo necesitaría nuevamente. Había nacido la noche que la sorprendió en sueños con su presencia, la mano que le había tendido en medio del llanto, y esa voz cálida que se interesó por ella cuando todo se alejó, no le dio más remedio que forjarlo en su imaginación y necesidad...

Ahora lo había asesinado y comprendía que no podía vivir sin él, porque ya no podría hacerlo regresar.

Toda esa soledad, provocada por no tenerlo, era producto de su vergüenza, las veces que había conversado con él la llevaba a mundos tan mágicos, de los que hubiera preferido no regresar jamás.

—Cuando niña, vivía inmersa en un mundo de fantasía, pocas veces quería asumir la terrible realidad que me circundaba, bloqueaba la crueldad que se desataba en mi entorno protegiéndome con un campo ilusorio donde convertía en helado de chocolate derretido, los charcos de sangre; los niños muertos por el hambre en gnomos y las heces, en bocadillos. Todo aquello ha pasado —comentó Katja.

—¿Qué les sucedió a tus padres? —Dijo Eleonora sabiendo que a ella tampoco le gustaba

mucho hablar de su familia y que si Katja habría su corazón y desentendaba sus recuerdos a ella no le quedaría más opción que imitarla.

—Es que nunca quiero ir a esos momentos que preferí esconder en algún lugar oscuro de mi mente.

—¿No crees que es hora de dejarlos salir?

—Lo que sí creo es que un día escribiré mis memorias en algún diario. Allí podrás enterarte.

—Debo ir a trabajar, me esperan —se excusó Eleonora. Katja la miró con tristeza, no quería dejarla ir. Le dio un beso profundo y la despidió apretándole la mano.

Cuando la mañana se alejaba, esa mañana que en un principio no había ofrecido grandes expectativas, y había concluido de la manera más grandiosa en que podía alejarse una mañana, e incluso una vida, y como incitando al destino a cumplir con ese desvarío desproporcionadamente certero, Eleonora se vistió y salió a la calle. Sentía la plenitud de la vida golpearle en la frente, los colores de la naturaleza y la ciudad, contrastando en un ritmo que le agradaba sobremanera, saboreaba las delicias que a cada instante le brindaban sus sentidos. Estaba inesperadamente feliz.

Dio un paso irreparable sin mirar al automóvil que la arrastró por el asfalto estrujándole el cráneo y dándole una muerte ligera y contundente.

Martes 7 de marzo de 1967.

¿Quién sabe si amaneció al día siguiente? Mientras la música moría, se cerraban los bares, se bajaban los telones, ella nunca volvería a brillar, a bailar mirándola a los ojos y haciéndole saber que era suya por siempre.

Sobrevivir a los tiempos y las eternidades, como si el mundo acabara de ser inventado ayer.

No había más tiempo que ese presente efímero e impalpable, ningún ser podía evitar la supremacía que su propia consciencia ejercía sobre sí mismo, ni siquiera el suicida podía librarse de ese pensamiento notablemente ilusorio que lo haría sortear la muerte y seguir vivo luego de matarse; de imaginar su entierro o cremación, como si fuera a presenciárselo. Y así comenzaron a transcurrir sus días, en la total inercia de esa pesadilla que vivía soñando con morir, y a su vez ahogada, anhelando respirar.

Pensaba en que sólo en esos instantes terribles de antes de morir, podía triunfar mediante la agonía, ganarle a la vida: muriendo; enfrentar a la muerte como se enfrenta el tener que respirar: sin pensar, sin fervor, sin miedo; tomarla como lo que era: una absoluta nada y una completa inexistencia. Sólo podía continuar viva por un total disimulo: de sentir pasión por cualquier trivialidad, de interesarse por cosas que no le importaban en lo más mínimo. Todo en la vida la conducía a morir en un agujero, al morir por dentro a falta de amor, descendía en una profunda tristeza. Comenzaba a repudiar con una rabia estremecedora cualquier cosa que hubiera hecho, porque ello le traía recuerdos y los recuerdos la hundían más adentro de sus propios rencores.

Cuando un ser llega al fondo de la desesperación y la amargura, solamente abrazar recuerdos puede lograr hacerlo descender más abajo; y ahondar en el pasado era lo que la enterraba más internamente en la depresión, ya que eso la acercaba al único culpable de todo: el nacimiento. Maldecía su vida una y otra vez, se maldecía a sí misma hasta el hartazgo.

Los candelabros de la habitación diseminaban luces desprolijas sobre los muebles y paredes, salvo sobre Katja, ella era una sombra envuelta en llantos. Sintiendo una solemne pena por la desfiguración que la belleza sufría ante sus ojos. En un principio, podría admirar un rostro de mujer, por ejemplo, y contemplarlo por horas, pero no sin llevarlo de lo hermoso a lo grotesco en un breve periodo de tiempo. Y era porque no podía evitar aburrirse de lo que fuera, por eso sentía la enorme necesidad de suicidarse ni bien transcurría el primer instante en que contemplaba algo bello, para llevarse esa imagen en sus ojos y descansar con ella eternamente sin que la corrupción de su alma se entrometiera a descomponer su esencia. Moriría por cualquier cosa que tuviera más ganas de vivir que ella. Sin embargo, cualquiera afirmaría que la pasión por la belleza podría restaurar un alma o conducirla al amor, pero no en seres desesperados que han consumido, con esa misma pasión, la verdadera finalidad de la existencia, que era mantenerse al margen de la propia comprensión: vivir la vida sin intentar comprenderla o no vivirla. Y ya no podía decir que experimentaba el mismo ánimo al observar algo bello como antes lo había hecho, sino más bien pretendía destramar los contornos de este para decodificarlo en algo inútil. Allí precisamente se halló siempre la causa de su flagelo hacia la belleza, en el querer apoderarse de ella y descuartizarla por no poder saturarse de sí, de tal manera que la hiciera estallar.

Si se topara con lo más bello del mundo ¿para qué seguir viviendo luego? Situación similar al hecho de continuar con vida luego de que el amor más profundo la abandonó ¿qué podía esperar ya?

Tantas cosas quedaron inconclusas, peleas, discusiones, atravesar situaciones ridículas, pedir disculpas, reconciliarse, extrañarse. Todo eso era el amor. Sin embargo, el momento que pasaron fue mágico y único. Fue un amor que no se había extinguido por la falta de dedicación, por las rutinarias horas. Todo había sido perfecto, como solo podía darse en un guion de novela de escritor cursi cuyo único método para vivir este tipo de romances era a través de las historias que inventaba, y eso fue lo que la hizo dudar de si realmente toda su vida había ocurrido de verdad.

A partir de ese día Katja decidió recluirse en una casa solitaria y agónica tanto como costosa, en medio de una colina. Contrató algunos sirvientes para no tener que salir más de allí. El mundo había terminado para ella y ella había terminado con el mundo. La había maltratado lo suficiente ya. No quería volver a saber más nada con él hasta la hora de su despedida.

Lunes 27 de mayo de 1979.

Katja dejó la pluma sobre el escritorio. Cerró la tapa del cuaderno y lo metió dentro de aquella valija negra, ya era suficiente. Unos años atrás había hecho girar el globo terráqueo que tenía sobre la mesa de alabastro de la biblioteca apoyó el dedo sobre él y lo miró detenerse marcando la parte norte de Argentina. Ese sería su nuevo destino, un lugar en el mundo olvidado. Estuvo estudiando el español todo ese tiempo y ahora estaba lista para cumplir su destino, así de absurdo, sin reglas, nada en la vida tenía sentido, esa era la manera de vivir. Los únicos que estaban en lo cierto eran los locos.

Ciudad de Pocitos, Salta, Argentina, sábado 1 de septiembre de 1979.

Pesados gritos de desesperación se hundían en el aire, no podía contenerlos. Se sintió vacía, observando a través de la carne todo desfigurado, y, sin embargo, en un complejo sistema de desasosiegos entre cuyos elementos se contaba también la sobriedad. Algún día sus penas serían leídas por algún sabio en una plaza pública de su ciudad, se haría millonario el niño bajo el cual depositaría aquel diario y nadie entendería el por qué, siquiera ella terminaba de comprenderlo.

Tenía la sensación de que la realidad comenzaría a derretirse, y mientras eso ocurría, las personas a su alrededor cambiaban unas por otras, como cuando le cambias el canal a un televisor. De repente un anciano barbudo se encontraba a su lado y al siguiente instante, un niño albino. Hasta que tomó a Eleonora de la mano y la condujo junto a ella, al laberinto que se forjaba por encima del suelo sin interponerse con el mismo. Un puente surcaba el cielo hacia la luz del infinito. Sabía que de alcanzarlo la gloria sería magnánima, pero se detuvo en estrecharla contra su pecho y en abrazarla intensamente, casi de manera desesperada. ¿Cuánto duraría ese instante de felicidad? Quizás segundos. No podía desperdiciarlos. Le dijo mil veces que la amaba, que nunca la olvidase, que no podía haber muertes tan permanentes que no les permitieran volver a encontrarse, ni universos tan amplios que las alejasen demasiado. Le rogó que sea cual fuere el destino que les esperase, así una estuviera situada en una estrella y la otra en un glaciar, se buscarían y se hallarían irremediamente. No podía haber fuerza capaz de separar aquella unión generadora de vida ni a través de todos los tiempos (se desarticularían para que se encontraran) y ni a través de todos los espacios (se comprimirían para juntarlas).

—Pierde cuidado, no te he olvidado y no te olvidaré jamás, todo lo que dices es cierto, no hay fuerza en el pleroma capaz de quebrantar al amor, y yo te amo, te amé y te seguiré amando. He muerto ya, y aun así te reconocí luego de beber del olvido eterno ¿recuerdas cuando nos conocimos? —Dijo Eleonora mirándola con fijeza y sonriendo.

—¿Cómo podría olvidarme?

El alivio que sentía era inefable. La besó con pasión y la abrazó una vez más. De todas maneras, no eran suficientes ni todos los besos, ni todos los abrazos del mundo, para compensar tanto vacío que hubo en su interior, esos largos años de soledad y dolor. Ella la imitó y le pidió que no la soltara, que se quedasen así por toda la eternidad y nunca nada podía separarlos. Pero estaba dicho que lo inevitable sucedería y lo inevitable sucedió: el tren se puso en marcha.

Estaba a punto de entrar en pánico, de desesperarse, cuando miró al costado y vio a Eleonora sentada a su lado, la tomó de la mano y ella se la quitó inmediatamente.

—¿Quién se cree para tocarme? —Dijo alterada y poniéndose de pie.

—¿Eleonora? —Le espetó sorprendida— prometiste que me reconocerías.

—¿Eleonora? —Contestó la mujer en una mezcla de desprecio y sorpresa— usted está completamente loca, aléjese de mí por favor o llamaré a seguridad.

Solo la vio alejarse por la calle sintiendo una vergüenza que la desequilibró. Mientras al costado de una tienda, entre la puerta del cuarto donde se guardaban los elementos de limpieza vio colarse por un pequeño agujero a sus amigos los ratones mágicos que le hicieron un guiño de ojos.

Su cerebro estaba engañándola, pequeños destellos frugales la estaban confundiendo, quizás tanta genialidad, tanto desgaste de sus condiciones neuronales, tanta sobreexcitación del sistema límbico, le habían estropeado la imaginación dilatándola a tal punto que no podía distinguirla de la realidad.

Era una simple mortal que, como todos, escapaba a su naturaleza, molestándose por acceder a la belleza. Ignorando que una sola lágrima podía detener los tiempos, como una sonrisa acelerarlos, lo que demostraba que en el ser humano como en ninguna otra especie residía la capacidad de corromper algo tan infinito e imparable o tan estático e inamovible. El único tiempo que se hacía corto y el único tiempo que se olvidaba con facilidad, era el de la felicidad. Su diario estaba finalizado. Cerró sus páginas y lo envolvió con una cinta que selló a vela derretida.

Había aprendido el español mucho más rápido de lo que había aprendido el inglés. Por eso su diario conservaba partes en ucraniano como en inglés, como pequeñas reseñas en español. Y terminaba con una poesía dedicada a Eleonora:

“Recuerdo un alma bebiendo el agua salada del mar en una amarga noche de septiembre.

Recuerdo una niña naciendo muerta y muriendo antes de nacer.

Recuerdo un cielo caerse a pedazos sobre alguien que me quiso.

Y recuerdo cada uno de mis llantos.

Recuerdo el olor de una triste canción que habla de nosotros.

Recuerdo poder volar a través de un sueño.

Recuerdo una sonrisa alcanzando mi rostro.

Recuerdo una mano secando mis lágrimas.

Recuerdo un beso sobre mi mejilla.

Y una lluvia acariciando mi libertad.

Me recuerdo riendo empapada por las llamas y alzando los brazos infinitos hacia el corazón mismo del universo.

Recuerdo un sobre cerrado que duerme resguardando una carta; que, aunque nunca me atreví a leer, sé perfectamente lo que hay escrito en ella.

Recuerdo un barco alejándose contigo a bordo.

Y hasta recuerdo tu propia tristeza de tener que irte queriéndote quedar

También recuerdo aquella lluvia helada.

Y ese fuego que quema por dentro.

Recuerdo las sombras oscureciendo el camino.

Y recuerdo esa carta, que aun duerme conmigo.

Y que seguro dice, que aún me recuerdas.”

Domingo 2 de septiembre de 1979.

Miró la carta del príncipe Scarlatta y una duda la sobrecogió. ¿Y si toda su vida solo había vivido en Pocitos y todo aquello no era más que una fantasía? ¿Cómo era posible que no pudiera estar segura? Un temor se precipitó alrededor de su mente, el miedo a la locura, a no reconocer la realidad, y a haber soñado todo un pasado que quizás fuera el arrebató de un pestañeo que la despertó fuera del tiempo.

Eleonora era tan perfecta en todas sus obras, que costaba asimilar que pudiera haber sido su novia. Todo el mundo a su alrededor había muerto. Nadie había de testigo para aseverar que algo hubiese sucedido, por lo que resultaba muy difícil corroborar cualquier elemento conectado a su pasado. Mientras ignorase cuál era la verdad y nadie pudiera negarla, las dos realidades eran verdades innegables, al igual que el gato de Schrödinger. O tal vez estas dudas eran la ineludible consecuencia de la cercanía de la muerte y la falta de oxígeno en el cerebro la estaba confundiendo. ¿De qué servía todo si no podía recordarlo? ¿De qué valía su vida si se estaba muriendo?

Sacó el diario de la valija y comenzó a leerlo detenidamente hasta que cayó en la cuenta de que no reconocía su propia letra. No estaba segura de si eran las memorias de alguien más. Solo ella era real, pero necesitaba cerciorarse, corrió hacia un espejo y se detuvo a contemplarse a sí misma, a ese brillo cálido de sus redondos ojos grisáceos, otorgado por la bondad que la sumisión adquiere en la fealdad, lejos de la arrogancia de la belleza adquirida sin ningún esfuerzo.

Domingo 9 de septiembre de 1979.

Había estado aguardando a que naciera un niño desde hacía tiempo en aquella sala, cuando al fin le dieron aviso. La madrugada de ese día se acercó hasta el improvisado centro médico y dejó depositados sus escritos dentro de una vieja valija de cuero negra que había traído desde Jarkov y luego sobre la cuna del recién nacido. Salió de allí con una sensación de calma única. Una paz le recorría todo el torrente sanguíneo.

El suicida era el mayor vanidoso de todos, que llegaba a su acto, al cabo de comprender que su egoísmo no se satisfacía por un mundo que no giraba en torno a él. Cada vez que despertaba, pensaba en lo tumoral de ese hecho, en cómo iba extrañarlo algún día, en cómo extrañaría toda esa nada, que era al fin de cuentas de lo que siempre había sido la única dueña.

Escuchó la lluvia tan tenue y solitaria sobre el puente Guandacarenda, y pensó en la belleza de morir en ese momento. Nadie se enteraría, pues estaba alejada del mundo. Todo el calor en su corazón, generando esa tristeza amarga y dulce, hacía al sol parecer una chispa. La nada eterna se aproximó a sus huesos, el corazón se apagó, la sangre quedó calma y comenzó a coagularse, el cerebro dejó de recibir oxígeno y se perdió en un vacío indescifrable. Poco a poco, todo su cuerpo se volvía más frío. Así era el final de toda criatura sobre la tierra, bella, fea, rica, pobre, brillante o estúpida. Pero un instante antes de morir percibió que esa era la única vez que podía sostener que había sentido el verdadero holodomor. Y retornó por un instante a la ciudad de Jarkov, al domingo 31 de julio de 1932. Imaginó toda una vida y toda una muerte. Era tan solo una niña, pero pudo haberle enseñado a soñar al mundo entero. O simplemente el padecimiento del hambre la había conducido en un delirio estructurado de una vida que nunca tuvo y que no podría tener jamás. Quizás la pareja Esler encontró a aquella niña muerta en Jarkov y descubrió sus escritos y pinturas cerca del globo terráqueo que señalaba con un alfiler, la ciudad de Pocitos en Argentina, cerca de la frontera con Bolivia y pudieron ser ellos quienes depositaron aquel diario en la cuna de un niño recién nacido en aquel lugar. Un pequeño ángel derramó una lágrima antes de partir, y mientras caía del puente, pensó que lo verdaderamente maravilloso de toda esta historia era que no necesariamente tuviera que ser real.

LIBRO 2

CALBUTUE

Ciudad de Barinas, Venezuela, jueves 10 de abril de 1997.

Encontrarse en esa situación desesperada era insostenible. Resumía toda su existencia a esos momentos y sentimientos cuantiosos. Él ocupaba un lugar omiso en el mundo que era perfectamente percibido por ella.

Estaba enamorado. Y era un imbécil. Ella: Nancy, era infiel, mentirosa, borracha, drogadicta, una mala persona... la amaba, no podía evitar amarla.

La bella Nancy regresó a las tres de la mañana, no dio explicaciones cuando se fue y no las daría al regresar. Se acostó a su lado, se cubrió el cuerpo con la manta azul y le dio la espalda. Él sabía que había estado con otro, o con varios, eso le gustaba, decía que el sexo le encantaba y que con él era aburrido, rutinario, básico, pero nunca admitía haberlo engañado. Aunque la había visto, con sus propios ojos. La vio coger como una verdadera ramera, tenía cámaras ocultas en toda la casa y había conseguido registrar en video todas sus travesías sexuales, y lo que era peor, los conservaba escondidos en la vieja biblioteca, la misma que ella jamás visitaba, detestaba los libros. Era parte de una rutina lamentable y masoquista, ver esos videos todos los días sin dejar de llorar.

La amaba, a pesar de todo. Estaba destruyendo su vida, sus sentimientos, su alma. Pero no podía evitarlo.

Tampoco podía enfrentarla o reclamarle sus infidelidades o su ingratitud: temía que lo dejase. No podría aguantarlo, por eso soportaba, sufría en silencio tratando de aprovechar al máximo los pocos momentos de felicidad que ella le regalaba. Como cuando iban a comprar ropa ¡qué feliz se la veía! Gastaba demasiado en regalos para ella, pero no reparaba en eso, la veía tan hermosa en esos lujosos vestidos. Era verdaderamente escultural, a veces trataba de ponerse en su lugar y entenderla. Era una mujer que recibía propuestas sexuales en todo momento, debía ser difícil rechazarlas todas, por eso no la juzgaba. Solo la amaba.

Sin embargo, la conciencia de la duda viajaba por el viento, inclasificable sentido que todo absorbía a pasos agigantados sobre la nostalgia de la inquietud que lo asaltaba por la imperiosa necesidad de entrometerse, de indagar a fondo, de colmarse de información que iba a odiar poseer y que lo lastimaría sin dudas, pero sería desplazada por esa sonrisa perfecta que lo conduciría a certezas quiméricas que arrullaba callando su molesta inteligencia, su entrometido orgullo y su inoportuna dignidad.

Era la más linda de las mujeres más lindas que había visto en su vida, quizás en algún momento ella lo había querido con locura, pero los veinte años de diferencia hoy se hacían notar, la vejez comenzaba a sacudirlo mientras ella rebozaba de juventud y esplendor. Se estaba convirtiendo en un viejo estúpido.

En un principio, ella le había pedido que la dejase en paz, que no tenía problemas en ser su pareja, pero sus condiciones fueron las siguientes:

Nunca me digas “te amo”.

Nunca me digas “te extraño”.

Nunca me pidas explicaciones.

Nunca me preguntes si te quiero.

Nunca me aconsejes ni opines acerca de mi vida. Hago con mi cuerpo lo que me viene en gana.

Si me aceptas como soy sin querer cambiarme, estaremos juntos, de lo contrario no lo estaremos.

Y él había aceptado. Ciego, de la única manera que se podía aceptar una proposición con tanta desventaja para los sentimientos de quien en realidad sí ama. Le gustaba demasiado para dejarla ir, creía que iba a poder controlar sus emociones, pero le fue imposible. Casi no se dio cuenta de cómo sucedió, y de un momento a otro estaba absolutamente enamorado y era totalmente dependiente de ella.

Si Nancy se levantaba de buen humor, él también lo hacía; si por el contrario no lo saludaba por la mañana, su día, todo, era un calvario.

Suspiraba al verla y se derretía cuando, por compasión, ella lo acariciaba.

Él, que toda su vida juró no enamorarse jamás.

Él, que se jactaba de tener un corazón inalcanzable.

Pero evidentemente cuando uno se tornaba en viejo se volvía más idiota, más nostálgico, un completo maricón...

Miércoles 5 de noviembre de 1997.

La veía desde detrás de un árbol, besando apasionadamente a otro hombre. «No es mejor que yo» —pensaba. De eso estaba seguro, entonces ¿Qué hacía su adorada Nancy con ese extraño que no alcanzaba llegarle a los talones? Este razonamiento lo conducía por la amarga reflexión de que era en todo mejor que él y de que lo abandonaría en cualquier momento, se iría con otro hombre y lo dejaría destrozado ¿Qué estaba esperando entonces?

Se fue conteniendo las lágrimas algunos pasos, pero ya no pudo soportarlo más y dejó salir ese dolor en un llanto que trató de ocultar a la mirada de los transeúntes. Su mente arremetía golpes imaginarios contra la nada, absorbiendo una desdicha abrasadora y letal. Los pasos lo seguían detrás de sí, iba más adelante en el tiempo y más atrás en su destino, estaba desestructurado y absorto. Dirigió la mirada al suelo enterrándola en lo profundo de las nostalgias del mundo, dejando volar las congojas de verlo moribundo, de contemplar todos los otoños de la historia en un solo segundo, de llorar todas las tristezas de la vida en una sola lágrima.

Llegó hasta el terminal de ómnibus sometido por un desasosiego absoluto, y se dispuso a abordar el transporte que lo llevaría hasta el alto de Barinas. Había dejado su flamante Chrysler Neón traído desde Singapur, único de esos carros que había en la ciudad, para no ser reconocido. En aquel lugar de esperas tediosas, donde todos se esforzaban por expresar su falta de paciencia como si tuviesen algo más importante que hacer que estar allí esperando una u otra cosa, una paloma desplegó sus alas dibujando relojes de tiempo en el aire, como si volara en cámara lenta, y se perdió en el cielo azul. Una hoja cayó de un árbol, mucho más lenta y pausada todavía. Pareciera como si el tiempo estuviera jugando a congelarse, pero no se decidiera. Sus ojos se fijaron en un punto lejano buscando quizás alguna explicación, alguna imagen que lo desconcertase y le concediera la ilusión de olvidar por un momento aquello que estaba desgarrándole por dentro. No toleró más la espera y cogió un taxi para llegar hasta su casa. Una vez allí, cayó sobre la cama queriendo dormir y despertar en otra realidad, en otro mundo. Miles de ideas confusas invadían su cabeza, no dándose lugar a detenerse en ninguna en especial. Al rato sintió ruidos en el baño principal de la casa. ¿Cuánto tiempo había pasado?

Nancy estaba de regreso y se arreglaba para salir nuevamente. Se hizo un rodete con los cabellos, pintó sus labios de un color muy similar al que debiera tener la pasión, y mientras contorneaba su figura cubierta por un ajustado vestido de color azul marino, acariciándose desde el pecho hasta las caderas frente al espejo, se sonrió a sí misma como mostrándose cómplice de su espectacular belleza, tomaba sus pertenencias y se iba. Andrés la observó detenidamente: no era tan hermosa, no sufriría demasiado al perderla. De eso quería convencerse. Miró nuevamente su rostro, su cuerpo... ¡diablos! Era increíblemente hermosa...

Nancy era una mujer de veinte años de edad, radiante y escultural, de cabellos rubios como el sol y ojos turquesa como el reflejo del cielo en una piscina en el verano, su piel era tan perfecta y exquisita que no albergaba un solo lunar o una sola mancha, sus tetas firmes parecían producto de un implante de siliconas, pero eran naturales y exactas, sus piernas eternas con la musculatura justa, sus pómulos, su cuello, su rostro, sus manos y la delicadeza de sus curvas, hacían pensar que

no podrían existir ojos masculinos que no atravesaran un paisaje de ensueños al contemplarla.

—¿Dónde vas tú? —Preguntó tímidamente Andrés.

—Déjame en paz —Respondió ella.

Ya no pudo contenerse más, temblaba como una hoja atrapada en una telaraña sacudida por el viento. La tomó del brazo con fuerza, tratando de impedir que se marchase.

—Suéltame... me lastimas —dijo Nancy inclinando la voz desde la ira hasta el melodrama.

—¿Por qué me haces esto? —Preguntó en un tono, mitad angustia, mitad enojo, sin ser ninguna de las dos cosas, al tiempo que humedecía la atmósfera de llantos, empañaba el aire de suspiros inciertos como agonías de ángeles, y ese hegemónico temor a que su sufrimiento sea pasado por alto.

—¿Por qué no te comportas como un hombre? Pareces un carajito —contestó Nancy quitándose la mano de aquel sujeto que la apretujaba.

La abofeteó dos veces, la llamó “¡Putas!” y al instante se arrepintió, quiso abrazarla y le pidió perdón. Ella le quitó los brazos que la rodeaban y se alejó nuevamente al baño. No tenía que soportar toda esa escena ridícula, no se había casado como el resto de las mujeres para tener un miembro entre las piernas todas las noches, sino por interés, para no tener que trabajar y solo dedicarse a disfrutar de la fortuna de otro.

Mientras Nancy había ido a arreglarse otra vez, él recordó el día que la puso en una situación hipotética. Le había preguntado qué sucedería si el tren le cortara las piernas.

—¿Seguirías a mi lado? —Había preguntado él.

—Ni loca, —respondió ella— te dejo —agregó impasible.

Al principio fue una gracia, pero volvió a interrogar de manera más seria y ella respondió del mismo modo. Parecía una tontería, pero le dolió hasta el alma.

Misericordias y vacíos conservaba consigo, como borrones en su memoria. Las risas ya apagadas que alguna nostalgia había olvidado ocupar su lugar. No era bajo ningún punto un escéptico antisentimental, no era un héroe impasible ni mucho menos, por el contrario, se convertía en un títere de sus tiranos impulsos y ellos lo conducían a desobedecer las órdenes de su orgullo. Tomó el cuchillo más filoso y lo colocó sobre sus muñecas. Cuando la joven salió del tocador, él le dijo llorando que si continuaba engañándolo se quitaría la vida. Ella no le dio la importancia que él esperaba y le dijo que hiciera lo que quisiera, que, si su deseo era morir, no se lo impediría. De modo que clavó el cuchillo en su antebrazo y lo jaló hacia abajo produciendo una incisión tal, que separó venas, músculo y tendones. La sangre comenzó a esparcirse por todo el suelo de la sala de entrada.

Nancy continuaba arreglándose el peinado, enamorada de su adorable figura en el espejo, cuando sintió el cuerpo de su esposo arrastrarse hasta ella. Lo miró un instante y continuó con su

tarea.

Andrés estaba perdiendo muchísima sangre, pensó en llamar a la ambulancia, pero necesitaba que Nancy lo viera, antes de que abandonara la conciencia. Cuando comprendió la gravedad de lo que había hecho estiró su mano invocando la piedad de su esposa, pero ella la apartó con la puntilla del pie.

—Ayuda —balbuceó.

—Ahora la bebes o la derramas —guardó sus cosméticos en la cartera, se la colgó del hombro y se fue.

—No me esperes, —agregó al salir. «Si es que vives» —Pensó mientras se alejaba bajo el cielo abrumado.

Esas palabras junto con la indolencia de su esposa terminaron de matar a Andrés. Estuvo desangrándose en una cruda congoja durante horas hasta que su corazón dejó de latir. En ese momento en que la vida que habitaba dentro de su organismo se estaba dando a la fuga por una languidez sin igual, se arrepintió en lo más hondo de su ser, en donde solo se podía guardar esa última agonía y los pensamientos que sucedían en ese momento crucial. La memoria tenía reservado un lugar aparte para almacenar dichas experiencias finales y únicas. Solo allí comprendió lo que comprendían todos los suicidas: no valía la pena ese sufrimiento terminal. Ninguna mujer, cosa o circunstancia de la tierra, valía atravesar la muerte. Andrés había buscado apagar su dolor escapando del propulsor principal de este: la vida misma. Por ello acudía a su disolución, para finalmente entender que ni todos dolores del mundo eran superiores a la agonía que antecedía a la muerte, donde todas las lágrimas eran visitadas, reducidas a un simple acorde de piano; todas las ponzoñas, inyectadas en una sagaz aguja de cocer; todos los arrepentimientos proyectaban una película infinita que transcurría en menos de un segundo, arremetiendo contra lo poco que le quedaba al ser, la pena negra de la vida que estaba por acabar... y allí en medio de un frío elemental, se terminaba, concluía crudamente en una coagulación colapsada sobre sí misma.

Jueves 6 de noviembre de 1997.

Cuando Nancy regresó por la madrugada, Andrés estaba tendido sobre el tapete. Pasó por encima de él y tropezó con su pierna izquierda. Se dio la vuelta y le asestó un puntapié en las costillas.

—Inútil, infeliz, siquiera muerto dejás de molestarne.

Cayó desmayada sobre la cama. Demasiado alcohol y demasiadas drogas. Creía que era un ser único, incluso juzgaba a los otros como ilusiones engendrados por sus temores de soledad. Nancy había mentido, robado, matado y extorsionado para conseguir lo que quería... pero ahora indirectamente había conseguido su objetivo, aquel infeliz estaba muerto y su seguro de vida valía cerca de medio millón de dólares. Despertó al día siguiente molesta con el sonar del teléfono. Allí tomó conciencia de que debía dar aviso a las autoridades.

—Aló —dijo Nancy

—Soy yo —respondió Dalmiro del otro lado del teléfono.

—¿Por qué has tardado tanto? —Sonrió Nancy

Al principio la policía se había puesto de malas con ella, aunque no podían apresarla solo por reír del hecho de que su esposo estuviese muerto. Encendiendo un cigarro y cruzando sus esculturales piernas, alegó que cuando llegó estaba tan borracha y tan drogada que no notó que su marido estaba sin vida. Estuvo algunas horas demorada en la seccional de policía hasta que el informe forense dictaminó de manera formal lo que ya se sabía: había sido un suicidio. Se retiró de aquel lugar, fue hasta su casa, comenzó a empacar toda su ropa dentro del carro de su marido y decidió regresar a vivir a la casa de su madre. Cuatro años habían pasado desde la última vez que la había visto...

Viernes 7 de noviembre de 1997.

Miraba por el balcón de la terraza hacia un horizonte perdido. La señora Magalí, una mujer dulce, entrañable, de rostro fuerte, pero amable y realmente bella, enseñaba en toda su complexión de donde había heredado Nancy su hermosura, aunque ciertamente, la belleza de Nancy era incomparable.

La conexión que madre e hija tenían era realmente singular. La primera vez que Magalí sintió la intensidad de aquel vínculo fue cuando la pequeña tenía cuatro años.

Viernes 21 de agosto de 1981.

Magalí estaba cocinando unas tajadas de plátano fritas para acompañar la carne guisada que había preparado para el almuerzo, cuando de pronto sintió la voz de la niña que repetía: “¡Quema! ¡Quema!” Se dio la vuelta y casi se le detuvo el corazón a causa de la impresión que le dio aquella figura, su hija estaba completamente quemada, la piel de la misma repartía las tonalidades entre el negro de la carne carbonizada y el rojo de la carne viva.

No supo qué hacer, pero sus brazos fueron hacia ella y, al intentar tocarla, la niña se desvaneció lo mismo que si se tratara de un fantasma. Sonrió como sonríe un desesperado, ante el peligro de estar volviéndose loca, y se asustó por la posibilidad de encontrarse en una casa maldita. Todo eso en segundos, antes de correr hacia fuera buscando a su hija. Y allí la divisó, había volcado el bidón de gasolina que tenían para recargar el tanque del equipo electrógeno y sostenía un encendedor a bencina en sus manos, intentando lograr fuego de él. Sus pantalones, tanto como las mangas de su camisa, estaban embebidos de combustible. Magalí Corrió a quitarle el encendedor, la apartó de la gasolina y se quedó de rodillas abrazándola por unos instantes.

El siguiente episodio de similares características tuvo lugar dos años más tarde.

Viernes 14 de octubre de 1983.

Esa noche la pequeña Nancy había ido a dormir a la casa de Delfina, su compañera de la escuela y mejor amiga. Sus padres, los Realsalas, provenían de Argentina y habían emigrado a Barinas por los negocios que el esposo tenía con las petroleras. Esa noche Magalí soñó con dos sujetos de apariencia grotesca que se dirigían hacia Nancy y su compañera, en una especie de callejón oscuro que no sabría describir. Sabía que sus intenciones no eran buenas y le desesperaba no poder hacer nada para evitarlo. Entonces gritó a las niñas con todas sus fuerzas para que corrieran por sus vidas y allí se despertó.

Salió a toda prisa hacia la casa de los Realsalas, pero no encontró a nadie, los esperó sentada en la acera, hasta que llegaron junto con la policía. Magalí los abordó preguntándoles dónde estaban y por qué habían salido con su hija sin su consentimiento. Le respondieron que Nancy se encontraba bien, pero que su niña, Delfina no aparecía por ningún sitio.

Habían ido a una feria callejera y la estaban pasando tan bien que perdieron la noción de lo tarde que era. La madre de la pequeña junto con su esposo, se descuidaron un momento en un beso que se dieron y las niñas se confundieron con la gente.

La pequeña Nancy llegó agitada hacia ellos, pero sola, había dejado a Delfina atrás.

Magalí llevó a su hija con ella sin tener palabras de consuelo para esos padres. Llegaron hasta su casa y ni bien entraron le pidió a Nancy que se sentara junto a ella en el sofá.

—Tienes que contarme lo que sucedió —ordenó.

—Nos entretuvimos mirando a un mago y de pronto desapareció, la gente comenzó a aplaudir y nos pusimos a buscar al mago para descubrir su truco, ya que Delfina insistía en que la magia no existía de verdad. Estábamos ocupadas en esa búsqueda, y nos internamos en una calle muy oscura que daba miedo, y nos alejamos mucho del señor y la señora Realsalas, y allí —expresó Nancy con angustia—, oí una voz que nos gritó: “¡Corran por sus vidas!”; y yo corrí, creyendo que Delfina venía tras de mí, pensé que ella también había oído la voz, pero no fue así. Se quedó atrás y no sé qué le sucedió.

Magalí abrazó a su niña y derramó algunas lágrimas escabrosas. Se sintió aliviada de que no le hubiera sucedido nada a su pequeña.

Los días pasaban y Delfina no aparecía por ninguna parte.

Miércoles 25 de marzo de 1987.

Para la edad de diez años, Nancy ya era una niña increíblemente hermosa, su figura comenzaba a descubrirse poco a poco y quien se detuviera con ojos que se proyectaran más adelante en el tiempo, podría escudriñar que aquella pequeña sería deseada por todo hombre que la viese.

Magalí entabló una agradable relación con un hombre de apellido Araque. Nancy lo miraba siempre de una manera que no se correspondía con la mirada de una nena. Hasta que esa tarde ingresó por apuro al baño y allí lo vio, desnudo bajo la ducha, masturbándose. Se quedó atónita por un segundo hasta que todas sus hormonas la condujeron a una sola idea, quería tomar ese miembro, sostenerlo, besarlo, sentirlo bien adentro suyo, aunque la desgarrase. Sabía que, por su corta edad, aquel hombre no accedería a sus deseos, necesitaba el cuerpo de su madre para lograrlo, pero de todas maneras se dejó llevar por sus impulsos. Fue la primera vez que Nancy hizo uso de su innato poder de manipulación para conseguir lo que quería. El señor Araque se dio la vuelta avergonzado y le dijo a la niña que se estaba bañando, que debía haber golpeado la puerta antes de ingresar.

—No te preocupes —dijo Nancy—, no tienes de qué avergonzarte.

Se le acercó tomando aquel miembro erecto entre sus pequeñas manos.

—¡Nancy, no! —Replicó—, eres una niña.

—Déjame besarlo, por favor. Quiero que me lo hagas.

Aquel hombre no alcanzaba a comprender bien lo que estaba sucediendo, sentía una terrible confusión, aquella niña era hermosa, pero era tan solo una niña.

—Si no me dejas hacerlo contigo, le diré a mi mamá que tú me has tocado ¿a quién crees que le creerán?

El señor Araque se dejó llevar por la persuasión de Nancy, aquella niña era más decidida que muchas mujeres de varias décadas de edad. Ella comenzó a besar y acariciar el miembro del novio de su madre, introduciéndolo de a poco en su pequeña boca, mientras se desvestía lentamente. Hasta que en un momento se subió sobre él suplicándole que la penetrase. Él accedió a los deseos de esa chica, que ya eran también sus propios deseos. Se dejaron llevar por la lujuria, rompiendo barreras generacionales, éticas y morales.

La pequeña vagina de Nancy, apenas si daba paso al miembro considerable de aquel hombre, aun a expensas del sufrimiento se las arreglaron para hacerlo entrar, Nancy se quejaba abiertamente, pero el enorme placer que estaba experimentando se anteponía a cualquier dolor. Por un momento los jadeos de la pequeña habían sido pronunciados en un tono bastante alto y al señor Araque le preocupaba que su novia pudiera escuchar, pero nada podía apartarlo de ese acto que le estaba transportando a un paraíso de placer insuperable. A punto de terminar, quitó su miembro de la pequeña vagina de la niña y le acabó en el rostro. Nancy sonrió y comenzó a

lamerle el pene.

—Gracias señor, mi mamá nunca se enterará de esto, siempre y cuando lo haga cada vez que yo se lo pida.

Lunes 11 de enero de 1988.

Nancy se convirtió con el correr del tiempo en una niña malcriada, soberbia y engreída. Había tomado por costumbre molestar a un compañero en la escuela. Maltrataba a todas las demás niñas, pero a este muchacho en particular estaba dispuesta a hacerle la vida muy infeliz. Josué era un chico simpático y despierto, amable y considerado, y ella lo hacía centro de todas sus burlas. Él las soportaba porque estaba profundamente enamorado de aquella muchachita de rostro angelical y alma de demonio.

A diferencia del resto de las mujeres que solo eran malas cuando había espectadores, Nancy lo hacía por puro placer. No tenía miedo a las consecuencias de sus actos ya que siempre hallaba la forma de convencer a alguien. Su belleza era una herramienta muy eficaz. Ni bien salieron al recreo, tomó una de las cubetas que la señora, encargada de la limpieza de la escuela había descuidado, y derramó toda el agua sucia y enjabonada encima de Josué. El muchacho tuvo que quedarse hasta la hora de salida completamente mojado. Al no soportar esa muletilla, le advirtió a Nancy que no volviese a meterse con él. Inmediatamente la vengativa niña fue con un chico del último año y le prometió un beso con lengua si le daba su merecido a Josué. Aquel chico no dudó un instante y a la salida castigó a Josué haciéndole llorar y dejándole la nariz sangrando.

Desde ese momento Josué supo que nunca más volvería a amenazar a aquella chica. Cuando la muchacha llegó a la casa esa tarde, el señor Araque estaba lavando su reluciente automóvil Chevrolet Camaro, ella lo interrumpió diciéndole que ni bien se fuera su madre lo esperaría “toda desnudita en la cama”. El hombre siquiera le dirigió la mirada, siguió ocupado en su tarea.

—Por tu propio bien te recomiendo que vayas —amenazó la pequeña en un tono que ya le sentaba magnífico. Amaba esa sensación de poder que tenía sobre las personas. Se dio cuenta de que podía hacer que todos hiciesen lo que ella quisiera.

Jueves 9 de noviembre de 1989.

Tras veintiocho años caía finalmente el muro de Berlín que se extendía a lo largo de 45 kilómetros y dividía a la Alemania federal de la democrática. El señor Araque contemplaba aquella noticia en la televisión mientras Nancy se paseaba del comedor al living. La única forma de evitarla y de evitar que aquella locura continuara era irse de allí para siempre sin darle a Magalí ningún tipo de explicación. Estuvo tentado a hacerlo durante toda la mañana y tarde. Finalmente llegó la noche y aun no podía tomar la determinación.

Viernes 10 de noviembre de 1989.

Estaba decidido, ni bien Magalí saliese, se iría sin decir nada. No podía continuar con todo aquello, se había dejado llevar por una lascivia y degeneramiento incomprensibles.

«¿Cómo pudiste cogerte a una niña?» —Se preguntaba. Sus respuestas convergían en que ella era la culpable, pero él sabía bien que eso no era del todo cierto.

—¡Despierta por favor! —Era la voz desesperada de Magalí.

—¿Qué sucede? —Preguntó el señor Araque.

—¡Nancy ha desaparecido, se ha ido!

Parecía que al fin y al cabo las cosas se habían solucionado solas después de todo.

Nancy se despidió de la infancia mucho antes de lo que cualquier niña lo hace. Se fue de su casa a la edad de doce años. Aunque lamentó mucho el tener que despedirse de su madre en la oscuridad de la noche mientras ella dormía, sabía que bajo sus cuidados no podría acceder jamás a la vida que se proponía llevar.

Sábado 11 de noviembre de 1989.

Al día siguiente encontró asilo en la casa de un amigo del último año de la escuela, tuvo sexo con él a cambio de que la escondiera por las noches y le consiguiera comida. Mientras tanto, Nancy apuntaba su artillería a personas poderosas que gustasen de niñas como ella. Estaba dispuesta a todo, ya había saboreado como se sentía entregarse con hombres mayores y le había encantado, por eso le sacaría el máximo provecho a esa situación.

Entró a una vieja licorería donde solían reunirse algunos hombres de negocios y políticos importantes.

—Este no es un lugar para niñas —objetó el dueño del lugar. La joven acercó sus labios hasta el oído del hombre detrás de la barra.

—¿Qué tal si luego te mamo la verga? ¿Me dejarás quedarme? —Susurró.

—Si alguien te pregunta di que eres mi sobrina —musitó el encargado del lugar sin demasiado pudor. «Vaya niña» —Pensó mientras observaba su exquisita figura. Algo dentro de sus pantalones comenzaba a ponerse duro y trató de calmarse. Debía atender su negocio y dejar esos impulsos para más tarde. Por lo pronto se conformó con fantasear con todas las cosas que le haría a esa dulzura que parecía una doncella dorada.

Eran las seis de la mañana cuando el último cliente se retiró del lugar. Nancy había estado viendo a las personas de allí, pero ninguno le pareció bastante rico, sin embargo, ya había fijado su mirada en un hombre que le había llamado la atención por el precio de los tragos que pidió durante toda la noche. Ahora aguardaba sentada en una oficina donde solo el dueño tenía acceso, tenía que asegurarse poder regresar.

—Necesito trabajo... —dijo la muchacha con voz tersa.

—¿De qué quieres trabajar? —Preguntó él.

—Esto es lo único que sé hacer. —Contestó introduciéndose el miembro enorme de aquel hombre en la garganta.

—¡Qué grande es! —Exclamó apasionada. Comenzó a besarlo y a llenarlo de saliva. Degustaba cada rose y cada lamida. Dentro de su boca, enroscaba la lengua alrededor de aquel grueso miembro que casi se la llenaba por completo. El hombre inclinó los ojos hacia atrás no pudiendo dar crédito a esa situación soñada.

Sábado 18 de noviembre de 1989.

Luego de varias noches de prostituirse en aquel bar, eran tantas las personas que conocían su nombre que ya nadie sabía por qué la llamaban así. Todos no alcanzaban siquiera para armar un sofisma miserable que la sostuviera para no caer a la perdición del pensamiento, nadie podía suministrar una simple verdad que pudiera romper aquel desierto con un mar de penas y empatías. Las tripas de Nancy enjugaban los suspiros causados por sus ascos, aquellos viejos desnudos eran para el cuerpecito de la niña algo realmente repugnante. Ella los soportaba ensordecida dentro de sus anhelos, ignorando esos momentos y transportándose a la vivencia de sus expectativas.

Guardó el dinero ganado durante esa noche dentro de una bota de gamuza azulada. Entró en el cuarto de baño, abrió la llave del agua y estuvo lavándose el cuerpo y algo más, durante casi una hora. Al salir cayó rendida sobre la cama y fue todo por ese día.

Ciudad de Caracas, Venezuela, martes 21 enero 1992.

A los quince años llegó a ser la prostituta más cara de toda la ciudad, aunque también era la más anónima de todas. Sus compradores siempre estaban vinculados al poder político de una u otra forma y a ninguno de ellos le hubiese convenido jamás que alguien se enterase que gastaban fortunas de los impuestos de la gente en acostarse con una niña.

Uno de sus clientes frecuentes era un empresario petrolero que tenía por hobby tatuar su piel, aunque solo las partes que no fueran visibles. A Nancy al principio le había llamado la atención la mutilación que ese hombre hacía con su cuerpo.

—Tú no tienes ningún tatuaje —remarcó aquel sujeto.

—No me interesa la idea de que alguien me deje una marca para toda la vida. Tú por el contrario no te olvidarás más de mí.

La muchacha se sentó sobre él sacudiendo su cuerpo lo mismo que una serpiente. Aquel hombre no tardó mucho tiempo en acabar y recompensó a la joven con una buena cantidad de dinero.

Luego de que él abandonase la habitación, Nancy estuvo rumiando acerca de cómo podría lograr hacerse con toda su fortuna, pero luego de divagar por algunas horas llegó a la conclusión de que se metería en muchos problemas con un hombre tan poderoso.

Ya aparecería algún idiota, por lo pronto debía seguir con el trabajo. Había pasado de aquel bar insignificante en Barinas a uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad capital.

Miércoles 13 de octubre de 1993.

—Esta noche no voy a trabajar —dijo Nancy apostada contra la barra. —Me llevaré algunas cervezas y voy a beberlas atrás. Tenía puestos unos blue jeans rasgados en las rodillas y justo debajo de los glúteos, ajustado a sus piernas eternas, partiéndole la vagina al medio y encajándosele en ese culo redondo y perfecto.

Todos quienes la veían pasar suspiraban, y varios de los clientes del bar fijaban sus ojos en Nancy desde que ingresaba hasta que se iba. Los que no podían pagarla, se encerraban en el baño y se masturbaban evocando las imágenes de aquella delicia de mujer.

Su sentido del humor trastabillaba con un repliegue de antipatías. Subió las escaleras para acceder a la terraza y contemplar la penumbra. Las noches en aquella ciudad poseían la temperatura precisa para beber cervezas bien heladas. Disfrutaba cada sorbo, cuando de pronto se dio cuenta de que necesitaba tener sexo. Justamente esa noche en que había decidido no trabajar, supuso que era el momento perfecto para perder su virginidad. Lo del señor Araque había sido solo aprendizaje, él la excitaba más que nada por ser el hombre de su mamá, pero no lo consideraba atractivo. Sus clientes eran espantosos o muy pasados de edad. Nancy necesitaba un hombre que realmente le gustase.

Cuando estuvo muy borracha se retiró a su residencia y se acostó llorando y quitándose la ropa con deprecio, gritó dentro del vacío. No era la culpa por haber asesinado a aquella señora, no era a causa de la tristeza por todos los hombres que habían poseído su cuerpo. No era nada de eso. Siquiera por cosas que no podía explicar o recordar. Se quedó dormida sollozando y la tibia noche la acarició convirtiendo en escamas las lágrimas que se evaporaron sobre su piel.

Ciudad de Barinas, Venezuela, jueves 14 de octubre de 1993.

La vivienda era una vieja construcción del siglo XIX, restaurada casi en su totalidad, pero conservando las estructuras originales. Mantenía una luminosidad espontánea que no por casualidad había sido emplazada con los ventanales apuntando al norte. El amplio comedor daba testimonio de haber pertenecido a una época en donde quizás la luz eléctrica aún no había llegado por esos lugares.

—Hoy se cumplen diez años desde que Delfina desapareció —dijo Magalí mientras su hija la sostenía de los hombros intentando contenerla. Sentada en un banco de palmera barnizada.

—Lo sé ¿por qué piensas que he venido? Es la única amiga que he tenido y que tendré en toda mi vida.

—Eres solo una niña, Nancy. No puedes irte de esa manera —sollozó Magalí mientras trataba de superar la desesperación que sintió y que aún la angustiaba al recordar la mañana que despertó y su hija ya no estaba—. Sabía que estabas bien. Siempre lo sé, pero tienes que quedarte conmigo —se resignó.

Nancy se sentía un poco incomoda, había dejado a su madre sola, y creía que ella no estaba del todo bien de la cabeza, siempre le hablaba de esa conexión que tenían y que a ella le parecía pura basura.

Esa misma tarde visitó la tumba de su amiga junto a la señora Realsalas que lloraba como la primera vez. Nancy opinaba que en realidad todas las penas que esa señora acumulaba durante el año las desahogaba allí. No podía asumir que alguien pudiera conservar una misma tristeza por tanto tiempo, aunque así lo quisiera. También pensó en la posibilidad de que se tratase de alguna especie de ritual que esa señora había adquirido. De todas maneras, el de ella también era algo similar, todos los años acudía durante los primeros minutos de ese mismo día a contemplar la tumba de su amiga, se pasaba alrededor de una hora contándole cosas que aquella roca guardaría en su espeso silencio, por alguna razón había decidido esta vez ir de día y visitar a su madre también. Hacía años que no lo hacía.

—Desde muy pequeña, Delfina fue muy talentosa, siempre creí que sería una gran artista —gimoteó Mercedes Realsalas casi al borde de derrumbarse—. Ella hizo este dibujo el mismo día que te conocí.

La señora sacó de su cartera de cuero arrugado, una hoja de papel, doblada por la mitad y se lo entregó a Nancy. El dibujo retrataba a dos niñas tomadas de la mano en un lago azul.

—Creo que tú debes tenerlo.

Miércoles 5 de noviembre de 1997.

Nancy había aparcado su Aston Martin DB5 de color gris modelo 1964 frente a la entrada de aquella lujosa urbanización. Las veredas grises se abrían al tránsito de gente cabizbaja y apaleada por el intenso calor que hacía en esa noche tan particular.

La fiesta recién comenzaba. Dalmiro acaparaba toda la atención. Era el hombre más carismático de toda la fiesta, además de ser uno de los más lindos, su figura era atlética y escultural, conservaba una mezcla exacta de virilidad y ternura que condimentaba maravillosamente su particular atractivo. Esa mujer deslumbrante que se había mantenido apartada durante todo el transcurso de la noche, se le acercaba decidida y él no sabía qué hacer.

—Tú serás mi chico —expresó Nancy con una seguridad implacable, al tiempo que dejaba caer la ceniza del cigarro que sostenía en sus dedos e imprimía con su fragancia importada el aire que respiraba aquel joven. El aroma de su perfume le haría desearla aún más.

Él se rio despectivamente. De manera amable, había estado rechazando mujeres toda la noche, y aunque ella era muy hermosa, eso no bastaba para lograr atraparlo. Lo cierto era que pese a su postura, no podía dejar de verla. Algo la diferenciaba del resto de las mujeres, algo en su mirada, en su forma de conducirse, como si disecara los tiempos y comprimiera los espacios sobre su ser. Era ella y nadie más, todo a su alrededor estaba vacío.

—Vas a ser mi novio y te voy a tener un mes sin tocarme un pelo —agregó con sonoridad vocal de sirena.

—¿Qué te hace creer que me fijaría en ti, pudiendo tener la mujer que quiero?

—Que nunca has estado con una mujer de verdad, por eso tienes a todas, pero estás completamente solo, porque en realidad no tienes nada, solo envases vacíos —explicó Nancy apostándose sensualmente sobre una de las columnas laterales del salón.

Comenzaba a impacientarlo esa lunática, «¿quién se cree que es?» —Se preguntó a sí mismo. Estaba a punto de mandarla al demonio, pero trató de contener la calma para evitar darle la razón con esa actitud.

—Ok, dame tu número telefónico o tu dirección y me pondré en contacto contigo.

—Ni lo sueñes. Averígualo tú mismo —desafió Nancy y se retiró del lugar.

Jueves 6 de noviembre de 1997.

A la mañana siguiente Dalmiro se estaba cepillando los dientes cuando de pronto le vino a la mente aquel episodio, comenzó a reírse de lo ridícula que había sonado aquella engreída mujer y recapitulando sus ideas comenzó a sentirse invadido por una ira contraída al evocar la soberbia con la que lo había tratado. Y sin darse cuenta estaba marcando el número de su representante.

—¿Aló? —Contestó el manager.

—Es sobre la fiesta de anoche.

—¿Qué sucede?

—Había una mujer en ella, quiero que me averigües quién es.

—Dime el nombre.

—Si supiese el nombre no te estaría pidiendo que me averigües nada —se burló Dalmiro con sarcasmo pronunciado.

—¿Dónde vive?

—Tampoco, no sé nada, por eso quiero que me averigües quién demonios es.

—¿Te has vuelto loco chamo ? Seguro sería una de esas estúpidas hijas de algún rico que estaban invitadas, ¿Cómo no te atreviste a preguntarle el nombre a una mujer que te interesó?

—Lo hice, pero no quiso dármelo, era tan rara, me dijo que yo lo iba a averiguar y que la buscase.

—¿Acaso perdiste los estribos? ¿Qué sucederá con tu esposa?

—Estaba vestida con unas calzas azules, una remera de algodón un tono más claro y unas botas arrugadas. Tenía ojos color turquesa y una particularidad, el escote de la remera estaba atrás y descubría en su espalda un amplio tatuaje de un dragón en forma de tribal, pintado en azul. Si consigo su dirección y que salga conmigo, dejaré a Melissa —aseguró Dalmiro.

—Dame unos minutos y te averiguo la lista de invitados.

—Bien.

Dalmiro descansó sus pies desnudos junto a una reposera de aluminio al costado de la piscina. Media hora más tarde sonó el teléfono.

—Aquí tengo la lista, me fue muy difícil conseguirla, sabes cómo es la burocracia en este país.

—Y tú sabes lo hermosas que son las mujeres en este país.

Había anotado todos los nombres y comenzó a llamarlas una a una. Hasta que llegó al séptimo de la lista: Nancy Hewitt, no sabía por qué, pero algo le decía que allí terminaba su búsqueda.

—Aló —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Soy yo —respondió Dalmiro.

—¿Por qué has tardado tanto? —Sonrió Nancy dando comienzo a una caída libre por un hoyo irreconocible. Dalmiro estaba, sin darse cuenta, metiendo el cuello dentro del hueco de la guillotina.

Sábado 8 de noviembre de 1997.

Recordaba todo con precisión escalofriante: la primera vez que la había visto en aquella fiesta. La manera en que lo quebró psicológicamente, la forma en que lo sedujo, era una verdadera profesional del encanto y la conquista, una excelsa artista del sexo y del romance. Nancy era una mujer a la que no se podía retener, ningún hombre a su lado había tenido jamás ninguna seguridad emocional, o la certeza de que por sentimiento ella se quedaría, por el contrario, siempre al borde del colapso o la fuga. Conducía las relaciones del par hombre-mujer hacia donde se le antojase, y todo desarrollado con una minuciosidad y sutileza impecables. «¿Dónde estaba ese hombre por el que las mujeres se disputaban?» Nancy había hecho estragos con él. La odiaba por hacer que la amase, por sentir esos deseos de estrangularla y adorarla al mismo tiempo. El remordimiento crujía entre sus dientes comprometiéndole la quijada, tensa a causa de los nervios que le cerraban los puños y le ablandaban el alma. Tenía mil insultos para gritar y, sin embargo, ninguno emergía a congraciarse con su desahogo. Su rol masculino estaba denigrado y su belleza deteriorada, quizás sentía estar muy distante de su antigua personalidad. Alrededor de Nancy se desataba como en ninguna otra mujer el dolor por doquier. Por esa extraña terquedad de los seres humanos, ella era la persona que más amor recibía sin solicitarlo y sin ofrecer ni a gatas algo similar.

Había perdido por ella, a su adorada Melissa que tan buena había sido. Sacudía la cabeza regañándose a sí mismo como a un niño pequeño, «¿Cómo había sido tan estúpido?» Ahora todo concordaba, la ex pareja de Nancy se había suicidado cortándose las venas, y al otro día, cuando él le telefoneó, ella había atendido con una total tranquilidad, como si nada hubiera sucedido. «¿Cómo no lo había visto?» —Se lamentaba. Aquello no era una mujer, era un ser frío y despiadado. No pudo resistirlo más. Salió de la casa en dirección a la nada y llegó a la carretera. Se quedó varios minutos pensando, llorando, odiando la suerte, la vida, maldijo a Dios, se maldijo a sí mismo y a esa mujer que le había robado las ganas de vivir. Dio ese paso ilógico e irrevocable, y se fue entonando una triste melodía entre sus labios, se colocó justo frente a un camión y agachó la cabeza saludando al suelo, despidiéndose de la existencia, de todo el amor que soñó tener y que nunca pudo abrazar fuertemente, arropó su calor en el corazón del mismo cielo, soñando con despertar entre caricias tenues y lamentos fatigados vueltos alegrías constantes. En aquel suelo quería dejar enterradas sus tristezas y se despedía de ellas sepultándolas con una última lágrima. Los tiempos habían estado jugando en su contra, quizás la muerte le brindaría un reposo acogedor y en otra oportunidad, si es que existía algo así, tendría la posibilidad de reencontrarla sin que mediase tanto sufrimiento. Al instante supo que, eso solo sucedería si ella fuese otra persona.

Domingo 9 de noviembre de 1997.

Nancy se había asentado en el centro, donde la casa de su madre. Magalí la recibió con los brazos abiertos. Para una madre como ella, el hecho de tener a su hija de nuevo viviendo en su casa era una noticia formidable. Ya era una sorpresa excepcional tenerla de visita, de modo que volver a compartir con ella todos los momentos del día le había devuelto la vida, la juventud. Quizás hasta podría reanudar aquella vieja conexión tan particular que tenían y que a causa del tiempo que llevaban sin ejercerla, la recordaba casi como si de una fantasía se hubiese tratado.

Había estado ocupada ayudándole a desempacar sus pertenencias. La ropa, los zapatos, las carteras de Nancy eran costosísimas. Todo ello de color azul. Magalí no quiso pensar en cómo las había obtenido sin haber trabajado. Decidió no opacar la dicha que estaba experimentando.

Lunes 10 de noviembre de 1997.

Golpearon a la puerta tímidamente. Era Melissa, la antigua novia de Dalmiro. Le había estado siguiendo el rastro y al fin logró dar con la dirección de la casa de su madre. No esperaba encontrarla allí, más bien suponía que su madre podía ayudarle a ubicarla, por eso cuando la tuvo frente a sí, se precipitaba sobre sus propias palabras sin pronunciar todas las que hubiese querido en realidad.

—Si ¿qué deseas? —Preguntó Nancy de una manera tan cordial que dejó estupefacta a Melissa. Guardaba la esperanza de encontrar a una mujer común y corriente y de llegar incluso a menospreciarla, a enumerar sus defectos y burlarse de ellos y de cómo Dalmiro había sido tan estúpido, pero al momento que esa puerta se abrió mostrando a esa encantadora mujer tan hermosa como un hada de fantasía, no pudo negar la verdad.

—Quería conocerte. Ya veo por qué me cambió, eres perfecta...

—¿Te conozco? —Interrogó Nancy sorprendida.

—Soy la mujer de Dalmiro —dijo—. Ex mujer... —corrigió.

Nancy se aprehendió. Trató de serenarse. Esta era una situación por la que había atravesado decenas de veces y sabía cómo manejarla. Una novia o ex novia de algunas de sus conquistas siempre quedaba sin aceptar que su pareja se había ido. Sobre todo, aquellas mujeres que eran hermosas, no podían aceptar que hubiese una más linda que ellas, hasta que veían a Nancy y allí caían en la cuenta que la belleza sobrecogedora de esta joven era deslumbrante.

—Yo no sabía que era casado, y en todo caso él debía respetarte no yo...

—Tranquila. No vengo a reclamarte nada. Solo quería verte y...

—Ya me has visto —interrumpió haciendo una leve amenaza de cerrar la puerta—. No quiero ser grosera, no tengo nada contra ti. Lo mejor que pudo pasarte es que un imbécil que te abandona por una mujer a la que no conoce y que vio en una fiesta, se haya ido de una vez. Tarde o temprano iba a suceder. Hombres.

Melissa sonrió forzosamente y derramó una lágrima tan amarga que le hizo arder la mejilla.

—Él está muerto. Se ha suicidado —dijo al fin, logrando que Nancy interrumpiera su acción de cerrar la puerta. Se dio la vuelta y se retiró por la polvorienta calle hasta llegar a su carro, lo puso en marcha limpiándose los mocos con el canto de la mano y el automóvil salió rabioso en dirección a la avenida principal.

Martes 11 de noviembre de 1997.

Aguardando disponer de la cuenta bancaria que tenía su marido y cobrar el seguro de vida, Nancy se limaba las uñas meticulosamente. Perdía mucho tiempo en ese tipo de superficialidades. Ponía tanto énfasis en esas cosas superfluas de la misma manera que desdeñaba todo lo relacionado al intelecto. Odiaba trabajar, tanto como estudiar, leer o cualquier esfuerzo físico o intelectual.

Apagó el cigarrillo fuertemente contra el cenicero.

—Gracias a Dios te tengo de nuevo aquí —expresó emocionada Magalí.

—Mamá ya deja de atribuirle todo a Dios, aprende de una vez que no existe ¿Quién es Dios?

Magalí había conseguido hacía algunos años, un bello poema que le habían entregado en la iglesia que justamente se titulaba “¿Quién es Dios?”. Lo tomó entre sus dedos y comenzó a leerlo:

—Hay una poesía que se llama así: ¿Quién es Dios? Es la mano que te acaricia cuando a todos les da asco tocarte, el último llanto que rueda por tu mejilla, regalándole una sonrisa a tu alma. El regreso que te devuelve la ilusión cuando el adiós te la robó. El dedo que se tuerce hacia el camino del bien, cuando el resto del pie se dirige hacia su contrario. El único rayo de luz que no te encandila cuando ya estás ciego de ver. Es el resto del agua que no te ahogó. Es la parte que no te lastima del odio. Es el mango del puñal, la flor entre las espinas. El despertar de una pesadilla, la guerra que nunca se inicia. El lado bueno de toda maldad. La pequeña verdad entre una gran mentira... ese instante de silencio luego de estar aturdido...

—Basta mamá. No quiero oír más nada.

Como toda devota, Magalí no podía aceptar que su propia hija no creyera en Dios. Véía muy claramente que ella no cedería de todas formas. Quizás la crudeza de la vida que había llevado al decidir alejarse a temprana edad y enfrentar el mundo sola, la habían conducido a desistir de creer en algo más que en ella misma y su belleza. Sin embargo, adoraba a su niña mucho más que a cualquier Dios y si para tenerla a su lado debía renunciar a sus creencias, estaba convencida de que lo haría sin titubear.

Jueves 13 de noviembre de 1997.

Tal como se comportaba una amiga querida, o una persona a la cual le gustaba compartir todas sus cosas, aun las más insignificantes, Mercedes Realsalas pasó a visitar ese día a Magalí junto con un sobrino venido de México. De origen vascofrancés, los Realsalas eran hombres y mujeres muy apuestos. Nancy por primera vez en su vida quedó encantada con la belleza de aquel joven. Algo en él le recordaba a Delfina.

Lo observó detenidamente mientras él conversaba con su madre, pasó sin saludarlo por un costado de la mesa y fue directo a la nevera en busca de un refresco. Pensaba que ni bien aquel muchacho la viese quedaría deslumbrado, pero no fue así. Magalí se puso de pie y la presentó:

—Ella es mi hija Nancy, es algo grosera, pero es la más adorable hija que una madre puede tener.

—Es un placer —dijo Bruno, no concordando su lenguaje corporal con lo que había pronunciado con sus palabras. Aguardó a que ella le tendiese la mano para luego darle la suya, pero este gesto nunca llegó, por lo tanto, Bruno bajó la mirada, tomó asiento nuevamente e intentó proseguir su charla con Magalí.

Nancy quedó algo desconcertada, un hombre que no se derritiese al mirarla, de seguro estaría fingiendo la falta de interés o sería de alguno de esos estúpidos que al estar enamorados ya no se fijan en otras mujeres. Saludó con un abrazo cálido a la señora Realsalas mientras imaginaba a Bruno durmiendo en la habitación de Delfina. Sintió celos por un momento y luego fueron interrumpidos sus pensamientos.

—Él es Bruno, trabaja en psicología, es nuestro nuevo vecino —comentó Magalí a su hija sin recibir la menor atención.

«Psicología» —pensó Nancy, era guapo, pero se moriría de hambre a su lado. Sin embargo, la idea de volver loco a un psicólogo la seducía, apostaría un ojo a que él no podría pensar con claridad al contemplarla, si le enseñase descuidadamente una pierna hasta donde termina, si le susurrase algunas asquerosidades al oído. No podría resistirse. Sus métodos y técnicas, todo su argumento se desparramaría por los suelos y caería en un demoledor deseo que no podría controlar.

—Psicología... ¿eres de los que ven a las personas y saben qué tipo de personalidad tienen? No me lo creo —dijo Nancy en un tono tan grosero y despectivo que cualquier insulto hubiera sido más delicado.

Por lo general el sarcasmo, la ironía, la frase que apuntaba a herir a alguien, surgía siempre de gente que, aunque se creían superiores, por alguna circunstancia habían fracasado en la vida. La ironía era en todas sus formas la venganza de los que no pudieron triunfar teniendo condiciones para hacerlo. No se podía determinar si Nancy era una total perdedora a pesar de conseguir siempre lo que desease, pero en todo su esplendor siempre subsistía un deje de infelicidad. A

Bruno se le ocurrían al menos cinco o seis razones por las cuales podía asegurar que esa mujer en realidad era una completa desgraciada, y estaba realmente tentado a decírselo, solo aguardaría el momento en que no quedara más remedio.

La miró con ojos perspicaces. Aquella dama lo estaba poniendo a prueba y eso era justamente lo que más le gustaba: los desafíos, y con mayor razón los de una mujer tan atractiva.

—¿Qué es lo que ves en mí? —Preguntó Nancy esgrimiendo una cara feroz.

Haciendo un leve resoplido, Bruno se dispuso a hablar, no le diría aun lo que realmente pensaba, pero sí se encargaría de esgrimir una dura descripción.

—Veo a una niña bonita que de chica se acostumbró a que sus padres se lucieran mostrándola como si fuera un objeto y aprendió a tratar a las personas como tales, en realidad no concibes la idea de que algo se te pueda negar, estás tan condicionada a transmitir el mensaje “soy mujer, soy mujer” que siquiera notas las existencias a tu alrededor, muestras tu cuerpo como si estuvieses exhibiendo mercadería y crees que los hombres solo piensan en una cosa, sin embargo eres tú la que no tiene nada más que ofrecer. Te gusta controlar la situación y sabes cómo hacerlo porque crees que todo gira en torno a ti, a eso te han acostumbrado decenas de hombres que en fiestas o eventos estuvieron noches y noches revoloteando a tu alrededor. Seguramente tanta egolatría te impide creer en Dios, y por tu soberbia y engreimiento hacia mí que soy un hombre que no conoces puedo deducir que nunca te has enamorado y que además crees que no lo harás. Puede que te dediques a trabajos de oficina, pero tus ojos no están cansados sino radiantes, tu piel es suave y tus manos intactas... me inclino a modelo, actriz o prostituta, con todo el respeto que esa profesión se merece. Eres muy sexi, de eso no hay ninguna duda, yo quisiera saber si eres capaz de mantener interesado a un hombre con alguna conversación. De la misma manera que con tus encantos físicos.

Nancy no sabía qué responder, pero no iba a darle la razón, aunque la tuviera. Por primera vez se sintió completamente desnuda y desubicada. Una vergüenza crucial que le había abofeteado el alma o algo muy parecido a eso.

—No te has acercado un ápice a lo que soy.

Lo odiaba, pero además de eso, no terminaba de entender cómo podía ser que aquel hombre no estuviera loco por ella «¿Qué tenía de especial?» No era rico, no era famoso, no había por ningún lugar mujeres agolpadas por conquistarlo. Sin embargo, poseía un encanto inigualable, su mirada era quizás lo más atractivo de aquel sujeto que le había despertado cierta intriga. «Es un imbécil más, como todos los hombres. Solo se expresa bonito». Trató de persuadirse. Pero había algo que no la convencía, era el simple hecho de tener que explicarse a sí misma por qué aquel hombre no le gustaba, acción que confirmaba que evidentemente sí le gustaba.

Salió de la casa a quitarse el sabor amargo de aquel cruce de palabras que la había hecho enfadar. Caminó unas pocas cuerdas con la mente totalmente confusa y nublada, cuando de la espesa niebla que se alzaba sobre toda la extensión, un automóvil se aproximó a ella. Le cortó el paso obligándola a detenerse. El que conducía era un conocido de toda la vida, dueño de un bar elegante donde solía trabajar. Bajó la ventanilla y ella se acercó a saludar. La invitó a subir. No sintió motivos de oposición alguna. Subió, había dos personas más, las saludó y por algún efecto

narcótico le pareció ver como todo cambiaba en un instante. El dolor que se expandía por la vida de un sometido hasta inhalar un universo anexo, pero distinto en efluvios de divertimento y olvidos tempranos, los observaba a cada uno y pareciera como si no notaran estar en aquel lugar. Reía a compromiso junto con sus palabras y pensó en esa costumbre tan atada a ellos, vivir para alimentar a quien le mata en cuanto encuentra el encaje de sus movimientos deformes, que se manifiesta en mil rencores y con la autoestima falsamente enaltecida. Aunque quienes siempre en mayoría, en su misma noche, confluyen en el resonar de la necesidad ética o en la dulzura de los estupefacientes, para ser lo mismo aunque en distinto perfil, como también los que buscaban frenéticamente el terrible claustro cuando los demás recordaban el ayer como si fuera hoy nuevamente, gastando su desecho espíritu en revivir el momento, como también lo hacían los que no revivían el hecho sino con palabras tratando de solucionar la misma elegía que les resonaba el corazón.

No pasaron veinte minutos cuando el todo de su ser, comenzó a desprenderse por completo de aquel sitio. Sus oídos no resistían la crudeza del sonido abominable de su consciencia turbada. La luz la había abandonado. Dejó de fumar de esa pipa. Era hora de estar fuera. Se excusó rápidamente de sus compañeros, bajó del vehículo cuando pudo. Ya pisando tierra nuevamente y avanzando al ritmo normal de sus pasos, supo comprender el significado de las sombras por unas horas que no marcaban su camino. Así como debía de estar oculto en el tiempo de conformidad con su ignorancia, que la noche era la unión de toda torpeza, habilidad, encierro y angustia. Era un momento desnitrado por la experiencia del día. Cuando la oscuridad dividía el llanto, la risa bifurcaba el pensamiento para que en el comienzo del fin supiesen que las noches eran ajenas y solo se permitía la elección de dejar llevar o rogar por el cierre de ojos que, por más súplicas que exprimieran de las arrogancias marchitas, jamás se presentaban a tiempo para calmar a los seres con su inexplicable sensación de ser la nada dentro de la existencia.

Regresó a la casa, Bruno ya no estaba y ella estaba demasiado drogada. Se lanzó sobre el sofá y se quedó dormida como un ángel sórdido. Magali la encontró, fue hasta el vestidor, cogió una manta y la cobijó besándola en la frente y dejándola descansar.

Viernes 14 de noviembre de 1997.

La señora Realsalas hablaba más de la cuenta. Era difícil seguir el hilo de alguna de sus conversaciones. Comenzaba contando una historia cualquiera que luego bifurcaba abriendo tantas tangentes que cuando retomaba la charla inicial ya no se sabía con exactitud de qué estaba hablando en realidad.

—Recibí una carta de mi hermana —comentó.

Magalí la oía en silencio haciendo girar la cuchara dentro de la taza de café.

—Un policía, amigo de mi cuñado Roberto, se lo envió a mi hermana Celina y ella ahora me pide que se lo guarde, —prosiguió—. Lo tenía mi sobrina Iel, sosteniéndolo entre sus manos dentro de una mochila cuando murió.

Nancy regresaba de la calle, saludó sin mirar a las dos mujeres y se quedó sentada en sobre la barra que dividía la cocina del living room. En un momento, Magalí y su amiga salieron al patio trasero a observar las plantas y a continuar su charla. Nancy observó que, sobre el escritorio de junto a la ventana central, había depositado un viejo cuaderno. Se sintió tentada a abrirlo y cuando lo hizo, algunas anotaciones en un extraño lenguaje, aunque la mayoría estaban en inglés, le llamaron la atención. Lo primero que decía era: “I’m ugly. My face is not beautiful...” primero se burló de esa pobre infeliz, pero luego le interesó saber que sentiría alguien que estuviese en el extremo opuesto de su condición.

—Hoy por la noche voy a preparar una cena. Quería invitarte a ti y a Nancy —invitó Mercedes amablemente.

—¿Qué dices hija? —Preguntó Magalí girando la cabeza en dirección a la cocina donde Nancy tomaba una malteada.

—No lo sé. Tengo planes para esta noche, pero ve tú.

El día transcurrió sin sobresaltos y la noche llegó alentando los deseos de Nancy. Ella quería asistir a esa cena por dos motivos: vestirse de forma deslumbrante y actuar de una manera tan gentil que Bruno quedase con la boca abierta. «No podrá resistirse» —pensó. Sabía bien cómo desenvolverse para seducir a un hombre de esas características. Él no la conocía, era lo que ella quería creer y podía fingir ser el tipo de mujer que conquistara su corazón. Y la otra razón era que quería robar ese cuaderno, quería saber cómo terminaba la vida de una mujer tan opuesta a ella. Nunca se había interesado por la historia de nadie, pero algo le había llamado poderosamente la atención y no estaba acostumbrada a no conseguir lo que quería.

La velada fue bastante amena. Bruno contó algunas anécdotas de sus pacientes y de viajes por Latinoamérica. Pero en ningún momento demostró interés por Nancy o por lo bella que estaba esa noche en particular y eso la incomodaba. Los primos de la señora Realsalas poco aportaban a las conversaciones, austeros de palabras y comentarios, taciturnos y retraídos. Al ver que su actitud

no daba los resultados esperados, optó por comenzar a coquetear con el primo mayor de la anfitriona, esperando algún tipo de reacción de Bruno. Se sintió una estúpida haciéndolo y sabía perfectamente que Bruno notaría el objetivo de ese comportamiento poco genuino. Con el correr de la noche la situación se complicaba cada vez más para Nancy, no recibía la atención deseada y mucho menos lograba que él entrara en el juego infantil que ella proponía y eso la estaba impacientando, a tal punto que estaba al borde de cometer una ridiculez. Fuera de todo pronóstico, Nancy se aventuró a hablarle.

—¿Celoso? —Dijo sonriendo. «Vaya soy una idiota» —Pensó ni bien terminó de decir esas palabras.

Bruno la miró de reojo y bufó con ironía. No podía engañar a nadie afirmando que ella no llamaba la atención o que no la había notado, era hermosa como pocas, pero no era de su agrado, y esa soberbia algún día le costaría caro. No estaba acostumbrado a ceder ante nadie, y mucho menos a dejarse impactar por la superficialidad de ninguna persona y aquella actitud engreída de Nancy le había causado un real desagrado.

—Clásico comportamiento de una mujer mediocre, coquetean con todos a su alrededor, salvo con quien realmente le gusta. Actúan contrariando a sus emociones esperando conseguir atención y solo consiguiendo recelos —respondió el muchacho.

—Tú tienes catalogadas a todas las mujeres del mundo solo por tus malas experiencias ¿con qué clase de estúpidas te has metido?

—No se diferenciaban mucho de ti. Hermosos envases vacíos.

—Nunca estuviste con una mujer como yo, créeme.

Nancy quedó desconcertada. Nunca en toda su vida había experimentado una sensación similar: rechazo. Y a ella ¿qué le sucedía? No podía entender cómo no pudo contenerse de hablarle y por qué le molestaba tanto que él no le prestara atención.

Bruno se puso de pie y se alejó hacia la mesa para servirse un trago sin dirigirle tan solo una mirada. Fue entonces que Nancy decidió subir las escaleras hasta la habitación de Delfina y allí divisó, sobre el escritorio que se conservaba de la misma manera que la noche en que había desaparecido, el cuaderno que tanto le había llamado la atención. Descansaba sobre una vieja valija de cuero negra. La bella Nancy se despidió de todos de manera cordial y se retiró a su casa. Se encerró en su habitación, se quitó toda la ropa arrojándola con brusquedad por el suelo, se miró desnuda frente al espejo y se observó detenidamente.

—¿Qué demonios le sucede a ese hijo de puta? ¿Acaso no se da cuenta de la mujer que está rechazando? En toda su insignificante vida va a encontrar algo como yo —dijo en voz alta, aunque nadie hubiera para escucharla. Abrió el cuaderno y colocó el dibujo que retrataba a dos niñas tomadas de la mano en un lago azul y lo cerró sin siquiera ojearlo.

Domingo 16 de noviembre de 1997.

—¿Me acompañas hasta la casa de Magalí? —Pidió la señora Realsalas a su sobrino con cierta compasión, no quería dejarle solo. Sentía que debía participarlo de todas sus actividades o al menos invitarlo a formar parte de ellas.

—Su hija no me cae para nada en gracia. Es una pinche engreída —explicó Bruno.

—No es una mala chica, es la única amiga que tenía Delfina y se adoraban y su madre es la única amiga que tengo. Tú mejor que nadie deberías entenderla, es muy hermosa, si no se comportara de esa manera los hombres la abordarían todo el tiempo, su personalidad es solo un método de defensa.

—No voy a tolerar un solo insulto más de su parte.

A Bruno no le gustaba discutir con su tía. Entendía su punto de vista, y tenía razón en ciertos aspectos de su pensamiento, no obstante Nancy le había provocado una aversión singular, conocía muy bien a las personas y algo en esa muchacha era demasiado malo para su gusto.

—Quiero evitar ir a esa casa a menos que sea muy necesario —expresó desanimado.

—Mañana es el cumpleaños de Magalí, quedaría muy antipático si no vas.

Bruno no se sintió muy a gusto con esa petición, pero no podía decirle que no a su tía, ella se sentía muy sola y estaba muy orgullosa de él. Y, por cierto, que quedaría muy antipático no ir.

Lunes 17 de noviembre de 1997.

Los preparativos del cumpleaños de Magalí no fueron demasiado suntuosos, aunque Nancy gastó mucho dinero en bebidas y comidas.

Mercedes llegó junto con su sobrino mientras que Magalí estaba en la cocina y Nancy acomodaba los muebles de la sala de recepción.

—¿Por qué no la ayudas? —Pidió Mercedes.

De manera incomoda, Nancy y Bruno se quedaron solos acondicionando el lugar para la noche. Por un momento el muchacho vio la parte humana de la joven y sintió una cierta compasión entremezclada con una pizca de ternura, pero pronto recordó que era una persona egoísta e insensible, por lo que decidió apartar esos pensamientos de su mente y concentrarse en su tarea. Nancy se secó el sudor de la frente con el antebrazo e intentó mover una mesa de roble con el fin de ampliar el lugar disponible para colocar las sillas. Bruno se prestó a ayudarla sin decir palabra, solo utilizó su fuerza y entre ambos deslizaron el mueble contra la pared lateral del living room. A Nancy se le escurrió una sonrisa tenue a la que Bruno no le dio importancia. Ella se sintió apenada, pero muy en el fondo sabía que era su culpa. Había provocado a un hombre que no era un idiota como todos los que hasta el momento había conocido, este tenía algo muy particular que no dejaba de llamarle la atención, no era su inteligencia o la forma en que se expresaba, siquiera su atractivo que le parecía ciertamente sobresaliente, sino que era un hombre que se valoraba tanto o más que ella a sí misma. Era un hombre que no se dejaría pisotear jamás por ninguna mujer. No podía imaginarlo llorando por alguien o pidiendo de rodillas a ninguna muchacha, por más bonita que esta fuera, que no le abandonase. Estaba ante un hombre de verdad y le gustaba. Le gustaba demasiado y cada vez más.

Quizás por primera vez en su vida debiera comportarse como una mujer normal y ser más atenta. Luego concluyó en que a él no le agradaría una mujer así, y al momento se dio cuenta de que ella había sido muy agresiva y ordinaria gratuitamente con él. Quizás se debía a que no sabía de qué manera tratar a un hombre que le gustaba o cómo llamar su atención, estaba acostumbrada a verlos caer a sus pies instantáneamente y esa era la razón por la cual nunca tuviera que atravesar una situación tan complicada para ella como la de tener que conquistar a un muchacho.

La noche se fue haciendo presente y los invitados comenzaron a invadir la casa, la mayoría vecinos y compañeras de yoga de Magalí. El Joropo llanero sonaba sin descanso y Nancy, siguiendo el ritmo del baile inclinó las caderas hacia su costado y golpeó con sus glúteos en los de Bruno.

—Un momento —recriminó él—. ¿Qué haces? Por qué me tocas así, eres una maleducada e irrespetuosa, si yo hubiese hecho lo mismo a una desconocida, como lo eres tú para mí seguramente me hubieran abofeteado, no lo vuelvas a hacer.

—¿Por qué te enojas de esa manera? —Preguntó Nancy un poco apenada.

—Lo que realmente me molesta son las desigualdades que existen en este tipo de comportamientos, si tú lo haces ya que eres linda, nadie puede objetarte tus acciones, en cambio si yo lo hiciera quedaría como un idiota. Si quieres tocar a una persona o hacerle una broma golpeándola con tu trasero, primero deberías obtener su aprobación, sino es como que pasas por sobre él —argumentó Bruno.

Si bien el joven no se había irritado ni levantado la voz, su tía desde el otro lado de la mesa, aunque por la música no pudo oír la conversación, se dio cuenta de que su sobrino estaba regañándola.

Nancy se sintió alborotada, nunca hubiese esperado una reacción tal, experimentar el rechazo era totalmente distinto al sentimiento de placer que ella experimentaba al rechazar a otros.

—Lo que sucede con las mujeres como tú es que creen que manejan el mundo a su antojo, a partir del pensamiento “soy linda y tengo vagina”. Crees que todo gira a tu alrededor porque siempre te rodearon hombres adúladores que sucumbían a la excitación que tú les provocabas, degradándose solo para intentar acceder a un favor sexual de tu parte. Crees que donde te encuentres, siempre propones el juego. Pero eso no se ajusta a mí.

—No fue para tanto. Te pido perdón. «¿Yo? Nancy Hewitt pidiendo perdón». —Casi que no se reconocía.

—Ya sé que no fue para tanto, pero la forma en la que tratas a las personas es detestable y que ahora quieras enmendarlo como si nada hubiera sucedido no es la manera, primero debías pedir perdón, tal y como acabas de hacerlo, y recién ahora puedes hacer alguna broma.

Ella se retiró de inmediato. En otras circunstancias hubiese echado a patadas a ese infeliz de la casa de su madre, pero esta vez algo más se lo estaba impidiendo, ¿por qué se sentía tan disminuida en presencia de aquel hombre? Había comenzado a odiarlo o al menos pensó que su sentimiento por él era ese. Disimulando su enojo y humillación, se encerró en su habitación, «¿Por qué me ha tratado de tan mala manera? Yo solo le estaba jugando una broma» —pensó. Se había comportado como una idiota desde el primer momento, lo había subestimado desde el principio y ahora estaba pagando las consecuencias. Tenía que revertir esa situación, esto no podía estar sucediéndole a ella.

Martes 18 de noviembre de 1997.

Decidió ir a correr bien temprano, no había amanecido aún. En cuanto avanzaba al ritmo de su sudor observaba como extrañada la desolación y la poca vida de aquel lugar. Sintió un fuerte dolor en el pecho, un dolor como el de un vacío. Desde ahí se dio cuenta que ese sitio no era más que su corazón.

Ya casi no sabía hacia dónde se dirigiría, hasta que alguien susurró su nombre. Se detuvo. Dio la media vuelta y frente a ella alguien trotaba a su encuentro, le reconoció el paso y la figura. Le era difícil describirla, pues una idea vaga de su mirada podría ser la del sol claro del verano. Como sí de la nada surgiera, se aproximó a ella. Recordó su nombre, su edad y le hizo recordar la cantidad de cariño hacia él, ¿cómo no recordarlo, si fue una de las pocas personas que sobrevivió al descarte y a la purga de su mundo mental en el que solo resguardaba a sus afectos más profundos? ¿Cómo no olvidarlo si fue él quien le enseñó a resistir el engañoso estereotipo del gran hombre que se atribuye ser tal por creerse alguien reencarnado? ¿Por qué habría de esquivar el resguardo de lo que puede ser un bosque lanzándose desafortadamente a la sed eterna de una garganta áspera, cayendo en el sabor de la hiel marginada de los que escupían desde los horizontes inmensos?

Caídas estas preguntas sobre ella, estimuló sus recuerdos, los recuerdos de las muertes tempranas de aquellas personas que tan poco conoció y que tanta falta le hacían. Allí estaba su madre llorando la partida de su padre. Cuando le había regalado un puñado de lágrimas para que la recordara en este presente. También los hermanos de su padre y los padres de los mismos regaron la nada con la desgracia de los infortunios y la longevidad ajena, que poco le sirvió por causa de la distancia a que estaban condenados sobre la tierra. Más cercanamente pudo ver a ciertas personas despedirse del sol de sus sueños. Todas, absolutamente todas, cayeron en las inexorables garras del reincidente distanciamiento. ¿Cómo podría hacer para pedirles perdón cuando solitarios ellos la dejaban sin saberlo? Las traicionó por un largo periodo y supo que el destino, inexistente o real, le haría repetir aquella matanza, convirtiendo a cada una en un átomo más de arena irreductible.

Miró nuevamente hacia los costados, su padre había desaparecido. Abandonó el trote y se sentó en un banco de la plaza en la que estaba dando vueltas y comenzó a llorar. Una sensación de lo más extraña le recorría los órganos uno a uno, visitando sus debilidades.

Ya bajo la copa de un árbol, cuyo tamaño intimidaba, pudo descansar el palpitar agitado de sus latidos, con un poco de agua que compró a la pasada, su garganta acalló la disfonía de su sequedad y cuando solo hubo quietud se atrevió a preguntarse sobre su eventualidad. Pensó en regresar a darse un baño frío y dormir una larga siesta.

Sólo había dos maneras de poder describir la vida fehacientemente: en la extrema agonía o en la completa locura. Las fiestas eran el territorio de Nancy, en ellas se sentía la dueña del lugar donde fuere, siempre era la más hermosa, siempre sobresalía del resto de la concurrencia sea cual fuera, sus encantos se destacaban como un Dios entre mortales. Todas las miradas la tenían como principal atracción. Sin embargo, en cualquier lugar donde se encontraba Bruno, había una niña

desconcertada, temerosa y desprotegida.

Lunes 24 de noviembre de 1997.

Por varios días no había tenido noticias de él y aunque se engañaba a sí misma acerca de que no quería verlo, esperaba ansiosa cualquier excusa para que la señora Realsalas tuviera que venir de visita con su sobrino. Aunque sabía de sobra que, si él no quería aparecerse, nadie podía convencerlo. No quería ser ella quien fuera a buscarlo, ¿con qué objeto? Pararse en su puerta y pedirle disculpas, por haber hecho algo que sería considerado un halago por cualquier hombre. Allí estaba la respuesta: él no era cualquier hombre, era el hombre que le gustaba. Sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo, y asumió la verdad como una daga cortándole el pecho. Le gustaba, le gustaba mucho más de la cuenta.

Pasó toda la tarde recluida en su habitación hasta que se decidió a ir. Se levantó de un salto de la cama y sin arreglarse fue a encontrar a Bruno. Llamó a la puerta y para su sorpresa fue él quien abrió la misma. En ese momento hubiera creído que, de no ser por las costillas sujetas al esternón, el corazón se le habría salido del pecho. Había estado desnuda frente a decenas de desconocidos, todo salvo desnudar sus sentimientos. Allí y solo allí radicaba la vergüenza. Las palabras se agolpaban en su paladar sin poder salir. Al fin echó su mirada al suelo, y solo una tuvo el valor de adueñarse del sonido que le diera expresión fuera de su boca:

—Perdón...

Bruno quedó desconcertado. No hubiera imaginado nunca que esa joven engreída tuviera la capacidad de aceptar una equivocación, y más aún tener el valor de ir a pedir disculpas.

—Fui demasiado duro contigo, innecesariamente. Lo único que quería era ponerte en tu lugar, supuse que nadie lo había hecho nunca, por eso te traté de esa manera. Quería que supieras que no estabas tratando con un pendejo.

Nancy sintió vergüenza, producto de la certeza que tenía acerca de que Bruno conocía sus sentimientos. A partir de ese momento estaba totalmente desnuda ante él. No había razones o excusas que sirvieran de nada. Estaba enamorándose y él lo sabía. No había una sola posibilidad de que no se hubiera dado cuenta. Bruno ayudó con su dedo índice a levantar la barbilla de Nancy y la besó profunda y suavemente en la boca. Ella aflojó todo su cuerpo y se dejó llevar por una sensación única de ternura y emoción. Cuando él quitó sus labios de sobre los suyos, ella respiró hondo y arqueó las cejas en una muestra de docilidad completa.

Bruno la invitó a pasar a la casa y le sirvió un jugo de parchita.

—¿Quién me hubiera imaginado a mí en esta situación? —Se preguntó Nancy en voz alta, tratando de incitar alguna palabra que le indicase que sus sentimientos eran correspondidos por aquel ser o si solo se estaba aprovechando de su entrega tan evidente— qué vergüenza. —Añadió.

—Quien al abrir su boca no siente vergüenza, es porque nunca la ha usado para hablar —la alivió Bruno. Pero Nancy solo quería escuchar que él la amaba con toda el alma, que no podía vivir sin ella y todas esas cursilerías que sabía bien que no eran más que patrañas. Siempre había

odiado esas palabras tanto como a quien las pronunciaba, pero ahora las necesitaba como si de ellas dependiera el aire que respiraba.

Tuvieron una charla prolongada. Se contaron acerca de sus vidas e ideas y, sorprendentemente, coincidían en más de lo que hubiesen imaginado. Quizás se podía deber a que Nancy se plegaba a todos los argumentos de Bruno, su visión de la realidad era tan oscura, fría, meticulosa y calculadora que no creía en nada que no pudiese ser explicado por la lógica o por la ciencia. Era un ateo irrevocable, de esos que preferían morir a imaginar tan siquiera, algún día tener que requerir de alguna fe. Y ella era una accionista inmediata de todo lo que la religión condenaba. Los minutos pasaron demasiado rápido para ser sostenidos por la ambición de quien está disfrutando del momento, y la voluntad de Nancy se vio doblegada por la personalidad de aquel muchacho que tiró por la borda todas sus teorías, obligándola a ser guiada por sus sentimientos que le impregnaban los huesos de una calidez ignota. Estaba enamorada. Feliz como la chiquilla que nunca fue. Había olvidado todos aquellos sueños premonitorios, aquellas visiones aterradoras que tenía cuando niña y creía solo producto de su imaginación, por lo que jamás se permitió fantasear con nada, por miedo a que aquellas situaciones regresaran. Ahora soñaba con una vida llena de amor. De pronto comenzó a sentir unas gigantescas ganas de llorar, no se podía explicar por qué. Se disculpó con Bruno y se dirigió al excusado. Él no advirtió la causa de su precipitación hacia el baño y se quedó aguardándola.

—Lo lamento, no sé qué me sucede, de pronto sentí ganas de llorar —se excusó Nancy.

—Un filósofo rumano dijo: “si alguna vez has estado triste sin motivo es que lo has estado toda tu vida sin saberlo”.

—Vaya, creo que nadie pudo haberlo descrito mejor.

—La vida es un continuo esperar que anochezca para siempre, un completo desperdicio de tiempo de morir, un escape de nuestra realidad primordial: no existimos. La vida es mentira, somos nuestro propio deseo y su consecuente lamentable engaño, somos producto de nuestra hipocresía —continuó diciendo Bruno mirando más allá de las filosofías más retorcidas que conocía de memoria.

—¿Pero a quién no le gusta la vida? —Preguntó la joven consternada aguardando una de esas respuestas que la habían dejado atónita durante toda la charla.

—A nadie le gusta, por eso fingimos vivirla, por eso escapamos de ella y de sus instintos hacia nuestras comodidades y ambiciones.

Ella se quedó algunos momentos en silencio tratando de digerir sus axiomas, algo muy dentro de su razonamiento le sugería que por más disparatado que pareciera aquel sujeto, tenía toda la razón.

Supliendo la soledad que aquejaba los espíritus, el amor era un sueño eterno en donde la putrefacción devoraba los instantes para vomitarlos dentro de las tristezas interminables de los recuerdos que aún no eran. Hielos adorables, caricias tajantes, volvían repugnante lo hermoso y dulce lo amargo, transformando cada minuto en un eco infinito y cada universo en un punto.

La noche comenzó a tomar su lugar a medida que la luz del día escapaba, encantada por una luna que no acostumbraba verse en Venezuela. Se colaba su reflejo por una ventana acariciando los contornos de los dos. Ninguno le prestó atención a la oscuridad que impregnaba el ambiente. Nancy se acercó con delicadeza hacia Bruno y tomándolo del rostro lo besó con tanta pasión como no había sentido jamás en su vida. Solo le pertenecía aquello de lo que no era dueña. No podría volver a ilusionarse si no tuviera la certeza de que fueran a rechazarla. No podría volver a confiar sin la esperanza de ser traicionada. Sin sus miserias jamás sería rica, como nunca sería feliz de otro modo que no sea saturada de desdicha. Porque eso era el amor: contradicción, ya que, contradicción era sinónimo de vida.

Chocaron sus cuerpos contra el marco de la puerta de la habitación de Delfina y entraron quitándose las ropas uno al otro. Él la condujo de memoria hacia la cama y se dejó caer sobre la misma, sujetando a Nancy de los hombros y haciendo que cayera encima de él. Ambos rieron denotando que estaban muy a gusto en aquella situación. El reflejo de la luna volvió a infiltrarse por el hueco de la ventana acariciando la silueta perfecta de la mujer. El hombre la observó con gran admiración, nunca había contemplado una belleza similar. Comenzó a besarla intensamente en todos los rincones que podía alcanzar. Ella de inmediato empezó a notar como sus sentidos encendían la bruma del escaparate de todos sus apetitos. Nunca había deseado tanto a alguien como a aquel sujeto que la estaba transportando por una ruta de suavidad, lujuria, salvajismo y amor. «Cielos» —pensó— estaba sintiendo amor. Esa sustancia que creyó inexistente le recorría todos los espacios vacíos de alma. La inundaba de una sensación tan cercana a la dicha como al dolor.

Cuando terminaron. Los reflejos de la incertidumbre invadieron a Nancy. Era muy probable que aquel hombre, una vez saciado su apetito, no quisiera volver a verla. «Eso nunca ha sucedido ¿por qué lo piensas ahora?» La habitación de su amiga la comprimía, pero a la vez le regaba la piel esparciendo fragmentos de afición, donde había habitado la única persona a la que en realidad había querido, ella resucitó un sentimiento homologado.

A partir de los treinta años comenzaba la decadencia del ser humano, su fuerza física se deterioraba poco a poco hasta extinguirse por completo, era el momento crucial a partir del cual los órganos comenzaban su corta tarea de descomponerse, fallar y colapsar para dar paso a una muerte sublime. Para personas como Bruno este periodo se iniciaba cuando el intelecto comenzaba a decaer a causa de una manifestación interna como fenómeno afectivo, que corrompiera la razón ahogando las voces de la lógica. Se quedó pensando intensamente todo lo que él había dicho, nunca se había puesto a pensar en cosas así y esta vez tomaron el rumbo de la duda y la curiosidad, cosas que jamás había experimentado. Era el momento exacto para nuevas sensaciones.

Martes 25 de noviembre de 1997.

La mañana los sorprendió durmiendo juntos, en un encadenado despliegue de dos cuerpos perfectos enseñando en sus pliegues, la comunidad que complementa a un hombre con una mujer. Él se levantó y preparó un delicioso desayuno al estilo mexicano. Consistía en un cocktail de frutas, tamales surtidos y café negro. El sabroso aroma del café la despertó abrazando la almohada y acariciando los ensueños de una impresión entrañable. Terminaron de comer manteniendo apenas unas pocas palabras de diálogo. Se deseaban más de la cuenta. Cada gesto, cada palabra acrecentaba las ganas de tocarse, de besarse, de tener sexo durante horas, días, semanas...

—Debería marcharme —sugirió Nancy mientras tocaba la pierna de Bruno de una manera tan suave que lo conmovió— a menos que quieras que me quede —añadió.

—Puedes quedarte cuanto quieras.

—No funciona así.

—¿Y cómo entonces?

—Debes pedirme que me quede...

El muchacho se quedó en silencio. De ninguna manera accedería a esos juegos ridículos que le hubiesen hecho sentir un idiota.

—Estaba delicioso, gracias —expresó Nancy limpiándose los labios con una servilleta y acariciando la entrepierna de Bruno hasta que pudo sentir que su miembro estaba totalmente rígido. Entonces le desabotonó el boxer de lycra negro y comenzó a besarle y lamerlo con delicadeza, se acomodó el cabello detrás de las orejas de modo que él pudiese estimularse observándola, y lo miró a los ojos mientras hacía desaparecer aquel órgano dentro de su boca. Él se recostó sobre el respaldo de la cama mientras ella continuaba chupándolo, lo hizo durante media hora hasta que el semen se derramó en su lengua y lo bebió sin dejar de besarle el miembro y absorber hasta la última gota.

—Eres todo mío —dijo sonriendo.

Viernes 28 de noviembre de 1997.

Dos días pasaron sin que pudiera verlo. Él había comenzado a trabajar en una fundación que brindaba asistencia a mujeres víctimas de violaciones y trata de personas, motivo por el cual ya no disponía del mismo tiempo de las semanas anteriores.

Esa tarde se encontraron en casa de Nancy. Ella insistía para que se quedase a dormir en su casa, pero Bruno no aceptó la propuesta, dijo que era una falta de respeto hacia la amiga de su madre. Solo la besó y se fue.

Luego de que él se marchara comenzó a sentir algo inesperado. Su estómago crispaba como si estuviese enlutada. Guardaba un cariño muy grande hacia él, pero algo le informaba acerca de que no era totalmente correspondida, quizás la falta de completo interés para una mujer que exigía todos los ojos de los hombres del mundo puestos en ella. O quizás se debía a algo más que solo tenía respuesta en lo profundo de su alma. Estaba convencida de que no existía mujer que se le comparase, siquiera las modelos o actrices, había estado en demasiadas fiestas junto con las más hermosas de todas, en todas partes del mundo y siempre consiguió en el sitio que fuera, que todo hombre y mujer se dieran la vuelta para mirarla al pasar.

Quería casarse con él, quería tener hijos con él. No, definitivamente Nancy no quería tener hijos. La aterraba la idea de lo que pudiera sucederle si tuvieran su mismo carácter, si un día la abandonaran tal como ella abandonó a su madre. No entendía lo que en verdad estaba sintiendo y por qué sus sentimientos eran tan complejos.

Lunes 1 de diciembre de 1997.

El señor Araque contemplaba a su hija, había cumplido diez años y esa tarde juntaba los globos y enceres que quedaran de la discreta fiesta que había organizado para la luz de sus ojos. Se dispuso a entrar al baño y cuando estaba debajo del agua comenzó a ponersele rígido el miembro, una imagen con la que jamás había dejado de masturbarse se antepuso en su mente bloqueando lo que sus ojos percibieran del ambiente que lo rodeara: la pequeña Nancy irrumpiendo aquella tarde ofreciéndole la mejor sensación que había experimentado a lo largo de toda su vida. Se sintió sucio. No podía quitarse de encima aquella conmoción, quizás podría desaparecer si decidiera hablar, pero podía ir preso, podía ser señalado por toda la ciudad. Solamente mintiendo en cuanto a las fechas lograría contar la verdad para quitarse esa mochila de encima. Relatar solo los sucesos. Lo importante era que su madre supiera por qué se había ido de su lado y la clase de persona que era su hija. Pero no tenía el valor necesario. De pronto recordó que no podía mentir en cuanto a las fechas, ella era tan solo una niña y continuó siéndolo varios años después. Las leyes no se aplicaban a seres como Nancy, que habían dejado de ser niñas y se convertían en excelentes amantes, manipuladoras y embusteras cuando otras niñas jugaban con muñecas.

Lunes 23 de marzo de 1998.

Jugueteaban dentro de las sábanas de la cama de Nancy, lo mismo que dos adolescentes. Luego de cuatro meses de relación y de una invitación formal e insistencia por parte de Magalí, Bruno había accedido a quedarse. La joven le ofreció un refresco y él aceptó con una sonrisa complaciente. Instantes atrás, ella le había preguntado acerca de las mujeres con las que había estado y él se había negado a contarle. Al recibir tal negativa se sintió celoso, lo primero que pasó por su mente fue que alguna había significado mucho más de lo que ella podría significar jamás. Mientras cerraba el refrigerador, escuchó que golpeaban a la puerta. Atendió al llamado y se quedó petrificada, lo mismo que una estatua rígida y desconcertada.

—Largo de esta casa ¿Qué hace aquí? —Musitó la joven.

—He venido a desenmascararte, ya no te tengo miedo —dijo el señor Araque.

—No sabes lo que estás haciendo, vete antes de que llame a la policía.

—¿Qué sucede?! —Gritó Bruno, que emergía de la habitación en dirección al cuarto de baño.

El tiempo se había detenido. Pero Nancy era mucho más astuta que ese sujeto de pocas luces que parecía decidido a dejarla como una cualquiera delante del único hombre que le había importado en toda su vida. Enseguida comenzó a golpearlo y gritó cosas espantosas acerca de que él había abusado de ella cuando era tan solo una niña. Bruno se dejó llevar por sus instintos y le propinó una paliza a aquel hombre amenazándolo con que si volvía a verlo por allí lo mataría.

Pero todo lo que había aprendido acerca del comportamiento humano no había sido en vano, algo en la reacción y en la personalidad de Nancy no cuadraba del todo con una muchacha que había sido violada. Él trataba todo el tiempo con este tipo de mujeres y ella no pertenecía ni por lejos a ese grupo. Se detuvo a recordar los gestos de aquel señor mientras lo golpeaba y se dio cuenta de que en su rostro claramente se dibujaba la indignación. «Ira por injusticia», eso era lo que había leído en la expresión del hombre. Nancy no había sido violada o abusada por nadie.

Bruno no se quedó a consolar aquellas lágrimas que consideró tan absurdas como falsas.

—¿Te vas? —Interrogó Nancy fingiendo estupor.

—Me voy porque me tomas por estúpido y me haces golpear a alguien inocente...

La joven no supo qué contestar y se quedó callada, sabía que si continuaba mintiendo lo perdería para siempre si es que no lo había perdido ya. Bruno le había advertido que odiaba la mentira y que si la sorprendía algún día en algún engaño la dejaría.

Allí comprendió sus lágrimas iniciales de aquella tarde cuando le declaró su amor. Pensó en Andrés y en tantos otros. Su angustia era devastadora, ahora entendía como ese sentimiento acongojaba el alma y la despedazaba en una tristeza que parecía acomodarse junto a la muerte y

ser parte de ella.

Martes 24 de marzo de 1998.

La había dejado, derrumbando con su partida los únicos sueños que había soñado. Había planeado toda su vida junto a él, durante los últimos cuatro meses, aprendiendo y amando. Ahora solo sentía odio y dolor. Bruno era un hombre de una sola palabra. Estaba petrificada frente a su puerta. Aunque no intentó implorar perdón, aun así, se interpretaba algo mucho más intenso que cualquier súplica descarada.

—No es justo —expresó abrumada por las lágrimas.

—¿Justicia? Creo que te equivocaste de mundo... —Respondió alejándose. Su decisión era indeclinable.

—Ok, te diré la verdad: tuve relaciones cuando era muy chica con él, tienes razón nadie me violó, pero temía que te enojaras conmigo...

—No es por eso por lo que te dejo.

Nancy quedó consternada, quería preguntarle cuáles eran los verdaderos motivos de su decisión, pero temía escuchar que no la amaba y luego de un largo silencio donde ninguno de los dos podía moverse de donde estaba, él le dio un beso en la frente y cerró la puerta dejando a la joven empapada de una lejanía absoluta. Se estaba enamorando de esa mujer y debía dejarla antes que el amor termine por obnubilar su lógica. No podía permitir que ese conjunto de emociones nublara su pensamiento y lo convirtieran en un cursi insoportable y patético. Debía alejarse. Aquella no era una mujer que le convenía, mentiría una y mil veces y lo engañaría hasta el cansancio escudándose en su belleza que creía razón suficiente para ser perdonada por cualquier cosa.

Recogió las maletas y se preparó a abordar el avión a Caracas desde donde saldría nuevamente con destino a México.

Lo vio irse y abandonarla. Su único amor. A ella, la mujer más hermosa de la tierra. Tan fuerte y frágil, tan segura y dubitativa, con esa mirada que excedía las tristezas porque apuntaba al fondo del corazón del mundo, a suplicar misericordia a un destino que le arrebató todo. Que la dejó sin nada. Era algo más lo que acrecentaba y fortalecía su soledad. Una increíble tormenta rabiosa la acorraló. La brisa iracunda sometía a las náuseas de la abominable visión completa y sin sombras de los entornos. Necesitaba como nunca un abrazo de su madre, aunque algo en su interior no le permitía buscarlo. No estaba acostumbrada a necesitar afecto. Nada podía ser más duradero en la conciencia que el dolor de un amor efímero. Y nada era tan interminable como aquello que nunca empezó. Nunca había estado más muerta que el día de su nacimiento y nada ratificaba más su muerte que cumplir otro año de vida. No se contentarían ya sus memorias si no en el regocijo del olvido, su éxito equivaldría solo a fracaso, su tiempo a innecesaridad, su nacimiento a trauma, su existencia a encierro, su propio “yo” a desposesión.

Llegó el vómito estrepitoso de la pudrición que toda mujer engendra desde las partidas y los

desamores, y como si jugase con su suerte, lanzó sus rayos más ardientes sobre la angustia, quemando sus ojos con alguna luz, enfermando con el estado humano. Se encerró en su habitación y lloró amargamente.

Miércoles 25 de marzo de 1998.

Las tardes vacías cabalgaban por sobre las mañanas impalpables donde acusaba a sus sueños de haber regresado a molerla. Esta vez habían vuelto más recurrentes y reales que nunca. El primero fue la muerte, alternando desde caricias y besos hasta fornicaciones en las que el amor y el sexo se entremezclaban para llevarla hasta la más recóndita de las delicias, la de sentirse parte de la que regalaba la amenidad de morir. Algo parecido a una oscuridad eternamente impenetrable, un fantasma en el olvido, divagando en un horror y en un espanto que apenas era superado por el que de igual forma se le puede conceder al sentimiento de muerte, se hubiera ido si no fuese por el terror que paralizaba su cuerpo, que a su vez yacía muerto en todos los rincones de una locura negra, de una habitación en la que se confundían la demencia y la cordura para fundirse en los más desgarradores gritos y las más estremecedoras lágrimas. El exceso de dolor interno de un alma cuyo deber pareciera ser clasificar tormentos, se desvanecía para entregarle a la contemplación de una infinita sala de torturas en la que los goces y las eyaculaciones, en la que los placeres, excesos y diversión correspondían su incremento de acuerdo con el grado de ultraje y agonía de la víctima. Despertó mil mañanas y siquiera un millón serían suficientes.

Magalí observó a su hija llorar penosamente en la cama. Dudó acerca de si debía acercarse o no a ella. Nancy era un ser con una personalidad delicada. No sabía si iba a reaccionar de mala manera al sentirse invadida en su habitación. Ella no había querido mostrar sus lágrimas. Se acercó cuidadosamente hasta sentarse en un reborde junto a sus rodillas.

—Cuando te fuiste, desperté por la mañana y me desesperé, creí que nunca más te volvería a ver.

—Mamá por favor déjame sola —demandó la chica.

—¿Cómo voy a dejarte sola si te veo tan mal? —Insistió Magalí aunque de todas maneras sabía que si quería conservar a su niña, debía respetar su decisión. Por lo que luego de haber pronunciado esas palabras se arrepintió y aunque deseara sobremanera quedarse a acariciarla, se retiró de la habitación y cerró la puerta suavemente.

Jueves 26 de marzo de 1998.

El sueño de la siguiente noche proyectaba caníbales asando gente, amordazada a los barrotes de grandes parrillas. Se asaban sobre las brasas entre gritos de desesperación y de dolor insuperables, una de las manos de las víctimas siempre se estiraba hacia ella en busca de una piedad que no podía ostentar, ya que se colocaba, quizás por miedo, fuera de todo este contexto. Inmediatamente era conducida por una fuerza arrebatadora hacia una ergástula donde había un hombre con dedos de penes. Eran ambos, llevados a una prisión subterránea, y encerrados en ella. El hombre se quitaba los zapatos para comenzar a eyacular de cada uno de los miembros que tenía como dedos, los cuales iban marchitándose de manera constante, y cuando ya estaban completamente ajados, los introducía nuevamente en sus zapatos. Despertó lentamente, como queriendo escaparse de la realidad. Inmediatamente pensó en el único nombre que le atestaba la mente: Bruno.

Trató de levantarse, aunque le resultó muy difícil juntar las fuerzas suficientes para vencer ese desgano aturdidor que le volvía los huesos de plomo y la carne de cemento. Al fin se dirigió al baño, pero no quería pasar por debajo del agua, hacía varios días que no se bañaba y que no cambiaba de ropa y continuaría así a no ser que algo que consideraba imposible sucediera: que el amor de su vida regresase a sus brazos.

Viernes 27 de marzo de 1998.

Se perdió suavemente en un sueño donde estaba recostada sobre la languidez de un alfiler, cargando millones de objetos sobre su espalda. El ambiente se entremezclaba con un mundo en donde todo era blanco e impoluto atravesado en forma perpendicular por otro universo en donde la negrura y la suciedad grasosa y áspera se volvían un conglomerado de contrastes y escalofríos. Caminaba sobre nubes que se evaporaban en un plano para solidificarse en otro, asumiendo un carácter casi déifico entre dimensiones y mundos subalternos. Alguien estaba abriéndole el abdomen y sacando a luz todos sus órganos, mezclados con sus recuerdos, en sangre; luego le quitaba los órganos y los arrojaba contra un espejo, luego era instantáneamente envejecida por alguna inefable fuerza y devorada por miles de gusanos. Y aun cuando abandonó el estado onírico, los gusanos la roían por dentro desembarazándola de los sueños que había tenido despierta, donde los abrazos y caricias la perdían en un mundo tan dulce que derretía sus impacencias en lágrimas secas que golpeaban contra las paredes de un recuerdo amordazado y hambriento. Nada podía detener a las zozobras que la invadían desde una plegaria que no llegaba a ningún cielo, desde una súplica que recibía una bofetada y entre calamidades apócrifas y desencuentros famélicos, se aproximaba a la caída perentoria dentro del hoyo excelso de una tristeza implacable.

Mordió una sola rodaja de pan que parecía atascarse entre sus muelas, más pesada que una bola de cañón, la escupió sobre la mesa, la recogió y arrojó al cesto de la basura. Luego rumió por algunos desencuentros de su vida y enalteció su ignorancia de no saber de qué manera afrontar sus sentimientos y sus nauseas. El día se hizo interminable y aplastador.

Esa noche esperó dormirse y que sus sueños la congelasen en algún mundo de hielo, de esos mismos que frecuentaba cuando era tan solo una niña. Por un momento imaginó cuán feliz hubiese sido de no haber nacido dotada con tal belleza, nunca un hombre se hubiese fijado en ella y jamás habría sufrido o hecho sufrir. Al fin se durmió murmurando lágrimas en ebulliciones torpes y paulatinas, desastrosas, desmoronadas, alicaídas, pero lágrimas al fin, y con el mismo efecto devastador que todas las demás.

Los días parecían evaporarse, casi nada de ellos recordaba. Pero las noches eran eternas y sus sueños le perturbaban cada espacio de la mente. No recordaba nada de lo que sucedía durante el día. Había perdido la noción de haber comido, de haberse lavado los dientes, o mudado de ropas. Nada. Toda la jornada se resumía en sueños absurdos e insondables.

Sábado 28 de marzo de 1998.

Despertaba en un mundo sin habitantes dentro del mismo sueño. Automóviles detenidos en las calles, casas sin sus dueños, supermercados sin gente, parques sin animales, solo ella para hacer lo que le placía. Un ángel caía a lo lejos para despedazarse contra un suelo inexistente, las alas la atrapaban, se apoderaban de su espalda y se disponían a ganar el cielo. Planeaba sobre una multitud y raptaba a un joven muy hermoso de ojos inteligentes, él la abrazaba como representando el papel de alguien que la quería. Ella lo dejaba caer y comenzaba a golpearlo brutalmente, no sabía qué era lo que le decía, pero gritaba con todas sus fuerzas; el aire estaba mudo, nada se escuchaba en él, y proseguía apaleándolo hasta que por fin le daba muerte. Entonces comenzaba a acariciarlo, lo tomaba entre los brazos cargándolo consigo y se alejaba del escenario que se desvanecía tras sus pies. Luego, aquel sueño comenzaba a desvanecerse también, poco a poco despertaba y todavía no había rastros del amanecer.

Se levantó de la cama, se volvió a acostar. Cubrió su cuerpo con una sedosa sábana celeste que acariciaba su figura perfecta y se la quitó rápidamente de encima. De pronto sintió un agudo dolor en el abdomen, se dio la vuelta en la cama y trató de incorporarse para acudir al cuarto de baño, pero cuando quiso ponerse en pie, la habitación había cobrado vida, todo parecía moverse y derretirse en danzas ígneas. Sintió pánico y gritó con todas sus fuerzas.

Magalí acudió de inmediato.

—¿Qué sucede chama?

Nancy no sabía cómo explicar aquellas sensaciones tan particulares. Lo que estaba experimentando era sin dudas producto de una aguda depresión.

—Volvieron esos sueños horribles —comentó la muchacha con desanimo. Su madre sabía perfectamente que cuando eso ocurría algo malo estaba por pasar y su hija retornaba a sus brazos como la chiquilla que solía ser.

El médico ingresó a la habitación de Nancy. La examinó con cuidado sin poder dejar de admirar la belleza de la joven. Magalí no cesaba de llorar. Una chica de su edad no podía tener nada grave, pero su condición decía todo lo contrario.

—Debemos internarla y hacerle exámenes —recomendó el médico.

Domingo 29 de marzo de 1998.

Como una premonición escalofriante, en el sueño de esa noche vio una inmensa planicie, y sobre ella se incrustaba un gran paraíso solitario en medio del llano. Personas homogéneas a la naturaleza, a la única madre de cada ser. Una increíble evolución del espíritu y de armonías se elevaba al cielo. Llegó en forma y en nombre del viento, pero con las intenciones más putrefactas y sombrías. Devastando absolutamente todo. Se sentía muy real, por demás acongojada y con un estupor tal que llegó a rechazar su falso origen. Sus sentidos se desmentían al dejar de cincelar monumentos estúpidos, al faltar el respeto indebido a los libros melancólicos de sangre criminal. Sentía que era una ladrona, una entrometida ilegal. Fue ese sueño lo más real que creó su mente, al punto tal que supo que ella misma nunca existió. Una niña con rostro de demonio y un viejo que se pudría una y otra vez azotaban el tiempo contra los muros. Un hombre muy robusto reía frente a ella, sus ojos se abrían y en ellos se podía divisar el mismo infierno. Tumores en su espalda, nidos de gusanos, devorándola y causándole la más insufrible agonía, aterrorizada en la demencia del dolor y la muerte. Sola en una cama que flotaba en medio del océano en la plena oscuridad...

Esa misma noche, Magalí también tuvo un extraño sueño. Había un gran salón, en el centro una pasarela gigante y Nancy desfilaba sobre ella envuelta en una bolsa de nylon negra, similar a la que utilizan para envolver los cadáveres en algún accidente. Despertó acongojada, cercada por exutorios y lapidaciones. No podía ignorar lo que había soñado. Cuando se trataba de Nancy significaba que algo estaba por ocurrir, ya no pudo volver a dormirse, permaneció sentada al borde de la cama hasta que amaneció. Debía ir junto a su hija, advertirle sobre que algo malo estaba por ocurrirle sin saber qué era, pero ella lo entendería, tenían esa conexión.

Nancy había despertado con la extraña sensación de nunca haber iniciado sueño alguno. Y cuando despertaba en medio de recuerdos nuevos, en sugerencias desdobladas e inidentificables, eran las palabras las que retorcían sus propios ecos.

Un chapoteo. Una corrida por la orilla del río. Alguien se acercaba. Se incorporó extrañada del desorden que rompía la calma de la madrugada. Pensó en ocultarse. No tuvo tiempo. Al instante pudo percibir la respiración agitada de quien venía, al darse cuenta, esa persona estaba de frente sorprendida al verla. Se quedó inmóvil escrutándola con una mirada inquisidora. Sus ojos taciturnos giraron junto con su cabeza al sentir murmullos lejanos, nuevamente la miró.

—Ayúdame.

Razonó que sí huía de alguien o de algo no debía ser demasiado culpable u hostil, pues si estuviera atado a los lazos de la violencia no se hubiese detenido por ella, o quizás era tan culpable que se arrepintió de sus fechorías y cizañas por un poco de ayuda. Se sumergió por completo justo cuando llegaron de entre los árboles dos policías, una orden eclesiástica reducida y al menos cinco personas que parecían atraídos por el aroma de la justicia. La rodearon.

Al instante de que se marchó aquel escuadrón de rastreo improvisado, el hombre emergió dando una gran bocanada de aire. Se dio cuenta de que quizás vio en ella una suerte de seguridad, pues no escapó mientras estuvo sumergida.

Sabía que era él. Pero ahora no diferenciaba si en realidad había soñado aquel episodio o lo había vivido. No le hicieron falta pruebas para creer. Desde que tenía uso de la memoria siempre había oído hablar de él. Antes de que este viaje comenzara, él era parte de su infancia. Durante su crianza se había mantenido al margen de todo sentimiento, y aunque no se equivocase nunca, cuando pudo tenerlo presente solamente le arrancó las transgresiones que debía tener en sus manos para poder cuestionar las dudas y así transferirlas a la verdad, lejos de ese sueño de carroña que nada decía en particular. Le pareció recuperar la lucidez y encontrarse en una habitación muy particular, una cama a su lado y la misma voz que pedía ayuda, pero pronto se durmió.

Lunes 30 de marzo de 1998.

—Siquiera hay luz en esta pocilga —fue lo primero que dijo Nancy cuando se recuperó, aunque todavía sentía unos fuertes dolores en el estómago acompañados de nauseas— ¡descorre esa cortina para que entre un poco el sol! —Ordenó, al ver que sus extremidades no le respondían en su totalidad como para poder levantarse por sus propios medios.

—La luz solar empeoraría tu condición —respondió Magalí con gran pesar.

La mirada de su madre no era la misma. Nancy lo supo enseguida, durante toda su vida la había mirado las veces con admiración, las veces con recelo, también con alguna rabieta, pero nunca enfocando ese sentimiento acrogérico que le anunciaba lo peor: lástima.

De pronto Nancy se llevó las manos a la cara y la recorrió examinándola por completo.

—¿Qué son estas cosas que me han salido por toda la cara?

Jueves 2 de abril de 1998.

Caminó hasta la recepción con una agudeza indescifrable, preguntó por la interna y la empleada de informes le indicó amablemente el piso y la sección donde debía ubicarla. Ya era la tercera vez que era trasladada de hospital y su condición era cada vez más desesperante. Los enfermos en los pasillos se apilaban en amargas esperas, sus rostros semejabán ser arrancados de un mismo abismo de tedios y desganos. Sin verlos se podía adivinar en lo que estaban pensando y sin oírlos se descifraba cada una de sus conversaciones. Era extremadamente sencillo determinar tan solo por la posición de sus manos o la forma de moverse al caminar quién estaba aguardando un resultado no muy alentador, o la noticia de algún pariente incurable, o quién estaba por un simple resfriado o para conseguir un papelerío superfluo para no asistir a su trabajo. El señor Araque se presentó en la habitación. Magalí lo notó de inmediato y quiso gritarle que se marchara de allí. Sintió deseos de sacarlo a puntapiés de aquel sitio, pero tuvo que reprimir sus deseos por el lugar y la delicada situación que la comprometía.

—Mi niña está enferma —dijo Magalí apretujando un pañuelo— ¿qué haces tú aquí? Nos abandonaste...

—Quería verla con mis propios ojos y quería decir una verdad que he guardado durante años.

—No te preocupes —dijo Nancy —yo le contaré a mi madre.

Vencida, la enfermedad le había arrebatado la autoestima, el orgullo, la integridad. La estaba pisoteando en la cabeza haciéndola suplicar arrepentimientos eternos, humillando los estropajos que aún quedaban de ella y de la belleza que había sido, de ese ser superior que tenía el mundo a sus pies y que ahora estaba sepultada en el fondo de una cloaca de utopías y gusanera de sueños.

El señor Araque no se movió de las dos baldosas donde estaba parado, quería presenciar lo que iba a ocurrir. Magalí se preparó para sufrir, conocía a su hija más de lo que cualquiera suponía y mucho temía que no hiciese falta que le contara, ya imaginaba de qué se trataba ¿Qué otra cosa podía ser que sexo? Es lo único que Nancy había hecho durante toda su vida: tener sexo con tal o cual persona y conseguir todo a través de su belleza.

Magalí escuchó con lágrimas en los ojos el minucioso relato contado al detalle, de las hazañas sexuales de su niña de diez años con el que en ese momento era su marido.

—Eras una niña... y te dejaste llevar —trató de justificarla.

—¡No! Era y soy una puta. Lo hice con malas intenciones, me he acostado con todos los hombres que se te han acercado.

Magalí no terminaba de dar crédito a lo que acababa de oír.

—Esta no es la Nancy que yo crie, que tuve entre mis brazos y a la que le di la vida

—Nunca fui esa Nancy...

Magalí vio que ese ser sin remordimientos estaba en lo cierto, no tenía sentido seguir insistiendo sino había el mínimo vestigio de culpa en ninguna de sus expresiones. Se levantó del lugar sintiendo que las piernas le pesaban como bloques de cemento. Le costaría horrores abandonar esa habitación, pero las últimas palabras de Nancy fueron suficientes para despedir a cualquiera.

—He asesinado a una mujer, tú no me conoces.

Magalí sabía reconocer cuando su hija mentía y esta vez no lo estaba haciendo.

—¿Qué clase de monstruo he criado?

—¡Vete de una vez, no te quiero aquí, no quiero a nadie! —gritó—. Ya no cuenta ningún sentimiento. Voy a morir. Todo lo demás da igual —murmuró mientras Magalí y el señor Araque se alejaban del cuarto. Sintió la pena de su madre y hasta podía sentirla como propia, porque su carne de aquel vientre llegó y sus huesos a aquella composición irían.

Magalí siempre había creído en la gente, creía que las personas eran buenas, ante todo, hasta sentía esos espasmos de ternura en situaciones donde veía la felicidad alcanzar a las personas, aunque más no fuese por cortos instantes. Ahora todo ese amor fraternal se había desmoronado. Las personas más queridas podían destrozar emocionalmente en unos pocos segundos. Ahora estaba sola. El señor Araque quiso mirarla y ella sintió su mirada, y la repugnancia que le invadió el semblante la obligó a esfumarse.

Jueves 10 de junio de 1999.

Las fuerzas de la OTAN habían ordenado el bombardeo a la ciudad Yugoslava de Kosovo. Nancy había perdido sus alas queriendo alcanzar una gota de vida que dormía junto a ella; muriéndose en su mismo pantano. Pisando espinas llegó hasta ese hueco insondable que invitaba a los llantos en todo momento. Tiempo ha, que se había arrancado el corazón con sus propias manos, y en ese momento su silencio gritó, arrojando su alma al vacío y se abrió camino entre las espinas. Tantos corazones que había pisoteado sonriendo y ahora necesitaba uno para apretujar sus mañanas inexistentes dentro de un muérdago de proyección. Halló sus alas nuevamente marchitándose entre la angustia de tener que olvidar que se estaba pudriendo por fuera de la misma manera que lo estaba por dentro. Cayó en la niebla y quiso dormir, rendida. No sabía si quería volver a despertar.

Llorando ante el último amanecer, el día se asomaba remendando las hojas que la noche había marchitado. Caía una lluvia que apenas mojaba el suelo, como intentando renacer el despojo de verde que abrigaba el áspero suelo venezolano. Su única sonrisa se debía quizás a que veía a su alrededor muchos gusanos volviéndose mariposas. Y antes de que el sol se ocultase, ella sería la mariposa que se volviera gusano.

Un pétalo de ilusión volaba desde su mano a encontrarse con el cielo, un cielo tan claro que contrastaba con sus mañanas de despertar sin vida, encontrándose, apretando una lágrima entre el olvido y ahogada en soledad.

Nancy contenía sus lágrimas desvencijadas, creía poder contenerlas hasta el final... no pidió perdón y no lo pediría jamás. Sabía a lo que se exponía y estuvo dispuesta a afrontar las consecuencias en todo momento.

De pronto comenzó a llorar, iba a morir, eso era suficiente para derramar todas las lágrimas del mundo. ¿Cómo pudo ignorar ese hecho? Obtener siempre lo que uno quiere te hace acceder a una ilusión de inmortalidad.

Afuera, se desataba el día más hermoso de la historia de la naturaleza. El sol estaba cálido, los niños jugaban en las hamacas, los ancianos reían en las bancas recordando anécdotas, las parejas trotaban alrededor de la plaza. Todo continuaría como si nada mientras el mundo de Nancy se derretía de una angustia tan eterna y profunda que costaba creer que tantos seres atravesaran.

Más de año había transcurrido desde el inicio de aquella enfermedad que aun los médicos no podían descifrar y su deterioro era cada vez más notorio e irresoluble. Estaba condenada.

Martes 15 de junio de 1999.

Revisaba el listado de los pacientes que debía atender en su recorrido y de pronto se encontró con una sorpresa que casi le hace detener el corazón: Nancy Hewitt, la mujer más hermosa que había nacido bajo el suelo del estado de Barinas había quedado postrada de por vida a causa de una enfermedad metabólica que había dado señales de ser muy agresiva. Necesitaba verla. Fue hasta su habitación y la encontró dormida. No podía aceptar que ya no era aquella diosa mitológica a la que prácticamente había que rendirle culto. Sus horas y días transcurrían en una habitación de hospital, junto a otros enfermos en una carrera por abandonar la sala o la vida. Era imposible concebir qué, debajo de esas pústulas, de ese cuerpo mutilado, tiempo ha, descansaba una belleza sin igual.

La doncella dormía como un cadáver que no despertaría jamás, él la observó desde la puerta de la habitación y decidió retirarse, no le apreció muy ético estar vigilando a una paciente de esa manera.

Miércoles 16 de junio de 1999.

La mañana siguiente, el doctor Josué Iglesias se ofreció a llevarle la comida a la paciente de la habitación 132.

—Sí, doctor —dijo la enfermera sin oponerse demasiado.

Al principio, Nancy no lo reconoció, más luego de escrutar su rostro detenidamente se dio cuenta de quién era. Las lágrimas comenzaron a brotarle como si se tratara de una vertiente dentro de sus ojos.

—Calma —dijo Josué— no tienes de qué avergonzarte, soy tu doctor y estoy aquí para atenderte, no importa lo que haya sucedido en el pasado.

A pesar de las dulces palabras del médico, ella no podía mirarlo a la cara. Había perdido la mano derecha a causa de las lesiones sufridas por la enfermedad, por lo que Josué se quedó para ayudarla a comer. Eso fue demasiado humillante para ella. «A veces el universo podía ser cruel o aleccionador, en cosas insignificantes daba las enseñanzas más duras para aprender una estupidez» —pensaba Josué mientras asistía a Nancy para que fuese al baño. Así trabajaba este engranaje ilógico.

La piel se le caía en pedazos, como si se tratase de la descamación de un reptil. Ignoraba en qué momento perdería otra de sus extremidades, por lo que el sufrimiento era doble. Cada vez que dejaba restos de piel sobre las sábanas, se aterrorizaba de pensar en haber dejado algún miembro allí. Ninguno de los exámenes médicos había dado algún resultado concluyente. Nadie sabía qué era lo que tenía en realidad. La enfermedad parecía tener todo el aspecto de la porfiria eritropoyética, aunque en los estudios no se encontraron genes hereditarios, al menos en la madre. Esta era una enfermedad muy rara, pero que se manifestaba desde el nacimiento. Podía ser una porfiria tarda, pero la actividad de la enzima URO-gen-descarboxilasa hepática no había disminuido.

«¡Cuán hermosa era!» —Pensó Josué. Desde que la vio por primera vez, se había enamorado de ella. De jovencita se adivinaba que se convertiría en una especie de princesa inalcanzable. Lo que nunca nadie pudo haber imaginado era que hubiese acabado de esa manera tan terrible.

Jueves 17 de junio de 1999.

Había recibido varias transfusiones de sangre, debido a la hemolisis ostensible. Las posibilidades de sobrevivir aún bajo tratamientos con cloroquinas o betacarotenos, eran escasas. Ese día intentó ponerse de pie, pero ya no pudo levantarse. Josué la observaba inalterable hasta que finalmente fue en su ayuda.

—Debo pedirte un favor muy grande —sollozó la muchacha.

—Te escucho —respondió Josué.

—Debajo de la portezuela del escritorio de mi habitación, hay una valija de cuero negra con un cuaderno dentro, quiero que me lo traigas. Lo necesito.

Él anotó cuidadosamente la dirección de su casa y se dirigió allí cuando salió del trabajo, era increíble que Nancy lo necesitara, tenía tanto que preguntarle. Interrogantes que en su momento no tenía, pero que ahora resonaban en su cabeza como un platillo de bronce. Lo más probable era que ella no tuviera las respuestas, pero si Nancy lo necesitaba la obligaría a ahondar en su mente en busca de esos recuerdos que le habían marcado la infancia.

La portezuela de la entrada estaba abierta de par en par y una de las bisagras parecía vencida por la herrumbre. Magalí entreabrió la puerta e invitó al médico a pasar. Josué observaba detenidamente todo su entorno, había pasado la mayor parte de su niñez imaginando cómo sería la casa de Nancy y ahora todo parecía un espejismo voraz.

—Creo que es este —adivinó Josué.

Magalí invitó al médico a que se lo llevara. Ambos tenían muchas preguntas que hacer, pero ninguno se atrevió a hablar. Al fin se fue, arrepintiéndose de no haber aprovechado la oportunidad de aclarar algunas cosas que quizás Nancy nunca le revelaría y su madre sí.

Viernes 18 de junio de 1999.

Cuando llegó al hospital, ella estaba durmiendo, de modo que dejó el cuaderno que le había encargado sobre su almohada y se retiró apenado. Predijo que cada vez que la viera le ocurriría lo mismo, no lograba asimilar el estado en que se encontraba la mujer que había amado durante casi toda su vida.

Ni bien Josué se retiró Nancy pudo despertar y ver el cuaderno justo al lado de su cara.

Sábado 19 de junio de 1999.

En las últimas horas de la madrugada, Nancy acabó de leer emocionada el diario, su vida acababa. Encerrándose dentro de sí misma, por la única razón posible, por temor a su interior y a lo que tuviera que enseñarle. Solo tres dedos le habían quedado en su mano diestra, suficientes para escribir. Josué le trajo un nuevo cuaderno y, con su ayuda, se encargó de adherirlo al anterior y se dedicó a escribir. Se sentía agotada y advertía que la muerte estaba muy próxima, pero no la sorprendería sin antes dejarla terminar sus memorias. La muerte y el destino habían tramado una suerte de ironía novelesca con su vida.

El primer desafío que encontró fue comenzar. Se preguntó por dónde debía hacerlo. Quizás su historia era la historia de sus crímenes, y su final era la consecuencia inevitable de sus actos. Sucedió que, si lograba creer en estos aspectos, debía admitir la existencia de Dios o del karma al menos. Finalmente estaba escribiendo. Su narrativa era bastante pobre, pero las historias que tenía para contar eran extraordinarias.

Martes 20 de julio de 1999.

Al cabo de un mes, logró terminar sus memorias. Ahora sí estaba lista para morir, pero no lo estaba, nunca lo estaría, nadie podía aceptar su muerte. Ni bien dio el último trazo sobre la hoja de papel, comenzó a temblar. Era la señal que anunciaba su despedida definitiva, esa que jamás pensó que sucedería, al menos no en esta etapa de su vida donde rebosaba de juventud y belleza. «Quizás si hubiese sido buena» —pensaba. Pero no, ¿cómo podía una enfermedad diferenciar quién es bueno y quién no? Cuando alguien se come una gallina, no se come a la que se comporta de mala manera con las demás gallinas, sino a la que se ve más sabrosa. Por eso la enfermedad la había escogido, ella era la más sabrosa de todas.

—Esto pertenece a Mercedes, dile por favor a mi madre que lo devuelva y que lo siento por tomarlo sin permiso. —Musitó Nancy con voz agonizante a Josué que descansaba sus glúteos sobre los pies de la cama.

—Se lo llevaré, no te preocupes. Tienes visita.

—¿Visita? Yo no quiero ver a nadie. —Se alteró la muchacha, aunque no pudo levantar demasiado la voz.

—Lo verás o no te haré más favores y tú sabes que me necesitas y que estás en deuda conmigo. Si a esta altura de tu enfermedad no has aprendido nada aun de la vida, voy a creer que eres más idiota de lo que pensaba.

Nancy cerró los ojos y bajó levemente la cabeza, tanto como pudo antes de que su mentón encontrase el pecho. Ese gesto fue entendido como una derrota por Josué que se sintió incomodo por la forma en que la había regañado y trató de amenizar la charla.

—¿Estuviste escribiendo? —Preguntó sosteniendo el cuaderno.

—He sido una mala mujer y no espero hipocresías en el lecho de muerte, tus caricias y tus buenos tratos son un estandarte de victoria. Me tienes lástima y eso significa que estoy vencida, al fin todo el daño que te he causado tiene su merecido.

—Te odié, es cierto, pero también te amé.

—Y estás aquí porque querías conseguir una especie de gloria personal o porque crees que esta es la única manera de verme dócil, frágil e indefensa, pero esta no soy yo, esto es lo que la enfermedad está haciendo conmigo. Si pudiera levantarme de esta cama ¿crees que mágicamente me volvería una buena persona? Te escupiría en la cara y te trataría como basura.

—Supongo que nunca lo sabremos. —Entorpeció sus pasos adrede y desfiló por la habitación elaborando lo que diría a continuación, luego se adueñó del aire con palabras que eligió cuidadosamente—. Ya que estás tan ansiosa de verdades crueles, te diré una: morirás en esa cama, cada respiro te petrificará, jadearás, te orinarás y defecarás encima, cada dolor solo será

suplantado por uno más intenso y tortuoso, hasta que la agonía por fin llegue a un nivel insoportable donde la desesperación presiente ese frío único que deviene en un coma de pequeños segundos inaudibles y la muerte. Pero ¿sabes qué? Eso no me hace sentir alegre como tú esperas. Aunque quieras morir pensando de esa manera, convencida de que el mundo es como tú lo has propuesto y que la gente tiene tus mismos intereses egoístas, no es así. La gente también perdona, comprende, ayuda, inclusive a quienes han hecho mucho daño. No voy a darte la razón, no vine aquí a regodearme o a saborear una venganza, tan solo vine a que comprendas que no pudiste hacerme infeliz, que no pudiste lograr rencor en mí, porque más tarde comprendí que serías tú la desdichada y que si no estaba llena de rencor u odio la mochila que cargabas, lo estaba entonces de algo tan pesado que quizás tú misma no sabrías explicar. Es triste y me entristece y te tengo piedad, me da mucha pena verte así.

Nancy vertió lágrimas tan pesadas que hundieron su rostro dentro de las almohadas y sepultó su alma debajo del mundo. Lo último que esperaba era sentir pena por sí misma. Había sido una imbécil durante toda su vida. Y esas palabras habían pisado hondo en su consciencia, aunque no podía entender cómo era que Josué estaba hablándole de esa manera. La última vez, ella lo había hecho golpear y él no quería siquiera acercarse a ella.

—Está bien, lo haré. Recibiré a la visita sea quien sea. Dile que pase —se resignó

Una figura masculina se elevó proveniente del pasillo principal de la clínica hospitalaria, emplazada en un único nivel compuesto por ciento treinta y dos habitaciones concéntricas, y en la última de ellas, sumida en la desesperanza y la resignación aguardaba su muerte una mujer tan particular que desacreditaba el entorno con el mero recuerdo de lo que había sido.

—¿Quién eres? —Preguntó ella intentando descifrar el rostro de ese señor.

—Sé que he sido el peor padre del mundo... pero necesitaba verte.

Nancy se quedó estupefacta, había olvidado por completo todo lo relacionado a tener un padre. No sabía qué decirle, si debía quererlo u odiarlo, si debía mandarlo a la mierda. Aguardó un momento para condensar sus emociones y pensamientos, tratando de orientarlos a converger en un desahogo desguarnecido e insaciable.

—¿Acaso tienes idea de lo que una hija necesita a su papá? Hice todo mal en mi vida. Nunca pude amar a ningún hombre por tu culpa, y ahora mírame... ¿Dónde has estado todos estos años mientras te necesité? —Giró la cabeza para esperar el resultado de que sus palabras provocaran remordimiento en su padre y dejó ver una herida supurante en el cuello—. Te odié toda mi vida y me desquité con mamá, con todos los hombres del mundo —agregó.

—Hija... todo estará bien...

—No, nada estará bien, esto es lo que me merezco, morir así, podrida por fuera como lo estoy por dentro y tú... tú mereces esto. He oído que ver a un hijo morir es el peor dolor para un padre. Pues ya lo comprobarás.

La “porfirinuria” se derramó en el suelo. El padre de Nancy observaba la escena e hizo un gesto de repugnancia, levantando el labio superior.

—Te doy asco, pues vete entonces y déjame morir sola. O ¿crees que puedes aliviarme el dolor con tu presencia? ¡Idiota!

Otra persona más que abandonaba la habitación de Nancy para nunca volver. Josué miró a aquel sujeto con gran pesar mientras se alejaba llorando.

Miércoles 21 de julio de 1999.

Un par de ojos apagados, un cuello estéril, una sonrisa anestesiada, cercada por labios incandescentes y amargos, sin filtro a una escollera de rezos agónicos y súplicas inapelables. Sus gemidos y su rostro eran perpetuos. Así lloraba una reina, de la misma manera que todo aquel que poseía lágrimas.

Nada había despertado pasión en sus entrañas. Nada la había distraído lo suficiente, salvo el hombre que apenas si le había dado de probar un sorbo del entusiasmo que se siente cuando una persona cree que puede amar.

Los únicos lugares en donde le gustaba estar, habían sido aquellos donde podía exhibir su cuerpo como una mercadería inalcanzable. Gimnasios, clubes nocturnos, fiestas... ella y su cuerpo eran los objetos más buscados por todas las miradas y le encantaba. Provocar, seducir, calentar, tomar el control. Cuando el miembro de un hombre se ponía rígido a causa de ella, sabía que dominaba completamente la situación, que podía conseguir cuanto quisiese y de esa manera mantenía una considerable reserva de aborrecimientos.

Melissa la miraba inalterable desde la puerta de la habitación. Nancy se percató de su presencia y sintió los nervios tensarle todos los músculos. Se sintió tan avergonzada que no quiso dar vuelta la vista para dirigírsela.

—Antes de que digas cualquier cosa y me insultes como seguramente me merezco, quiero pedirte perdón por todo lo que he hecho —dijo Nancy abstraída por la culpa, mirando al cielorraso.

—He soñado con este momento y ahora me das pena, estás acabada, tus disculpas no sirven de nada —aclaró Melissa—, una cosa más... espero que te quedes así de por vida, o mueras pronto, no quiero sinceramente que te recuperes. Él era un buen hombre y se enamoró realmente de ti.

Nancy quedó callada y quieta, aguardando a que esa mujer se retirase, Josué ingresó en ese mismo momento con el rostro encuadrado por la tensión, debía escoger sus palabras y eso para alguien que siempre prefirió callar significaba una encrucijada.

—He oído lo que acabas de decir ¿por qué no quieres que mejore? —Fue la elección que llevó a palabras.

—Porque comenzará a tratar a todo mundo como basura, igual que lo hizo siempre.

—No puedes estar aquí. Debes irte. La paciente está muy delicada.

Melissa sonrió, pero ni bien abandonó el cuarto de hospital sintió mucha vergüenza de sí misma y de su comportamiento, aunque se entretuvo en reafirmar su postura.

Josue llevó el cuaderno a la señora Realsalas. Se lo entregó en la mano y se retiró sin decir

palabra alguna. No fue necesario y, de todas maneras, no sabía qué decir.

Jueves 22 de julio de 1999.

Quería levantarse de esa cama de una vez por todas. Abrigaba la esperanza de que su presente estado no fuese más que un sueño pesado y largo que pronto acabaría y la despertaría rodeada de hombres que la deseasen, de ojos que la contemplasen con admiración. La somnolencia había hecho estragos en ella, solo en el primer momento en el que comenzó a hablar, pudo escuchar balbuceos lejanos, su voz era como las ráfagas del viento entre las ramas de los pinos.

Josué miró el esperpento que reposaba sobre las sábanas y cojinetes hospitalarios. Suplía verdades incongruentes. La acarició recobrando el pasado de su inamovible condición y trajo hasta este tiempo aquella figura y rostro de doncella, cuando terminó de raspar su mano contra esa cara desfigurada y asquerosa, los tiempos se acomodaron y la vida reposó de un puente de almenaras.

Envejecía y moría en su habitación, recostada en una cama que perfectamente podía confundirse con una tumba. Las enfermeras en los pasillos comentaban que la historia de Nancy semejaba a la de una monja alemana que había tenido igual suerte, solo que no había sido tan engreída. Nancy se moría y nada había que Josué pudiera hacer para evitarlo. La contemplaba asiduamente como se debatía con aquella enfermedad. El tiempo era tan tenue que el reloj parecía derretirse como en los cuadros de Dalí. Tenues y desesperantes minutos para ella y para él, que no era nadie.

Simplemente le daba pena, le quebraba el corazón ver a una mujer tan bella, luchando sola por conservar su vida. Cada tanto sentía sus ojos clavados en él, seguramente preguntándose ¿qué hacía este extraño a su lado viéndola agonizar?

Estiró su delicado brazo hacia Josué. De su garganta no salió sonido alguno, pero él leyó “agua” en el movimiento de sus labios. Llevó el vaso hasta su boca e hizo que bebiera, preguntándose si fuese ésta, la última vez que lo hiciera.

El glaciario estaba a punto de convertirse en fuego. Cuantas lágrimas reprimidas le habían empapado las entrañas. La mujer del corazón de roca se llevaba consigo recuerdos y penas olvidadas, nostalgias ausentes. Mientras los seres del mundo continuaban con sus habituales tareas, sin enterarse siquiera, sin importarles en lo absoluto. Nancy moría. El mundo se apagaba para ella. Ya no estaría más atrapada por las fronteras del alma. Ensartada en la mera frivolidad acreditando frustraciones que eran el fiel reflejo de un desvanecimiento tácito. Su alma se retorció de dolor al sentir la crudeza de la proposición incomparable a la realidad diaria de la monótona existencia. Con el corazón abierto pudo comprender que el cambio era inevitable, que si pensaba en una pereza eterna estaba errada, que si pretendía esquivar por siempre lo que como estandarte llevaba al espanto, tendría que ser mil personas en vida y sintió allí mismo la predisposición a un nuevo horror, un nuevo desvío o una nueva bitácora. Experimentó temor por el cambio y no por la consecuencia. Pues la idea del bienestar armónico, del equilibrio transferente de haber vivido en quietud y paz, era algo que le habría otorgado una suerte de esperanza. Pero no podía llegar hasta ese punto sin antes remediar lo que siempre esquivó por lejos. Enfrentarse a la furia del mundo donde con toda la anhelación trató siempre de ser una y no una más. Sin más que pensar, en ese

momento dejó todo y se lanzó al hoyo del olvido. Para estas instancias, la vida parecía totalmente inexpresiva, vacía, ordinaria; como lo era todo lo que se podía ligar a ella. Nunca pudo dejar de ver el carácter falso de todo lo que vivía. La ignorancia de existir. Lo que más le repugnaba era su piedad, la compasión con que daba todo, hacía ver a las personas como pordioseras que mendigaban, un poco de algo, un poco de lo que fuere, y ella arrojaba migajas, con una total arrogancia y desprecio, para que los seres se arrancasen los ojos por atraparlas. Y luego la despiadada crueldad con la que se cobraba todo lo brindado era detestable, y en ella reposaba la más grande de las hipocresías: hacerles creer en lo que ella no creía: en sí misma...

Y todos abrazados a una gran máscara apócrifa, continuar con su farsa: esa mentira exánime de respirar, esa calumnia insípida de despertar...

Estaba destruida, en las sombras de lo que algún día pudo ser. Las noches se hacían cada vez más oscuras, por siempre tenía a la tenebrosidad que la acariciaba, desde el otoño al invierno, sin existir primavera. Las hojas que el viento alguna vez le robó habían regresado en forma de recuerdos punzantes y de nostalgias imprecisas. Todo la lastimaba como si sufrir fuese su contrato, sin lograr resistir los agujeros de su mente, olvidando por completo lo que la rodeaba, pero ¿quién podía olvidarse de que vive muriendo y extrañando aquello que nunca regresaría? ¿Hacia qué sendero cabalgarían sus pensamientos ahora que le era imposible olvidarlo? Ahora que se hacía más insoportable la idea de verle partir a cada instante, al igual que todo lo que hoy desearía tener consigo.

Una tenue música la mecía en llantos tan patéticos como todo lo que había expresado; se desgarraba, en la putrefacta nostalgia de arrastrarse en gritos que la apartaban cada vez más de la existencia; por estar tan cerca de la muerte, desangrándose en una caída que ya no recordaba cuando había comenzado...

Los latidos se apagaban poco a poco, unos cuantos segundos sin oxígeno y un cerebro muere, pero no sin antes sentir esa culpa desgarradora de haber causado tanto dolor y tantas desgracias. Pidió perdón mil veces y ni un millón serían suficientes. De todas maneras, nunca, aunque naciera cien veces más, podría perdonarse a sí misma, nunca tuvo amor en su vida, no había razón para morir. Se fue con la imagen del rostro de aquel desahuciado en sus ojos, ¿qué interesaba en este caso si habían o no estado toda la vida juntos? Ella lo tuvo en el momento más difícil de enfrentar para un ser humano y todo lo demás había perdido completamente su exactitud, toda su vida fue ese segundo de antes de morir, como la de todo el resto del mundo. Josué derramó una lágrima y le cerró los ojos. No había nada más que hacer, la medicina era la única ciencia que se encontraba con lo irremediable de lo no resuelto en forma de una vida que se apagaba.

Nancy al fin era la mujer más rica del planeta, no tenía absolutamente nada.

LIBRO 3

LÁGRIMA DE CRISTAL

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, lunes 12 de mayo de 1986.

La lluvia era demasiado leve para poder acompañar aquella sensación desbordante que invadía todo el cuerpo de Jorge Pedernera. Vestido con el uniforme de policía, a pesar de que ya hacía rato había dejado su puesto, llegó hasta la puerta de su casa y observó aquel informe en donde se hallaba el resultado del análisis clínico.

—Doctor, quiero que me sea franco —había dicho Jorge.

—Lo lamento, el cáncer está muy avanzado, no podemos hacer más nada, es solo cuestión de tiempo... —respondió el médico.

—¿Cuánto? —Preguntó Jorge con impaciencia.

—...Y con un tratamiento...

—¿Cuánto? —Insistió, interrumpiendo y elevando la voz.

—Un mes, como máximo.

De pronto la nostalgia de regresar a Pocitos le abigarró el semblante. No había vuelto a ver a su familia desde el nacimiento de su hijo Alejandro y ahora era un momento propicio para hacerlo, y quizás hasta la última oportunidad que tuviera de llevarlo a cabo.

Abrió la puerta de su casa arrojando fuera el bollo de papel que había hecho con aquel desafortunado archivo. En el sillón del living estaban dos hombres sentados mirando la televisión anchamente: Marcelo, hermano de su esposa y Francisco, un amigo de éste, tomaban vino y reían. Jorge se aproximó a Marcelo para abrazarlo.

—¿Qué tal cuñado?

—Bien, te presento a un amigo, él es Francisco —dijo Marcelo invitándolos a que se saludasen.

—Un gusto. —Jorge estrechó la mano de Francisco y se dirigió a Marcelo con ese tono interrogante clásico en un policía de poca monta.

—¿Y mi mujer?

—No sé, hace rato salió.

—¡Pero la puta que la parió!

Caminaba enfurecido por las calles embarradas, y salpicadas de charcos marrones dispersos en el desnivel dejado por el paso de tractores y camiones de chatarra. «Cáncer, hasta la palabra es antipática» —pensaba. Llegó a un bar de mala muerte, donde las almas desesperadas por falta de

ingenio o por negligencia no se disponían a asumir una dinámica secuencia de tecnologías en auge, o de experimentos obtusos, ya de papelerías inertes, ya de cuentas en el exterior. No, se complacían solo de recurrir a reiterados fondos de vasos de vidrio que volvían a llenarse sin dejar borra, era el sufragio de sus recuerdos, malos recuerdos de una vida que continuaba apestando para todos por igual, solo que al final de la botella, la frustración se desfiguraba tanto que podía llegar a ser confundida con alegría, más tarde con tristeza y finalmente con esa ira marchita que todo borracho acaba por ceder en puñetazos, vómitos o un profundo desmayo. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada; de pronto se entreabrió, como para dejar ver la mitad del rostro del hombre que estaba dentro. El sujeto le hizo una seña moviendo la cabeza, indicándole a Jorge que le dijera qué era lo que quería.

—Estoy buscando a mi mujer...

Jorge se asomó por la hendidura que el portero del bar dejó al descubierto y observó dentro del mismo, a su mujer bailando sobre una mesa de billar completamente desnuda, y a varios hombres manoseándola desde abajo. Ella reía y se zarandeaba al ritmo de los aplausos y toqueteos de los bebedores.

—... A la puta de mi mujer —corrigió.

Cuando acabó de decir esto, se introdujo en el bar, tomó a María del brazo y la llevó con violencia hacia fuera. Ninguno de los presentes dijo una sola palabra.

En el camino cubrió a su esposa con la campera azul que llevaba puesta, bordada con la palabra “policía” en la espalda. Debajo continuaba completamente desnuda. Ella caminaba inalterable, tomando del pico de la botella de vino.

—Putas de mierda, yegua atorranta, hija de puta, vas a ver cuando lleguemos a casa —amenazó enfurecido el hombre.

—¡Chúpame la argolla, cornudo hijo de puta!

Jorge le quitó la botella a María y la arrojó al piso, para luego asestarle una bofetada. Solo una. Sabía que si comenzaba a golpearla no pararía hasta matarla. La tomó de los cabellos y la empujó al interior de la casa.

Entendía a la perfección que su actitud lo degradaba, pero no podía controlar sus impulsos y la rabia que sentía. Ni bien se inició la discusión, Francisco y Marcelo apagaron el televisor, se pusieron de pie y se dirigieron a una de las habitaciones.

—¡Yegua puta, te voy a matar, hija de puta!

—Me vas a matar, cagón de mierda, si no te dan las bolas —contestó María.

Él apretó los dientes y desenfundó el arma reglamentaria. Sus ojos llorosos contemplaban el rostro de María que empalideció de un suspiro, allí ella se arrepintió de sus palabras, las había pronunciado tantas veces que nunca consideró que algún día, en efecto, algo lo empujara o le diera el valor de cumplir con su promesa, pero ya era tarde para arrepentimientos. María quiso decir

algo, pero Jorge ya no quería volver a oír su voz nunca más, gritó él, para tapar sus palabras y disparó dos veces...

Se quedó respirando fuerte y de manera errática. Sus ojos estaban más llorosos todavía, y su mirada desesperada, entre un gesto que intentaba reprimir un baladro y calmar un ramalazo, se apoyó el arma en la sien y disparó. Cayó al piso agonizando. Detrás, su hijo Alejandro, un chico de unos ocho años observaba desde la puerta de la habitación junto a su hermana Julieta, cuatro años menor que él. Alejandro se dirigió a la puerta que daba a la calle. En tanto que Julieta se quedó abrazando a su madre muerta en el piso.

Las lágrimas que Alejandro derramaba se convertían en cristal ni bien llegaban a hacer contacto con el suelo. Mientras un leve granizo le acariciaba las espaldas...

Jueves 15 de mayo de 1986.

Amalia era la hermana menor de Jorge Pedernera, una señora antipática y revoltosa, con una enorme cicatriz que iba desde la quijada hasta el abdomen pasando por las costillas y el pecho, era la marca de una quemadura que su madre le había provocado arrojándole una olla de agua hirviendo cuando era tan solo una niña. Había pasado tanto tiempo que ya no se sentía incomoda cuando la miraban fijamente al cuello. Revolvía su espesa taza de café. Hacía tiempo que el azúcar se había disuelto, solo estaba cobrando fuerzas para decir algo. Armaba la frase en su cabeza para ser lo más cuidadosa posible.

—Lo que importa ahora son las criaturas, ¿con quién se van a quedar? —Disparó.

—Yo no me puedo hacer cargo —se desembarazó Norma, otra tía de los huérfanos, hermana de María.

—Yo menos, ya demasiado tengo con soportar a los míos, para tener que cargar con hijos ajenos —alegó Marcelo

—Son los hijos de tu hermana... —objetó Amalia.

Se hizo una breve pausa, el ambiente enmudeció por unos instantes. Bastaba el aleteo de una mosca para congelar los tiempos y aniquilar los sudores que experimentaban al reclamo de valentía siendo unos cobardes. Sin embargo, no fue el valor o el amor, ni nada de lo esperado, sino la culpa y la sensación de obligación lo que la condujo.

—Bueno, está bien, yo me voy a encargar de Alejandro —se resignó Amalia, arrepintiéndose de lo que estaba diciendo mientras lo hacía.

—Quiero mi valija —lloraba el pequeño Alejandro mientras era conducido por sus tíos a lo que sería su nuevo hogar.

—¿Qué valija? —Preguntó Marcelo.

Alejandro señaló el mueble donde su padre había depositado aquella valija de cuero negro con el manuscrito de un diario escrito parte en inglés y parte en ucraniano, tenía varias ilustraciones oscuras, recortes de revistas pegados en sus páginas, billetes, fotografías, boletos de avión y barco.

Martes 19 de mayo de 1987.

Un año había pasado ya, Amalia miraba hacia el vacío por la ventana de la cocina, esperando que se calentase el agua de la pava para tomar una infusión con azúcar en un recipiente casi colmado con yerba, a lo que en Argentina se le llamaba mate. Joaquín, uno de sus hijos, volcó la yerba en la basura y se retiró en puntillas de pie sin que su madre lo notara. Cuando Amalia fue por la yerba, se encontró con que el recipiente estaba vacío.

—¡Ale! hijo de puta ¿qué hiciste con la yerba? La volcaste la puta que te parió, ¿crees que a mí me la regalan? —Gritó Amalia con enojo. Tomó la vieja manguera que siempre tenía reservada para aquel pequeño esclavo del que hacía ostentación de mantener y cuidar como a un hijo, y empezó a castigarlo con ella.

—¡Hijo de puta! —Se escuchaba seguido de un golpe con aquella manguera que hacía retorcer al niño del dolor, mientras los otros miraban la crueldad bien de cerca, pero sin animarse a entrometerse.

Desde el derramamiento de su primer llanto, todo en la vida lo había defraudado, más, había intentado serle indiferente y sólo lograba encaprichar al agonioso dolor, volviéndose su alma a la plena contrición, indefectible en toda existencia. Compungir era un accionar deficiente en esa calamidad absoluta que se le había presentado en forma de existencia. Cuando lograra alisar el corrugado sendero por el que transitaba toda idea que se vertía en flor para pudrirse, que se asentaba en miel para gangrenarse, y que se ramificaba en congojosas dudas sobre sus días, podría al fin describir la luz que le despertaría el espíritu, la empatía que florecería en su corazón, y todo lo que realmente tenía para compartir fuera de amarguras. Y, por adiestramiento de la suerte en la que no creía, aballaba el rencor al lugar de la esperanza. Si de cada llaga; la vida había extraído sus valores y principios ¿por qué él no podía en ellas, asentar los suyos?

Al medio día se reunieron a la mesa: Amalia y su marido José, junto con sus hijos Joaquín, Gastón y Ezequiel, todos conversaban vivamente, todos salvo Alejandro que sollozaba amargamente por los dolores, haciendo notar que su espalda en realidad estaba mal.

—Deja de llorar, maricón de mierda y cómete toda la comida, no te vas a levantar de la mesa hasta que no dejes el plato limpio, guacho hijo de puta.

Sin embargo, Gastón, Ezequiel y Joaquín se levantaron de la mesa sin terminar la comida que había en sus platos.

—¿Por qué ellos dejan comida en el plato y se van? —Preguntó Alejandro.

—A usted no le importa lo que hacen los demás, hasta que no termine de comer, no se levanta, y después a lavar los platos.

Miércoles 20 de mayo de 1987.

Ni bien entraba la mañana con un aroma florar que se envolvía de pestilencia apenas asomaba por esa casa, José abrió bruscamente la puerta de la pieza de sus hijos, todos dormían plácidamente en sus camas salvo Alejandro que lo hacía en el piso sobre una colcha vieja que bien pudo haber sido el trapo donde reposara algún perro sarnoso...

—¡Hijo de puta! —Gritó José y tomó a Alejandro de los cabellos para llevarlo a patadas en el trasero hasta la cocina.

—¿Qué hacen esos platos sucios?! —Berreó sacudiendo los cabellos del niño mientras este se cubría el rostro con los antebrazos, temiendo ser aporreado.

—¡No te tapes la cara, hijo de puta! —Dijo furioso mientras lo golpeaba con el rebenque.

—¡Ay! —Se quejó por el dolor del golpe— ¡basta tío, por favor, no me golpees más! —Lloraba el pequeño desgraciado.

—Basta tío, por favor —se burló—. Vas a aprender a hacer caso —agregó sin dejar de castigarlo.

La vecina de la casa contigua no soportó más. Estaba cansada de oír como maltrataban a ese niño. Desde que lo trajeran, no había oído otra cosa más que abusos, golpes e insultos, y todos tenían como blanco ineludible al huérfano.

—¡Dejen de pegarle a esa criatura, hijos de puta, todo el día le están pegando a ese chico! —Gritó desde su patio.

Lunes 28 de enero de 1991.

Hacía ya seis meses aproximadamente que la guerra del Golfo Pérsico había sido librada por una fuerza de coalición autorizada por Naciones Unidas, compuesta por 34 países y liderada por Estados Unidos, contra la República de Irak.

Alejandro observaba por la ventana la armonía del día que parecía oscurecerse instantáneamente por su simple mirada, como si todo le indicase que su vida necesitaba un cambio, que debía apresurar las cosas, que cualquier lugar era mejor que ese infierno.

Esa tarde, al regresar de la escuela, volcó los útiles en el suelo y, dentro la mochila vacía, colocó toda la ropa que pudo, que, si bien no era mucha, le alcanzaba para cambiarse tres veces al menos. Levantó el viejo acolchado donde dormía y recogió la valija de cuero negro, donde tenía guardado el viejo diario. Se aproximaba a salir por la ventana, cuando Joaquín entró en la habitación y adivinó sus intenciones.

—Cállate, porque vuelvo y te mato con un cuchillo —amenazó Alejandro al verlo. Joaquín hizo silencio y su primo escapó por la ventana, no sin antes jurar regresar algún día y matarlos a todos.

—¡Papi, Ale se escapa por la ventana! —Gritó Joaquín.

Alejandro corrió lo más rápido que pudo...

—¡Ven para acá hijo de puta! —Amedrentó José agitando el puño e intentando alcanzar a chico que corría derramando las últimas lágrimas que esa familia le haría derramar.

Corrió sin parar hasta que al fin se cansó. De pronto una espesa amargura se precipitó sobre él, era una pena que naufragaba en su alma y estaba a punto de hundirse en un rencor continuo que dirigiría sus pasos y afirmaba un asco latente. Apretó sus puños y la ahogó bien profundo dentro de sus esperanzas que volvían a reunirse, casi sin fuerzas, pero conservando la satisfacción de la probable buenaventura.

Jueves 27 de febrero de 1997.

La revista Nature informaba acerca del primer mamífero clonado a partir de una célula adulta, la oveja Dolly. Alejandro observó el ejemplar de reojo, todos los adultos tenían una postura diferente acerca del asunto y a él solo le interesaba nada. Desde haber nacido hasta allí, lo había agobiado la persistencia del tiempo pasado y más aún, de los que habían tenido que transitarlo, ellos le llenaron de desesperanza. Con su esclavitud y resignación habían cercado su libertad; con sus frustraciones e infelicidad, cosechaban en su aliento toda la insatisfacción que sembraron; todos sus miedos, acomplejaron su valor; todas sus desilusiones, inhibieron sus sueños y el desprecio por la vida que habían cultivado. Les acobardaba por ver a un niño superar sus amarguras.

Hoy escapaban del mismo sufrimiento en el cual él se sentía vivo, hoy lloraban porque no llegase el mismo momento que Alejandro anhelaba. La soledad había cavado tan profundo en su consistencia, que le era casi inaceptable sustituirla. Ella sí sabía cómo acompañarlo y llorar a su lado. Ella tenía una eficaz capacidad de contenerlo. Lo abrazaba y acariciaba tan dulcemente que le resultaba imposible no sentir ternura por sí mismo.

Era una de esas veces en que la vida misma decaía por sus entretenimientos, viéndose superada por su propia estructura, arrebatada desde los cimientos hasta la cornisa, y a pesar de que su natural espasmo de muerte justificase la incoherencia de vivir, ninguno de ellos se atrevería a no nacer. Las manos de Alejandro sostenían una jeringa cargada con cocaína diluida en agua destilada, lista para ser inyectada en algún brazo, la hizo gotear para quitarle el aire de adentro y le pasó la lengua para no desperdiciar nada de lo que se escurría.

—Dame tu brazo —dijo Alejandro dirigiéndose a Catalina.

Catalina era una chica de aspecto desprolijo. Su rostro mostraba las marcas de alguien que hubo de sufrir mucho en la vida, no era una muchacha fea, pero aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Le entregó el brazo que Alejandro reclamaba y lo miró atentamente.

—No le vas a errar a la vena —advirtió. Sus venas azules se escondían a medida que la jeringa avanzaba.

Alejandro inyectó la sustancia sintiendo el suspiro de la chica en la oreja, luego encendió un cigarrillo y tomó un trago de vino. Yesica era la hermana mayor de Catalina, tenía casi la misma contextura física que su hermana, pero provista de una o dos tallas más de busto. Miró hacia fuera, simulando que algo de allí le importase, podría caerse el mundo a pedazos que no se movería de ese asiento ni dejaría de fumar, aspiró una larga y gruesa línea de cocaína, dobló cuidadosamente el papel que la contenía y lo colocó en el piso. Se acercó a Alejandro introduciéndole la mano por debajo de la remera, pero él se la quitó agresivamente.

—Pendeja, estoy muy duro .

—Lo que pasa es que cuando tomo merca me pongo extremadamente puta, tengo muchas ganas

de coger... —dijo Yesica al tiempo que le introducía la mano en la bragueta del pantalón.

—Bueno, hazte coger por el perro, pero no me molestes a mí... aparte no es por la merca, tú ya eres puta de nacimiento. —Alejandro le quitó nuevamente la mano.

—¡Qué antipático estás! —Se enojó Yesica, sentándose en un rincón.

—No insistas más, no se me para.

—Tú déjame a mí —insistió desprendiéndole el cierre del pantalón. Luego se inclinó entre sus piernas.

—Eres puta... —confirmó Alejandro.

Yesica se colocó con la cabeza entre las piernas de Alejandro, y comenzó a besarle el miembro, introduciéndoselo en la boca, quizás no sabía muy bien después de dos días sin bañarse, drogándose y tomando alcohol, pero no podía saberlo nunca, ya que la excesiva cantidad de cocaína que había aspirado esos días le bloquearon el sentido del gusto. Catalina tomó otro papel de cocaína, se sirvió en una tarjeta y lo inhaló, luego chupó el papel, lo hizo un bollo y lo arrojó al suelo.

—Ya fue la merca, vamos a fumar un porro para bajar —sugirió Catalina.

—Mejor vamos a coger los tres juntos —propuso Yesica.

Alejandro comenzó a armar el cigarro de marihuana mientras Catalina se le acercaba dándole besos por el cuello, cosa que lo puso de malas. Torció el cuello en un intento de sacársela de encima.

—Espera a que termine de armar el porro! —Dijo disgustado. Ese era su carácter habitual.

Catalina rio y continuó besándolo mientras él encendía el cigarrillo de marihuana. Al terminar de fumar, Alejandro accedió a las provocaciones y se dejó llevar por su instinto, cayendo dentro del inmenso placer que le producían esas dos mujeres junto con las drogas que había consumido.

Jueves 26 de junio de 1997.

Amaneció un día opaco, nublado y con olor a lluvia, la claridad comenzaba a despejar los reflejos de lo que había quedado de Alejandro, como si se tratase de un cadáver latente despertado en una tumba ajena a la muerte, pero también a la vida. Catalina y Yesica dormían abrazadas como protegiéndose la una a la otra. Las jeringas y las cajas de vino desparramadas por toda la precaria habitación de madera adornaban extrañamente el ambiente, el más exiguo orden arruinaría y, hasta ofuscaría, aquella belleza de lo grotesco.

El muchacho se levantó sacándose de encima el brazo que Yesica tenía reposando sobre él, apartándolo con enfado como queriendo que se despertase y notase cuanto le disgustaban las expresiones de cariño. Se dirigió hacia un envase de cartón de vino, lo tomó, bebió un trago y encendió la mitad de un cigarrillo de marihuana. Trató de recordar lo que había soñado, pero nada. Sueños en blanco, lerdos como el despertar diario, rutinas, escapismos; todo pareciera estar al servicio de la ritual empresa de olvidar que se está con vida, que transcurra ésta de una vez y que termine pronto sin sobresaltos ni esperas pesadas. Mirándose a un viejo espejo de bordes recortados, vio detrás de él a Cara de Espejo, lo observaba inalterable a pesar de no tener un rostro. Ese personaje mágico se introducía como si fuera un holograma en las realidades sacudiéndole los ensueños. En aquella oportunidad, reflejaba sus horas perdidas, los días sin gracia, vacíos de ilusiones, carentes de aliento. Trató de no hacer caso a aquel intento de su cabeza de incitarlo a escapar hacia otro mundo. Se sentía físicamente enfermo, le había bajado súbitamente la presión arterial, y con miedo de no llegar a sostenerse en pie por demasiado tiempo más, se dirigió al excusado y se recostó en el suelo del mismo. La tierra estaba húmeda y fría. De pronto comenzó a experimentar unos leves escalofríos seguidos de grandes retortijones. Vomitó dentro del inodoro y allí se dio cuenta de que estaba empapado en sudor, una sudoración helada. Tenía la piel erizada y más pálida que un muerto. Pensó en la muerte por un instante y ese pensamiento aceleró sus pulsaciones. Se desesperó. Su ritmo cardíaco era inestable, aumentaba y se normalizaba de acuerdo con la seguridad que tenía de morir o vivir.

De ninguna manera quería llamar a sus compañeras.

Largos minutos, quizás horas de esas sensaciones horribles que lo estaban hundiendo en una angustia abrasadora. Ya había vomitado varias veces, pero el malestar no se iba. Pensó en amar, pensó en matar, y se sumió en una honda oscuridad. No pudo sostener más su conciencia y se desmoronó.

Viernes 27 de junio de 1997.

Quién sabe si fue él, quien despertó a la mañana siguiente o fue el emergente propio de un cuerpo saturado cuya alma se estaba secando en vida. Nadie hubiera podido diferenciar por medio del olfato, entre el inodoro y la boca de Alejandro. Las chicas dormían y seguramente habían sido ellas quienes lo condujeran a la cama el día anterior cuando se desmayó en el baño. Se puso de pie nuevamente, pero esta vez ya no estaba acorralado por malestares. Se sentó sobre el retrete y vio un cigarrillo en el cesto donde se depositaba el papel higiénico usado, lo tomó y se lo llevó a la boca para encenderlo, pero pronto lo escupió al sentir un asqueroso gusto a estiércol.

Los trozos de su espíritu se juntaron nuevamente dentro de sí, y al fin pudo abandonar ese lecho de letrina. La ira y el desprecio no se debían a esta vida, provenían de más allá de los tiempos, de la eternidad y del universo; mil muertes no podrían haberlo curado y un millón de dioses no pudieron haberlo evitado. Lo que toda madre debería decir: «perdón hijo mío por haberte parido». —Pensaba Alejandro con cierta escama.

—Pendejas, levántense y vamos a comer algo por ahí —ordenó al descorrer la cortina mugrienta que separaba el cuarto de baño de la habitación.

Siempre que se dirigían hacia algún sitio de mala muerte a comer algo, Alejandro no podía dejar de llevar una caja de vino para beber en el trayecto. Bebió algunos tragos, y antes de terminar con el último, comenzó a sufrir unas fuertes convulsiones que lo hicieron tropezar. Intentó hablar, pero las palabras le salieron entrecortadas, su cerebro no lograba acomodarse del todo, no terminó de pronunciar la frase y le sobrevino otra convulsión.

—Ale ¿qué te pasa? —Preguntó Yesica asustada, al tiempo que Catalina intentaba quitarle la caja de vino, mientras Alejandro bebía un sorbo más.

—Lo mismo que la otra vez, deja ese vino, pajero —ordenó Catalina.

—Quítate enferma, si no es por el... —contestó Alejandro interrumpido por una convulsión que otra vez no le dejó terminar la frase. Detrás de la muchacha vio a Cara de Espejo observándolo de nuevo.

Las convulsiones cada vez más intensas lo obligaron a caer de rodillas al piso. Se incorporó rápidamente haciendo caso omiso a su testaruda personalidad, pero no lograría sostenerse en pie por mucho tiempo.

—Vamos pendejas, está todo bien... —aseguró queriéndose convencer a sí mismo, pero las convulsiones lo invadieron nuevamente derribándolo hacia el suelo y esta vez parecían no cesar.

—Vamos a llevarlo a la sala de primeros auxilios —insistió Yesica.

—Yo me quedo con él, tú ve a buscar una ambulancia —mandó Catalina e inmediatamente su hermana salió corriendo.

—Caty dile a Yesi que venga... —pronunció entrecortado Alejandro en medio de las sacudidas.

—Espera, mi amor quédate quieto, Yesi ahora viene con un médico.

—Vamos pendeja sarnosa yo estoy bien, llama a Yesi —dijo él, pero cuando intentó levantarse, cayó nuevamente en convulsiones saliéndole sangre de la boca.

—¡Ay! Por Dios, Yesica corre boluda , apúrate! —Gritó Catalina. Volvió a mirar a Alejandro, lo tomó de la nuca y lo acarició tiernamente, mientras él continuaba convulsionando, aunque de manera más leve.

Las nostalgias parecieron congelarse junto al sudor de los ángeles. Todas las risas parecían atrapadas en un lugar al que era imposible acceder. Se esfumaba la niebla del tiempo que plegaba las amarguras en reparos. Por último, el aliento de aquel ser abrazaría las penas para volar por los aires templados de un sentimiento reencontrado y una soledad evaporada en una vida repugnante...

Y cuán repugnante era la vida de alguien que no hallaba, sino en diversas sustancias, un alivio pasajero a sus tormentos de no saber quién era, porque si al menos fuese alguien, eso ya le tentaría a acabar con la existencia de ese tal, pero no estaba seguro de ser alguien, y lo humillaba lo mismo que humillaba al resto de los seres, salvo que la única vida que podía padecer era la suya, por lo tanto, le parecía abismal el salto que debía dar por sobre sus sentimientos. Ocultos, apretujados por debajo de sus intereses, aplastados por esa ansiedad insólita, pero agitada y terminante. Ninguno de sus apetitos daba paso a sus emociones. Y hasta presumía de ser ese mugroso personaje de abismo cloacal.

—Mi amor... —dijo Catalina con voz suave, casi quebrándose.

—¿Qué me pasó, pendeja? ¿Te vas a ir? —Preguntó Alejandro con angustia manipuladora, recuperándose lentamente de su estado anterior.

—No, mi vida, me voy a quedar contigo.

Yesica entró enceguecida al centro de atención médica y se dirigió a la primera persona que tenía puesta ropa de trabajador de la salud. El enfermero Paulo la miró con cierto desdén.

—Doctor, hay un muchacho en la calle con convulsiones, se está muriendo, vayan en la ambulancia a verlo, por favor.

—Espera un minuto —dijo el enfermero sin intentar corregir el error de que lo habían llamado doctor.

Paulo ingresó al consultorio donde se atendían las guardias, cerró la puerta y allí encontró a su colega Lucas apostado contra una de las camillas. Paulo inmediatamente indagó acerca de la joven que había llegado tan alarmada.

—¿Esa no es la que está con la banda de Pedermera?

—Sí, debe ser algún drogadicto amigo de ella que se habrá pasado de droga, esperemos que sea Pedernera, así se muere de una vez ese hijo de puta.

Paulo sonrió a causa de la similitud que halló en las palabras de Lucas con respecto a sus propias ideas. Salió del consultorio y se dirigió a hablar con Yesica.

—Mira nena, discúlpame, pero la ambulancia no tiene gasolina, así que no podemos hacer nada, no lo voy a traer en brazos —sonrió.

—¡Hijo de puta y la concha de tu madre! —Gritó Yesica y sin poder contener la rabia por lo que ella consideraba una injusticia, le asestó un golpe de puño en el rostro a Paulo y se fue. El enfermero se tomó la boca y la nariz, mientras Lucas apartó a la enfurecida muchacha cerrando la puerta.

—Vete antes de que llame a la policía —amenazó.

Sábado 28 de junio de 1997.

Alejandro comenzó a abrir los ojos lentamente. Un hada le acarició el rostro y luego se ocultó desvaneciéndose detrás de una cascada de estrellas, Cara de Espejo observaba toda la escena casi entreverado en la heterogénea penumbra, haciendo a la comprensión algo tan extenso como una gran sombra sobre un terrible desierto. Se levantó lentamente sintiendo un fuerte mareo, experimentando una amarga y grata sensación de estar aún con vida. Sin embargo, asesinarsé hablaba más de un instante de lucidez que de una inteligencia absoluta. Un suicidio del que no podía culparse no era un suicidio. Acorralado con una careta que forjó con su propio rostro. Yesica y Catalina dormían boca abajo a un costado, las veía igual de despreocupadas por todas las objeciones de la vida que cuando estaban despiertas.

Pronunció las primeras palabras del día sin mayores encantos, nunca significaban nada, nunca decía algo que mereciera ser recordado. Su intención era despertar a sus compañeras del trance onírico para que asumieran aquella realidad viciada.

Yesica despertó al oír a Alejandro, se desperezó estirando su brazo derecho y miró el reloj.

—08:30 —dijo.

—¿08:30? ¿De qué año? —Preguntó Alejandro—. Tengo hambre de billetes, voy ver si trabajo algo.

Desde el nacimiento a la muerte, era un naufrago más de los acontecimientos, en aquel mar de contaminaciones, sería capaz de todo, la incapacidad era un adjetivo que sólo le pertenecía a la muerte.

Las adicciones eran en todos los casos desvalorizaciones del yo, exageración o sobrealimentación del egoísmo, utilizando como canal a la sustancia. Las adicciones no eran tales por más que pretendieran serlo, sino más bien un gambos de ello. Toda adicción era mediocridad, como todo adicto era mediocre.

Alejandro cogió el revólver que descansaba sobre una caja de madera que cumplía el rol de mesa de noche, y a la pasada le tocó el trasero a Yesica, que apenas se inmutó.

—¡Qué culo, pendeja!

*

Ilel Uzuriaga despertó en una enérgica mañana, se vistió lentamente con su ropa deportiva preferida, acariciando sus curvas perfectas frente a un espejo enamorado. Bebió un jugo de naranjas exprimidas y salió a correr como todas las mañanas. El aire puro entraba por sus pulmones recordándole la inmensa fortuna que tenía de estar viva, los obreros que trabajaban en

aquel barrio privado no podían dejar de verla. Su cuerpo era increíble, forjado con años de ejercicios y una buena alimentación, había conseguido esculpir una silueta encantadora. Poseía, además, un rostro exquisito, pero duro; nadie podía cometer el error al verla, de aventurarse a extralimitarse con ella, su mirada denotaba una fuerza inusitada.

El canto de los pájaros sonaba en sus oídos como una melodía mágica, algunos pequeños rayos de sol rebotaban en las gotas de rocío que se agolpaban en las hojas de las plantas de aquellos coloridos jardines cayendo por las puntas cuando se acumulaba la suficiente cantidad, el parque de nardos repartía un distinguido aroma por los aires y llevaba al ensueño a quien pasase cerca de allí.

Después de una larga recorrida por el interior del barrio, redujo su trote para bajar el ritmo cardíaco de manera paulatina. Ingresó en su vivienda, haciendo elongaciones rápidas y quitándose las ropas transpiradas. Sus padres, Roberto y Esther estaban desayunando en el comedor principal, sentados a una mesa de patas de madera y tablero de vidrio reforzado y enmarcado también en madera. Roberto era un hombre alto y fornido, de cabellos prolijamente peinados hacia atrás. Era comisario de la brigada de investigaciones en un distrito importante, de la ciudad de Buenos Aires. Hacía ya dos años que había sido ascendido a ese cargo que él, en lo personal consideraba más que merecido. Esther era una mujer escueta y delicada, bella y superficial, prestaba gran atención a las formas y había abandonado su carrera de docente para dedicarse a su rol de madre y esposa a tiempo completo. A pesar de que Iel solía ser siempre la que primero se levantaba, la mayor parte de las veces disfrutaba de compartir el desayuno con sus padres, aunque muy pocas eran las veces que compartía el gusto por el café o el mate, que ellos acostumbraban.

Roberto comentaba la historia que había oído suceder en una comisaría próxima, mientras su mujer lo atendía sin muchos ánimos.

—... y resulta que lo dejaron al viejo al cuidado de la criatura de seis meses y el hijo de puta la violó, y cuando acabó, no podía sacar el miembro de adentro de la criatura, imagínate una vagina de una nena de seis meses. Entonces la envolvió con una sábana y la llevó así al hospital para que se la saquen porque le estaba doliendo, y asfixió a la niña, cuando llegó al hospital y se sacó la sabana, una médica pidió que llamasen a la policía. Un oficial de policía llegó y cuando vio eso, le vació el cargador.

—¿Lo mató? —Preguntó Esther.

—Sí.

—Está bien, por hijo de puta, ¿Cómo puede haber gente tan enferma?

—¿Puedes dejar de contar esas historias papá? —Se quejó Iel.

—Tienen que saber las cosas que suceden en el mundo, nadie está exento de que le pasen cosas malas.

Iel se preparó para darse un sabroso baño. Tenía pensado ir de compras esa misma tarde, a distraerse mirando vidrieras en algún Shopping de la Capital Federal y luego regresar justo para la cena.

Antes de que atravesara la puerta, su padre le pidió que no se llevase el automóvil.

—¿Puedes tomar un taxi otra vez hija? Todavía no tuve tiempo de llevarlo al mecánico para que lo revise —Sugirió Roberto.

A Illel no le agradó demasiado la idea, hacía ya cinco días que debía viajar de ese modo, pero prefería eso a tener que quedarse con el automóvil descompuesto en medio de alguna ruta.

Era ya de noche. Los dos sujetos dentro del viejo automóvil bebían, acelerados por la impaciencia, una vieja botella de Ron. Aparcados a un costado de la portería del country donde vivía Illel. Juan era un hombre morocho y de aspecto grotesco, de voz ronca y mirada sombría, encendió un cigarrillo arrugado y le convidó uno a Cristian, un joven de tez trigueña, contextura delgada y cabellos recortados hasta la mitad de la cabeza y un tatuaje en forma de lágrima en el pómulo derecho. Habían pasado varios años en la cárcel por una causa dibujada por él, en ese entonces, cabo primero Roberto Uzuriaga.

—¿Estás seguro de que a esta hora llega la pendeja puta esa? —Preguntó Cristian ya al borde de perder la paciencia.

—Hace tres días que la vengo siguiendo. Parece que le da vergüenza que sepan que vive en el Country, por eso baja del auto, media cuadra antes.

—¿Cómo le da vergüenza? Es una idiota.

—No lo sé.

Alejandro entró a una tienda de ropa informal. Sin prestar demasiada atención a ninguno de los clientes, sacó el arma que tenía escondida en la cintura y le apuntó a una de las vendedoras en la cabeza.

—Tírate al piso si quieres volver a ver la luz del sol, y no te des vuelta, donde te das vuelta te pego un tiro en la zanja del culo...

Tomó los billetes de la caja. Salió del local e inmediatamente cruzó la calle en dirección a la estación de trenes, por donde tenía pensado darse a la fuga. Mientras a lo lejos vio una patrulla de policía. Era imposible que se hubiesen enterado tan pronto de lo que acababa de hacer, pero el solo hecho de que alguno de los policías que iban a bordo del móvil lo reconociera, era equivalente a problemas, a graves problemas. Decidió regresar sobre sus pasos y correr en dirección hacia un descampado que comenzaba varias cuadras después. Los hombres dentro de la patrulla vieron una actitud muy sospechosa en aquel sujeto y decidieron seguirlo. Alejandro advirtió una patinada de rueda en el asfalto que le indicó que el conductor de la camioneta policial había pisado el acelerador, y se dirigía furioso hacia él.

Illel bajó del taxi a cincuenta metros de la entrada principal del Country club. Llevaba consigo algunas bolsas de compras que había realizado durante el día.

—Muchas gracias, buenas noches —saludó antes de cerrar la puerta del automóvil.

—Señorita, ¿no quiere que la acerque hasta la puerta de su casa? Cuesta lo mismo —se ofreció el taxista como seguramente solo podía hacerlo con una joven tan atractiva.

—No, está bien, gracias de todos modos.

—Como quieras —no insistiría demasiado, aunque le parecía una estupidez avergonzarse de vivir en aquel barrio exclusivo, no podía disimularlo, se notaba desde lejos de dónde provenía.

El taxi se alejó. Iiel caminó unos pasos y de repente, sin darle tiempo a que reaccionase, un automóvil surgió de la nada y se atravesó en su camino cortándole el paso. La muchacha miró hacia la portería, pero estaba demasiado lejos para que los guardias de la entrada pudieran apreciar lo que estaba sucediendo. Uno de los sujetos bajó del carro. Ella soltó las bolsas y atinó a correr, pero el hombre fue más rápido y mucho más fuerte. La tomó de la cintura tapándole la boca e introduciéndola dentro del viejo cascajo de cuatro ruedas.

Alejandro continuaba corriendo de la patrulla que lo perseguía. Hasta que logró llegar al descampado que lo pondría a salvo. Miró hacia atrás y vio como los policías salieron del móvil a perseguirlo a la carrera.

—¡Quédate quieto ahí! —Gritó uno de los agentes.

No podía detenerse, sabía que le dispararían, pero confiaba en la mala puntería de los oficiales. Comenzó a zigzaguear al tiempo que las balas cortaban el aire bastante lejos de él.

El viejo automóvil frenó en el mismo descampado, aunque ingresando por la parte norte, que no tenía un alambrado que la protegiese y donde los pastizales permitían su acceso. Internados en el centro del mismo, podían hacer lo que quisiesen con aquella hermosa joven. Juan tomó violentamente a Iiel de los cabellos, mientras ella lloraba y lanzaba puñetazos en todas las direcciones, sin acertar ninguno de sus golpes. El sujeto la arrastró hacia el suelo, dándole un puntapié en la columna vertebral que la hizo retorcer del dolor. Quería que se quedara quieta de una vez. La sostuvo con fuerza de los brazos, mientras su compañero comenzó a desabotonarse la bragueta.

—Ahora vas a ver qué buena verga , puta...

—Agradécele a tu papito por esto.

Alejandro por fin vio su salvación para poder escapar de la policía: un automóvil en medio del campo. Aminoró su marcha para no ser escuchado, pero cuando llegó, se dio cuenta enseguida de lo que estaba ocurriendo. Por un momento pensó en Catalina. Cogió por sorpresa al que tenía atrapada a aquella muchacha y le asestó un golpe con la culata de la pistola dejándolo inconsciente, e inmediatamente lo remató de dos disparos en la cabeza. Su cómplice se asustó, y en un vano intento por salvar su vida, retrocedió e intentó escapar, recibiendo un disparo en la pierna que lo hirió certeramente. Cristian cayó al suelo desplomado por el impacto. Alejandro se acercó.

—¿Qué le ibas a hacer a la chica?

—Nada, nada... Por favor no me mates —suplicó, sabiendo que era en vano.

—Nada... yo tampoco te voy a hacer nada. —Le pisó el pecho y teniéndolo a su merced en el piso, le disparó una y otra vez hasta vaciarle el cargador en el rostro.

—Dudo que su madre reconozca el cuerpo —dijo Alejandro con sarcasmo.

Ilel lloraba asustada y tapándose el rostro...

—¿De dónde eres, nena? Así te llevo a tu casa —preguntó el joven algo apresurado.

Ilel no podía contestar, lloraba amargamente, aunque todo ya había pasado y debía suponerse a salvo, nadie que sea un héroe anónimo anda por la vida con un arma y mata con tanta frialdad. No estaba segura de, si su pesadilla había terminado o recién comenzaba.

—Pendeja sarnosa, no tengo todo el día, dime dónde carajo vives —preguntó tomándola de un brazo.

—No me hagas nada por favor —expresó Ilel con amargura y desesperación.

—No te voy a hacer nada, estúpida, sube al auto, te acabo de salvar de que no te rompan el culo y me dices “no me hagas nada”, ¿qué eres pelotuda ?

—Vivo en el Country —respondió al fin, quizás no por confiar en él, sino para no hacerlo enojar más.

Alejandro puso el automotor en marcha y aceleró tanto como pudo, pasó los cambios más rápido todavía, temiendo que los policías estuvieran cerca, sin saber que estos habían abandonado la persecución desde que él ingresara en aquel pastizal. Ni bien regresaron a la patrulla, oyeron que por la radio se les avisaba de un sujeto de las mismas características que el que habían perseguido, que había robado una tienda justamente donde ellos lo sorprendieron en actitud sospechosa, no les cabía duda a ninguno de que se trataba de la misma persona. Decidieron dar la vuelta para cercarle la salida, pero para cuando acabaron de hacerlo, Alejandro estaba a una distancia considerable.

—¿Te lastimaron? —Preguntó Alejandro con voz cálida. Como nunca en su vida, sintió pena por esa joven.

—No, llegaste justo a tiempo. Me salvaste. Te debo la vida —respondió la joven un poco más calmada.

—Me llamo Alejandro.

—Ilel.

—Llegamos pendeja, bájate y nunca me viste y esto nunca paso, ¿de acuerdo? —Insistió.

—Sí, quédate tranquilo, salvaste más que mi vida.

—No me quedo tranquilo, no confío en nadie, y lo que te iban a hacer esos mugrientos no será nada comparado a lo que te voy a hacer si me mandas delatas, nos vemos —hizo un gesto de saludo con la mano y se fue.

Illel llegó a su casa atravesando cuerdas interminables, el estupor aun latía en sus entrañas. Por suerte, salvo los guardias de la entrada que no dejaban de mirarla, no tuvo que cruzarse con nadie hasta que entró a su habitación. Se quitó la ropa sucia y rasgada, y la tiró con asco a un tacho de basura, se introdujo en el baño y permaneció horas debajo de la lluvia de la ducha. Las yemas de los dedos se le habían arrugado cual pasas de uva y aun así sentía como si todavía estuviera sucia.

Salió al fin y se encerró en su cuarto, mientras en el comedor se habían alistado su madre, padre y su hermano pequeño, Daniel, de unos nueve años; sentados a la mesa disfrutando de una sabrosa cena. No tuvo más remedio que bajar a cenar, debido a la insistencia de su padre. Era un hombre que la adoraba, quizás más que a su propia vida, pero aun así se enojaba con facilidad y se entrometía más de la cuenta en la vida de su hija, aunque ella muy pocas veces le daba explicaciones.

—Siéntate, hija.

—No, gracias papi, no voy a comer.

—Pero ¿por qué no vas a comer? ¿Te pasa algo? —Se mostró preocupado.

—No le pasa nada, si no quiere comer, déjala —dijo Esther.

—Está bien, nadie le está diciendo nada, solo le estoy preguntando.

—La interrogas.

Illel se sentó en un sillón de tapizado de piel blanca, chapado en madera de palo rosa que estaba ubicado a un costado de la mesa. Necesitaba pensar, pero no quería estar sola, tampoco contar lo ocurrido, solo estar cerca de su familia, pero sin que le preguntasen nada. Su padre comenzó a llevarse la comida a la boca, haciendo un comentario a su mujer.

—Recién acaban de llamar del destacamento, Pedernera asesinó a dos hombres, a unos dos kilómetros de aquí, parece que lo hizo para robarles el auto, qué hijo de puta, no se conforma con robar el desgraciado, tiene que matar.

—¿Cómo saben que fue él? —Preguntó Esther.

—Venía de robar un comercio, y lo seguía uno de nuestros móviles. Se escapó, y cuando los oficiales llegaron, vieron los dos cuerpos y huellas de un automóvil en el pastizal.

—Pero qué asesino que es ese chico, ¿tanta maldad puede tener?

—¿Chico?... a Pedernera ya le da lo mismo matar a un animal que a un ser humano. Es lo peor

que hay, mira que yo conozco delincuentes, pero como este, no me deja descansar siquiera en mis descansos, voy a tener que ir ahora.

—Pero ¿por qué tienes que ir? —Se quejó la mujer.

—Porque ahora van a ir cien personas a la comisaría, familiares de las víctimas y demás exigiendo que atrapemos de una vez a ese hijo de puta, no voy a poder acostarme a dormir tranquilo hasta no saber que esa basura está preso o muerto.

Elle levantó la cabeza y su mirada se perdió. Con los ojos clavados en el vacío, pensaba en su reciente experiencia, sintiéndose renovada y agria por haber entendido una porción de vida casi irrisoria para el tiempo universal que sometía a sus huesos. Aun así, no dejaba de interpretarla como la situación más atroz del mundo, solo porque ella había sido la protagonista obligada y lo único que le importaba a todo ser humano era lo que le sucedía a él. Nadie podía hacerse eco de lo que no vivía. Evacuó la mente unos instantes para poder darle atención al hecho acogedor de encontrarse aún con vida, conservando su dignidad y su orgullo de mujer, de poder solo ella elegir con quién abrir sus piernas y tener sexo. Por un momento sintió un pesado escalofrío al pensar en lo que hubiera sucedido si ese, al que su padre llamaba “asesino” no hubiera aparecido en ese preciso momento. Una lágrima estaba a punto de escapársele, por lo que decidió retirarse a su habitación fingiendo estar cansada y con sueño. Se recostó en la cama y así, demasiados minutos se hicieron horas de un segundo en un reloj tirano que se arriesgaba a empujar la vida y emparejar la muerte, arrastrando al amanecer consigo, infiltrándose en los últimos lugares oscuros que la noche había olvidado en un descuido, finalizando además la experiencia de toda aquella confusión a develarse lentamente.

Alejandro regresaba ennegrecido de haber asesinado; todo en él se había matado a sí mismo. Las sensaciones que lo recorrían eran de las más diversas: culpa, odio, lamento, tristeza. Pero todas eran empujadas por la vorágine de una antigua pestilencia: la apología de lo injusta de su vida y la convicción desalmada de que la muerte debía llegar de todos modos. Sellando esos reconcomios, una franja que anhelaba clamar que la vida no valía nada, y aquella gruesa puerta que no era más que una indiferencia forzada, una lacrada impasibilidad, le forjaban una sonrisa tan difusa en el rostro que apenas se podía adivinar que era tal cosa.

Había matado, como la vez anterior, pero no se acostumbraba, se apilaban fantasmas en su memoria, gente que quería vivir. Una vida. Una bala. No creía haber desperdiciado nada.

Llegó al rancho. La misma vivienda precaria de siempre que en el suelo tenía desparramadas varias cajas de vino y paquetes de cigarrillos vacíos. “Las pendejas”, como él las llamaba, Yesica y Catalina estaban mirando dibujos animados y fumando un cigarro de marihuana.

Alejandro se sentó pensativo.

—¿Quieres porro? —Preguntó Catalina, pasándole el cigarrillo de marihuana.

Alejandro estaba algo embelesado, divagando en alguna humareda de marihuana o en alguna línea de cocaína perdida. Pero por sobre todo triste. La tristeza del drogadicto no es una tristeza que se pueda describir con facilidad o comparar con algún otro tipo de congoja, no es similar a la tristeza experimentada por la sensación de soledad o la que se siente cuando fallece un ser

querido, sin embargo, cada día el adicto asiste a un velorio de su propio ser. La risa del drogadicto es sin duda la expresión más patética de su existencia, consagrada a su propia decadencia, empecinada en el barranco de un abismo sin fin. Que tambalea sin razón, aniquilando sentimientos, derramando lágrimas tan contaminadas que nadie, salvo él, estaría capacitado para llorar. Ha visto a su alrededor escapar amor, amistad, bienestar. Ha despreciado caricias, abrazos, palmadas. Ha palpado posibilidades, ha huido a esconderse en las llamas más ardientes del fuego más profundo, acorralado dentro de un alma que ruge por vivir tan solo un instante.

—Toma —dijo Catalina alcanzándole el cigarrillo.

—Deja de molestarme, pendeja, la concha de tu hermana.

—¿Qué pasa con mi concha? —Dijo Yesica intentando hacer un chiste.

—Nada, ¿me dejas chupártela? —Bromeó Catalina.

—Sal de aquí, puta de mierda —rio Yesica y se dirigió a Alejandro— ¿Qué pasa? —Preguntó.

—Maté a dos violines recién.

—¿Y para qué matas gente si después te vas a quedar preocupado? —Argumentó Catalina.

—Yo estoy preocupado por mí, no quiero caer preso, idiota, mira si me voy a preocupar por esos dos.

—¿Qué hijos de puta! ¿Y qué pasó? —Preguntó Catalina dando una larga bocanada al cigarrillo armado.

—Nada, no pudieron violarla porque los maté antes.

—¿Y la chica? —Interrumpió Yesica.

—La llevé hasta el Country a esa mugrienta, tendría que haber dejado que se la cojan, o le tendría que haber metido un tiro en la concha, ahora me va a mandar preso.

—Bueno, pero quizás se da cuenta de que la salvaste y no dice nada —dijo Yesica

—Esa puta ya debe estar en la comisaría vomitando todo, hasta cuántos pelos en el culo tengo les debe estar diciendo, ¿para qué mierda la dejé vivir?

—¿Tú no eres Dios para decidir quién vive y quién muere! —Gritó Catalina.

Alejandro sacó el dinero que tenía escondido dentro de la ropa interior y lo arrojó sobre la cama. Inmediatamente dejó de pensar en Ilea.

—Cómprase ropa —aconsejó como una orden.

En aquel lugar las luces se entremezclaban cortadas por miradas ansiosas, las personas llevaban vasos de alcohol a sus bocas de forma repetitiva, no tanto por el placer de hacerlo, sino

para hallar la desinhibición necesaria para adquirir control sobre alguna situación en particular. Un hombre de aproximadamente treinta años estaba sentado en la barra bebiendo una cerveza negra. Yesica se le acercó hablándole al oído. Sabía jugar ese juego mejor que ninguna. Una caricia en la pierna, abrir apenas la boca para dejar ver la lengua, cerrarla, tragar saliva fingiendo que se le está haciendo agua la boca, moverse lentamente como una gata, mirar fijo, morderse los labios, sentarse a su lado y salir invitándolo a que él la siguiera. El sujeto la observó detenidamente para darse cuenta de que una niña muy hermosa le estaba coqueteando. Enseguida llamó al hombre de la barra, que, aunque estaba muy ocupado, atendió su llamado de forma casi inmediata, como si tuviese algún tipo de prioridad. Este hecho agradó a Yesica, porque sabía que, si era alguien importante y tenía dinero, Alejandro se pondría muy contento, y lo demostró llevando una mano hasta la pierna del muchacho que fue seguida por su mirada, y profiriendo una sonrisa, tomó la botella de champaña que el barman había dejado dentro de una coctelera de acero sobre la barra. Estuvieron dialogando algunos minutos hasta que la impaciencia o la excitación, le ordenó a aquel sujeto pagar las copas e invitar a Yesica a ir a un lugar donde pudieran estar más tranquilos para continuar la charla. O al menos esa fue la excusa que puso para poder irse de allí con ella de la mano.

Salieron a la calle y el hombre se enderezó hacia su automóvil con las llaves del mismo agitándolas en el aire.

—Conozco un hotel muy lindo por acá cerca ¿qué dices, vamos? —Alentó Yesica sin perder más tiempo.

Él la miró preso de la lujuria y echó una carcajada. De pronto, su risa se convirtió en una expresión de sorpresa y enseguida de miedo, cuando apareció Alejandro junto con sus compañeros. Todos armados y apuntándole directo a los ojos.

—Hazla bien corta, y pásame los billetes —intimó Alejandro.

—Dale todo —dijo Yesica a su acompañante—. Por favor no nos hagan nada —le suplicó a quienes la tenían amenazada.

—Cállate, que nadie te preguntó nada.

Con las manos temblorosas sacó la billetera y se la entregó a Alejandro.

—Ahora corre para allá —ordenó con la autoridad que le proporcionaba tener un arma en la mano.

—Y tú para allá —dirigiéndose a Yesica.

La chica corrió tal como le indicaron y cuando llegó a la segunda esquina se detuvo, encendió un cigarrillo y se apoyó contra una puerta de metal. Allí esperó a que llegaran los demás.

—¿Qué vas a hacer Yesi? —Interrogó Alejandro entregándole parte del botín.

—La voy a buscar a Caty y nos vamos a seguir bailando, pero a otro lugar.

—Nos vemos —se despidió Alejandro.

Domingo 29 de junio de 1997.

Era habitual juntarse todos en algún terreno baldío. Rodrigo era un sujeto robusto de cabellos negros como el carbón y aspecto temerario, siempre con un cigarro de marihuana en la boca. Alfredo, por el contrario, era extremadamente delgado y de carácter estrepitoso, su risa finita e irritante como un chirrido de cristales, su rostro de ojos pronunciados y pómulos hundidos semejaba a un roedor devastado por las drogas y el alcohol. Cesar era un morocho taciturno de aspecto brusco, labios carnosos, manos desproporcionadamente grandes y abultado vello en todo su cuerpo, había perdido varios dedos cuando de pequeño quiso utilizar una sierra eléctrica, y por último Sebastián era un ser completamente desagradable para todos, salvo para Alejandro que nunca le prestaba atención. Perturbaba a cualquiera con sus actitudes, podía ponerse a defecar en el mismo lugar donde estaba sentado, limpiarse con la mano y continuar tomando vino sin detenerse a limpiarse. Hacía varios años que estaba infectado con el virus de H.I.V. y eso incomodaba a sus compañeros. Sentados sobre algunos troncos de eucalipto o sobre escombros alrededor de un fuego, pasaban la bolsa de cocaína y se servían tomando con una moneda.

—¿Qué onda con Ale? ¿Dijo que iba a venir? —Preguntó Rodrigo.

—Mejor que no venga, ¿para qué lo quieres? Después empieza a hacerse el poronga, porque él mata a todo el mundo, y siempre hay que hacer lo que él dice —comentó Alfredo.

—La otra vez fuimos a robar un supermercado con Ale, y cuando nos íbamos, él salió primero delante de mí, por una calle que no había nadie, y yo tenía el fierro y lo estaba por matar, pensé mucho tiempo y después me arrepentí —mencionó Rodrigo.

—Y ¿por qué no lo mataste? ¿Tú piensas que si Alejandro tiene la oportunidad de matarte lo va a dudar?

—Te vuela el cerebro de un tiro —agregó Cesar.

—Me temblaba la mano —explicó Rodrigo.

—Ese es el miedo.

—Y bueno, imbécil de mierda ¿por qué no lo matas tú?

En el interior del patrullero viajaban los oficiales Fernández y Gómez haciendo la ronda de la noche, con algunas copas de más que habían bebido durante la cena en la seccional, salieron con intenciones de divertirse, y nada les divertía más que golpear a algún cako.

—Mira, si vas tirar, tira a la cabeza, el muerto no declara. —Sostenía Fernández, un oficial joven y moreno con cara de pocos amigos, mirada soberbia y despectiva.

A escasos metros de allí, Alejandro caminaba por la calle tomando cocaína, recordó que no debía detenerse, se había negado a permanecer con sus compañeros sabiendo que ellos encuentran

la salida de sus enigmas en horas irrepetibles en la madrugada a la intemperie por falta de acogimiento familiar. La mayoría de ellos no tenían un lugar al que convenientemente podían llamar hogar. Dentro del pesado ámbito de los que miran con desprecio a los que quieren odiar, sin saber que sus odios son fascinación para sus congénitos que están en este o aquel lugar repitiendo lo que es irrepetible y poco entendible para los que vivieron su etapa de ser, en un mundo diferente. Maltrecho. Mientras se alejaba sintió lo necesario que era encontrar el sitio prohibido para relajar la mente y quitar de en medio sus instintos. Advirtió que una camioneta de la policía se acercaba lentamente, como si de la muerte se tratase. Arrojó el sobre de cocaína y continuó caminando. Fernández, se asomó por la ventana de la patrulla y lo llamó.

—Venga muchacho.

—¿Qué pasa? —Preguntó Alejandro, seguro de que su pregunta era sinónimo de conflicto instantáneo, pero ya estaba cansado de simular que les temía y los respetaba. Si fuera por él, asesinaría a todos los policías del planeta. Cada uno de ellos le recordaba a su padre y a su legado, la orfandad, la desdicha, la injusticia, los castigos de sus tíos, el hambre y toda la basura que fue añadiendo con el correr de sus escasos años.

El oficial Gómez se bajó del móvil, interceptando a Alejandro.

—Acá las preguntas las hacemos nosotros ¡las manos contra la patrulla! —Ordenó.

El policía le abrió las piernas, pateándolo, y comenzó a palparlo de armas, no por asegurarse de que estuviera limpio, sino por costumbre y para molestarlo. El oficial Fernández se bajó de la patrulla, apagó el cigarrillo con el pie contra el suelo húmedo y acomodándose el arma reglamentaria en una posición que no le molestara atropelló al joven.

—¿Cómo te llamas, negro?

—Martín.

—¿Martín cuánto?

—Martín Peralta.

Los oficiales hablaban interrumpiéndose sin darle tiempo a Alejandro a responder. Disparaban una pregunta tras otra para lograr poner nervioso al muchacho, ignorando que esa situación precisa no pondría nervioso a este muchacho.

—¿De dónde eres? —Preguntó Gómez.

—¿Qué estás haciendo por acá? —Interrumpió Fernández.

—De acá a dos cuadras... —contestó molesto.

—De acá a dos cuadras... todos son de acá a dos cuadras. —Argumentó Fernández descreyendo del sujeto al que le revisaba los bolsillos de manera impertinente.

—Arriba —dijo Gómez indicándole al chico, con un gesto, que debía subirse al móvil.

—¿Por qué, sino estoy haciendo nada?

—Por portación de cara, negro, tienes cara de ladrón así que cierra el culo y sube.

—¡Cierra el orto, mugriento! —Agregó Fernández asestándole un golpe en las costillas con el bastón. Estaba aguardando el momento para hacerlo y demostrar su autoridad.

Alejandro subió a la patrulla. Quizás fuera la noche en que debía morir. Sabía que esos dos no dudarían en asesinarlo. Por un momento hasta pensó en provocarlos si la situación lo requería y mientras subía, reforzaba la idea de no dejarse humillar por esos imbéciles a quienes consideraba unos completos cobardes. «Si yo tuviera el arma conmigo veríamos quién mata a quién» —pensaba.

Durante el camino hacia la comisaría, los oficiales mantuvieron una charla trivial acerca de la comida que más le gustaba a Gómez. Era sin duda el policía más obeso de toda la jefatura y su afición por las pastas y los buenos vinos era su tema favorito, describía los platos como si de una obra pictórica se tratase. Alejandro se recostó a dormir. Estaba tan acostumbrado a esos viajes en móviles policiales que no le representaban ningún encanto o novedad.

Sin hacer ningún tipo de registro, lo obligaron a ingresar por la puerta trasera y lo introdujeron en el cuarto contiguo a la cocina.

—Quítate toda la ropa dale, que no tengo todo el día —ordenó el oficial Gómez propiciándole una bofetada en el rostro al muchacho.

Un nuevo policía de apellido Quiroz entró en la habitación, era un perro viejo, malhumorado y golpeador de presos, su rostro amplio y quijada de bulldog lo hacían parecer más malo de lo que era. Miró con antipatía a Alejandro

—¿Y este mugriento? —Preguntó al entrar.

—Este se hace el poronga por la calle —respondió Fernández.

—Quítate la ropa la concha de tu madre, o ¿eres sordo? —Repitió Gómez.

—No me voy a sacar nada —se rebeló el joven esperando un golpe— ¿para qué quieres ver a un hombre desnudo?

Quiroz enfrentó al detenido sacando pecho y poniéndose muy cerca de él.

—¿Así que eres poronga vos?

—Yo no hice nada —respondió Alejandro desafiante.

—Estos mugrientos nunca hacen nada.

Quiroz lo tomó del brazo con brusquedad para mirar más de cerca el tatuaje de una espada y

una serpiente que tenía dibujado por algún artista no muy talentoso.

—¿Qué tienes ahí, negro? —Preguntó—, una serpiente enroscada en la concha de tu madre —aseguró sin darle tiempo a que respondiera por sus medios y acto seguido le conectó varias bofetadas, para luego atraparlo de los cabellos.

—Déjame a mí —se interpuso Gómez.

Quiroz lo tenía sostenido con firmeza de los cabellos y Gómez le estrelló la cabeza contra la pared. Alejandro sufrió un corte en la frente y el golpe fue tan fuerte que lo confundió casi hasta el desmayo y lo hizo arrodillarse, situación que fue aprovechada por el policía para patearlo varias veces sin piedad.

La puerta se abrió de repente y el oficial Echeverría llegó con otro detenido esposado. Echeverría era un hombre bipolar que nunca hubiera pasado el examen psicológico para entrar a la fuerza policial de no ser porque era amigo de un comisario mayor que le allanó el camino.

—Métenlo a ese adentro que ya lo vamos a atender mejor. —Sugirió esgrimiendo esa mueca típica en un policía que sabía cómo hacer que todos los detenidos se sintieran incómodos y adoloridos con su trato.

Fernández y Quiroz llevaron a Alejandro a la rastra, él solo veía los borceguíes lustrosos de los oficiales y lleno de odio e impotencia se resignó a beber su suerte endiablada, mientras en el cuarto que abandonaba se oían los ecos de los golpes que le propiciaban al infeliz que habían llevado.

Fue tirado dentro de un calabozo con las manos esposadas por detrás de la cintura. Al caer se golpeó el mentón contra el piso húmedo y escabroso. Escuchaba el sonar de los puños contra una cabeza que seguramente no oponía resistencia, precedidos de burlas e insultos por parte de los policías a aquel muchacho al que siquiera le había visto la cara y que había quedado dentro del cuarto, cuarto que parecía destinado solo para torturas.

—¡Basta por favor dejen de pegarme, me están matando! —Suplicaba el muchacho con voz temblorosa y adolorida.

—Basta por favor, me están matando, ¿no eras poronga tú? —Se oía la burla del oficial Quiroz. —¿No mataste a esos dos hombres para robarles el auto? —Acusaba intentando justificar su brutalidad.

Demolido en un rincón del calabozo donde Alejandro intentaba superar su miedo natural y exigir una muerte heroica y absurda como lo había sido toda su vida, estaba otro joven, asustado y lacrimoso, Alejandro lo miró con desdén, seguramente no comprendía que su actitud podría inflamar las ansias de matar de los verdugos que aguardaban del otro lado del pasillo. Se entretuvo por un instante pensando en que los golpes que estaba soportando el otro desdichado eran a causa del hecho del cual era él responsable. La simetría acelerada en que transcurría el tiempo debido a la profanación de los instantes pretéritos, hizo que se deteriorase en esa vida descompuesta y polimórfica. Y esa devaluación temporal junto con los entrelaces en los que Cara de Espejo se presentaba para adornar un mundo gris con ensueños mágicos y noches tejidas de

ilusión, le otorgaban un escape seguro y acogedor.

«No tienes que sentirte mal, tú salvaste a esa chica» —decía Cara de Espejo. O era su mente que lo estaba volviendo loco.

«Mejor cállate» —exclamó Alejandro dentro de sus pensamientos.

Los oficiales Echeverría y Gómez entraron a la celda y arrojaron al detenido totalmente ensangrentado y con el rostro desfigurado, contra el piso. Tomaron al muchacho que estaba en el rincón y se lo llevaron.

—¿Este era el otro que se hacía el poronga? —Preguntó Echeverría apretando sus puños insatisfechos.

—Yo no hice nada —expresó suplicante, aunque sabía que sus ruegos no iban a darle ninguna oportunidad de escapar a la golpiza que recibiría.

—Camina y cierra el culo.

El oficial Gómez le asestó un golpe de puño en la cabeza mientras se lo llevaba torciéndole un brazo. Cuando ambos se alejaron, Alejandro intentó acercarse al muchacho que ahora estaba en el piso sin moverse.

—Eh, muchacho ¿te dieron estos putos, no? —Preguntó confraternizado con el joven que parecía un pedazo amorfo de carne mancillada.

Al no recibir respuesta, pensó que por los golpes y los gritos que provenían de la otra habitación, no lo había escuchado.

—Eh muchacho —insistió sin tener contestación del cuerpo inanimado que yacía en el suelo de aquel calabozo.

Fernández se asomó a la celda, y desde el otro lado de la pared se escuchó la voz de Quiroz que reclamaba “¡tráelo al de la viborita, a ver cómo se enrosca!”

—Oficial, este muchacho está muerto —señaló Alejandro intentando posponer su calvario.

—Qué muerto, mugriento, ahora te toca a ti —respondió Fernández sin prestar atención a las palabras de Alejandro.

—Está muerto en serio, fíjate —insistió.

Desde detrás llegó el oficial Gómez inflamado por la impaciencia, dándole un puntapié a Alejandro en la boca del estómago que lo dejó sin aliento.

—¿Qué te pasa a ti? —Preguntó Gómez, alistándose a golpear nuevamente al preso sea cual fuera su respuesta.

—El muchacho está muerto —balbuceó.

Ambos oficiales se acercaron al detenido que estaba tirado en el suelo para corroborar lo que Alejandro ya había verificado. Lo llamaron varias veces, pero no contestaba, le tomaron el pulso y no había tal.

—Sí, está muerto, parece que se me fue la mano —rio Fernández. De modo que tomaron al detenido de los cabellos y las manos para arrastrarlo por el pasillo hasta el patrullero. La solución era sencilla, llevarlo hasta las vías del ferrocarril y esperar que el tren lo despedace. A último momento decidieron que lo mejor era cargarlo dentro de un viejo Ford de vidrios de papel ahumado. Alejandro temía que si volvieran aquellos uniformados no querrían dejar ningún cabo suelto que pudiera delatarlos por la muerte de aquel joven, de todos modos, ya era tiempo de morir y no iba a suplicar por su vida.

Lunes 30 de junio de 1997.

Tuvo que pasar toda la noche sin poder dormir para que, al entrar la mañana siguiente, Quiroz ingresara al calabozo nuevamente. Lo hizo poner de pie y le quitó las esposas.

—Tienes para rato sarnoso, así que te voy a llevar con los otros muchachos así te diviertes — dijo invitándolo a salir, se formó al costado de la reja y esperó a que saliera. Lo condujo a la celda que se encontraba a final del pasillo, en donde se hallaban los demás detenidos, entre ellos estaban Cristóbal, Gastón, Esteban, Mario y Martín. Abrió el candado que cerraba las rejas verdes, descoloridas y herrumbradas, lo introdujo en ella y se fue. Cristóbal se asomó a la reja con una pava en la mano.

—Eh, dile al imaginaria que me caliente agua.

El oficial se disponía a irse sin darse la vuelta y sin responderle.

—Puto —insultó Cristóbal.

Quiroz dio media vuelta y regresó sobre sus pasos.

—¿Te gusta que te golpeen?

—Y si para eso están ustedes.

El policía sintió una mezcla condensada de rabia y regodeo. Debía quizás golpear a ese preso, ya había golpeado demasiado el día anterior, motivo por el cual decidió no hacer caso a sus idioteces. No faltaría la oportunidad de que vuelva a equivocarse y le muestre cuánto puede doler su necedad.

Cristóbal miraba a Alejandro con desdén, mostrando su condición de mandamás en aquel lugar.

—Eh, muchacho ¿por qué caíste? —Preguntó desafiante.

Alejandro lo miró sacudiendo levemente la cabeza, había observado a ese idiota desde el primer segundo en que ingresó y sabía que podía romperle el cuello de un solo golpe. Intentó serenarse y apaciguar su ira.

—¿A mí me estás hablando? —Contestó con ironía.

—Sí, a ti.

Alejandro tronó los dedos desestimando la pregunta y el desafío del recluso.

—¿No escuchas que te estoy hablando? —Dijo Cristóbal lanzando un puñetazo que le acertó en el rostro a Alejandro. No le había dolido lo suficiente y eso le demostró que cuando comenzara a

golpearlo lo acabaría inmediatamente. Ale apretó los puños y empezó a tirar golpes contra el cuerpo de su oponente. Se había descontrolado, un puñetazo tras otro como un animal al que lo tuvieran atado y al fin tiene entre sus manos a sus captores. Ambos se golpearon por unos cuantos minutos, hasta que Cristóbal cayó al piso y cuando Alejandro estaba a punto de darle un puntapié en la cabeza, Esteban se metió en medio abriendo los brazos para separarlos.

—Ya fue muchacho, aquí todos te van a respetar —alegó Esteban.

—Si no me respeta nadie, me da lo mismo —contestó Alejandro con mirada desafiante y escupiendo algo de sangre que se le había acumulado en la boca, producto de un corte en el labio interno. Miró a su alrededor esperando que alguien más quisiera meterse con él, pero no encontró resistencia.

Martes 1 de julio de 1997.

Desde el fondo de la celda se acercaba lentamente Martin, con paso firme y confiado, dispuesto a desafiar la supuesta valentía de aquel recién llegado. Martin era un sujeto robusto y pendenciero, de mirada encabritada y hostil, cabello desprolijo y manos grandes y pesadas.

—Toma, lávame esto —dijo Martin arrojando algunos calcetines a los pies de Alejandro.

Mientras observaba desde los pies a la cabeza a aquel animal que se erguía delante de él, cerró las manos sonriendo, miró al suelo pensando en cómo le gustaba tener esas oportunidades de perder la vida o ganar la gloria. Si dejaba en el piso a ese sujeto, si lograba ponerlo de rodillas, todos descubrirían quién era en realidad. Se puso de pie, levantó los brazos dispuesto a comenzar la pelea.

—No, primero vas a pelear con él —excusó Martin.

—¿Por qué? ¿A ti no te da la sangre? —Respondió Alejandro brindando una mueca sonriente de sarcasmo.

—Aquí las cosas son así y mejor que te rescates porque no vas a durar ni un día.

—A este infeliz me mandas a pelear, este payaso no me va a durar un round a mí, cuando termine con él, sigues tú —amenazó Alejandro señalándolo con el dedo.

El joven que debía pelear con Alejandro destilaba miedo por todos los poros de su piel, se llamaba Gastón, y lo habían bautizado “marca trapo” debido a que el primer día en ingresar lo habían desnudado haciéndolo desfilar como a una mujer. Gastón arrojó el primer puñetazo, se notaba en toda su expresión al combatir, que era una desagradable obligación, y que no tenía ninguna experiencia en la cuestión, como quien va a trabajar a un empleo que detesta. Alejandro bajó la guardia y dejó que aquel golpe le alcanzara la quijada, midió cuán fuerte podía ser la pegada de su oponente y al ver que solo con un poco de todo el odio que sentía por la vida, por los seres humanos, por el mundo, por todas las cosas que existían, que utilizara, todo estaría resuelto. De manera tal que lanzó un golpe tan certero que hizo sangrar la nariz del muchacho. A esto le siguió una seguidilla de puños que le llenaron la cabeza aturdiéndolo. Lo pateó en las rodillas y en el estómago provocándole una rendición automática. Pero Alejandro no lograría su objetivo ganándole a ese soldadito inútil, necesitaba más.

Sin que nadie lo esperase, voló con una patada en dirección a Martin acertando el golpe en medio del pecho y obligándolo a retroceder varios pasos. Aquella patada lo había dejado sin aire, situación que fue perfectamente aprovechada e inmediatamente lo tomó de los cabellos y haciéndole presión hacia abajo, le propició un golpe de rodilla cuyo ruido arrancó suspiros de todos los presos. Cuando Martin pudo incorporarse se llevó las manos a la boca ensangrentada para notar que había perdido un diente y varios se le habían aflojado.

Las reglas dentro de aquel calabozo habían cambiado a fuerza de golpes. Ahora un nuevo

cacique comandaba la indiada.

Antes de hacerse la noche en un lugar donde pareciera, por la escasa luz que lograba ingresar, que la noche fuera eterna, Alejandro se dirigió con paso lento pero determinado al sujeto al que apodaban “marca trapo”, estaba acostado sobre un sucio colchón en un piso mucho más sucio todavía, no pensaba comportarse de manera desagradable con él, quería reservar toda su violencia con los otros

—Ese colchón es mío, duerme en el piso, y no te quiero escuchar o te rompo todos los huesos —lo pateó con contundencia en las costillas, haciéndole saber que estaba hablando en serio. — ¡Vamos! o ¿eres sordo?, después te voy a dar un calzoncillo para que me laves así no te aburres — continuó diciendo.

Las horas eran interminables, las angustias se hacían eternas, anécdotas que no conducían a ningún otro sitio más que al puro entretenimiento y a veces siquiera eso. Mario vació un desodorante en aerosol dentro de una jarra de jugo para obtener una improvisada bebida alcohólica y comenzó la ronda en la cual todos participaban riendo, salvo Alejandro que solo acrecentaba su odio, tenía ganas de matarlos a todos.

Miércoles 2 de julio de 1997.

Despertó sin comprender demasiado hasta que la luz llegó a hasta él desde las manos de Cara de Espejo que llevaba sobre sus hombros a la elfa Nael-ha. Fue increíble y fantástico. Con su deslumbrante hálito despidió esa luminiscencia que penetró en los sentimientos de Alejandro, en su mente y en su alma. Podía percibir todo con claridad y blancura, las dudas no se hicieron esperar en su cabeza. A un costado de las camas de cemento, Gastón estaba lavando los calcetines de casi todos los detenidos, Mario se le acercó por la espalda.

—Dale, dale, que quede blanca esa media —dijo Mario insistiendo en algo que prácticamente era imposible, solo para perturbar los pensamientos de aquel desdichado.

—Eh, muchacho, esa media no va a quedar blanca —recalcó Alejandro.

Mario se acercó peligrosamente y cuando Gastón vio que sus intenciones eran poco amigables comenzó a lavar más a prisa.

—Deja la media y agáchate —ordenó Mario sacando el miembro afuera de sus pantalones y agitándolo con la mano.

—No quiero —expresó Gastón con voz suplicante.

—Dale.

—No quiero ser más puto.

—Tú hoy serás puto, mañana no sé, pero hoy serás puto.

Gastón se inclinó entre las piernas de Mario y comenzó a chupar el pene mal oliente de aquel que prácticamente lo había violado desde que llegó. Gastón no era homosexual, pero se estaba haciendo debido a las circunstancias, para no volverse loco. No había demasiadas salidas.

—No me gusta —pronunció sollozando, intentando buscar una piedad que estaba tan ausente en aquel lugar que era imposible determinar si existía.

—Ya te va a empezar a gustar y sino después le pones dulce.

—Dile al otro que te la chupe —aconsejó Mario a Alejandro.

—Haz la tuya, yo no soy tan atrevido.

—Eh ¿cómo atrevido? —Se enojó Mario por aquella acotación apartando a Gastón, subiéndose el cierre de la bragueta y desenfundando un arma blanca elaborada con una varilla extraída de la malla de la cama de cemento, afilada contra el suelo y con la empuñadura hecha de trapos trenzados.

—¿Cómo cómo? —Enfrentó cara a cara a Mario mirando el improvisado cuchillo con fijeza.

Esteban descubrió las viejas sábanas de su camastro y de debajo de ellas sacó un arma muy similar a la que empuñaba Mario y la arrojó al suelo justo a los pies de Alejandro.

Alejandro recogió la faca del suelo y antes de iniciar el combate se la clavó él mismo en el costado izquierdo del estómago.

—Ahora vamos a pelear como a mí me gusta.

A Mario ya no le gustó demasiado la idea de haberse enfrentado a aquel demente que se mutilaba a sí mismo, pero ya era tarde para arrepentimientos. Se trenzaron en un duelo de espadas hasta que los dos salieron con las manos sangrando y los demás presos los separaron. Ya no había nada más que demostrar, ambos eran buenos peleadores y se respetarían. Al escuchar el alboroto, Quiroz decidió averiguar qué era lo que sucedía.

—Vamos —le dijo a Fernández encaminándose ambos en dirección al calabozo. Ni bien se aproximaron, vieron a Alejandro con el improvisado cuchillo en la mano y decidieron ingresar.

—Recién llegas mugriento y ya estás haciendo problemas —dijo Quiroz golpeándolo con el bastón.

—Mételo al buzón —sugirió Fernández asestándole un fuerte golpe en la espalda

—Pégame más fuerte puto, cuando tú me pegas se me para la pija —desafió el Alejandro.

Quiroz y Fernández sacaron entre ambos a Alejandro tomándolo de los cabellos. El buzón era la celda más pequeña de toda la dependencia, sin luz, sin baño y donde apenas entraba una persona. En el pasillo principal se encontraron con otros policías que trasladaban a un detenido a esa dependencia.

—¿Por qué está acá este? —Preguntó uno de los presos a los policías que traían al detenido.

—Por quemarle la cara a la novia con ácido.

Jueves 3 de julio de 1997.

Mario se miraba la mano derecha detenidamente. El tiempo para enfocarse en pequeñeces era súbito en una persona privada de su libertad. Se podían pasar horas pensando en cosas tan insignificantes que cobraban una valoración imponente cuando lo que fortificaba era el período en que no se pensaba en que se estaba preso. De pronto advirtió el comienzo de una infección a causa de las heridas de la pelea con Alejandro el día anterior.

Sentado al borde de la cama de cemento observó a Gastón que intentaba descansar en el suelo. Se podía adivinar que el frío de la última noche estaba por enfermarlo.

—Esa escoba no se va mover sola, ponte a barrer, ¡Ya! No te lo digo más... —advirtió Mario.

—Yo no quiero ser más así —respondió Gastón.

—¿Así cómo? —Preguntó Mario.

—Así que me cojan y eso.

—Ah no, y ¿cómo quieres ser?

—Como ustedes.

—Tú ya eres así y así vas a seguir siendo, puto de mierda —aseguró luego de reír a carcajadas por la estupidez que acababa de oír.

Viernes 4 de julio de 1997.

Durante toda la pesada noche rumió en la pastura de un patíbulo que celebraba suicidios epidémicos, tribulaciones congeladas y una fuerte convulsión de terrores que lo sacudían, cualquier elección era tortuosa. Sacó una hojita de afeitar de su bolsillo, la dobló por la mitad y la partió, se introdujo las dos partes en la boca llorando y maldiciendo su suerte y la cobardía que no lo dejaba poner en su lugar a quien le estaba arruinando la vida. Se maldijo a sí mismo, pero, aun así, toda esa ira no le otorgaba de ninguna manera el valor para enfrentar a ese sujeto. Sin embargo, un valor supremo se hizo dueño de su consciencia y le brindó una alternativa inigualable. Tragó aquellos trozos de la hoja de afeitar sintiendo como le cortaban la garganta. Se sintió atorado, comenzó a toser y a escupir sangre. Cayó al suelo tomándose el cuello y el pecho que sentía desgarrarse.

La mirada de todos los presos reposaba sobre el nuevo detenido. Se llamaba Ezequiel. Era un hombre de unos treinta y dos años, demasiado asustado para lograr ser respetado en aquel pequeño infierno en que se había convertido ese calabozo para los hombres tiernos. Mario y Cristóbal lo habían obligado a lavar toda la ropa. Tarea que prácticamente le había demandado todo el día anterior.

—Yo pedí el traslado aquí porque en la otra comisaría me violaron —confesó Ezequiel.

—Bájate los pantalones, a ver si es cierto que te violaron, así hacemos la denuncia —ordenó Mario.

Ezequiel se bajó los pantalones con temor. Esperando algo imposible: que las palabras de aquel sujeto fuesen ciertas, que realmente quisieran ayudarlo.

—Y no, así no nos damos cuenta —objetó Cristóbal.

—La única forma de darnos cuenta es poniéndotela —dijo Mario, mordaz.

—No, por favor, no me hagan esto —rogó Ezequiel sollozando.

Cristóbal se acercó haciendo una señal de desaprobación. Le propició una fuerte bofetada en la nuca y un golpe de puño en la espalda.

—Cierra el culo, idiota, ya es tarde para esa historia, estás en cuatro, con el culo abierto y pides que no te la pongan ¿Eres estúpido o puto?

La violación comenzó con llantos y bramidos. Alejandro despertó al escuchar los ruidos molestos, las risas y súplicas. Pensó en lo mal que la estaría pasando ese muchacho, pero luego recordó que su suerte dentro de ese diminuto cuarto empolvado de olores agrios, regado con orina, estiércol y alguna que otra mancha de esperma, no era la mejor. No se alarmó y continuó durmiendo.

Miércoles 16 de julio de 1997.

Tras conducir por una calle arbolada por la que en los costados marchaban los trabajadores con sus ropas sucias, ya de pinturas, ya de cemento y cal, Ilel aparcó en la calle lateral del edificio. Ingresó en aquella comisaría desdichadamente implacable, el olor a cosas que no estaban del todo bien se respiraba por todo el ambiente, concluyó en la reflexión que sea cual fuera el motivo de visita a una comisaría nadie podría dejar de sentirse incómodo.

Se dirigió con calidez al oficial Núñez. El mismo estaba sentado a sus anchas en la recepción.

—¿Señorita?

—Buen día oficial, quería saber si aquí está detenido Martín Peralta.

—¿Martín Peralta está detenido acá? —Gritó Núñez dirigiendo su voz hacia las habitaciones de adentro.

—¡Está incomunicado! —Le respondió otra voz desde el fondo.

—Está incomunicado.

—¿Y eso qué quiere decir? —Preguntó Ilel con ingenuidad marcada.

—Que por el momento no lo puede ver nadie.

—Yo quería que le entregasen una carta ¿puede ser?

—Sí, como no.

La joven sacó de su cartera un sobre blanco lacrado y se lo entregó al oficial Núñez en las manos, pero con dudas de que llegase a destino.

—Muchas gracias —se despidió Ilel, retirándose de la comisaría.

Le costaba creer que su padre se hubiera acostumbrado a ese tipo de vida, ese mundo no le agradaba para nada.

—¿Viste a esa bestia que se acaba de ir? —Preguntó Nuñez excitado con la belleza exuberante y arrasadora de Ilel.

—Sí, eso no era una mujer, eso era un animal... ¿A quién vino a ver?

—A Peralta...

Núñez le entregó la carta a Alejandro por la hendidura del buzón. Ya era costumbre para él ser castigado y encerrado allí.

—Toma, fijate si la puedes leer —dijo con cierta ironía comprendiendo que era muy difícil leer algo en aquel agujero oscuro.

Alejandro recogió la carta del suelo, la abrió y frotó su encendedor, pero todos los intentos fueron en vano. Hasta que de pronto, como una brisa que cortaba el silencio muy sutilmente, la elfa Nael-ha iluminó aquella catacumba, irradiaba un fulgor único, de diversas tonalidades y formas. Con sus dedos tocó el encendedor de Alejandro y de esa manera consiguió una llama que le permitió ver las letras. Era la primera vez que una esquila le llegaba estando preso.

Martín:

Quería agradecerte por lo que hiciste por mí, aunque todavía no logro borrar las imágenes de aquella noche de mi mente, hoy podrían ser aún peores y gracias a ti no lo son, estoy comenzando a comprender que a veces eres víctima de muchas injusticias. No sé de qué eres culpable, eso lo sabrás tú, pero creo que se te juzga y condena por cosas que quizás siquiera estás enterado.

Sé que no la debes estar pasando muy bien preso, lamentablemente por mi familia no puedo más que escribirte. Discúlpame. Y Gracias. Illel.

Ese nombre era imposible de olvidar. Cómo no recordar la tibieza de sus palabras, su perfil bajo de suavidad y astucia, cómo no recordar que fue la dama a quien había salvado de una de las peores situaciones por las que puede sentirse amenazado el orgullo y la dignidad de una mujer, y de quizás un final trágico. En ella no depositó remordimientos ni embustes, aunque en un silogismo haya terminado por desengañarse de las precoces ilusiones que le rodeaban. Quedó pensativo varios minutos. Quizás había otra vida por vivir. Soñó despierto por algunos momentos hasta que se debilitaron sus ojos, dejándose llevar por la profundidad de las sombras y atravesando el mundo de lo inconsciente.

Mientras Illel conducía su automóvil en dirección hacia su casa, pensaba en cómo alguien podía soportar el encierro. Era intrigante que existieran personas capaces de poner en riesgo su libertad.

Todas esas ideas e interrogantes le surcaban la mente, y cuando quiso darse cuenta, estaba en la puerta del barrio privado con las barreras levantadas permitiéndole el ingreso. El guardia la saludaba y ella parecía absorta. Finalmente entró. Observaba las hermosas casas que se erigían en aquel lugar de ensueños y no podía dejar de compararlo con los barrios bajos de dónde provenía Alejandro. El día anterior había hablado con uno de los socios del club que solía comprar drogas en la villa. Le había preguntado por Alejandro Pedernera, y él le respondió que lo conocía, pero que no era muy prudente decirle dónde ubicarlo y mucho menos prudente que ella intentase contactarlo, no obstante, le fue difícil negarse a la insistencia de una mujer tan hermosa con Illel.

Bajó del automóvil y contempló las estrellas, solo así podría identificar en una eternidad el verosímil origen de la noche. Se sentía sumamente incomoda. No sabía bien la razón, pero la agobiaba una pena petrificada. «¿Por qué había perdido tiempo en escribir esa carta? Arriesgándose a ingresar en aquel suburbio que le hizo temblar los huesos desde que entró hasta que logró estar bien lejos» —se preguntaba. Algo más grande que un simple agradecimiento le había dado el coraje de hacerlo, algo que hasta ese momento ella no terminaba de comprender.

Jueves 17 de julio de 1997.

Despertó a la mañana siguiente acompañada de una calma que la acarició como un suave masaje desde los pies hasta la cabeza. Salió a comprar algunos alimentos. Entró a un almacén y se puso a ver los productos que abarrotaban las góndolas. Ya en el mostrador de la tienda, dispuesta a pagar, dos mujeres hablaban muy animadas y sin querer las escuchó. En realidad, la conversación le había intrigado por suponer que sabía acerca de quién estaban dialogando.

—...Y dicen que lo violó y después lo quemó vivo, a una criatura de diez años, hijo de puta...
—comentaba una de ellas.

—¿Cuándo fue esto? —Preguntó pasmada fingiendo una falsa congoja que quedaba acorde a las circunstancias.

—Anoche... y hace poco mató a dos hombres para robarles el auto, pero mira si tiene necesidad de matarlos si ya les robó el auto, ¿para qué? ¡Qué asesino hijo de puta!

Elle las escuchaba atentamente, había muchas cosas que ellas ignoraban. Por un momento le causó rabia que se dijeran cosas injustas sobre aquel personaje, aunque fuese un criminal de los más peligrosos, no tenía por qué pagar por lo que no había cometido y mucho menos ser acusado gratuitamente por gente que no tenía nada más que hacer con su vida que llevar y traer chismes exagerando lo más que la estupidez de su interlocutor le permitiese asimilar.

Salió incrustada de aspavientos trémulos sin significados, encogió sus hombros luego de pagar por los abarrotos y se sentó apretando el volante del automotor, luego recordó que las llaves del mismo estaban en su bolsillo derecho y que tenía que incomodarse para sacarlas, de modo que eso la retrasó algunos segundos más. Cuando pudo poner en marcha el vehículo hundió el acelerador y se perdió por una calle contramano, sonrió de su torpeza y retomó el camino a casa.

Lunes 4 de agosto de 1997.

Salió de la comisaría aniquilando la frivolidad que necesitaba indispensablemente cada ser, para no caer en la tentación de desglosar la existencia y los actos turbados en cada ínfimo instante. Sintió el oprobio de vivir esta insana humanidad, esta agonía, esta parálisis del amor. Todo parecía tan onírico, tan devastado, tan integrado a la perdición que deseaba sentirse ajeno de sí mismo, pero de aquella situación venía, ya no podía regresar si en verdad deseaba atravesar semejante confusión. Alejandro ya no resistía. Lo único que le dio fuerzas, fue saber que el desierto no sería infinito si deseaba alejarse por un instante. Pero no era la hora aun, pues algo se presentó. Alzó su vista al cielo y en él se abrían inmensos portales mientras caían los crepúsculos cargados de tristeza. En cada uno de ellos pudo ver a todos los ángeles del cielo, todos eran distintos con sus mismas cualidades y fuerzas, las diferencias estaban hechas por él, por sus vecinos y por tantas complicaciones que sería imposible nombrarlas a todas sin olvidarse de algunas. Sus ángeles lo habían salvado de varias sobredosis, sus elfas le había iluminado por las noches, y Cara de Espejo le pronosticaba un futuro agradable en cada rincón, por lo que no sabía si agradecerles o maldecirlos.

Caminaba por la calle pidiendo monedas a los transeúntes, ingresó a una ferretería para comprar un adhesivo de contacto, le pidió una bolsa al comerciante, y delante de él, abrió la lata de pegamento e introdujo parte del contenido en ella; luego salió del negocio aspirando de la bolsa.

Por aquellas sucias calles de ese barrio donde había pasado su infancia, se dormitó en espejismos de un pasado que en realidad no tuvo. Se detuvo en la entrada de una casa y llamó batiendo las palmas de las manos

—¿Quién es el que está gritando, Damián? —Se oyó el grito de una señora que preguntaba desde el interior de la casa.

—Es Ale, mami —respondió su hijo, reconociendo la voz de su primo.

—Yo no lo quiero a ese acá, ese mato gente y es drogadicto, a ver si nos trae problemas, que se vaya.

—Bueno, es mi primo, no lo puedo echar así de una.

Damián abrió la puerta desobedeciendo el deseo de su madre. Alejandro entró a la casa, abrazó a Damián, para luego dirigirse hacia Norma.

—Tía ¿Cómo anda? ¿Por qué no me quiere?

—Bien, querido, bien... no es que no te quiera, eres mi sobrino, pero no quiero problemas... no te sigue la policía ni nada de eso, ¿no?

—¿Y la tía Amalia? ¿Cómo anda esa puta? Mándele saludos de mi parte, y al tío también, que

rueguen que nunca me los cruce, porque los voy a dar un tiro en el medio del pecho a cada uno.

—No, Ale, yo entiendo que la pasaste mal, pero tienes que perdonar, no vas a matar a tu tía que te crio cuando tu madre murió.

—Me molían a golpes todos los días, yo no me olvido, y menos perdono, a mí nadie me perdona nada.

—Vamos por ahí —interrumpió Damián, esa conversación que se estaba tornando desagradable.

Mientras salía de la casa, armó un cigarrillo de marihuana con la prolijidad clásica de quien lo hacía todos los días. Abrieron una caja de vino y se sentaron en una esquina a observar a la gente pasar y a perder el tiempo de la misma manera que lo venían perdiendo todos los años de sus vidas. La provocación de las neuronas que sentía, buscaban ser aniquiladas, la creencia de que su ser les pertenecía como algo único e independiente en el rompecabezas del universo. Al no creerse una pieza que encajase en él, se inutilizaban y se apartaban a sí mismos.

El vicio por sí mismo no contraía hechos dentro de la vida material, pasaba a ser un recuerdo insignificante desde la liberación de la mente.

Los vicios eran la propia tendencia del humano de adoptar una insuficiencia de algo que llenase su vacío, y a su vez lo contenga, le de placer y envanezca su propia timidez.

Cuando la adicción manejaba al ser, el “yo” se convertía en una vaga idea de existencia y la existencia se reducía a sí misma como el propio vacío que debían llenar. Las contenciones eran cada vez más difíciles de saciar, generando una culpabilidad ingrata, acompañada de promesas inconcebibles y algún vómito perdido.

En la parada de ómnibus, un muchacho abrazaba y besaba a su novia. Damián le hizo notar la escena a su primo Alejandro que disparaba miradas hacia el cielo y sus desencantos.

—Ese muchacho que está ahí con la chica —dijo señalando al chico con el mentón, mientras fumaba una pitada del cigarrillo de marihuana.

—¿Ese? —Preguntó Alejandro sin sutileza, apuntándolo con el dedo.

—Sí, ese idiota, le dicen el “celoso”, tiene todos los billetes, y siempre carga con todo encima, es más payaso.

—¿Y a qué hora vuelve?

—Como a las diez de la noche, pero vuelve en taxi.

—¿Tanto dinero y viaja en ómnibus?

—Nadie sabe el dinero que lleva encima, solo su novia y yo porque un día, drogado los seguí para robarles, pero cuando vi que era tanta plata no me animé. Creo que anda en algo con la

policía.

—¿Juego?

—Apuestas, poker, quiniela...

El ómnibus arribó a la parada. El muchacho le hizo señas con la mano para que se detuviera, ella lo saludó con un beso en la boca y él se subió al transporte público.

—Quédate a torrar , Ale —sugirió Damián.

—Bueno —contestó sin dudar y dando una palmada a su primo en la espalda.

Cuando acabaron de fumar y beber, decidieron regresar. Notaron a Norma algo triste, sentada en una silla fumando un cigarrillo, mirando hacia el vacío de una ventana que no daba a ningún sitio. Se había secado las lágrimas ni bien los oyó entrar en la casa.

—¿Qué pasa, vieja? —Preguntó Damián a su madre, sobre la cual en su hombro apoyó una mano y lo acarició con delicadeza.

—Vayan a ver a su abuelo, no sé si pasa de hoy —propuso acongojada.

Damián abrazó a Norma, y salió junto con Alejandro. Caminar hacia la muerte. Un momento donde la compasión cobraba una energía inefable, el compromiso por lo que quizás a ninguno atañe, el respeto adherido y falso. Decir las palabras que se espera escuchar no era la especialidad de Alejandro.

—¿Qué tiene el viejo puto ese? —Preguntó Alejandro.

—Tiene medio cuerpo paralizado, y no sé, me parece que cáncer.

Caminaron algunos metros de la siguiente cuadra y llegaron a la casa del abuelo, a Alejandro no le gustaba perder el tiempo con ancianos y aunque apreciaba mucho al viejo a pesar de que nunca se había entrometido, a sabiendas de lo mal que él lo pasaba de niño, no era suficiente para tener ningún tipo de sentimiento acogedor. Entraron sin pedir permiso hasta la pieza en donde se encontraba.

—A este viejo puto me lo voy a coger y vas a ver cómo se va curar, le voy a sacar el cáncer por el culo, le voy a romper tanto el culo que se va a arrepentir de haber tenido culo —dijo Alejandro en un tono de broma pesada.

—Ale, hijo, ¿qué haces? —Respondió el abuelo sonriendo. Entendía con este gesto que ese tipo de bromas eran clásicas en su familia y sintiendo gran satisfacción, ya que esa forma de humor, él mismo se había encargado de establecer.

—Abuelo ¿cómo estás?

—De acá para acá bien, de acá para allá como el carajo —respondió el viejo señalando su parte paralizada.

—Vamos Damián, este viejo no se muere más —sugirió Alejandro invitando a que se retirasen del lugar. El viejo rio hondamente, pero su risa fue interrumpida por una tos que por un momento parecía que jamás terminaría.

No tenía afinidad con ese tipo de situaciones en las que había que guardar algún protocolo o respeto, siquiera podía sentirse compungido. Insistió para ir a comprar algunos gramos de cocaína y se dirigieron a “la villa” donde conseguirla fue una tarea demasiado fácil.

De regreso a la casa de Damián se encerraron en su habitación y trabaron la puerta dándole una vuelta a la llave para no ser interrumpidos. Armaron sobre un espejo algunas líneas de cocaína y aspiraron las mismas como una especie de competencia hacia el abismo.

Las horas pasaron hasta que llevaron a Damián a dormirse en el suelo. Alejandro se quedó tomando vino y cocaína. No había tiempo para meditar acerca de ninguna situación o sus posibles consecuencias, había que escapar como fuera de esa trágica comedia llamada vida.

Martes 5 de agosto de 1997.

Cuando quiso acordarse, un resplandor de luz le golpeaba en el rostro anunciando el sol de la mañana siguiente. Alejandro era un ser de la noche, pero la noche sin poesía, la noche y sus peligros en barrios densos, donde no se sabía a ciencia cierta si se sobreviviría. La noche en la vorágine de las sustancias y la perdición; donde las mujeres eran demasiado accesibles, estaban borrachas o drogadas y con ganas de tener sexo, donde la muerte se despedía de cualquier revólver rencoroso y donde el pulsar de sueños perdidos y deseos de una vida mejor opacaban cualquier lucha que no sea la de matar o morir. Apenas si conocía el día. Apenas si sabía lo que era estar vivo.

La madre de Damián los despertó, Alejandro se encontraba recostado contra la pared con medio cigarrillo de marihuana apagado en la mano.

—Chicos, levántense a desayunar —anunció Norma, haciendo la vista gorda a lo que suponía habían hecho su sobrino e hijo durante toda la noche.

Se sentaron restregándose los ojos enlagunados. Alejandro se desperezaba mientras Norma le servía el té a Damián.

—El abuelo murió anoche, y ahora al mediodía lo velamos —se quebró Norma. Intentó contener el llanto, pero finalmente se puso a llorar.

Alejandro tenía cierta simpatía por aquel viejo, aunque sus consejos solo lo habían hundido más dentro del hoyo infinito de mugre en el cual su vida naufragaba. Sin embargo, nunca indagaría en ese rincón de sus emociones que lo obligaran a la nostalgia o la melancolía. Había muerto un viejo y así era la vida.

El velatorio comenzó por la tarde cuando el cielo violeta se confundía con el verde amargo de las copas de los árboles que se alcanzaban a ver por sobre los techos. Alejandro se acercó al cadáver aspirando un poderoso solvente contenido en una bolsa de plástico, la dejó a un lado y lo tomó por detrás de la nuca moviéndole la cabeza cual si fuese una marioneta.

—Abuelo... ¿por qué te fuiste? —Dijo Alejandro como un melodrama. —No sé... —Agudizó la voz, simulando la contestación del viejo. —¿Vas a volver?... —Preguntó con su propia voz— No —respondió con una muy mala ventriloquía moviéndole la cabeza indicando negación. Mientras Damián le ponía la bolsa cargada con tolueno a su abuelo en la boca

—Toma abuelo —dijo Damián.

—Vamos —ordenó Alejandro llevándose a su primo de un brazo.

Salieron del velorio. La vida no era más que una espantosa pérdida de muerte. El desesperado ardor de lo irrespirable, de lo innato, de lo antibiótico; los había deshecho en vidas, profanando su cementerio en existencias, destruyendo su sin principio por un eterno comenzar. Habían perdido

la inexistencia y eso es lo que hacía insoportable a la vida.

Ni bien abandonaron la sala donde se celebraba el velorio, divisaron a aquella pareja que el día anterior estaba en la parada de ómnibus, precisamente en ese mismo lugar.

—¿Te acuerdas del árbol hueco donde escondíamos el porro cuando éramos chicos? — Preguntó Alejandro entusiasmado.

—Sí —respondió con presteza.

—Bueno, ve rápido y esconde el arma en el caño sin que nadie te vea.

Alejandro subió al ómnibus detrás del muchacho, sacó un boleto de tarifa mínima y se sentó a su lado.

—¿La quieres mucho a tu novia no es cierto? —Preguntó Ale mirando el boleto.

—¿Te conozco? —Preguntó el joven intrigado.

—No, amigo, no me conoces, pero yo te quiero decir la verdad porque me da bronca lo que te hace.

—No sé de qué me hablas, ¿qué me hace?

—Todos los días te hace lo mismo, ella te acompaña a ti y después se ve con otro por allá. Yo te digo porque a mí la infidelidad me da asco y te veo tan enamorado y a la otra puta, mentirosa. Yo la seguí y sé dónde se ven, si quieres puedo decirte dónde están ahora mismo, bajamos ya y te llevo donde están ellos, y así ves la realidad —articuló Alejandro.

Aquel muchacho lo miraba con desconfianza, pero temía que aquel sujeto desconocido estuviera diciéndole la verdad. Lo escrutó un instante y no descubría ningún signo de mentira. Podía ser un muy buen actor, o un psicópata absoluto. Pero en ese caso ¿Cuál era su propósito?

—Puedes ir a tu trabajo y hacer de cuenta que nada sucede o puedes bajar conmigo y enfrentar la verdad y quitarle la máscara a esa pendeja de mierda, ¿o quieres seguir viviendo en la mentira? —Apresuró Alejandro, dramatizando a la mejor manera de Hollywood su interpretación.

Aquel muchacho estaba a punto de llorar, de pronto las conjeturas le drenaron el razonamiento llevándolo a la conclusión de que aquel extraño podría estar justamente en lo cierto. ¿Cómo no lo había visto antes? Introdujo su mano dentro del bolsillo y sacó un billete.

—Toma, después vuélvete en taxi, llévame a donde están —dijo angustiado.

Ambos bajaron del transporte y comenzaron a caminar. Alejandro no iba a dejar que ningún silencio molesto se interpusiera entre él y su objetivo.

—Entiendo cómo te debes sentir, a mí también me pasó, las mujeres son todas putas, mi abuelo siempre me decía: “no te cases nunca, cógete la mujer de otro” —dijo inmediatamente, pero sin obtener respuestas de aquel hombre que estaba en una galaxia lejana. La caminata se prolongó

demasiado o aquel joven consideró que ya habían recorrido lo suficiente, pero solo era producto de su impaciencia, lo mismo le representaba un centímetro que un kilómetro.

—¿Dónde están?! —Preguntó desesperado.

—No es cerca, es un lugar donde nadie la va a ver, yo no sé cómo te cambió por ese... — comentó Alejandro evadiendo la pregunta—, apúrate a ver si se fueron —apresuró el paso.

—¿Cómo? ¿A dónde se van a ir?

—A coger idiota.

—No puede ser —dijo entre lágrimas.

—Que no va a poder ser, ahora lo vas a ver con tus propios ojos, espérame un minuto que yo voy a ver si están y te aviso así les caes de sorpresa.

—Bueno, te espero —aceptó aquel muchacho sin demasiado convencimiento.

Alejandro llegó hasta el árbol hueco que le había indicado a su primo Damián, tomó el arma que estaba escondida dentro del hueco del caño. La guardó en la cintura por adentro de los pantalones y se dirigió al encuentro con su víctima.

—Tengo dos noticias para ti, una buena y una mala... —indicó Alejandro mientras se acercaba al sujeto— la buena es que tu chica no te engaña, y la mala... —sacó el arma de la cintura y lo apuntó— es que tienes que darme todo el dinero.

El muchacho respiró hondo, y susurró “gracias”. Su mayor miedo no era para nada que le robasen, sacó el dinero del bolsillo y se lo entregó sin dudarlo. Consideraba a esa altura que la culpa había sido definitivamente suya, por haber desconfiado de su novia.

—Toma el dinero, ¿sabes qué? No te voy a denunciar ni nada de eso, en el camino venía pensando: «Dios mío daría cualquier cosa porque lo que tú me estabas diciendo fuera mentira», y se me cumplió, así que toma todo, que no me importa, déjame que me vaya con mi novia —suplicó con los ojos cristalizados por unas lágrimas que asomaban.

—Ve tranquilo nomás, no me vayas a denunciar, agradece que te hice dar cuenta que el amor es más importante que el dinero —sonrió Alejandro y se encaminó hacia la casa de Damián.

Sentado sin nada que hacer de su vida, sumido en el aburrimiento monótono de tener que ver pasar las horas, tomando un vino barato que más parecía gasolina que cualquier otra cosa, bebía trago tras otro intentando que con los primeros síntomas de ebriedad el sentido del gusto dejase de hacer su trabajo y el sabor asqueroso de aquel vino desapareciera. Levantó la mirada al sentir una sombra que le cubría el rostro y observó a su primo Alejandro contar el dinero que acababa de robar.

—¿Qué hijo de puta! —Exclamó Damián.

—¿Hijo de puta? ¿Por qué? —Preguntó Alejandro con sarcasmo—. Ayudé a una pareja que tenía problemas matrimoniales, a veces hay que darle una mano a la gente para que encuentre el amor.

Alejandro miró al cielo en el preciso momento que dijo la palabra amor...

Por alguna casualidad del destino o por simplezas de la vida misma, Iel miraba al cielo también, luego bajó la mirada. Estaba sentada sola en la puerta de la casa, mientras que detrás de sí, su madre ofrecía bocadillos y copas a los invitados, si bien, esa era tarea de los mozos contratados, no podía evitar ser buena anfitriona, estaba en su forma de ser. La fiesta, en ocasión de su cumpleaños, se mantenía animada con varias mesas de cócteles y una música funcional bastante agradable.

Alejandro había regresado luego de comprar bebidas alcohólicas y sustancias. Yesica y Catalina estaban totalmente ebrias y drogadas. Lo abrazaban y tocaban incitándolo en todo momento al sexo. Daba la sensación de que quisiesen hacerlo en cualquier sitio sin importar el resto de los hombres que miraban atónitos sabiendo que en ese juego no podían involucrarse.

Iel continuaba sentada sin dar demasiada importancia a la fiesta, aunque allí se encontraban casi todas sus amigas de la facultad donde estudiaba la carrera de abogacía y algunas de la infancia. En ese momento un muchacho se le acercó y se sentó junto a ella, aquel joven muy apuesto llamado Sebastián, estaba vestido con una camisa negra de alta costura, unos pantalones de jeans y zapatos de cuero. Provenía de una adinerada familia, sino la más adinerada de todo el barrio, sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno, lo encendió y le ofreció uno a ella.

—No gracias, no fumo —contestó Iel con la simpatía que la caracterizaba.

Yesica y Catalina estaban aturcidas por la marihuana y desequilibradas por el alcohol. Ninguna de las dos podía coordinar un solo movimiento. Alejandro se las quitó de encima. Ya se habían convertido en una molestia. Uno de los sujetos que estaban en su casa encendió una pipa de pasta base de cocaína y le convidó.

—Fuma un poco de esto —insistió el joven que no tenía más de catorce años.

Alejandro le dio una larga bocanada de humo.

Un mozo se acercó cauteloso a ofrecer una bandeja repleta de copas. Sebastián tomó una y le ofreció otra a Iel.

—No gracias, no bebo alcohol, perdón —se negó nuevamente.

—No, está bien. Me parece perfecto. Haces vida sana, pero hoy es el cumpleaños de tu mamá, tendrías que festejar.

Iel abarrotó sus piernas, quizás aquel hombre tan lindo que tenía a su lado tenía razón y hasta él mismo podría brindarle un poco de diversión con tan solo besarla. Pero estaba retraída, flotando por otros páramos más hostiles, en un mundo más apretado dentro de su mente, un lugar que había ignorado durante toda su vida y que jamás pensó que podía llegar a seducirla.

Alejandro exhibía un revolver a la cintura, tambaleándose exageradamente en el patio desnivelado que más parecía un terreno baldío. Uno de sus compañeros le ofreció la jarra de vino luego de beber. La tomó violentamente. Bebió un trago bastante largo para luego secarse la boca con el antebrazo y encendió un cigarro. «¿Quién estaba más borracho?» —Se preguntaba a sí mismo. Miró a su alrededor, seguramente ese era el más feliz, sus ojos escudaron todos los rostros y luego sonrió cuando vio a uno de ellos cometer una torpeza típica de su borrachera, le quitó la botella de cerveza y bebió del pico de la misma; una, dos, tres veces. Tragos intensos que prácticamente dejaron el recipiente vacío.

Despertar mil mañanas. Miradas perturbadoras. Ya no era el aliado más leal que encontraba su adicción, jamás reconocería que necesitaba ayuda, que su organismo no daba para más. Miraba hacia los costados, esa mano acogedora estaba ausente, ni la elfa ni Cara de Espejo estaban allí. Tristeza, sorprendiéndolo desde todos los rincones de aquel monumental basurero. Sintió pena por sí mismo, se estaba debilitando, rompería a llorar de momento a otro y a mostrar su alma desnuda, solitaria y lánguida. Les diría a Catalina y Yesica cuánto las adoraba, cuán importante era su compañía y lo que sufriría si algún día le faltasen, se enfureció justo en el preciso momento que una lágrima estaba por escurrírsele. Sintió odio y frustración. Necesitaba matar o morir en ese instante, necesitaba demostrarle a esa nada que lo juzgaba desde ningún sitio, pero que escribía en su biografía que él era un completo desalmado, delincuente, insensible, el peor de todos. Sacó su arma y todos temblaron. Veía el miedo proyectarse en los ojos de sus compañeros como si fuese un extraño film, degustaba la adrenalina que expelía en el aire. Ahora tomaba nuevamente el control o al menos así le gustaba creerlo, disparó al aire y gritó con fuerza.

Ilel se había alejado a caminar por el borde de la piscina, quizás había quedado como una completa maleducada a los ojos de Sebastián, pero no le importaba en lo absoluto, se sentó en una de las reposeras, apoyando los brazos en sus rodillas y la cabeza sobre sus brazos, inclinándose como una triste doncella de un cuento de hadas. Francisca, su mejor amiga, se acercó hasta ella con un vaso de naranjas exprimidas.

—¿Qué pasa Ily, Sebastián vino a hablarte y siquiera le diste importancia, no te entiendo, siempre te gustó, y ahora que por fin se te acerca... ¿te sucede algo? —Francisca le ofreció el vaso de jugo a su amiga, la conocía bien, sabía que no bebería otra cosa.

—No me gusta más y no me interesa.

—A mí no me puedes mentir, yo conozco esa mirada, estás pensando en alguien, te gusta otro chico...

—Sí, es decir, no sé si me gusta, no es lindo, es decir sí es lindo, pero no tan lindo como Seba, pero no me lo puedo sacar de la cabeza.

—Estás enamorada... hija puta —exclamó Francisca golpeándola con la palma de la mano en la espalda.

La abrazó y la miró con complicidad, intentando que su amiga descubriera con alguna sonrisa lo que ella sospechaba, pero solo halló una mirada desconcertada.

—¿Quién es? Dale cuéntame... —interpeló Francisca.

—No puedo contarte...

—¿Cómo que no me puedes contar? Tarada, ¿qué te pasa?

—No te va a gustar.

—Bueno, ni que te hubieras enamorado de Alejandro Pedernnera.

La ironía era lo más parecido a un virus que pudiera encontrarse en el mundo, buscaba el lugar exacto para entrar y lograr ese tipo de cosas que no divertían a nadie, salvo a quien adoraba su extraño sentido del humor.

—Es él —respondió Ilei aguardando la absoluta desaprobación y enojo de su amiga, que no se hizo esperar.

—¿Pero tú estás loca? ¿Qué mierda te pasa? ¿Me estás jodiendo?

—En absoluto.

—Pero ese es lo peor que hay, Ilei, dejando de lado que no tiene dónde caerse muerto y que es un mugriento, pero: roba, se droga, es un asesino... perdóname, yo soy tu amiga, pero no lo puedo seguir siendo hasta que no se te vaya la estupidez que tienes en la cabeza; si tú estás con él, entonces olvídate de mí, yo no puedo ser amiga de la novia de un asesino.

Ilei la miró, sin expresar en esa larga mirada sentimiento alguno, le parecía más que aceptable o lógico el pensamiento de su amiga. Y esa misma lógica obligó a Francisca a levantarse e irse. Caminó unos cuantos pasos, y luego dio la vuelta.

—Y quédate tranquila, no le voy a decir nada a nadie, puede que antes de que lo comente se te haya pasado este delirio.

—Te quiero amiga, perdóname... —expresó Ilei.

Catalina y Yesica entraron al rancho con intenciones de recostarse. Pero cuando vieron a Alejandro inyectándose cocaína decidieron imitarlo. Siempre había jeringas extras dentro del cajón del único mueble que adornaba la habitación. Ignoraban lo que había dentro de la portezuela, Alejandro les había prohibido hurgar allí y ellas nunca osarían desobedecerlo.

—Me olvidé de contarte algo, —comentó Yesica— mientras estuviste preso, vino una chica a preguntarte por ti, muy linda y muy bien vestida, en un auto nuevo, y no sé, parecía que tú le importabas, porque le brillaban los ojos cuando hablaba de ti, y como siempre que caes preso, das el mismo nombre le dije: “mira él está preso y seguramente dio nombre falso, así que, si quieres mandarle algo, di que es para Martín Peralta...” no sé Ale, si hice mal discúlpame.

—¿Quién es? ¿Esa que salvaste de que la violen? —Preguntó Catalina sin encontrar respuesta.

Había acariciado su pesadilla con un susurro que nunca pronunciara, pero él lo había oído, y en ese instante todo había sido: calma.

Luego desapareció y retornó aquel nuevo sufrimiento para empalidecerlo. Creía haber despertado y ver a sus esperanzas desplegar sus alas, disponiéndose a perderse para siempre, y en ese momento, una mirada cruzó los sueños a través de su vergüenza.

Y cayó a desojar lágrimas, hostigado por un desconsuelo.

Ahora reservaba todas sus dudas para compartirlas con los desencuentros, guardaba su niñez para crecer a su lado y toda esa basura repugnante para dar por el resto de su vida, la misma que daría porque viera en sus ojos, el mismo brillo que él, veía en los suyos.

Continuó cayendo en ese abismo que su mente creaba. Estaba tan ensordecido de palabras que por una vez hubiera querido escuchar. Le tocaba perderse entre los ángeles y ser crucificado en la obstinación de querer amanecer con vida sin despertar dentro de la existencia.

Ahora que había perdido la esperanza, la vida misma le había abandonado el alma, dejándole como castigo la sombra del destiempo. Al menos tenía ese insaciable orgullo, esa vanidad suicida, esas mentiras conmovedoras, esas realidades inexistentes y, ante todo, esa frustrada depresión. Ahora ya no podía regresar, conservó su avaricia de la nada y sus ganas de volver a verla alejándose para siempre, cuando nunca se había acercado a él. Porque lo mejor que podía sucederle era nunca conocerlo.

Salió del rancho y tomó otra caja de vino. Ya había perdido la cuenta de cuánto había tomado y de cuánto se había drogado.

—No hay más vino... ¿quién va a ir a comprar? —Preguntó Alejandro.

—Vamos todos —sugirió el más borracho de todos. Esa nunca era una buena idea y todos lo sabían.

—¿Para qué vamos a ir todos? Que vaya uno sólo y vuelva.

—Vamos todos —insistió el borracho, consiguiendo los adeptos necesarios para que todos se embarcasen en aquella empresa que solo prometía problemas, disturbios y cárcel.

Al rato estaban encaminados por la calle, abrazados, gritando y bebiendo los últimos tragos de un vino que ya apestaba de salivas. Todos sabían que, si se cruzaban a una patrulla de policía, el único resultado posible era terminar en la comisaría y no salir de ella por varios días, eso sin tener en cuenta que muchos de ellos tenían pedido de captura y que quizás no volvieran a salir en una decena de años. Y sucedió lo que era de esperarse, justo cuando doblaron una esquina, un móvil policial se acercó a ellos. Ni bien los interceptaron, los oficiales percibieron solo con mirar los rostros de aquellos jóvenes, que nada bueno resultaría.

—¡A ver mal paridos, todos con las manos en el patrullero! —Dijo el oficial al bajarse de la patrulla.

Los muchachos detuvieron la marcha.

Alejandro colocó una mano en la patrulla, mientras que con la otra sostuvo la caja de vino y

bebió un trago más.

—Mira a este sarnoso hijo de puta —expresó el policía de menor rango indignado con la actitud de aquel sujeto al que ya estaba despreciando. Se acercó rápidamente para golpearlo con fuerza en la espalda con el bastón. Acto seguido su compañero lo imitó estrujándole la mano de un bastonazo para que soltase la caja de vino.

—¿Qué eres poronga, mugriento de mierda?! —Gritó

Alejandro miró hacia el piso la caja de vino volcada, los últimos tragos desperdiciados por un maldito policía. Desde el primero que había conocido en su vida los había odiado a todos.

—¿Qué haces la concha de tu madre? Me tiraste todo el vino —miró fijo a aquel policía. Sabía perfectamente que venía la golpiza más grande que le iban a dar en su vida y estaba dispuesto a soportarla. El alcohol había anestesiado todos sus instintos de conservación. Ahora disfrutaría del espectáculo.

El mismo policía que le derramó la caja de vino lo tomó de los cabellos y le chocó la cabeza contra el patrullero, luego comenzó a golpearlo brutalmente con el bastón hasta lograr que Alejandro cayera rendido por los golpes.

—¿A quién le dices “la concha de tu madre”?! —Preguntó el policía elevando la voz mientras el otro agente se dirigió al resto de los jóvenes.

—¡¡Ustedes desaparezcan de aquí, mugrientos!!

Querían quedarse solos con él. Tenían pensado ir hasta las últimas consecuencias. Matarlo a golpes si fuera necesario.

Los compañeros de Alejandro se alejaban mientras veían como continuaba la golpiza durante unos cuantos minutos más, hasta que lo subieron a puñetazos al patrullero.

—Lo van a matar —dijo uno de ellos, evitando pensar en que cualquiera de ellos podría correr esa misma suerte en cualquier momento, salvo que ninguno estaba tan demente como para hacerse golpear sin ninguna necesidad.

Cualquier excusa era válida para dejar de vivir. Enfáticamente veía cuán podrido estaba por dentro, al tiempo que todo florecía a su alrededor. Cuán desperdiciados estaban sus instintos y ascos contemplando, día a día, rostros y rostros que, colmados de batologías, reflejaban aquel desierto donde la vida yacía observando su propia descomposición, y al amor, como una miasma evaporarse en su propio hastío. Las drogas se habían desplegado en su cerebro embarazándolo de razones que mataron su vida, y murieron su muerte.

El cigarrillo, el alcohol, la marihuana, la cocaína, los ácidos, heroína, morfina, hongos, tolueno, psicofármacos... habían apaciguado moderadamente los infortunios y las penas a las que le había sometido su destino; era demasiado ilógico creer que un adicto era aquel que estaba ahogado en problemas y no sabía resolverlos. Adicto era aquel a quien no le importaba la desgracia o la fortuna; todo era justificativo para consumir. Todo, alrededor de él, estaba tan

muerto; que era muy paradójico no estarlo también.

El recorrido desde dentro de un patrullero y algunas costillas rotas era un desagradable paseo de calvario. Llegaron al fin a la comisaría. Alejandro no había parado de provocarlos durante todo el viaje. Lo esposaron a una silla con las manos atrás. Lo rodearon entre varios policías. Uno de ellos le colocó una bolsa de nylon en la cabeza y la mantuvo apretada por detrás de la nuca.

—Sácame eso, no puedo respirar —se quejó Alejandro.

—¿Cómo yo sí puedo respirar? —Respondió un cabo primero, conocido por dar las más duras golpizas a los detenidos, y por una impiedad cabal.

—Porque tú respiras por el culo, puto —desafió el detenido riendo entre escupitajos de sangre que quedaban atrapados contra su rostro.

—Yo te voy a ayudar a respirar —respondió aquel cabo dándole un golpe seco en el estómago y quitándole todo el aire.

—La concha de tu madre —balbuceó Alejandro casi sin fuerzas, luego de algunos segundos que tardó en recuperarse.

En ese momento, todos los policías que lo rodeaban comenzaron a golpearlo. El joven cayó al piso junto con la silla y allí fue el momento más intenso de la tortura. Lo patearon sin descanso. El muchacho perdió la noción de cuántos golpes había soportado, pero fueron tantos que casi le hicieron perder el conocimiento. Hasta que de repente, uno de ellos le quitó la bolsa de la cabeza y todos se retiraron dejándolo tendido allí.

Miércoles 6 de agosto de 1997.

Era la mañana e Iel había quedado sola en la casa, necesitaba tomar prestados unos aretes de la habitación de su madre y aprovechó que ella no estaba para tomarlos sin tener que oírla quejarse. Comenzó a revisar los cajones del mueble y en uno de ellos encontró varios recortes de periódicos:

Primer recorte:

En un aparente drama pasional, policía asesina a su mujer y luego se quita la vida.

Sus hijos pequeños presenciaron el hecho.

El pasado veintidós del corriente mes, Jorge Pedernnera, oficial principal del destacamento de nuestra localidad, mató de dos disparos a su esposa María Gutiérrez, en un aparente drama pasional...

Este recorte terminaba con una fotografía de Jorge Pedernnera luciendo el uniforme policial.

Segundo recorte:

Desaparecen documentos clave, en el caso Jorge Pedernnera.

Se dificulta el esclarecimiento del caso del policía que supuestamente asesinó a su mujer de dos disparos y luego se quitó la vida frente a sus hijos de cinco y ocho años...

Tercer recorte:

Vecinos denuncian malos tratos al niño huérfano.

El hijo menor de Jorge Pedernnera, quien meses atrás presenció el terrible siniestro de la muerte de sus padres, es, según los vecinos de sus tíos (quienes tienen la tutoría del menor) víctima de abusos y maltratos...

Cuarto recorte:

Crimen en el barrio San Jorge: Alejandro Pedernera, principal imputado en el hecho.

Continúa prófugo el joven al que se le atribuye el homicidio, aunque oficialmente la investigación prosigue.

Quinto recorte:

Delincuente asesina a dos hombres para robarles el automóvil y huye.

Estos homicidios que se le atribuyen al ya prófugo Alejandro Pedernera, tuvieron lugar en un descampado cercano al Country club...

Ilel dejó los recortes en el cajón y lo cerró esgrimiendo una mezcla de indignación y enojo. Se quedó mirando por la ventana en dirección al cielo, ya siquiera prosiguió en la búsqueda de los aros que necesitaba. Hurgando en el destino y en las conexiones que sin querer había descubierto. Debajo de todos esos recortes había una fotografía donde estaban abrazados su padre y el padre de Alejandro, dedujo que fueron compañeros de trabajo. Luego de aquel hecho terrible, el niño había sido maltratado, abusado y demás, y ahora era el peor delincuente de la zona. Pero lo que le carcomía la cabeza a Ilel era imaginar qué hubiese pasado si las cosas hubieran sido diferentes, quizás Alejandro sería un chico angelical. Y algo más: qué hubiese ocurrido si a ella le hubiera tocado vivir su desgracia...

Dejó la habitación de inmediato y orientó sus pasos hacia el patio externo.

Alejandro fue abandonado en un descampado por los mismos policías que lo habían llevado detenido. Por la gravedad de sus heridas, parecía que iba a morir de momento a otro. Fue hallado agonizante por unos niños que cazaban pájaros y lo llevaron hasta un centro de atención médica.

El primer doctor que lo revisó observó las marcas de las esposas en sus muñecas, por lo que supo que era en vano dar aviso a las autoridades. Ellos mismos lo habían dejado allí para que muriese.

Viernes 15 de agosto de 1997.

Ni bien pudo reponerse salió del sector de terapia intensiva. Buscó sus ropas en aquel mueble solitario y vacío. Para su sorpresa, parecían recién lavadas y planchadas. Todavía persistían algunos dolores en las costillas y el estómago, pero trató de no darle importancia. Se escapó de todas maneras, lo sorprendió el hecho de no estar esposado a la cama y más aún, con vida. Llegó al rancho a duras penas. No estaban ninguna de las chicas. Por primera vez sintió pena de no verlas. ¿Y si lo habían abandonado? Se sintió más solo que nunca. Dolorido y acongojado. No quería soportar más de tanto ensañamiento que la vida había tenido con él, deseaba que todo acabase sin nunca haber comenzado.

Sacó varias bolsas de cocaína de la mesa de luz, estaba buscando algo que le indicase dónde pudieran estar sus amigas, sus amantes, sus hermanas. No sabía qué pudiera ser, pero en lugar de ello, halló droga, el tranquilizante perfecto o el causante absoluto de su ansiedad. Comenzó a tomar poco a poco a medida que su rostro se entristecía cada vez más. De pronto arrojó todas las bolsas al suelo y cayó arrodillado llorando. Al fin dejó salir eso que venía guardando desde el inicio de su existencia y quizás aún antes. Se revolcó en el piso y su llanto se hizo cada vez más frenético, comenzó a romper todo lo que había a su alrededor hasta que las convulsiones regresaron. Su cuerpo todavía no se había terminado de sanar de las heridas internas por los golpes que había recibido, tampoco se había repuesto de las últimas convulsiones, y siempre recibiendo una sustancia tras otra, sin demasiado alimento, sin ejercicio físico y aborrecido de una depresión que lo entregaba en bandeja a la muerte.

Su revólver todavía estaba escondido debajo de la almohada, sus amigas no lo tocarían por nada del mundo. Se arrastró hacia él, entre lágrimas y convulsiones, hasta que por fin lo alcanzó, lo tomó entre sus dedos, se lo colocó en la sien y comenzó a jalar del gatillo; ninguna bala. Estaba descargado. Sus amigas no permitirían que las dejara solas, lo extrañarían demasiado.

Abrió el cajón del mueble, tomó una bala que tenía escondida dentro de una cajilla de cerillos e intentó colocarla dentro del tambor del revólver. Sin embargo, no consiguió lograrlo, la bala se le cayó y él detrás de ella sacudido por las convulsiones y vomitando sangre. Apoyó bruscamente la cabeza contra la mancha de sangre que había dejado su vómito en el suelo y se quedó con los ojos abiertos acompañado por leves sacudidas que lo desbarataban. Por un momento le pareció ver a su madre que se acercaba hasta él, se agachaba con cautela, le cerraba lentamente los ojos con la punta de los dedos y se alejaba.

Catalina y Yesica llegaron en ese instante, entre las dos recogieron a Alejandro recostándolo sobre la cama. Ya no les sorprendía el estado en el que lo hallaban. Prefirieron descansar junto a él hasta que se quedaron dormidas.

Lunes 18 de agosto de 1997.

¿Existiría un beso sincero que le devolviera una parte de todo lo que la vida le había robado? Desde que decidió posarse en el espermatozoide y óvulo que lo procrearon. Ese iluso que buscaba morir y no renacer, que creía en la compañía, asumiendo su soledad forzosa. Ese iluso estaba otra vez frente a nadie, discutiendo con su sombra, conversando con la nostalgia, contándole las penas a los silencios, compartiendo sueños con la muerte, la única que cada tanto se acordaba de él y se le presentaba en forma de miedo, personificada por la duda, y confundiéndole los sentidos ¿la buscaba o le huía? Sucedió que cuando se despertaba en soledad todas las mañanas, transcurría todo el día en su propia compañía, para volver a acostarse nuevamente en soledad. Cuando comenzaba a acariciar su lobreguez, a abrazar sus lágrimas, a besar su rencor; cuando miraba a su alrededor y sólo veía desiertos o mares, y a sí mismo en medio de toda esa libertad de la que era esclavo, entonces ya solo las enfermedades podían curarlo.

Un extraño personaje había regresado luego de muchos años de haber desaparecido. Era un viejo gaucho vestido de botas de cuero, pantalón de vestir raído y campera de lana. Alejandro veía algo familiar en él. La ronda de tragos había comenzado hacía ya tiempo y las anécdotas se repetían una y otra vez.

—A mis hijas les quité la virginidad yo... “Papi me duele” —dijo imitando la voz de una nena — ¡Quieta! —Agregó haciendo gestos obscenos como si estuviera hablando de domar a dos yeguas.

Todos reían a carcajadas obviando el daño que les había causado a aquellas niñas. Salvo a Alejandro. Lo miró con el rabillo del ojo y lo escrutó preparándose a no dejarlo caer vivo al suelo si es que reaccionaba mal ante cualquiera de sus preguntas.

—¿Cómo se llamaban tus hijas? —Inquirió con cautela, quería estar bien seguro antes de desatarse.

El hombre lo miró con desprecio, dudando y desconfiando tercamente, pero el alcohol refunfuñaba en su estómago y las palabras brotaban de su boca sin poderlas contener.

—¿Y a ti qué te importa? —Contestó aquel sujeto despreciable.

Alejandro montó el revolver en medio de los ojos de aquel personaje.

—Yesica y Catalina —respondió aquel sujeto desprolijo, y esa había sido su sentencia de muerte.

Víctima de las lágrimas, el ser humano prometía, en su miedo y llanto: todo; más cuando el llanto cesaba, sus promesas de extinguían. Del sentimiento que hacía instantes era demoledor, sólo quedaban ecos que apenas resonaban y que eran fácilmente olvidados. Alejandro había entendido eso por las incontables veces que él mismo había hecho esas promesas estériles. Por eso las

súplicas de ese hombre no darían ningún resultado.

Apuntó con el revólver calibre 38 a uno de los sujetos que estaba sentado sobre una tabla del bar.

—Desnúdalo —ordenó impasible.

El hombre no entendía muy bien a qué se refería, pero lo que sí entendía era que Alejandro estaba hablando muy en serio y cuando lo hacía, era mejor no ponerlo nervioso, o hacerlo esperar.

—¿A quién? —Preguntó temeroso.

—A este viejo puto —dijo señalando al hombre que minutos antes relataba la cruda historia de cómo había violado a sus propias hijas.

El hombre obedeció al instante. Sabía que si no lo hacía moriría sin siquiera notarlo. Alejandro no era muy amante de las pláticas ni los discursos, solo de disparar.

Aquel viejo se resistió con las pocas fuerzas que le quedaban, pero cuando los demás vieron que el hombre no podía cumplir él solo la orden de Alejandro se prestaron a ayudarlo y entre todos desnudaron al viejo y lo dejaron recostado boca abajo.

—Trae un palo de escoba —ordenó sin moverse de donde se encontraba sentado y dirigiendo sus mandamientos a punta de pistola.

Mientras dos muchachos sostenían al viejo, el otro hombre fue en busca de la escoba que estaba apoyada al costado del mostrador. Alejandro lo felicitó con un gesto por el material que le había conseguido.

—¿Así que a tus hijas les quitaste la virginidad? —Preguntó con ironía.

El hombre ya imaginaba lo que le esperaba.

—¡Sosténganlo! —Demandó. Dos muchachos lo tomaron de los brazos. Intentó escapar, pero ya era tarde.

—¡Abre el culo! —Gritó, disparando justo al lado de la cabeza del viejo que lloraba con desconsuelo.

Alejandro comenzó a introducirle aquel palo por el recto, golpeándolo con la culata del revolver para ayudar a que entrase hasta el fondo. Con cada golpe no solo oía los gritos desgarradores de aquel viejo que trataba de escaparse de los dos muchachos que lo sostenían con fuerza, sino que podía sentirse el crujir de las entrañas y cómo aquel palo le atravesaba los intestinos y lo rompía por dentro. La sangre comenzó a brotar como una vertiente y el viejo perdió la conciencia. Cuando ya no se oyeron gritos, Alejandro le disparó dos tiros en la columna vertebral y se fue.

Martes 19 de agosto de 1997.

Muchas veces, cuando Catalina cerraba los ojos, veía esos sueños tan perdidos, que se habían despojado de la ilusión, al no encontrar alojamiento en su corazón.

Muchas veces, se preguntaba si ellos se habían cansado de frustrarse en ella o si ella se había cansado de soñarlos. Nada podía definir los seguimientos de cualquiera de los extremos de su alma desmantelada, se exhibía atiborrada de interrogantes.

Recobraba el aliento cada mañana, sustituyendo la decepción de amanecer por la complacencia de que el día nuevo traería una nueva enfermedad que la pulverizara, que transportara por fin, algo de vida a su muerte espontánea. Pero parecía que siempre se olvidara de ella ¿sabría la vida que existía? ¿Sabrían los sueños que estaba aguardándolos?...

De repente un cosquilleo inusual en su abdomen despertó a su hermana y le pidió que le hiciese compañía para desayunar hasta que Alejandro regresara. Sobre la cocina portátil de una hornalla que reposaba sobre una mesa improvisada de pino, sucia y conectada a una garrafa de gas mediana, colocó la pava para calentar el agua y preparar una infusión.

Era la media mañana cuando Alejandro regresó, tenía la mirada pálida, pero satisfecha, ambas mujeres lo observaron, notaron enseguida que había algo raro en él. Le convidaron un mate, pero él se negó, a cambio les dijo que se arreglaran que las invitaría a desayunar a un buen lugar. Antes de que ellas se dispusieran salir, las abrazó a ambas y les dijo que las amaba. Catalina y Yesica no pudieron evitar devolverle el abrazo y decirle lo mucho que lo querían. Estaban muy emocionadas, no sabían si esa situación volvería a repetirse, aunque sabían que Alejandro las adoraba a ambas, era la primera vez que tenía el valor de asumirlo y de pronunciarlo en palabras. Primero se preguntaron acerca de lo que habría sucedido para que él dijera esas palabras, pero luego solo se dedicaron a disfrutar el momento y compartir un delicioso desayuno en un hermoso restaurant del centro de una ciudad vecina.

Viernes 29 de agosto de 1997.

En el camino al cañaveral, que era el nuevo lugar de encuentro luego de que asesinara a aquel viejo y que era más que probable que toda la policía estuviese buscándolos donde solían parar antes, había encontrado a un muchacho al que no conocía, en el trayecto le preguntó si le gustaba la cerveza y el joven respondió que sí. Con eso bastaba de todos modos, el resto de sus compañeros tampoco tenían nada en común con él, no compartían ideas políticas, ni religiosas, filosóficas, ni nada por el estilo, y tampoco nunca se habían preguntado ninguna de esas cosas, a todos les gustaba el alcohol y las drogas y eso era suficiente. Llegaron al fin, y, en efecto, todos sus compañeros estaban allí bebiendo alcohol y fumando marihuana. Alejandro divisó a uno de los presentes al que no soportaba.

—A ti no te quiero escuchar ni hablar, donde dices “ah” te meto un tiro en la pata. Donde dices “ah” porque te metí un tiro en la pata, te meto uno en la cabeza —lo amenazó sacando el revólver que tenía escondido en la cintura...

—Payaso de mierda —respondió aquel joven demostrando su temeridad o su falta de aprecio por la vida—. Te crees muy macho con un arma, eres como la policía, te refugias atrás de un fierro, te falta la insignia.

—Yo no me refugio atrás de nada.

—Bueno, mátame con tus propias manos...

—Ah, ¿eso es lo que quieres? —Dijo Alejandro pasándole el arma al muchacho con el que había llegado para que se la sostuviera.

Comenzaron a golpearse, a puño limpio; la pelea estaba bastante pareja hasta que Alejandro lo tomó de la nuca dándole varios cabezazos en la cara, uno de los cuales le rompió la nariz, acto seguido lo barrió logrando hacerlo caer al suelo y continuó golpeándolo con los puños. Se incorporó, recorrió el lugar con la vista, halló un ladrillo y comenzó a golpearlo con el mismo en la cabeza varias veces. El cráneo de aquel sujeto comenzó a abrirse, los ojos se le desorbitaron y ya nadie quería mirar. Sangre y trozos de cerebro salpicaban hacia todas las direcciones.

El cuerpo sin vida quedó tendido en el piso. Alejandro observaba dubitativo, no estaba del todo seguro si realmente había muerto. No quería prolongarle más la agonía por lo que se decidió a quitarle el arma que el nuevo compañero sostenía temblando y dispararle cuatro veces. Ahora no tenía dudas. En un arrebato de yerro, dirigió su mirada al joven que había venido con él.

—Y todo esto es por tu culpa —dijo apuntándole con el arma. Pensaba en dispararle, pero ya era demasiada sangre, debía parar. Ya había sido suficiente. El muchacho estaba pálido. Alejandro bajó el revólver y le quitó la botella de cerveza a Rodrigo, uno de los jóvenes que estaba sentado en el suelo asustado y estático, sin dejarlo terminar de beber y la arrojó contra el piso haciéndola añicos.

—Me voy antes de que los degüelle a todos —amenazó retirándose del lugar. Todos lo imitarían antes de que la policía se hiciese presente.

Catalina y Yesica estaban acostadas en ropa interior sobre la cama del rancho fumando un cigarrillo de marihuana. Alejandro entró embravecido, las cogió de los cabellos a ambas y las arrojó afuera.

—¡Detente hijo de puta! —Se quejó Yesica

—¿Qué haces? ¡La concha de tu madre! ¡Enfermo de mierda! —Agregó Catalina.

Alejandro se sentó al borde de la cama, su mente no daba más. Encendió un cigarrillo, se tomó la cabeza. Yesica había vuelto a entrar con Catalina detrás.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Yesica con voz suave intentando acariciarlo, pero él le quitó la mano de manera instantánea. No quería compasión de nadie

—Déjalo —sugirió Catalina.

—Vístanse, vamos a comprar —ordenó al fin.

Salieron los tres caminando por la calle. Alejandro iba en el medio abrazándolas a ambas por el cuello. Mantuvieron un silencio absoluto hasta que, luego de varias cuadras, llegaron a una casa a medio terminar, en la entrada tenía un portón de rejas negras que se cerraba con un alambre de fardo oxidado. Ingresaron esquivando los charcos de agua y el barro, y llamaron a la puerta.

—Dame diez bolsas —exigió Alejandro entregando el dinero. El sujeto que los atendió se llamaba Osvaldo. Se dedicaba hacía muchos años a la venta de drogas. Bajaba varias decenas de gramos de una villa de la capital. Contó diez de esas bolsas que tenía en el bolsillo y se las entregó a Alejandro no sin antes mirar a sus dos acompañantes. Eran, ambas, realmente atractivas.

Desde el interior de la casa, Sebastián, luego de aspirar una línea de cocaína, había visto a Alejandro a través de la hendidura de la puerta.

—¿Ese no es Pedernera? —Preguntó Sebastián.

—Sí ¿por qué? —Interrogó Osvaldo.

—Llámalo, que venga a tomar con nosotros —alentó Sebastián.

Osvaldo no estaba del todo seguro de llamar a Alejandro y mucho menos de tenerlo dentro de su casa. No sabía en qué momento podía haber una masacre. Pero por alguna desconocida razón pensó en que una invitación era una forma de congraciarse con él, que de alguna manera estaría a salvo si lo tenía como huésped.

—¡Ale, ven a tomar un par de líneas con nosotros! —Gritó al fin Osvaldo.

Alejandro miró a Yesica y a Catalina, buscando algún tipo de aprobación por parte de ellas.

—¿Qué dicen? —Consultó. No eran muchas las veces que Alejandro tomaba en cuenta la opinión de sus compañeras, por lo general se hacía lo que él decía.

—Vamos —dijo Yesica y Catalina los siguió.

Se sentaron alrededor de una mesa y comenzaron a tomar cocaína. Alejandro volcó las diez bolsas que acababa de comprar sobre un plato de porcelana y comenzó a peinar las líneas. El que llevaba la conversación era Sebastián, hablaba sin parar de todas sus aventuras en barrios adinerados, en las fiestas que allí se ofrecían y en las mujeres que suspiraban por él.

—¿Qué pasa, Ale? ¿Por qué me miras así? —Indagó Sebastián— algún día voy a invitarte a ti y a tus amigos a venir conmigo al Country a una fiesta —agregó.

—Es que desde hoy te estoy escuchando hablar estupideces y hacerte el lindo... y me preguntaba si te verías tan lindo con un tiro en la frente... y me está tentado mucho esa idea.

Sebastián lo miró asustado, pero sin decir una palabra, su mano sobre la mesa comenzó a temblar. Alejandro se la sujetó con fuerza contra la madera laminada.

—Deja la mano quieta, porque me pones nervioso, y si me pongo nervioso se me puede escapar un disparo.

Continuaron tomando cocaína algunos minutos más, hasta que Catalina insistió con irse de aquel lugar. No se sentía para nada cómoda.

Alejandro se levantó de la silla donde estaba sentado. No estaba muy convencido de irse, la sensación de provocar terror era una droga difícil de abandonar, pero no quería que aquella joven estuviera tan expuesta. De modo que le robó todo el dinero al dueño de la casa, junto con una pistola y gran parte de la cocaína que tenía, para luego retirarse como si nada hubiese ocurrido.

Salieron de la casa, solo Yesica miró hacia atrás temiendo que Osvaldo tuviera otra arma y decidiera dispararles por la espalda. Alejandro sospechaba que regresar a cualquiera de los lugares donde solían parar no era una buena opción.

—Ya no vamos a poder regresar al rancho, hay que buscar otro lugar —acertó Catalina.

—Es verdad, pero yo tengo que ir a buscar algo. Ustedes aguarden.

—Ale, no vale la pena —Catalina lo sostuvo del brazo— al primer lugar donde te van a ir a buscar es ahí.

—No te preocupes y hagan lo que les digo, si pasa algo el único que va a caer preso soy yo.

Alejandro no iba a irse a ningún sitio sin su valija de cuero negra que guardaba dentro de la portezuela de mesa de luz. Pensó dónde podían esconderse hasta el otro día y al fin decidió subir a un ómnibus y bajar lo más lejos posible del pueblo.

Sábado 30 de agosto de 1997.

Subieron al primer tren que salía con destino a Retiro, en Capital Federal. Tomaron asiento en el tercer vagón que estaba igual de sucio y destruido que los demás. En el asiento contiguo venía de una estación anterior, un viejo conocido de Alejandro llamado Eduardo. Era un hombre de veintinueve años de cabellos rubios y rostro endurecido, una fina barba le adornaba toda la cara y algunos lunares y pecas le cubrían la nariz y los pómulos.

—Hay un negocio para hacer Ale —comentó Eduardo.

—¿De qué se trata? —Preguntó Alejandro fingiendo que le interesaba.

—Un amigo necesita un auto para cortarlo. Plata en mano.

—Vamos a hacerlo —esta vez no estaba fingiendo, robar un auto era un juego de niños para él y necesitaba dinero para continuar escapando. A pesar de que tenía bastante de lo que había robado las últimas veces, para él no era suficiente.

Tres horas más tarde Alejandro y Eduardo estaban regresando a entregar el automóvil y a cobrar el dinero prometido. Yesica y Catalina se habían quedado hospedadas en un hotel de bajo presupuesto en Capital Federal.

Mientras viajaban en el vehículo robado degustaban un cigarrillo de marihuana y tomaban cocaína que Alejandro todavía conservaba de la que le había sustraído a Osvaldo. Se distrajo por conducir y aspirar al mismo tiempo y sintieron el ruido de algo que chocó con el paragolpes del automóvil.

Cuando se bajaron a verificar supieron que delante de ellos había una señora de unos sesenta y tantos años a la que habían atropellado. Se encontraba en muy mal estado.

—¿Hasta cuándo? —Preguntó Alejandro

—¿Está bien señora? —Acompañó Eduardo a la señora ayudando a que se levantara.

—¿Hasta cuándo vas a seguir robando aire, vieja de mierda?

—Ya fue Ale —intentó tranquilizarlo.

—¿Ya fue? ¡Mira lo que es! —Exclamó Alejandro sacando el revólver de la cintura. Ya se le había hecho una costumbre solucionar cualquier molestia disparando. De modo que gatilló dos veces a quemarropa sobre el cuerpo de la señora y le dio muerte. Cuando una sola cosa en todo lo que le rodeara dejase de darle sensación de muerte, entonces creería que ella tendría algún sentido.

Continuaron viaje sin atender a su entorno, ninguno de los dos se cercioró de no haber sido vistos por algún testigo ni nada de eso. Estaban más allá de la vida, de la muerte, de la ley, del

mundo, de bien y del mal. Doblando en la segunda avenida, una mujer mirando una vidriera llamó particularmente la atención de Alejandro. La reconoció instantáneamente y todo su semblante se iluminó. No comprendía por qué, pero necesitaba bajarse y hablarle. Agradecerle por la carta que le había llevado a la comisaría. Agradecerle por haberle dado un pequeño destello de esperanza, aunque en los últimos días la oscuridad le había impregnado el alma más que nuca.

—Detén el auto... ordenó.

Eduardo pisó el freno sin entender que era lo que sucedía, temió lo peor. Y lo peor era haber invitado a Alejandro a hacer negocios juntos. Se arrepentía de haberlo cruzado en el tren y de haberle comentado, pero no le seguiría el juego ya más, perdería el dinero del automotor, pero no caería preso por un demente asesino al que ya no le importaba nada.

—¿Qué pasa!?! —Preguntó disgustado.

—Tú ve a colocar el auto, que yo tengo que hacer algo.

—No Ale, tú sabes cómo es esto. O vienes conmigo o no hay ni una moneda para ti.

—Listo, quédate el billete, te lo regalo —dijo acomodándose el revólver en la cintura, haciéndoselo notar a Eduardo — me agarras bueno, sino te mato acá nomás.

Eduardo sintió un alivio estremecedor, al fin se quitaba de encima a ese psicópata y el dinero iba a ser todo para él.

Ilel se había entretenido mirando una vidriera. Alejandro se le acercó por detrás. Les darían a las palabras del reencuentro mientras se entendían, sin reproches, a la urgencia de desahogar las vivencias. Mientras el sol se integraba a la calle y dormía con su mejilla pegada al suelo, con el aroma del amor añejo que se despedazaba en el asfalto que lo congelaba. Comenzó como todo con una simple palabra:

—Hola —dijo Alejandro.

—Hola, ¿cómo estás? —Se sorprendió Ilel.

—Bien ¿y tú?

—Bien, y en parte gracias a ti, ¿te llegó mi carta cuando estuviste preso?

—Sí, muchas gracias, es la primera vez que me escriben.

—¿Tus amigas no te escriben?

—No saben escribir.

Ilel se quedó dubitativa. Se preguntaba por qué le agradaba tanto hablar con aquel extraño del cual lo único que sabía eran pequeños fragmentos de una historia destrozada y que era un asesino frío y sin remordimientos.

—¿Qué haces vestido así? —Notando que Alejandro estaba usando ropa bastante costosa y elegante.

—Es por el trabajo.

Ilel sonrió falsamente.

—¿No te da miedo saber que te busca la policía por todas partes, si te agarran te dan mil años?

—No hay que vivir con miedo.

—Es fácil decirlo siendo asesino, el problema es cuando eres un ciudadano común.

—Te invito a tomar un café ¿qué dices?

—Acepto.

Era la primera vez que una invitación a tomar un café era aceptada por Ilel Uzuriaga con tanta facilidad. No salía de su asombro «¿Qué diablos me pasa?» —Se preguntó a sí misma. No podía dejar de verlo, no podía decirle que no. Acababa de llamarlo asesino y a la primera invitación que le hizo, aceptó sin dudar.

Se sentaron a tomar un café. Entrar en los bosques del bullicio universal de las masas era tan descabellado como construir su hogar sobre las líneas férreas y esperar que el tren no te aplaste. Para Alejandro, la amargura era el resguardo de conocer a quienes terminarían de aniquilar su mente, igualmente jamás concluyó de eliminar gentíos de su mundo, como lo había hecho siempre. Ellos se infiltraban en su conciencia como el aire en sus pulmones. Eso le servía para la búsqueda meticulosa de un alguien que pudiera resistir los vientos de su desierto interno. Aun así, corría el riesgo peor, el riesgo de la única traición, la traición más dura, la de un alma gemela, que era la única propensa al dolor.

—Mi papá te quiere meter preso —comentó Ilel, tenía que ser ella quien iniciase la charla, se sentía demasiado vulnerable ante él.

—¿Quién es tu papá? —Preguntó Alejandro suponiendo que se trataba de un policía.

—Roberto Uzuriaga.

Alejandro sonrió. Por supuesto que lo conocía y más de lo que su propia hija imaginaba. Todo delincuente conoce a cada policía y más aún al jefe de ellos.

—No Ilel, tu papá me quiere matar —corrigió.

—¿Qué dices? Mi papá no es un asesino, yo lo conozco y él no es capaz de eso...

—Tú lo conoces como padre, no como policía, la vocación de ellos es matar.

—¿Y la tuya cuál es?

Alejandro se quedó en silencio, algunos segundos.

—Tu padre mató a un pibe que paraba conmigo delante de mis ojos cuando yo tenía doce años —dijo al fin.

—¿Cómo le puedo creer a alguien que mató a dos personas delante de mis ojos sin siquiera pestañear? —Preguntó Iel.

—No te olvides lo que te estaban haciendo.

—Ok, yo también tenía ganas de matarlos, pero tú no es la primera que lo haces ¿qué sientes cuando matas a una persona?

—No te va a gustar la respuesta.

—La necesito. Estás jugando a ser Dios, tú no puedes decidir quién va morir y quién no. Y si no puedes responderme eso tal vez no deberíamos estar tomando un café juntos, quizás solo debería agradecerte que me hayas salvado y continuar con nuestras vidas. Decirte que, si algún día necesitas algo, que cuentes conmigo, que te debo una y nada más.

—No me debes una, me debes todo...

—Y ¿Qué debo hacer? ¿Salvarte la vida yo también? Si pudiera, créeme que lo haría, de hecho, estoy tratando de hacerlo. Pero hay una diferencia: yo quiero vivir... ¿Y tú?

Alejandro agachó la cabeza. Hacía tanto tiempo que no hacía ese gesto que había olvidado completamente como se sentía experimentarlo.

—Nada —respondió desanimado—, no siento nada.

Iel sabía perfectamente que esa sería la respuesta con la que se toparía.

—Vamos —dijo la joven recogiendo sus bolsas de compras y dirigiéndose hacia la barra a abonar lo que habían consumido. Otra vez esa extraña sensación, Iel Uzuriaga pagando el café a un hombre.

Salieron a caminar por un parque, y casi sin darse cuenta, la noche, que era demasiado clara, los había tomado por sorpresa. Varios caminos parecían rodear el centro de aquella gran ciudad, otros se alejaban, y uno en particular conducía a la orilla de un río. Aunque este último estaba disimulado por un frondoso arbusto por sobre unas piedras lajas. Se dirigieron por el camino al río casi por instinto. La cantidad espesa de árboles no permitía el reflejo de la luna. Caminaron casi como dos ciegos, hasta que pudieron divisar el resplandor del agua al final del túnel, formado por las ramas de los cipreses que dejaban caer sus hojas como lágrimas del tiempo infartado.

—Ale, yo sé que la pasaste muy mal, conozco toda tu historia porque mi papá era compañero del tuyo.

—No quiero hablar de mi padre.

—Todo ese rencor y ese odio que tienes adentro es solo porque es lo que siempre te dieron a ti, yo creo que nunca recibiste cariño, por eso eres así, pero ¿sabes qué es lo que más quisiera? ¿Qué es lo que realmente me gustaría? Que a pesar de todo lo malo que te pasó, logres salir adelante. Es algo que me gustaría que pase, porque todo el mundo te tiene como la peor mierda...

—Y no están equivocados —la interrumpió.

—Sin embargo, conmigo no eres así.

Alejandro se quedó observándola detenidamente unos instantes. No sabía qué decir ante una mujer tan hermosa. Ambos se sentaron en el pasto.

—Cuando estoy cerca tuyo me dan ganas de hacer las cosas bien, pero después tú te irás y todo seguirá siendo la misma basura de antes.

—Entonces vamos a vernos más seguido ¿qué te parece mañana?

—Mañana por ahí estoy muerto, no te prometo nada, pero dime tú a dónde quieres que nos encontremos.

—Nos encontramos acá, este va a ser nuestro lugar, yo cierro el negocio a las 13:00 horas y tengo hasta las 16:00 para estar contigo, por lo menos son tres horas que no vas a estar haciendo nada malo.

—Trato.

—No vas a faltar a la cita —ultimó Iel.

—Si nadie me mata mañana, aquí estaré.

—Nadie te va matar, quédate tranquilo —le dio un beso y luego lo acarició en la cabeza. Se puso de pie y se alejó por el camino.

Alejandro llegó a la orilla. El agua era muy clara y reflejaba el fuego improvisado que había hecho en aquel parque, juntando basura y algunas ramas secas que se desprendían de los árboles a causa del viento. Se sentó sin esperar nada. Se recostó escrutando el cosmos. Sus párpados cayeron ligeramente, pero lo suficientemente bajos como para que lo atrajera un suave letargo. “Iel” el primer nombre que le vendría a la mente ni bien abriera los ojos por la mañana. Se le llenaba el corazón de dicha. Le permitía soñar con el lugar en su alma donde siempre quiso encerrarse y no salir jamás a esta superficie de brutalidad. Se contentó de no ver a Cara de Espejo antes de dormir, una fantasía más maravillosa lo estaba envolviendo.

Lunes 1 de septiembre de 1997.

Ilel se levantó en plena madrugada, algo la tenía intranquila. Desde que ese sujeto apelmazado le había salvado la vida; la intranquilidad, la ansiedad, la psicosis, la paranoia y quizás mil sentimientos más la tenían atenazada a la lobrete. Se dirigió hacia la cocina, sintiendo rabia. El insomnio era demasiado molesto para padecerlo dando vueltas en una cama. Tomó una manzana de la frutera de la mesa del comedor y salió a comerla al jardín. No alcanzó a terminarla cuando decidió subir a su automóvil y conducir hasta aquel parque donde había estado con Alejandro Pedernera.

La ruta estaba desierta. Miró la hora en el tablero del automóvil: 03:35 AM. Se arrepintió de estar allí. Pensó en dar la vuelta y regresar a dormir, pero no habría más remedio, nada podía impedirle la sensación de angustia que la sobrecogía.

Tardó una hora aproximadamente para llegar al parque y se adentró hasta el último lugar donde se había despedido de aquel ser que la estaba volviendo loca. Y allí lo vio, justo donde lo había dejado. Una sonrisa le invadió la quijada y la alegría le acurrucó el pecho.

—Qué temprano que llegaste a la cita ¿qué haces aquí? —Dijo Ilel sin poder ocultar su júbilo.

Alejandro se secó las lágrimas que había estado derramando en un sueño que ya no recordaba.

—Si me iba de acá, lo más probable era que no viniera.

—¿Por qué? —Preguntó Ilel con voz dulce.

—Porque siempre pasa algo, o caigo preso, o me amezco tomando cocaína, o por ahí me matan... y como quería verte, sabía que aquí no me iba a suceder nada y me iba a quedar esperándote, pero veo que no soy el único que llegó temprano a la cita.

Ilel acarició con la punta de los dedos, debajo del ojo de Alejandro.

—Estuviste llorando —afirmó.

—No. Fue solo un sueño —mintió él.

Se hizo un silencio tan incómodo e intenso que parecía haber congelado el tiempo. Ilel acercó su rostro con intenciones de darle un beso. Lentamente lo tomó de las mejillas para acercarlo, pero Alejandro le quitó las manos.

—Espera, tú no estás segura de lo que estás haciendo, no me conoces, no conoces todo lo mierda que yo puedo llegar a ser, y no quiero lastimarte.

Ilel se sonrió súbitamente sin poder dejar de verlo a los ojos y sin poder creer lo que acababa de suceder.

—Me estás rechazando, —exclamó alborozada— es la primera vez que alguien me rechaza, tú sí que eres algo especial.

—Es la primera vez que dejo que alguien me acaricie.

—No estoy segura de lo que estoy haciendo, pero hay algo adentro de mí que quiere salir... no quiero ilusionarte, pero creo que siento algo por ti —dijo Iel y esta vez sin darle oportunidad a que pensase en rechazarla le dio un beso en la boca para saludarlo y se puso de pie—. Bueno, mejor me voy porque mañana me voy a quedar dormida... ¿me vas a esperar aquí?

Alejandro asintió con la cabeza.

Luego de que ella se marchara por segunda vez, pensó en lo extraña que había sido toda aquella situación. No podía quitarse de la mente el rostro hermoso de Iel y menos aún el beso que le había dado. Se quedó dormido sobre el pasto. El último pensamiento que cruzó por su mente fue el odio hacia su padre «¿por qué no se había matado solo él y había dejado vivir a su madre?»

Las drogas ya no le asustaban, hacía años que pensaba que estaba drogado dentro de una gran alucinación. Despertaba y dormía sin notar diferencias en el mundo, en la vida. No sabía ciertamente si respiraba. No recordaba comer, beber agua, tener sexo, soñar, planificar. Nada de eso atravesaba su mente. El próximo instante solo era una sustancia. Pero el silencio, ese era verdugo que conectaba las ideas unas con otras, para persuadirlo de que todo estaba mal y que él estaba mucho peor. A veces esas mismas drogas actuaban como evocadores, recreaban momentos e imágenes, sensaciones escondidas, tocaban las neuronas encargadas de almacenar recuerdos y emociones, y las intensificaban; algunas hasta rememoraban los retratos y los descubrían ensangrentados delante de él, como una bofetada cometida con sus propias tripas, y no tenía más remedio que dejarse pisotear lo mismo que una cucaracha por sus reminiscencias y atriciones.

Cara de Espejo por primera vez descubría su faz, su lado oculto, era un hoyo profundo todo lo que demarcaba, pero se podía dilucidar que estaba sonriendo. Se sentía feliz, de pronto el mundo cobraba sentido y ya no quería regresar jamás a los barrios, a las drogas, a toda esa basura por la que estuvo pasando durante toda su vida. Esa mujer le había regalado algo más insondable y eterno que la esperanza.

Martes 2 de septiembre de 1997.

Alejandro e Illel despertaron al mismo tiempo. Sus destinos se habían entrelazado, sus sueños despejaban todas las dudas que dos almas podían llegar a tener en el momento de elegir. Estaban tan alejados en tantos aspectos como podían existir y sin embargo algo más grande que todas las fuerzas que se les oponían los había ensimismado en la única porción de tiempo a la que se le podía llamar vida. Se encontraron a las siete de la mañana en aquel parque y se abrazaron con fuerza.

—¿Qué pasa? —Dijeron los dos casi al mismo tiempo.

—No lo sé, pero tengo un mal presentimiento, tuve un sueño muy real y no pude aguardar hasta las 13:00... Ale, quiero que nos vayamos cuanto antes, si es mañana mismo, mejor. Tú y yo, juntos, bien lejos, a empezar una nueva vida... ¿qué te parece? Yo... —Illel hizo una pequeña pausa para seleccionar bien las palabras que utilizaría— no quiero que te maten.

—Quédate tranquila, que a mí nadie me va a matar, nos vamos a ir bien lejos esta misma noche. Yo consigo un auto...

—No Ale, vamos en mi auto, no quiero que vuelvas a robar.

—Bueno está bien, espérame en tu auto afuera de tu casa y salimos de ahí.

—Pero no vas a poder entrar al country así nomás.

—Nena ¿sabes cuántas casas desvalijé en ese country? Entro y salgo como quiero.

—No quiero que lo hagas.

—Tengo un amigo que trabaja en la entrada del fondo, me deja pasar, tranquila.

—Vaya, siempre están metidos los de seguridad.

—Y en todos los robos de la ciudad está metido tu papá, a mí me va a matar porque no robo para él.

—¿Puedes dejar de hablar de mi papá? —Quería dejar de lado a su familia y no quería saber las cosas malas de su padre. En todo caso eso le correspondía a su consciencia, había sido un muy buen padre con ella, y de la misma manera que no lo juzgaba a Alejandro tampoco lo juzgaría a él.

—Esas dos chicas ¿quiénes son? —Preguntó ella.

—No sé, están conmigo hace tiempo, las encontré en la calle, escapándose, eran demasiado lindas para que terminaran como putas, piojosas, mugrientas, sidosas o durmiendo en las plazas, cogiendo por un paquete de cigarros o pasta base.

—¿De qué escapaban?

—El padre se las cogía.

—Y decidiste protegerlas... ese es tu lado amable...

—Una de ellas me recuerda a mi hermana... no la he vuelto a ver nunca más... fue a un orfanato y de allí se escapó porque se la cogían los profesores.

De pronto una brisa fresca estremeció el rostro de Alejandro, el viento comenzó a silbar, mientras ellos continuaban caminando, una tormenta se tendió en el cielo... ya había sentido algo similar, mucho tiempo atrás...

Cuando llegó al hotel las chicas aún estaban durmiendo, decidió recostarse junto a ellas ya que había pasado toda la noche desvelado. Y cuando despertó ellas no estaban. Nada más conveniente, no le hubiera gustado despedirse. Tomó la valija de cuero negra y se fue.

Al siguiente instante estaba en el parque de la casa de Iel... El tiempo agradable se iba tan rápido como una estrella fugaz. Era la primera vez que para sentir algo con una mujer no tenía que estar completamente drogado. La muchacha salió y se metió en el automóvil, cuando terminó de sentarse, sintió que alguien le tocó el hombro desde el asiento de atrás, se asustó, pero Alejandro le tapó la boca con la mano antes de que pudiera gritar.

—Sh —la silenció.

Alejandro se pasó al asiento de acompañante. Sosteniendo un paquete en su mano derecha.

—¿Qué es eso? —Preguntó Iel.

—Son las memorias de una pintora ucraniana. Lo pusieron en mi cuna el mismo día que yo nací. Lo habré leído mil veces, es más, es lo único que leí en mi vida. Cada vez que necesitaba valor para hacer lo que tenía que hacer, leía algo de este diario y salía. Ya te lo voy a prestar. Está muy bueno todo lo que cuenta. Siempre tuve la impresión de que murió el mismo día que yo nací.

—Y ahora ¿lo leíste antes de venir?

—No solo he leído, también he escrito en él. Y ya lo pensé, me voy a entregar, no puedo empezar una vida nueva sin antes pagar por todo lo que hice, ya sé que me van a dar trescientos años, pero no me importa, me sobra la sangre para aguantarme las rejas, me agunto la que venga.

—Por un lado, tienes razón, pero yo quiero que estés conmigo, vámonos de una vez...

—Ok, como quieras, pero recuerda que siempre vamos a estar escapando.

—Iremos a un lugar bien lejos donde no será necesario estar escapando. Déjame ver ese cuaderno —solicitó Iel intentando tomarlo.

—Te lo presto, pero léelo luego de que nos vayamos —Alejandro le entregó el cuaderno. Ella lo puso en su regazo y dio marcha al automóvil.

Roberto se despertó de golpe. Había oído ruidos y se levantó de la cama a mirar por la ventana. Desde su habitación vio dos figuras en el automóvil de su hija. Su arma reglamentaria descansaba sobre la mesita de luz, la tomó lentamente para no despertar a su esposa, y sin vestirse salió decidido a disparar desde un mejor ángulo. Esther se despertó al oír el ruido del arma cargarse y salió detrás de su marido.

—¿Qué pasa? —Preguntó Esther.

—Me parece que quieren robar el auto de Iel —susurró Roberto.

Todos esos años en el polígono de tiro le habían otorgado una puntería privilegiada. Tenía en la mira dos sombras inmóviles dentro del vehículo, era solo cuestión de tener la suficiente velocidad para que al disparar al primero no se le escapase el segundo. Apuntó con precisión. Dos disparos. Impactó en el primer cuerpo, justo en la cabeza. Al siguiente segundo la bala impactó en el cuerpo restante.

Esther se había quedado pensando en la estupidez de dos hombres de robar un auto en un barrio privado «¿cómo harían para salir?» —Pensaba. Luego se dio cuenta que salir, podía salir cualquiera, el problema quizás residía en entrar.

Había estado siempre saturado de excesos, era un mero cadáver contemplando como los gusanos lo devoraban. De repente el mundo desaparecía y todo terminaba. De la manera más simple. No había tanto alboroto después de todo, la muerte era solo un momento, un acontecimiento más, que como todos los demás no se repetiría, o al menos Alejandro, había tenido a lo largo de su vida, todas sus esperanzas depositadas en ello.

—¡No! —Gritó Esther al ver a su hija muerta tomada de la mano con ese chico dentro del vehículo.

Roberto soltó el arma y se lanzó a abrazar a su hija.

—¿Qué hiciste? —Dijo llorando luego de pronunciar un largo suspiro— ¡¿qué hiciste hijo de puta?! —Gritó desesperada la madre.

Esther giró para mirar a su esposo, mientras sostenía a su hija en brazos desangrándose. Mientras recogía el arma que su marido había tirado al costado del automóvil, sus ojos llorosos contemplaban el rostro de Roberto que empalideció de un suspiro, quiso decir algo, pero ella ya no quería volver a oír su voz nunca más, gritó para taparlo y disparó dos veces...

Esther se quedó respirando fuerte y erráticamente, sus ojos estaban más llorosos todavía, y su mirada desesperada, entre un gesto que intentaba reprimir un baladro y calmar un ramalazo, se apoyó el arma en la sien y disparó. Cayó al piso agonizando. Detrás, su hijo Daniel, observaba desde la puerta de la casa.

De pronto comenzó a llover o a nevar, era una granizada húmeda, algo inusual.

Alejandro e Iel yacían muertos dentro del auto, con un disparo en la frente cada uno.

Todos esos años de práctica en el polígono de tiro le habían otorgado a Roberto una puntería privilegiada.

Estaba enamorado. Ambos lo estaban, aunque más no fuese ese mísero instante que la vida les regaló. Alejandro Pedernera fue feliz y ese momento reparó todas las agresiones, las desesperanzas, frustraciones, tragedias y malaventuras con que la vida le había convalidado siempre.

Había arañado la mañana desde el tibio frío de la muerte, como un tumor que crecía alimentándose de la incertidumbre. Abrió una puerta en el tiempo para ver dos almas gemelas que se encontraron, y en el corto tiempo en que estuvieron juntas fueron felices por siempre y Dios pudo sonreír.

Las lágrimas que Daniel derramaba se entremezclaban con la lluvia como si fuese un coctel de amargos cristales. Mientras un leve granizo le acariciaba las espaldas...

LIBRO 4

CON EL ÚLTIMO ALIENTO

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, martes 4 de enero de 2011.

Se instalaron en una habitación de hotel de la Capital Federal. Evelyn salió del cuarto de baño con el teléfono celular en la mano, tenía una expresión contrita y caritativa. Daniel tomó el aparato preguntándole quién estaba del otro lado, pero ella no le respondió, solo abandonó la habitación para que hablase en total privacidad.

—¿Quién habla? —Preguntó desconcertado por el extraño comportamiento de Evelyn.

—Mi nombre es Julieta... Julieta Pedernera.

Daniel no tenía la menor idea acerca de quién era esa mujer, pero su apellido era inolvidable e inquietante. Miles de interrogantes cabalgaron por su mente en menos de un segundo.

—¿Cómo sabes acerca de ese diario? —Fue la primera pregunta que se le cruzó a Daniel luego de oír las palabras tanto perturbadoras de aquella mujer.

—Pusieron ese diario en la cuna de mi hermano al nacer. Cuando él murió, y yo fui a hablar con tu tía Celina, recordaba ese cuaderno porque mi hermano jamás me había dejado leerlo, le pregunté a tu tía por él, pero me dijo que era parte del pasado que me olvidara... pero nunca pude olvidarme.

14 años atrás...

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, martes 2 de septiembre de 1997.

Alejandro Pedernera había muerto en un pueblo olvidado del que Daniel no hablaría nunca para no ofender a sus habitantes, con quienes seguramente se ganaría su desprecio y alguna bofetada en una que otra fiesta conmemorativa, conmemorativa de las que nadie recordaba. El mismo pueblo en el que él había nacido, pero al que no quería regresar.

«¿Había sido él, el verdadero culpable de su desgracia de crecer sin un padre y sin una madre? Sus tíos decían que sí, la gente comentaba que el único culpable fue su padre. ¿Qué más daba?» — Meditaba en silencio Daniel.

Cada noche se acostaba hablándole a aquel ser imaginario que lo obsesionaba. Era un niño un tanto idealista que atendía a aquella historia romántica en una especie de pre-sueño. No podía ser frío como lo había sido ese ser que se alimentaba de silencios profundos e interminables, él solo se nutría de sueños. Se desvanecía de golpe. Quizás su fantasía comprendía perfectamente su condición efímera, era solo eso, el lugar que había elegido para desplegar todo el amor que podría llegar a sentir algún día, ya que en la vida lo único que ocupaba su tiempo era concretar sus anhelos. Y no podía apartarse jamás del camino que trazara siempre: sus sueños, a los que nunca renunciaría por nada ni por nadie.

Arquímedes había dicho “Da ubi consistam, et terram caelumque movebo” . Y eso era justamente lo que Daniel necesitaba, por esa razón desde que era pequeño, solo buscó la forma de alcanzar sus objetivos, había nacido con un espíritu único. Una fuerza de voluntad inquebrantable que lo conducía a estar siempre en movimiento. No importaba jamás ninguna situación externa, él sabía perfectamente hacia dónde se dirigía y no se detendría hasta alcanzar aquello con lo que soñaba. Apartando de su camino a la gente mediocre que intentaba hacerlo caer, que se regocijaba viéndolo trastabillar. Había conseguido desde muy pequeño, adquirir la verdadera sabiduría: la de estar siempre dispuesto a aprender algo nuevo.

Los proyectos tenían únicamente un fin: hacerle creer a las personas que podían retrasar la hora de la muerte. Todo mundo creía que ésta, no debiera ser tan cruel de retirarlos del juego sin antes dejarlos sacar la carta que todos los seres guardan bajo la manga, esa que nunca juegan, porque la reservan para el final, y en ningún momento de la vida se espera que llegue el final. Aun sabiendo que todo era un fracaso, aún sin ilusionarse, se decepcionarían ante cualquier objeto o circunstancia que se les alejase, incluso los tormentos. Si no se propusieran nada, tendrían esa envidia meticulosa y callada hacia las estatuas; algo sucedería de todos modos, hasta los muertos se sienten frustrados sino se pudren algún día.

Para confeccionar un balance exacto de la vida, primero se debía fracasar. En el éxito las personas no tienen necesidad de mirarse por dentro. Las luces internas sólo pueden ser encendidas por la frustración; si alguien no es un perdedor, nunca conocerá el sabor de la dicha. Esa dulzura amarga de estar felizmente tristes, de esa sensación de bienestar que sólo se experimenta cuando se está completamente mal.

Se encontró de pronto con tan solo nueve años en una casa totalmente extraña, donde nadie habló jamás de sus padres o del trágico final que habían tenido. Su tía Celina se lo llevó a vivir con ella mucho antes de que el papeleo estuviese terminado.

Jueves 3 de octubre de 2002.

Daniel regresaba de la escuela de fútbol totalmente contento consigo mismo y con su propio desempeño. Para la edad de catorce años algo en el fondo de sus entrañas le advertía que iba a llegar muy lejos en aquel deporte. Durante el viaje pensaba en llegar y escribir acerca de una historia que le había estado dando vueltas en la cabeza. Así como el fútbol era su pasión, la escritura era su terapia. Dibujar mundos en palabras, le habían ayudado a olvidar las imágenes de aquella noche donde su vida cambió para siempre.

Celina estaba sentada en su sofá preferido bebiendo una botella de vodka. Era una mujer rubia de cabellos pajosos y dañados por las reiteradas tinturas para disimular las canas, su piel bronceada y arrugada raspaba contra su ropa diminuta que seguramente en otros tiempos le había sentado muy bien, pero que ahora solo era un estropajo. Fumaba con furia y perdía sus pestañas y su boca en gestos agradables que sustituían la falta de juventud. Todos sus movimientos demostraban que había sido una hermosa mujer de joven.

—Tengo que hablarte. —Dijo con cierta intermitencia, entrechocando las palabras unas con otras, enunciando una torpeza en el habla producto de la numerosa cantidad de tragos que había ingerido.

—¿Qué sucede? —Interrogó Daniel con intriga. No era muy usual ver borracha a su madre adoptiva y mucho menos con aquella mirada contrita queriéndole hablar de lo que suponía algo bastante importante.

Lunes 17 de marzo 2003.

La vida estaba siempre dispuesta a ser amada, solo que los seres humanos eran incapaces de hacerlo y huían de ella por miedo a ser felices, a vivir simplemente sin más. Las metas, los anhelos, las ambiciones no hacían a las ganas de vivir. Solo disfrutar cada instante, saborear cada segundo sin evadirse hacia el próximo, ni querer recuperar el anterior. Daniel tenía la certeza de que sería feliz siempre y cuando se encontrará en el camino adecuado, en su propio camino, solo en el que sus decisiones le condujeran. No soportaba atenerse a las disposiciones de los demás. Se acostaba cada noche soñando con ser alguien importante y se despertaba con toda la energía necesaria para impulsarse al destino que él mismo estaba forjando con arduo esmero.

Seguramente pronto llegaría ese día en que algún ser astral desenterrase sus instintos perdidos y sepultase su vanidad y lo que él consideraba su “patética inteligencia mediocre”, para profundizarle la vida y devolverle los sentimientos y el sentido. Se detendría frente a su soledad para arrancarla y verle y verse agonizar, compartiendo sus días con él, pudriéndose de una compañía que corrompía las leyes de la existencia en su mente totalmente salvaje y desconsiderada de los tiempos. Pero Daniel había jurado que nada lo detendría hasta alcanzar su máximo sueño, tenía la persistencia de un campeón.

Por un momento pensó en rendirse, sospechó que el mundo no era de su talla, no estaba hecho para genios como él, y el material con que se construían los sueños se había extinguido en las mentes de las personas. Consideró que el planeta en la manera en que estaba concebido solo podía albergar a idiotas, ellos ganaban dinero, salían con las mujeres más hermosas y tomaban vacaciones en los lugares más exóticos, alojándose en los hoteles más lujosos.

Hasta que sucedió algo sorprendente, producto de sus continuos esfuerzos y nada más que eso. Comenzaban sus acciones a dar frutos. Ese día, dos empresarios habían ido a presenciar una práctica. Daniel tomó el balón y lo llevó desde el mediocampo hasta la valla contraria dejando a cinco adversarios en el camino, incluyendo al guardameta, y convirtió un gol tan espectacular que todos, incluso el entrenador, quedaron admirados.

Había una chica que daba sobrados indicios de gustar de él, era la hija mayor de uno de los patrocinadores más importantes del club, pero Daniel no podía perder el tiempo en distracciones, por más linda que fuera aquella joven, no lo acercaría a su objetivo y lo único que le importaba era su objetivo. Además, ya había visto cómo acababan las historias de amor.

Esa tarde ella se acercó de manera retraída.

—Te he visto jugar esta tarde, eres estupendo, nunca había visto un talento así

—Mira, sé que no te interesa cómo juego en lo absoluto. No quiero nada contigo, así que no te gastes.

—Solo te estaba haciendo un cumplido. ¡Qué grosero!

—Como digas, adiós.

Jueves 20 de marzo de 2003.

Terminó de firmar contrato con representantes del FC Barcelona. La única condición de su tía era que debía terminar de estudiar. Celina parecía algo incomoda. Se tomaba el pecho haciendo un esfuerzo para respirar poco usual. Pensó en sus años fumando y bebiendo y en todas las puntadas y dolores en el tórax que venía sintiendo desde varios meses atrás. Trató de restarle importancia para no opacar el momento maravilloso que estaba viviendo su sobrino, pero un infarto era algo difícil de ignorar.

Regresaba a su hogar con una emoción que le hacía salirse de sí mismo, Celina lo tomó de la mano y se la estrechó fuertemente. No quería hacer nada para enlutar la alegría de aquel muchacho, pero algo no estaba del todo bien en su corazón, estaba latiendo de manera agitada, como si volviese de correr una maratón.

—Vamos a tomar un taxi. —Sugirió la mujer.

—¿Por qué? —Preguntó sorprendido Daniel. Había llegado en automóvil, no se explicaba por qué debían regresar en taxi. Celina se mantenía en silencio

—¿Qué sucede? —Insistió Daniel. Pero antes de que pudiera oír respuesta, su tía cayó desplomada en el suelo tomándose el pecho y apretándole la mano con tanta fuerza que creyó le quebraría los huesos de los dedos.

Daniel no sabía qué hacer. Pensó en solicitar ayuda. Creyó que no debía ser necesario hacerlo, los que vieran la escena se acercarían por instinto o por obligación moral. Algunos transeúntes se aproximaron, otros llamaron a emergencias. La ayuda tardó una eternidad en llegar. Y luego todo sucedió tan rápido: él, pronunciando el nombre de su tía para corroborar que se encontraba aún con vida, la ambulancia interrumpiendo el tránsito y frenando repentinamente, los camilleros cargándola dentro, y sin saber cómo, estaba en el hospital con médicos delante de él diciéndole que habían hecho todo lo posible.

Se dio cuenta que una persona jamás se acostumbraba a recibir ese tipo de noticias, no importaba cuantos seres queridos, importantes o familiares pudiera perder a lo largo de su vida, la fatalidad siempre provocaba un estupor incontrolable que interrumpía cualquier tipo de felicidad.

El paramédico lo abrazó.

—Tranquilo, ya pasará...

—No se preocupe señor, no sé si la vida es bella o una gran mierda, solo sé que voy a insistir hasta el último aliento, porque está en mi esencia.

Viernes 21 de marzo de 2003.

Aun desalentaba sus esperanzas, pero debajo de todos los contratiempos se hallaba una fuerza reparadora, cada desgano traía aparejada una fórmula para recobrar fuerzas, cada desilusión anticipaba un nuevo sueño programable y esperanzador, cada derrota incitaba a una preparación más intensa.

«No voy a rendirme jamás» —repetía en su interior. «Este es un evento pasajero».

Estaba confundido y maltrecho, no sabía cuál iba a ser su destino ahora. Siquiera sabía si le quedaban familiares. Sabía que su padre era hijo único, pero no recordaba si tenía alguna otra tía por parte de su madre.

Ciudad de Barinas, Venezuela, lunes 24 de marzo de 2003.

El avión de Daniel aterrizó en el aeropuerto de Caracas. Su tía lo aguardaba sentada leyendo una revista de modas y desde allí tomaron un autobús directo hasta Barinas. El juez de menores había determinado que la tutela de Daniel estuviera a cargo del único familiar que le quedaba, su tía Mercedes.

Ni bien llegaron al terminal cogieron un taxi hasta la casa.

—Vas a ocupar el cuarto de Delfina, ha estado así desde que ella desapareció y, en fin, ya es tiempo de que se llene un poco de vida, y tú lo harás... —explicó Mercedes.

Daniel durmió todo el resto del día.

Martes 25 de marzo de 2003

Despertó de un sobresalto que le duró muy poco tiempo, aun sentía que, a pesar de su personalidad optimista, no podía responder a tantas contrariedades que le imponía la vida. Solo se consolaba conque en un momento jugaría al futbol y sería uno de los más grandes deportistas de la historia. Necesitaba a su madre para sentirse contenido, necesitaba incluso a su tía a quien extrañaba quizás un tanto más. Mercedes no parecía una mala mujer, pero no la conocía y ya estaba cansado de conocer gente que luego se muriera. Casi que había decidido no encariñarse con ella. Sentir y amar eran situaciones que conllevaban mucho dolor.

Daniel observaba que sobre el escritorio descansaba sobre una vieja valija de cuero negra. La señora Realsalas entró en la habitación con una taza de jugo de parchitas y arepas con queso y caraoatas negras refritas.

—Tu tía Celina me lo envió hace unos seis años, ella estaba enferma y supongo que sabía que no iba a vivir mucho tiempo. Por alguna razón quiso que yo lo conservara. Pero es de tu hermana y ahora es tuyo. Una vecina también escribió su historia y ahora supongo que deberás escribir la tuya, o simplemente leerlo.... —dijo Mercedes refiriéndose al cuaderno.

A Daniel el desayuno venezolano se le hizo un tanto extraño, pero tenía muy buen gusto de modo que lo acabó pronto. Se dio cuenta de que a su nueva mamá le gustaba hablar y explicar en detalle aun cosas que nadie le había preguntado, todo lo contrario que Celina. Le agradaba más Celina.

La habitación de Delfina tenía muchos dibujos pegados en la pared. Daniel los recorrió de un vistazo y luego dejó de prestarles atención cuando se enfocó en el cuaderno que encerraba aquella valija negra. Se quedó leyendo el contenido de aquel diario múltiple hasta que se decidió a salir a correr.

Así transcurrirían el resto de los días, hasta que su tía lo llevara a Barcelona, donde debía cumplir con su contrato.

Barcelona, España, miércoles 5 de octubre de 2005.

El primer día de entrenamiento en aquel club fue brillante, Daniel desplegó su talento en todo el campo de juego. Los dirigentes y el cuerpo técnico quedaron impactados, pero algunos de sus compañeros se sintieron celosos.

—Sudaca . Argentino muerto de hambre —dijo uno de los futbolistas del plantel mientras pasaba por el costado, esperando una reacción. Reacción que no llegaría. Daniel comprendía que la construcción del nacionalismo era lo que permitía la gobernación de un pueblo por dominio emocional; el aplacamiento del pensamiento ante el patriotismo. Cercado por fronteras que limitaban e infligían el sentir como propio algo que no le pertenecía más que a la naturaleza misma, por esas razones jamás se sintió insultado por las estupideces de ninguno de sus compañeros, por el contrario, se reía para sus adentros de su ignorancia. Detestaba la política tanto o más que la religión.

El club le había asignado un cuarto de hotel y allí se dirigió ni bien terminó la práctica. El día anterior, el empresario que lo había llevado, le había indicado el lugar donde se hospedaría recorriéndolo junto a él. Consistía en una habitación, baño en suite, living y un comedor pequeño. Daniel desempacó lentamente y fue acomodando su ropa en los vestidores en el transcurso de los días. Esa tarde cuando terminó, se sentó en el sofá a descansar un momento, era necesario congraciarse con ese momento de realización que estaba atravesando, dejarse envolver por las sensaciones del éxito prematuro que nunca se igualaba al conseguido luego de toda una vida de sacrificios donde su llegada venía acompañada de un resentimiento inmanente por no disponer de la juventud para disfrutarlo.

Comenzó a leer aquel diario abstracto y atemporal que parecía cobrar vida propia, cada vez que relataba una de aquellas historias que guardaba en la memoria de sus páginas oxidadas ante un incauto lector que buscaba entretenerse y acababa por intoxicarse.

Stade de France de París, Francia, miércoles 17 de mayo de 2006.

Final de la Liga de campeones de la UEFA temporada 2005-2006. Se enfrentaron al Arsenal. El partido terminó 2 a 0 y Daniel convirtió el segundo gol en una jugada individual que le valió la ovación del público local y el aplauso de todo el estadio. Luego de los festejos, se retiró a su apartamento a reflexionar exhaustivamente acerca de lo que haría con su vida. El fútbol, si bien era un deporte admirado por casi todo el mundo y donde podría alcanzar una gloria de la cual tenía muchas ansias, era un juego exitista que elevaba ídolos de la misma manera y con la misma fuerza que luego los aplastaba. Debía retirarse ahora que estaba en la cumbre si quería no ser aplastado por el olvido prematuro del mismo modo que la fama prematura lo había ensalzado.

Meditó largo rato acerca de tomar tal determinación. Su contrato con el Barcelona finalizaba al día siguiente y ya tenía varias ofertas de otros clubes, las cuales iba a rechazar todas.

Media hora más tarde llamó a su representante para comunicarle la noticia de que abandonaba el fútbol.

Los diarios deportivos y las televisoras del mundo anunciarían al día siguiente en sus portadas dos noticias increíbles: la primera acerca de la victoria contundente del equipo español y la segunda incomprensible y lamentada por los fanáticos de ese deporte, uno de los mejores jugadores del mundo se retiraba con una de las carreras más prometedoras de la historia y en su mejor momento.

Jueves 27 de julio de 2006.

Era sorprendente la facilidad con que la gente olvidaba a quienes habían ovacionado a vivas voces. Atrás quedaba su carrera de deportista. Desde niño demostró tener una habilidad increíble con la pelota, pero ahora ya con diecinueve años y una sólida fortuna, se preparaba a iniciar una nueva etapa en su vida. Varios clubes se disputaban su pase. Los contratos más frondosos se le ofrecían. Daniel había decidido abandonar aquel deporte a una edad en que la mayoría de los jugadores comienzan a tener las mejores oportunidades. A él el mundo tan manoseado del fútbol, donde hasta los más ineptos e incompetentes se creían con derecho de juzgar el desempeño de una persona que entrenaba duro durante todo el año y dejaba lo mejor de sí en el campo de juego, no le interesaba, ansiaba otro tipo de reconocimiento. Para ese entonces ya tenía en su cuenta, varios millones de dólares y no le interesaba ser desprestigiado por incompetentes. Daniel no volvería a España por el momento.

Martes 8 agosto de 2006.

Luego de buscar dónde hospedarse, Daniel cargó a medias, su bolso y sin hacer mucho alboroto salió por la calle principal. Durante la caminata por la avenida Gustave Eiffel se encontró con varios senderos bastante reducidos. Fue directo a una de las productoras de cine más importantes de París a pedir con su escaso francés, un presupuesto para el alquiler de cámaras, luces, y todo lo necesario para rodar una película. Luego se concentró durante tres meses a terminar de escribir el guion del largometraje. Tenía en su mente algunas ideas y en sus cuadernos varias anotaciones que necesitaban cobrar la forma adecuada para ser filmadas. Hizo llamar a un inexperto director de cine, y le propuso contratarlo para dirigir su film.

—¿Quiénes serán los protagonistas? —Preguntó André Pierrot acariciándose la barba finamente recortada.

—Yo y los actores que fueran necesarios —contestó Daniel.

Sin lugar a duda, la determinación era el bien máspreciado de Daniel Uzuriaga.

La vida, en particular en este mundo estaba determinada para que todo se hiciera por las “otras” personas, los humanos habían establecido un sistema donde los políticos debían administrar sus capitales, la policía debía protegerlos y Dios debía proveerles el sustento, donde se enseñaba a los niños que ante cualquier dificultad debían pedir ayuda, y que no podían resolver ninguna cuestión sin la mirada aprobatoria de los padres. Por tal motivo, la humanidad se dividía en dos grupos: el noventa y cinco por ciento de los seguidores y el cinco por ciento de los líderes. Daniel definitivamente estaba determinado a formar parte del selecto cinco por ciento.

Mientras estaba ocupado en la diagramación del guion de su largometraje, se le ocurrió iniciar con la filmación de un formato televisivo, se trataba de regalar gran parte de su fortuna. Exceptuando, claro estaba, el dinero que tenía destinado para la película.

Las publicidades salieron al aire: un ex jugador de futbol estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara, solo había que enviar una carta contando cuál era la necesidad y él viajaba a dicho lugar con un camarógrafo y convivía con la familia y el problema que tenían. El programa se vio a nivel mundial y Daniel repartió más de nueve millones de dólares.

Ciudad de Encarnación, Paraguay, sábado 25 de noviembre 2006.

Su teléfono celular sonó. Atendió con calma, era el mismo Joan Laporta que lo invitaba a la gran fiesta. Daniel aceptó gustoso viajar y reencontrarse con algunos viejos compañeros y empresarios de los que había aprendido muchas cosas que, aunque él no llevaba a cabo ninguna de ellas ya que el mundo de los negocios le agradaba un tanto menos que el del fútbol, valoraba sus enseñanzas que algún día quizás si se encontrase en la ruina, podría aplicar para alcanzar nuevamente la cima. Cortó la comunicación y sintió algo de nostalgia, pasar de una ciudad a otra, conocer tanta gente, siempre construía melancolías al final del día.

La pequeña niña que reposaba sobre una cama al costado de la de sus padres padecía una rara enfermedad genética y necesitaba la suma de cuarenta mil dólares para operarse y el pasaje a Estados Unidos. Daniel había viajado personalmente junto a su inseparable camarógrafo para asistir a su familia y brindarle toda la ayuda que necesitaran. Estaba convencido de que ese sería el último programa. Le daba mucha pena por las miles de cartas que había recibido, y por las miles de personas a las que no podría ayudar, pero todo ese trayecto había sido agotador. Ver la miseria y la necesidad tan de cerca, convivir junto a ella y saber que todo el esfuerzo del mundo no alcanzaría para suplir ni un ápice las carencias de la humanidad, era una sensación que lo venía amargando desde que había iniciado esa travesía.

—Algún día te pagaremos... —expresó la mujer.

—No tienes que pagarme nada.

Daniel se dirigió a la niña.

—Debes prometerme una sola cosa: que siempre serás feliz, que no desperdiciarás ni un minuto de tu vida en estar triste y con eso habrás pagado tu deuda.

La niña lo miró sonriendo mientras sus padres derramaban lágrimas emocionadas.

Una vez a la semana, para no tener ninguna distracción y nada que lo perturbara, se retiraba a alguna granja o casa de campo en las afueras de la ciudad en la que le tocaba estar y allí pasaba todo el día meditando y reflexionando acerca de las cosas que quería para su vida y del rumbo que estaba tomando, ese era uno de los secretos de su éxito. También llevaba una meticulosa diagramación de su vida y de las cosas que quería, cómo iba a lograrlas, el paso a paso para alcanzarlas y todo lo que hasta ahora le había dado esplendidos resultados. Si bien no estaba muy cerca de la espiritualidad, mucho menos lo estaba de la frivolidad.

Esta vez se sentía más libre que nunca, si bien el fútbol le había dado muchas cosas valiosas e inolvidables, nunca había sido el verdadero líder de su propia vida, era la primera vez que se sentía artífice absoluto de su destino, era la primera vez en años que podía conducir su vida y su tiempo como quería y no tenía que obedecer a nadie. Comenzaba a experimentar la sensación inigualable de la libertad de su tiempo y decisiones.

Ciudad de Barcelona, España, miércoles 29 de noviembre de 2006.

Hacía ya unos quince minutos que Daniel esperaba sentado a que aquella joven lo atendiera. Ella estaba ocupada con otros clientes y él la aguardaba impaciente. Una de las vendedoras que se encontraba desocupada quiso ayudarlo, pero él se negó.

—Estoy esperando a la otra vendedora, gracias, pero la necesito a ella —se disculpó Daniel.

Cuando al fin la chica a la que Daniel aguardaba terminó de atender a sus clientes se dirigió a él. Era una joven de grandes y perturbados ojos marrones, de figura grácil, pero de encantadoras curvas, vestida de manera deliciosa y presumiendo una limpieza absoluta en su piel.

—¿En qué puedo ayudarte? —Preguntó sonrojada.

—Te necesito porque eres la más guapa de todas, quiero que me vistas de la forma en que a ti gustaría encontrar vestido al hombre de tus sueños. Te cuento: hoy tengo una reunión muy importante y si quisiera impresionar a una mujer como tú, necesito estar a la altura hasta en el más mínimo detalle. ¿Comprendes?

—Creo que sí, es raro, pero entiendo —dijo la chica intentando disimular que no le impresionaba la fama, la fortuna y el talento de aquel sujeto.

La muchacha comenzó a enseñarle los más variados y costosos trajes, desde un Brioni que costaba 6.000 dólares hasta un Giorgio Armani de 3.500 dólares. Daniel los lucía frente al espejo esperando la aprobación de la muchacha.

—¿Qué opinas?

—Me avergüenza decirlo —dijo la joven echando la mirada por el suelo.

—Dilo, tendrás una jugosa propina por esto.

—Estás hermoso...

—¿Estás segura que un hombre vestido así te impresionaría? —Interrogó Daniel con cierta ironía.

—Sinceramente no —respondió la joven dejando ver una sonrisa cómplice. Ambos se echaron a reír.

—Acompáñame a la fiesta y te pagaré mil euros.

—¿Mil euros por entrar del brazo a una fiesta con uno de los hombres más apuestos y famosos?

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto que es un sí... «¿Qué clase de idiota diría que no?»

Alicia no podía más de la emoción. Llamó a su mejor y a su madre para contarles.

La lujosa mansión donde la fiesta se llevaba a cabo estaba plagada de celebridades del cine, los deportes, la música y algunos millonarios a los que les gustaba llamar la atención regodeándose entre artistas y deportistas notorios. Para Daniel no eran más que achacosos con grandes problemas de inseguridad.

Ingresó fotografiado por cuanto camarógrafo había en la puerta del evento. Alicia estaba bellísima y solo se limitaba a sonreír y a disfrutar de la que ya comenzaba a ser una velada increíble. Se preguntaba cómo había tenido tanta suerte de que una figura mundialmente conocida como lo era Daniel hubiese aparecido en el local donde trabajaba, la esperara especialmente y terminara por proponerle que la acompañase a semejante fiesta. Luego también se sintió algo desafortunada, la forma en que habían sucedido las cosas también podía entenderse como que un millonario escogió una muchacha en una tienda, tal como se escoge un par de zapatos y la trajo a la fiesta por algún dinero que para él era lo mismo que el vuelto de alguna golosina.

—Te dejaré sola por un momento. Si alguien llegase a faltarte el respeto, te cagas en todos sus muertos —aconsejó Daniel sirviéndole una copa de vino— y sírvete lo que gustes.

Alicia sonrió, se sentía muy segura y cuidada por aquel desconocido. Ya no le importaba si tenía que acostarse con él como una prostituta. Comenzó a suponer que ese fue su deseo desde un primer momento y a medida que las copas que pasaban por sus manos se vaciaban, esa idea le agradaba cada vez más.

Daniel regresó de saludar a varios conocidos. Solo eran unos pocos sujetos venidos de cunas humildes que habían alcanzado una posición económica más alta a causa de su esfuerzo a los que él les hablaba, detestaba a todos los demás, en especial a los herederos caprichosos que ejercían el oficio inepto de ser hijos de alguien importante. Patanes de pocas luces que despilfarraban fortunas que, aunque nacieran cien veces, no podrían acumular por sus propios medios. Luego de intercambiar algunas cortas palabras con sus amigos, se acercó a Alicia por detrás y le susurró al oído.

—¿Te has dado cuenta por qué la gente que no es famosa o rica o está con el hombre o la mujer de sus sueños no es feliz?

—No. Pero voy a ser feliz el día que tenga un hijo y pueda darle todo.

—¿Eso te parece que hace la felicidad? ¿Tener un hijo? Qué forma más mediocre de disfrazar la desdicha.

—¿Tú eres feliz? —Preguntó Alicia— supongo que sí, porque tienes todo eso que aseguras que es la felicidad, sin embargo, hubieras entrado solo a esta fiesta sino hubieses pagado para que alguien te acompañase...

Daniel no respondió.

Alicia se sintió un poco incomoda. Aunque trató de no ofenderse simplemente por no compartir una idea en la que por cierto nunca se había puesto a meditar o por el pesado silencio que aquel sujeto le había regalado. Quizás si lo pensara, llegaría a la conclusión de que él estaba en lo cierto. Pero ver la vida con tanta frivolidad no estaba en sus planes, significaba que solo podían acceder a la felicidad unos pocos agraciados y que los demás debían padecer la vida. No podía concebir ese tipo de ideologías.

—No creo que me hayas traído aquí para regañarme, coño.

Daniel bebió su copa hasta el fondo.

—Es parte del trato.

Ciudad de Barcelona, España, jueves 30 noviembre de 2006.

Despertó esa mañana sobre el sofá de cuero sintético blanco que estaba colocado torpemente a un costado de la puerta de la habitación del hotel. Alicia dormía en la recámara. Se había acostado sin quitarse las ropas, pero durante la noche se había quedado solo en ropa interior. Daniel tomó un baño y ordenó el desayuno para ambos. Alicia abrió los ojos lentamente sacudida por el delicioso aroma a café caliente.

—Ahí tienes tu dinero. La he pasado muy bien contigo, te lo agradezco —expresó Daniel con una sonrisa en los labios.

Alicia no sabía si tomar el dinero, eso significaría que no lo volvería a ver, que su función terminaba allí y ella quería seguir pasando tiempo con él.

—Yo también la he pasado de maravilla... —se quedó unos segundos meditando en sus próximas palabras— no voy a aceptar ese dinero.

—¿Por qué no? Es tuyo, lo prometí.

—Debo ir a trabajar —dijo dejando la taza de café negro sobre la mesa.

Daniel no terminaba de entender o no quería entender lo que pasaba por la mente de esa muchacha. Él había cumplido con su parte del trato. Ella se encerró dentro de la habitación a vestirse. Estaba colocándose el vestido cuando él irrumpió en el cuarto.

—¿Te he faltado el respeto en algún momento?

—No, ¿por qué lo preguntas? —Consultó con unas ganas locas de besarle y arrancarle la boca de un mordisco.

—Porque no quieres aceptar mi dinero.

—No, no es eso... es que no puedo aceptarlo.

—Ok —se resignó Daniel.

Esa respuesta lo dejó más confuso que antes. Quizás debía seguir indagando ya que tenía un leve presentimiento de lo que ocurría, pero no podía estar del todo seguro hasta no tener una confirmación de ella.

Viernes 1, diciembre de 2006.

Alicia había estado distraída durante todo el día. Sus pensamientos divagaban en conversaciones imaginarias que le hubiera encantado tener con Daniel. Se preguntaba si hubiera podido hacer algo durante la fiesta para que él se fijara en ella, para que la eligiera, y que comenzara a amarla, pero no encontró una sola razón para ello.

Salió de su trabajo y se dirigía a su casa cuando sus ganas de hablarle fueron más fuertes que su orgullo y se decidió a marcarle.

—Perdón —se disculpó.

Alicia permaneció callada. No tenía excusa alguna, por lo tanto, debía ser sincero y conciso o quedaría como un idiota.

—No tengo ninguna excusa para llamarte. Hubo algo ayer por la mañana cuando no quise aceptar tu dinero que me trajo hasta aquí. Quería invitarte a salir, pero esta vez los dos solos. Si me dices que no, solo te dejaré continuar con tu vida.

El trató de esconder la sonrisa que se había dibujado en su rostro de manera instantánea.

—¿Dónde me vas a invitar?

—Podemos tomar un trago.

—Está bien —aceptó Daniel— pero no quiero que te formes ideas raras en la cabeza, solo estoy aceptando una invitación, lo cual no significa nada en absoluto.

—Ok —dijo ella algo desilusionada.

El lugar que Alicia había elegido era magnífico. El restaurante era un sitio muy romántico, con grandes y redondas mesas iluminadas de manera sutil por focos direccionados. Se sentaron en una de las últimas y comenzaron bebiendo algunas copas de vino.

—Estás raro —notó la chica al ver la midriasis en los ojos de Daniel.

—Caminaba por la calle y me encontré con un grupo, estaban fumando marihuana y al estar con ellos el humo me hizo efecto y ahora mis sentidos se han hiper-sensibilizado, te veo más hermosa que nunca. Tienes una piel perfecta, esos ojos brillantes, esa boca preciosa, pareces una muñeca de un cuento de hadas, eres un sueño... pero no puedo corresponderte.

Por un momento Alicia se sintió derretirse con las dulces palabras de aquel sujeto. Pero al siguiente instante todo eso se desmoronó.

—Debí suponer que ibas a rechazarme... —pronunció una desanimada Alicia.

—Créeme que no es a ti. De todas maneras, quiero ofrecerte que trabajes para mí.

Ciudad de París, Francia. Lunes 30 de abril de 2007.

El guion de la película ya estaba terminado, ahora solo restaba comenzar a rodarla. “Story of the eternal sad” fue el título que escogió. Barajaba varios que le gustaban, pero se quedó con ese que consideró el más apropiado para su historia. Primero fue llamar al dibujante que le realizaría el storyboard, luego comenzar con los ensayos para darle vida a cada uno de los personajes que eran bastante conflictivos y con historias muy singulares cada uno de ellos. Sucedió un poco lo que Daniel esperaba, durante el rodaje cada uno de los personajes del film había adquirido un carácter cada vez más pesado para interpretar por los actores. Daniel los conocía más que a sí mismo, sabía lo que quería de ellos y por eso dedicaba bastante tiempo en hablar con los actores acerca de cómo se desarrollaban, qué gestos hacían y todas esas pequeñas minuciosidades que él atendía al detalle.

Alicia lo había acompañado hasta Francia y descansaba en unas vacaciones interminables que habían comenzado desde el momento en que se besaron en aquel restaurante. Estar junto a él todavía le parecía un sueño.

Jueves 20, diciembre de 2007.

La película fue un fracaso rotundo, Daniel perdió cinco millones de dólares. Aunque aún su cuenta bancaria era elevada, ya que había recibido todo tipo de donaciones durante la emisión de su programa de TV que por el momento tenía en suspenso, no había dejado de donar dinero a cuanta organización de beneficencia se le cruzaba por el camino. Al principio Alicia sentía un orgullo extravagante por él y su desprendimiento y solidaridad, más con el correr de los días comenzó a pensar que llegaría el momento en que a Daniel se le acabara toda su fortuna a causa de esos mismos factores que hoy admiraba.

Empezar de cero, al menos en lo que a cine concernía, era una de las cosas más difíciles de lograr. El arte, los deportes, la política y la informática eran las carreras más difíciles del mundo, pero por eso también eran las mejores pagas y las que más reconocimiento y satisfacción personal lograban.

Viernes 21, diciembre de 2007.

Cuando el presupuesto de Daniel comenzó a recortarse y la vida que estaba llevando junto a su asistente no podía ser la misma en la cual gastaban dinero a mansalva. Alicia tomó una actitud más distante. Al principio él no quiso verlo, pero luego fue muy obvio que había otra persona que la había cautivado y seguramente ella lo había conocido gracias a él. Alicia se sentó a los pies de la cama donde Daniel trataba de repasar lo que había salido mal en su película.

—Voy a cambiar de empleo —expresó la muchacha jugando con el dobladillo de sus pantalones.

Daniel entendía perfectamente lo que esas palabras significaban. En el momento en que más la necesitaba para superar el mal trance por el que estaba atravesando, ella se alejaba.

—Evidentemente, tienes que pensar en lo mejor para tu vida y tu futuro. Lo entiendo.

Alicia no pudo evitar derramar una lágrima. Unos días atrás había conocido a un empresario acaudalado, con una fortuna sólida que apostaba más a lo seguro y no se embarcaba en aventuras ni sueños como Daniel. Podía hacer una carrera más prometedora a su lado.

—Yo quería algo más contigo, pero tú nunca me has permitido acercarme. Tú eres quien aleja a las personas.

Lunes 24 diciembre 2007.

Alicia lo había abandonado. Y cruzarla en algún evento con su nuevo jefe en un automóvil nuevecito no era algo agradable de tolerar. Obviamente ella jamás hubiese accedido al ambiente donde lo habría conocido a no ser por él que la llevó de ser una vendedora de ropa en una tienda en Barcelona, a vivir viajando por el mundo junto a los más afamados y prestigiosos personajes y aprender a manejar una de las agendas con más compromisos y pendientes que existía, si alguien podía con la agenda de Daniel Uzuriaga podría hacerlo con la de cualquiera.

«Esto es transitorio, esto no me va a doblegar, yo puedo superarlo, he tenido millones y los volveré a tener» —pensó Daniel.

Tenía que volver a fundar su imperio, pero esta vez sobre bases más sólidas. Elliot había dicho: “nunca es demasiado tarde para ser lo que pudiste haber sido”.

Europa le traía muy malos recuerdos, por lo que necesitaba un cambio rotundo; de todos modos, los contactos que tenía allí no desaparecerían y estarían junto a él cuando los necesitara.

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, martes 11 de marzo 2008.

Había decidido contratar una nueva asistente, era una manera de alivianar su mente, tenía tantas cosas en la cabeza que casi siempre acababa por olvidarse de todo. La primera en asistir al pedido se llamaba Evelyn, era una joven venezolana residente desde hacía años en Buenos Aires, de cabellos rubios y ojos verdes como la esmeralda, su cuerpo era voluptuoso, de pronunciadas curvas y altura perfecta, su cintura estrecha articulaba más aun la exuberancia de su cuerpo de diosa.

Para Evelyn era una simple entrevista más, que seguramente se convertiría en otro rechazo. Había estado buscando trabajo desde hacía meses sin obtener nada. Había comenzado a extrañar Venezuela, al menos allí tenía su propio empleo. Debía encontrar algo pronto o regresaría. No le agradaba demasiado la idea de volver, todos esperaban eso, que regresase con la cabeza a gachas y ella no quería darles el gusto de que la trataran de perdedora, por eso estaba decidida a soportar hasta el último minuto y a luchar hasta obtener lo que quería, que era conseguir un empleo y quedarse en Buenos Aires.

Hasta ese momento la suerte parecía no estar de su lado. Evelyn se sentó del otro lado del escritorio mientras Daniel revisaba su agenda, notó el nerviosismo en la forma en que la joven jugaba con sus dedos sosteniendo un sobre que seguramente contenía su currículum y documentación.

—Mira, el trabajo no es difícil, estamos vendiendo un producto, por lo tanto, tú tienes que estar absolutamente convencida de que el producto que vendemos en esta empresa es el mejor del mercado.

—Y ¿cuál es el producto que vendemos? —Interrogó la joven.

—Yo.

Evelyn sonrió por lo bajo.

—Tu primera tarea será llevarme a una reunión de empresarios. —Prosiguió Daniel—, antes de ir quiero decirte algo, no te dejes ordenar o maltratar por nadie y si alguno te llega a dar alguna orden o decirte algo que te haga sentir incomoda, simplemente lo mandas al demonio.

Si bien no cometería el mismo error que con Alicia, tampoco permitiría que se maltrate a la gente que trabajaba con él.

«Eso era todo». —Pensaba Evelyn. Ese sujeto no le había pedido un solo papel siquiera.

—Vamos —dijo él y ella lo siguió sin comprender totalmente. «¿Ya estaba contratada? ¿Así de simple?» —Se preguntaba.

Caminaron hasta el estacionamiento en donde Daniel le entregó las llaves de su Minicooper y

se ubicó en el asiento del acompañante. Al principio Evelyn se mantenía en silencio mientras él pensaba en una sola cosa, no se iba a enamorar de aquella mujer. Era muy hermosa. Y por un momento se arrepintió de siempre rodearse de mujeres bellas. Quizás debiera contratar una asistente fea.

—¿Te puedo preguntar algo? —Consultó Evelyn.

—Estás preguntando si puedes preguntar. Pregunta lo que quieras sin ningún pudor, yo no soy tu jefe y tú no eres mi empleada, eres mi colaboradora, tienes completa libertad conmigo.

—Nunca creí que tuviera la suerte de trabajar para alguien famoso y ahora que te tengo cerca quería preguntarte ¿Cómo has llegado a ser quién eres?

—¿Quieres imitarme?

—He dejado todo atrás en mi país para venir aquí a ser alguien y estoy muy emocionada de haber tenido esta suerte, pero por alguna razón no logro triunfar.

Daniel solo sonrió. Ella quizás esperaba una respuesta de él, pero al ver que esta no llegaba puso en marcha el vehículo y preguntó hacia dónde debía ir. Él le fue indicando con voz suave, casi inaudible. Miraba el paisaje de la ciudad, los edificios y las plazas, la gente y sus ocupaciones, odiaba y amaba todo eso. Sentía esa ausencia arrogante de creerse superior solo por haber salido en alguna portada de revista, por ganar más dinero que el común de la gente o por el simple hecho de haber escogido profesiones que eran admiradas por un gran número de infelices.

—Almorzaremos —dijo Daniel.

Cuando la reunión terminó, se sentaron a almorzar, Daniel la invitó a que pidiera a gusto. El mozo se retiró con la orden de ambos, saludando con amabilidad forzada. Daniel tomó aire para empezar a hablar, no quería ser demasiado extenso para no aburrirla, como tampoco deseaba ser muy breve para que no lo tomara como una ofensa o se sintiera poco importante para que él compartiera aspectos de su vida con ella. A partir de ahora ella iba a ser su confidente y la que estuviera manejando su agenda.

—Los primeros doce años de mi vida estuvieron condicionados por el temor al ridículo, por el retraimiento y la vergüenza, después fue la tristeza, quizás se debió a que no estaba siendo justo conmigo mismo y con mi potencial y luego exploté y de ahí en mas no paré de hacer papelones y el ridículo en donde me presentaba. Cuando uno vive enmarcado por el temor a quedar expuesto en situaciones vergonzosas, por lo general vive bien, vive tranquilo, pero nunca va a suceder nada grandioso, nada que merezca la pena.

Evelyn se quedó esperando a que continuara con la historia de su vida, sabía que quedaba más por decir y que si le interrumpía quizás no terminaría de relatar lo que tenía en mente.

—Creo que no triunfas porque aún no descubres tu talento, lo que realmente amas hacer.

Evelyn lo escuchaba con atención. Tomaba nota mental de cada una de sus palabras, quería pedirle que la ayudase a ser alguien importante, pero eso lo dejaría para más adelante. Por el

momento solo se dedicaría a aprender y a ganar la confianza absoluta de su jefe, aunque a él no le gustase que le llamase de esa manera.

—Y ¿Cuál es tu objetivo ahora? Porque te he visto regalar millones en todo el mundo en un programa de televisión...

—Ah, eras tú la que lo veía —bromeó Daniel.

—¿Vas a hacer algo similar?

—Veremos...

Miércoles 12 de marzo 2008.

Había despertado tarde esa mañana, Daniel la aguardaba en la puerta, y cuando pasaron algunos minutos la llamó a su teléfono celular. Ella atendió excusándose y le dijo que ya estaba al salir, que se había quedado dormida. Natalya, su compañera de cuarto era una chica de cabellos castaños largos y ondulados, ojos color del cielo y cuerpo pequeño, pero prometedor, había abierto la puerta y se dirigía hasta donde se encontraba Daniel con intenciones de hacerlo pasar. Él se quedó apoyado contra el marco de la misma.

—Invítalo no seas tonta, sino le dices tú le digo yo —le susurró su compañera de cuarto.

—Tú le dices y yo te mato —musitó Evelyn mientras su amiga reía con timidez.

—Hoy es el cumpleaños de Evelyn —dijo Natalya.

—¡Qué bueno! —Comentó Daniel.

—¿Vas a venir?

—Cállate... —regañó Evelyn a su compañera— no le hagas caso —lo miró con encogimiento.

—Hubiera sido un gusto venir, pero evidentemente tu amiga no quiere —se dirigió a Natalya.

Daniel avanzó hasta la salida, seguido de Evelyn que caminaba contrita.

—¿De verdad vendrías? —Preguntó con voz entrecortada.

Daniel no la miró en ese momento, tampoco respondería a su pregunta. Caminó algunos pasos y se detuvo a acomodar el dobléz de sus pantalones.

—Me esperan en una reunión muy importante, no te lo había contado porque estuve pensándolo mucho. Cuando lleguemos te vas a enterar de qué se trata.

Evelyn se sonrojó. Subió al automóvil y lo puso en marcha. Temía que Daniel se hubiese molestado, pero ¿Cómo iba a suponer ella que él quisiera asistir a su cumpleaños y en su departamento tan humilde?

El recinto estaba adornado de azaleas y guzmanias que colgaban de unos apliques en las paredes y algunos cactus en las esquinas. Pisos alfombrados en un beige de pelo largo, asientos enanos y mesas ratonas. Más atrás, una puerta de madera tallada a la que Daniel se dirigió con confianza, como si la hubiese identificado de alguna descripción que le dieran. Seguido por Evelyn, ingresó al cuarto en donde aguardaban varias estrellas y personalidades de todo el mundo, en su gran mayoría, mujeres. Daniel ya les había adelantado algo por teléfono de lo que se trataba aquella reunión y ultimó los detalles aquella mañana.

—Lo que me propongo es una tarea delicada, mi idea básicamente es la de resguardar en una

suerte de hogar, a mujeres víctimas de violaciones, tratas de personas o maltratos familiares. Para ello necesito construir un edificio para albergarlas...

La fundación llevará mi nombre y eso ya le transfiere todo el prestigio que pueda requerir.

Evelyn miraba por la ventana de vidrios espejados lo que suponía era una realidad que se derretía. Tenía esa extraña sensación de no pertenecer allí y de estar todo el tiempo en riesgo de ser expulsada.

Salieron del lugar. Daniel había conseguido los cheques y donativos necesarios, estaba listo para comenzar con su fundación. Sus acciones pasadas le otorgaron la credibilidad para que depositaran la confianza y el dinero que necesitaba para llevar a cabo sus objetivos.

—Tómame el resto del día libre, festeja tu cumpleaños. Mañana pasaré a recogerte.

—¿Cómo lo haces? Entrás a un lugar y las personas te extienden cheques de millones de dólares

—Es lo que construye un hombre en el que la gente confía, créeme no se logra de la noche a la mañana... que tu palabra sea una firma tarda años de no desviarte ni un ápice de tu camino.

Evelyn se fue con un sabor amargo en la boca. Había admirado toda la charla de Daniel, era muy apuesto físicamente y había tenido algún pensamiento sexual en varios momentos de lo que duró la reunión, sin embargo, la única oportunidad que tuvo de que él asistiera a su casa como uno más entre sus amigos la había desperdiciado por no tener el suficiente valor. Los vicios podían acumularse uno tras otro sin entorpecerse entre sí, por el contrario, potenciándose, a diferencia de las virtudes que celosas se anulan unas a otras en medio de memorias prostitutas y erosionadas. Evelyn sentía todo el peso del desaliento sobre su belleza, de qué poco le servía ahora frente a un hombre como Daniel, de no conocerlo hubiera creído durante toda su vida que con la hermosura que le recubría los huesos y órganos que la sostenían viva, habría bastado para que un hombre perdiera la cabeza por ella, y sin embargo no sucedía, Daniel se mantenía distante, demostrándole el afecto justo y necesario para mantenerla a su lado, sin demasiados obsequios más que invitaciones formales a salir para hablar de asuntos referidos al trabajo o algún detalle tal como un pimpollo de rosa o una botella de vino que acababan bebiendo entre ambos, pero nunca más que eso.

Jueves 13 de marzo de 2008.

Lo conoció durante uno de sus viajes a Nueva Guinea, durante el rodaje de su programa televisivo, era un doctor francés llamado Clément Bahebeck perteneciente a médicos sin fronteras. Años atrás, Daniel le había dejado su número de teléfono con la consigna de que lo llamase si necesitaba su ayuda y aunque Daniel ya no disponía de toda la fortuna con la que contaba en aquel entonces, estaba dispuesto a ayudar y a viajar a donde fuese necesario. En aquella llamada, Clément le explicaba que un frente del ejército nigeriano había masacrado a más de veinte familias en una aldea igbo en el sudoeste de Nigeria, que bien podía considerarse un acto de piedad ya que la tuberculosis, el hambre y el sida estaban devastando aquella región, que no sabía a quién recurrir y que solo había pensado que, si una figura de carácter internacional estaba en el lugar y daba a conocer la situación, al menos cesarían las matanzas y mutilaciones.

Daniel estuvo rumiando aquella noche casi hasta el amanecer. Cerca de las 2:00 AM decidió llamar a Evelyn.

—Hola Daniel. —Atendió Evelyn desconcertada. Por su cabeza pasaban infinidad de ideas, la que más le entusiasmaba era creer que él había estado pensando en ella hasta esas horas y luego se decidió a llamarla y decirle que sentía algo por ella.

—Perdona la hora, pero necesito hablar contigo.

—No te preocupes por eso, dime ¿qué sucede?

—Recibí la llamada de un amigo. —Dijo Daniel e hizo una breve pausa para considerar cuál sería la respuesta de su asistente—, debo viajar a Nigeria, es un viaje de treinta horas, la pregunta es ¿quieres venir conmigo?

Evelyn se quedó atónita, no sabía qué responder, todo en ella le obligaba a pronunciar un ensordecedor sí, pero esa palabra estaba estancada en su garganta sin poder salir.

—Creo que deberías dejarme pensarlo, ¿puedo darte una respuesta mañana?

—Claro que sí.

Ella terminó la comunicación y se dio la vuelta en la cama. La idea de viajar sola con él la había exaltado sobremanera. Un viaje de treinta horas a su lado, descansando en algún lujoso hotel, o mejor aún en uno no tan lujoso donde solo hubiera una habitación. De pronto comenzó a acariciarse la entrepierna, apretó fuerte la almohada simulando que estaba junto a ese hombre, pero luego se sintió algo confusa, no lo quería solo para tener sexo, le encantaría tener toda una vida junto a él, por lo que desistió de continuar masturbándose e intentó dormir.

Viernes 14 de marzo de 2008.

Era plena mañana cuando Daniel tocó el timbre de la casa de Evelyn, ella salió a la calle y se subió al automóvil con una soltura que demostraba la seguridad de la tarea que se realizaba con frecuencia, estaba comenzando a sentirse en confianza y hasta una parte importante en la vida de su jefe. Le había prometido darle una respuesta y sabía perfectamente que él no volvería a preguntárselo, se iría solo o contrataría a alguien más.

—Iré contigo —dijo Evelyn antes de saludar, apoyando el pie derecho cerca del pedal de freno.

Él sonrió para sus adentros evitando que algún gesto se manifestara en su rostro. La muchacha tomó el asiento del conductor y apretó fuerte el acelerador, el vehículo silencioso se apresuró sobre una mañana que expandía su resplandor arrebatando a los rayos del sol como emisarios blancos y suaves, acariciando los pastos recortados por canteros y caminos de adoquín. Algunos riegos de las casas que poseían patios delanteros estaban encendidos y ese agradable olor a flores que imprimía el aire con cada ventisca que asomaba por las ventanillas del automóvil, despertaba fantasías desesperadas. Salieron pronto de ese barrio para internarse en el centro de la ciudad, el ruido estrepitoso de bocinas y motores de autobuses, taxis y camionetas, de transportes apurados e impacientes alteraban el ambiente. Se detuvieron a desayunar en la misma cafetería de los últimos días. Se sentaron de frente sin hablar. Fundido cada uno en sus propios pensamientos que, sin saberlo, pero sospechándolo levemente, eran los mismos. Ambos tenían aquel viaje en mente.

El resto del día transcurrió sin muchos contratiempos ni excepcionalidades. Al fin llegó la tarde y el momento de despedirse. Daniel conducía durante los últimos tramos el automóvil y lo aparcó frente al departamento de Evelyn. Le había llegado un mensaje: sus pasajes estaban listos.

—Tengo los boletos de avión listos para partir el lunes por la tarde. Puedes ir preparando las maletas y tenerlas listas para entonces —Daniel acomodó su cuerpo para enfrentarse lo más que pudiera a su asistente— este viaje no será para nada agradable, veremos gente morir de hambre, infectada de V.I.H., mutilada, en situación de extrema pobreza y cosas así de horribles. No será un viaje de placer ni de negocios. Gastaremos la menor cantidad de dinero posible en nosotros y daremos todo lo que podamos dar para ayudar a esta gente.

Evelyn asintió con la cabeza. Sus ojos se habían cristalizado, la emocionaba poder asistir junto a Daniel a un suceso de tales características. Un viaje de caridad con el simple motivo de ayudar a otros, de colaborar para hacer que el mundo sea un poco mejor, una aventura hermosa y solidaria y por qué no, de amor. Besó a su jefe en la mejilla con una ternura distinta a la de días anteriores, lo admiraba de verdad, jamás había creído que conocería a un hombre así. Quizás para otro tipo de mujer, Daniel era un demente que no sabía qué diablos hacer con su dinero, pero ella veía algo más sustancial. Se bajó del vehículo antes de que alguna lágrima se le escurriera

—Es un honor trabajar con usted, señor —dijo y se aventuró dentro del edificio, pero la voz de Daniel la detuvo.

—¡Te olvidas del auto! —Gritó sacando la cabeza por la ventanilla— quiero que te lo quedes por si lo necesitas este fin de semana.

Evelyn había olvidado que el automóvil quedaría en su poder, de modo que regresó. Daniel bajó del vehículo dejándolo en marcha y llamó un taxi que se aproximaba por la bocacalle.

Sábado 15 de marzo de 2008.

Estaba a punto de llamarlo, le temblaba la mano, su corazón comenzó a latir con más fuerza, un calor le invadió el rostro, y el estómago se le contrajo, ¿Por qué? Trató de buscarle una explicación razonable, tenía los mismos síntomas que si estuviera enfrentándose con la muerte ¿de dónde provenía ese miedo? ¿Qué podría sucederle? Nada. ¿Por qué estaba temblando entonces? Sin lugar a duda la proximidad de un eventual riesgo físico como de un posible rechazo amoroso provocaban la misma química en el organismo, la sensación era desesperantemente similar. ¿Qué diferencia había entonces, emocionalmente, entre un soldado a punto de salir al campo de batalla y una mujer a punto de declarársele al hombre que ama?

Lo que al final decidió fue que le confesaría su amor durante el viaje.

Lagos, Nigeria, miércoles 19 de marzo de 2008.

El conductor del viejo Jeep era un hombre negro de malos modales y aspecto desgarrado, como harto de estar a un lado y al otro de las miserias humanas. El viaje de tres días de vuelos y aeropuertos había sido agotador y habían descansado todo el día anterior en un hotel sin tener energías, ni bien apoyaron sus cabezas sobre la almohada se durmieron profundamente.

Ahora estaban camino a una comunidad Igbo en el estado de Delta, a 300 kilómetros de Lagos.

Cada recuento de horas desglosaba los párrafos de la historia de la vida, de la única que importaba, de la de quien vive. El paisaje era desalentador. Evelyn se preguntaba cómo la gente podría haberse instalado alguna vez a vivir allí y por qué continuaba en esos lugares. Estaba a punto de compartir sus pensamientos con Daniel cuando la ráfaga de ametralladora enmudeció los instantes y dejó al tiempo detenido en un recuerdo lejano en un tiento de gloria imperfecta, envasado en una corazonada que no se anunció por no improvisar un miedo contagioso o cabalgar sobre una cobardía, pero era razonable y acabó por ser cierta. Quizás las balas se sintieron antes de ser disparadas, y el plomo se derritió por la sequedad de la tierra y el calor del sol. Cuando el fuego cesó, la polvareda continuaba viajando por los aires. El conductor apretujaba el volante tratando de descubrir dentro de la sordera de su cerebro si alguna munición lo había alcanzado y no, estaba ileso. Evelyn se palpó el cuerpo y suspiró un alivio causal. En cuanto voltearon hacia Daniel, el pesar los hamacó hasta el vórtice de un arrumaco inexacto. Ella se apresuró a llorar y a estremecer sus miembros intentando alcanzarlo, mientras inundaba sus ojos con lágrimas. Él regaba de sangre el viejo Jeep tratando de no cruzar la frontera de la vida y la muerte. Intentó no perder la consciencia. Sintió, no obstante, las sacudidas y el grito lejano de la chica cayendo por un abismo.

Sábado 22 de marzo de 2008.

Su tarea no había siquiera comenzado. El doctor Clement estaba cambiándole el suero y lo vio despertar.

—Tres disparos en tu abdomen, tienes suerte de estar vivo.

—Te he fallado... —masculló Daniel.

—No digas tonterías —le recriminó el médico.

Un largo y pesado silencio los acarició durante varios minutos. Por la cabeza de Clement deambulaba el arrepentimiento como ninguna otra idea podría hacerlo, había llamado a su amigo y casi le había costado la vida solo por ayudarlo.

—No debí traerte aquí y ponerte en riesgo innecesario, soy un idiota —aseguró Clement— tú eres más útil en reuniones con millonarios consiguiendo dinero, no aquí baleado...

—Nadie me trajo a ningún sitio, vine solo.

—Por otro lado, el mundo está hablando de ti, hay cientos de canales contando tu historia en este momento, si querías hacerte oír lo has conseguido.

Los días subsiguientes el doctor Clement tuvo que explicar a varios periodistas acerca de la situación de Daniel y aprovechó para contar el motivo por el que había viajado hasta allí.

Volvería a Buenos Aires con una parálisis temporal, una de las balas había quedado alojada en el hueso de la cadera y tardaría en recuperarse, según las propias palabras del doctor Bahebeck. Daniel no terminaba de darle crédito a su amigo, un signo entorpecido de culpa y tristeza moldeaba su rostro descubriendo sus sentimientos. Pero era la realidad y había que afrontarla.

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, domingo 30 de marzo de 2008.

Evelyn había mudado la mayoría de sus cosas a la casa de Daniel. Pasaba todos sus momentos junto a él y parecía no desagradarle. «Seguramente está haciendo esto por mí para que le deje en herencia toda mi fortuna si me llegara a morir» —pensaba el joven. De todas formas, había decidido comprarle una vivienda para que ya no tuviera que preocuparse nunca más por los alquileres o por no tener donde vivir. Y todos los cuidados y la atención que ella le brindaba serían recompensados. Era una pena no poder amarla y hacía un gran esfuerzo para quitar de su mente esos pensamientos empalagosos de caricias, besos y palabrerías cursis, conjugadas con llantos, celos e impertinencias. Su negación a sentir era una decisión profunda que se gestaba a partir de una desconfianza que lo alejaba de cualquier momento especial, su espíritu desangelado lo estaba consumiendo.

Evelyn lo saludó con un abrazo profundo y acalorado y él no se permitió saborearlo, era muy dulce para lo que creía merecer fuera de su dinero marchito y su fama agotada.

—Tienes que ir a rehabilitación, —la muchacha colocó algunas prendas cuidadosamente dobladas sobre la cama— voy a ayudarte a que te vistas.

—No voy a ir... —se quejó lo mismo que un chiquillo malcriado.

—No permitiré que te rindas —lo retó como su madre hubiese hecho.

Se sentía avergonzado de que esa muchacha a la que había contratado para trabajar junto con él, a la que creía estaba sacando de una vida monótona, rescatándola del anonimato y la pobreza, ahora lo estaba salvando a él.

—¿Qué pasará con tu amiga? No podrá pagar ella sola el alquiler del departamento ahora que tú estás aquí.

—Dijo que buscaría algo más económico.

—De ninguna manera. Dile que no se vaya de allí, yo me voy a hacer con los gastos, por mi culpa ella no va a quedarse en la calle.

—No tienes que hacer eso...

—Sí, tengo qué...

—De acuerdo se lo diré.

—No, llámala ahora mismo —ordenó muy a gusto con el imperativo de su voz, siempre sentía que las órdenes que provenían desde el honor o el deber debían ser cumplidas independientemente de quien las dictase.

lunes 31 de marzo de 2008.

De pronto sintió su presencia aparecer de manera estridente, el deseo de que fuera ella lo conmocionó. Una sonrisa brillante se dibujó en el semblante de Evelyn acristalándole la dicción.

Daniel la observó, parecía una princesa acabada, su caminar indeciso emergía por sobre los nervios de la mentira que todas las personas debían decirse día a día para no suicidarse.

—Necesito tomarme un minuto, no quiero olvidarme de nada.

Se sentó con timidez sobre una mesa ratona acolchonada, tapizada de cuerina blanca que a los pocos segundos empezó a provocarle una transpiración poco frecuente en sus glúteos. Los nervios y el cuero sintético no eran una buena combinación.

—Quiero decirte que no puedo dejar de pensar en ti, me acuesto pensando en ti, abrazo la almohada figurando que eres tú, me despierto y tu nombre es lo primero que viene a mi mente, y creo que esto de vivir contigo complicará aún más mi situación. Necesitaba decírtelo y necesito que me pongas en mi lugar, me rechaces como supongo que lo harás y así pueda dejar de vivir en esta ilusión y continuar con mi trabajo con el que realmente estoy muy contenta y no quiero echar a perder por esta estupidez.

Daniel mantenía su mirada sobre los ojos de Evelyn que permanecía sonrojada esperando las palabras que le derribasen sus ensueños.

—¿Desde cuándo pensabas en hacerlo y no te animabas? —Pronunció el joven con sigilo y en tono amable.

Ella no contestó. No era la respuesta que esperaba. Dejó escapar una mueca que denotaba un desconsuelo épico y bajó la mirada intentando descubrir que era lo que sucedía ¿estaba rechazándola o animándola a que continúe?

—¿Estás nerviosa? —Preguntó al ver que ella no respondía, pretendiendo predecir la razón por la cual no lo hacía.

—No ¿por qué? —Mintió apresuradamente.

—Eso significa que no te gusto mucho, cuando alguien nos gusta demasiado nos ponemos nerviosos.

—Estoy temblando de los nervios, —sonrió— mi corazón late como si fuera un tambor —confesó acorralada por la esperanza de imaginarse junto a él.

No estaba del todo convencido de si debía ilusionarse con esa mujer. Algo en su interior lo hacía desconfiar de todas las personas que se le acercaban. Más aun cuando se trataba de mujeres. Siempre pensaba que ser famoso y adinerado traía aparejada una soledad insuperable. Salvo

alguna que otra novia fugaz que hubo de tener durante su adolescencia, antes de convertirse en una figura del deporte y algunas mujeres con las que no habría pasado más de una noche, nunca se había enamorado de alguien.

Esparcía dudas detrás de las paredes de sus sueños, tal y como cuando era niño y soñaba con todo lo que hoy había alcanzado. De pronto vio a Evelyn salir de la habitación y se sintió preparado para morir, quizás porque ninguno de sus síntomas le aconsejaba hacerlo. Cansado se durmió.

Al parecer su estadía en los bordes de la muerte le había configurado desperdicios nauseabundos de un trayecto incapaz de acometerse, nadie escaparía de la muerte si la hubiera conocido realmente. La muchacha lo dejó solo en el baño, no por propia voluntad sino por la insistencia de su obstinado carácter. Quería asearse solo, sin la ayuda de nadie, no tenía que soportar tanta humillación. Sin embargo, Evelyn aguardó tras la puerta del baño por si necesitara algo o por si acaso llegara a accidentarse en alguna maniobra.

Miércoles 2 de marzo de 2008.

El primer intento por volver a caminar fue un total desastre. La única razón por la que Daniel no lloró fue porque la tenía enfrente. Terminó de bruces en el suelo manteniendo la respiración agitada y enfurecida. Saboreó el fracaso en su órbita más elemental. Evelyn acudió a tratar de ayudarlo a incorporarse y Daniel pudo volver sobre las barandas de metal. Una cosa era la idea de no volver a caminar y otra muy distinta la asimilación de esa idea, cuando el concepto comenzaba a volverse una realidad profunda en lugar de un evento pasajero y salvable.

Llegó la noche y Daniel con la ayuda de su novia se acostó en la cama. Evelyn se dirigió rumbo al baño y regresó luciendo un conjunto de ropa interior rosa que casi infarta la vista del muchacho.

—¿Puedo dormir contigo? —Preguntó ella.

—No —respondió dándose la vuelta y disponiéndose a dormir.

Evelyn se sintió humillada como pocas veces en su vida, nunca más volvería a intentarlo.

Viernes 4 de abril de 2008.

Gastó más de tres millones de dólares, pero adquirió todos los cuadros de la colección Holodomor de Katja Esler. Incluso “más allá de las fronteras del dolor”, un cuadro que la artista se negaba a vender y que acabó valiendo una fortuna.

La convocatoria a una conferencia de prensa había tardado unos pocos minutos en anunciarse y en agotarse. A diferencia de lo que todos los periodistas creían, Daniel anunció esa tarde el desapego a todos sus bienes y su retiro de los medios de comunicación, su renuncia a escribir, a volver a filmar películas, y a todo lo demás.

—¿Por qué esa decisión Daniel? —Preguntó uno de los periodistas acreditados.

—Bueno, mi padre mató a mi hermana y a su novio la misma noche que mi madre lo asesinó a él y se quitó la vida, yo me quedé solo en el mundo y ahora la única persona que me acompaña y a la que parezco importarles un carajo y necesito comprobar si me quiere realmente sin toda esa parafernalia.

—¿Qué pasará con el dinero y con las fundaciones que dependen de ti?

—Hay un fondo sólido y una administración estupenda en mis fundaciones, pueden sobrevivir sin mí. En cuanto al dinero no voy a dar muchos rodeos, la gente que lo necesite solo debe enviarme la cantidad que requiera y le extenderé un cheque hasta que los fondos se agoten y eso es todo —Daniel sostuvo por varios segundos una hoja de papel donde figuraba una dirección de correo electrónico donde debían escribir quienes solicitaran parte de su dinero. Los periodistas en tanto no dejaban de bombardearlo con preguntas, pero él se mantenía en silencio hasta que se cansó y se retiró del lugar empujando las ruedas de la silla.

Jueves 17 de abril de 2008.

El cambio fue deliberado, comenzó por dejar de recibir la cantidad de llamados telefónicos a los que estaba acostumbrado, al parecer el dinero era mucho más importante que el prestigio, que la notoriedad, que la incansable contribución a sus semejantes, nada de eso tenía ya valor. La fama lo abandonaría sin contemplaciones, aunque toda su vida creyó o quiso creer lo contrario, la fama solo podía sostenerse con el caudal del dinero, el retiro y el olvido tanto como la austeridad y el fracaso eran sinónimos inflexibles. Todas las mujeres que suspiraban por él, no le prestarían más atención, a ninguna le interesaba entrar con Daniel Uzuriaga a un restaurante y ser reconocido aplaudido si luego no alcanzaba a pagar la cuenta. La falta de dinero desvanecería su antiguo universo volviéndolo una sombra, y allí sí, estaría pisando la realidad y sabría con certeza a quién tenía a su lado.

—Este es el último cheque que extiendo. El dinero se ha agotado —comentó Daniel. Evelyn levantó los hombros y continuó leyendo una revista de moda.

Cuando se ha tenido el mundo a los pies, solo colapsar sobre un anatema puede aspirar a reparar esa sed de gloria e importancia cíclica que sabía imponerse dentro de cualquier introspección. Un solo recuerdo más acerca de esos tiempos entrañables que había decidido abandonar, antes de que indefectiblemente lo abandonasen a él, lo hubiera pulverizado. Afortunadamente se desprendió de esos pensamientos a tiempo y se dejó acometer por la simplicidad de la idea de la existencia tenue que le esperaba. Caviló albergado por una bocanada de desaliento en cuanto el sol cayó sobre la mesa quejumbrosa de madera tersa, reflexionó con pesar acerca de toda su vida, solo quien vive sabe cuándo su fin está próximo.

En algún acceso de locura o insatisfacción podría llegar a amar a Evelyn como cualquier persona normal, pero prefería abandonarse a la idea de que ella ya no le quería a causa de su distanciamiento con el estrellato. Se sorprendía cada mañana de verla a su lado y se preguntaba en qué momento aceptaría que él no era más una celebridad y lo abandonaría. Sin embargo, la sonrisa de Evelyn brillaba aun con más intensidad por las mañanas y lejos de irse, se paseaba por el parque con mirada soñadora.

Sábado 3 de enero de 2009.

Sin darse cuenta comenzó a caminar poco a poco hasta desprenderse completamente de la silla de ruedas, tanto que ya no se acordaba cómo la necesitaba.

Recordó su infancia y el mundo de fantasía, de ilusión en el que estaba inmerso. Era su propio mundo, un mundo de ensueños donde todo era posible. Hasta que un día comenzó a mirar más allá de ese mundo y a ver que la realidad era muy distinta, vio muerte, hambre, odio, sangre y dolor, cosas que eran inexistentes en aquel universo perfecto se volvieron tangibles y aplastantes. Entonces se dio cuenta de que había perdido la inocencia y comenzó a desear morir. Porque ya era parte de esa muerte, hambre, odio, sangre y dolor... y dentro de él comenzó despertar un sufrimiento dormido que solo necesitaba un poco de estúpida inteligencia para hacerlo. Allí mismo empezó a llorar por siempre, mientras continuó riendo, mintiendo, amando y sobreviviendo, sin saber jamás quien realmente era, sintiéndose un hipócrita por no ser él mismo, y él mismo no era nada.

Ese dolor que se hacía cada vez más intenso y más frecuente llegaba por las noches inundándole el alma y ahogándole. Hasta que alcanzó un punto en el que se dio cuenta que ya nada podía calmarlo y que todo lo que hacía para olvidarlo no era suficiente y se volvió inservible. En ese momento supo que nunca iba a poder ser feliz. Desde entonces, todo perdió su esencia; el amor se tornó algo inútil que solo servía para calmar temporalmente la nostalgia. Y allí decidió que aquel juramento fue una total idiotez. Por lo tanto, decidió volver.

Ciudad de Oslo, Noruega, viernes 10 de diciembre de 2010.

La votación había sido en octubre de ese año. El Comité Noruego del premio Nobel de la paz concluyó una lista con 237 aspirantes, incluidas 38 organizaciones sociales e internacionales. La compañía de televisión noruega NRK había dado la noticia de que la decisión final fue otorgar el premio a Daniel Uzuriaga.

El Premio Nobel era un galardón que se otorgaba distribuido en cinco categorías. A los laureados de Medicina o Fisiología, los determinaba el Instituto Karolinska de Suecia; a los de Física y Química y a los de Economía, la Real Academia de Ciencias de Suecia; a los de Literatura, la Academia de la Lengua y Literatura de ese mismo país y solo el Comité noruego otorgaba el Premio Nobel de la Paz.

La ceremonia de entrega se celebraba en Oslo, como era tradición, esa misma noche en conmemoración al día de la muerte de Alfred Nobel, fundador de los cinco Premios que llevaban su nombre.

Ante una multitud que lo aplaudía de pie, soltó la mano de su acompañante y subió al estrado a decir algunas palabras. No tenía un discurso preparado. A último momento había decidido improvisar. Desde abajo, Evelyn le guiñó un ojo y él le devolvió una sonrisa cómplice.

—Humanos: el día del juicio se acerca, para hacernos pagar el injustificable pecado que cometimos cuando nos atrevimos a respirar. Brindo porque así sea.

Todos los concurrentes se quedaron con la boca abierta. Algunos murmuraban que se había vuelto loco y que su desprendimiento era solo producto de su demencia, otros alegaban que un galardonado al premio Nobel de la paz no podía desear la muerte de la humanidad.

Daniel se bajó del estrado. Ni bien salió de aquel salón un periodista lo abordó con un micrófono en la mano.

—¿Es pertinente desear la muerte de la humanidad luego de recibir el premio Nobel de la paz?
—Preguntó con ironía el periodista.

—El ser humano es el único espécimen que perturba la paz del mundo, yo creo que si debo hacer honor a este premio es muy pertinente desearle la muerte.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a escribir las peores canciones y a filmar la película más detestable del mundo, así ustedes se libran de mí y yo de ustedes.

De pronto abrió la puerta del cuarto de baño y quedó enfrentado a la bella Evelyn sin poder mirarla a los ojos.

—No creo que pueda amarte nunca —dijo Daniel.

—¿No soy lo suficiente para ti? —Preguntó con ojos lacrimosos.

—No digas estupideces, eres más hermosa que cualquiera.

—¿Y entonces?

—Aun así, no quiero que te vayas...

—No lo haré —prometió ella.

Interrumpiendo una conversación más que terminada, el teléfono celular de Evelyn sonó, ella contestó casi sin ánimos y luego de unos instantes se lo pasó a Daniel.

—Es mi padre, quiere hablarte.

La muchacha extendió la mano con el aparato y se lo entregó conteniendo fuertemente las lágrimas dentro de sus ojos. Daniel saludó cordialmente al padre de la chica y se quedó unos instantes oyendo lo que este decía.

—Voy a comprar una casa para su hija, porque una cosa es ver por TV el estado del mundo, pero otra muy distinta es estar allí, estoy algo complicado, cuando estaba por viajar recibí tres amenazas de muerte... Sí, parece que no a todo el mundo le agrada la paz... y a un vendedor de armas por ejemplo... el punto es que quizás algún día no regrese y no sé qué sucederá con mi dinero, por lo tanto, quiero asegurarme que su hija esté bien.

Daniel cortó la comunicación telefónica luego de despedirse con amabilidad y le entregó el teléfono a su dueña.

—No me habías dicho que te habían amenazado de muerte, no quiero que te pase nada —reprochó Evelyn.

—Eso está fuera de tu alcance.

La actualidad

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, martes 4 de enero de 2011.

Se instalaron en una habitación de hotel de la Capital Federal. Evelyn salió del cuarto de baño con el teléfono celular en la mano, tenía una expresión contrita y caritativa. Daniel tomó el teléfono preguntándole quién estaba del otro lado, pero su novia no le respondió, solo abandonó la habitación para que hablase en total privacidad.

—¿Quién habla? —Preguntó desconcertado por el extraño comportamiento de Evelyn.

—Mi nombre es Julieta... Julieta Pedernera.

Daniel no tenía la menor idea acerca de quién era esa mujer, pero su apellido era inolvidable e inquietante. Miles de interrogantes cabalgaron por su mente en menos de un segundo.

—¿Cómo sabes acerca de ese diario? —Fue la primera pregunta que se le cruzó a Daniel.

—Pusieron ese diario en la cuna de mi hermano al nacer. Cuando él murió, y yo fui a hablar con tu tía Celina, recordaba ese cuaderno porque mi hermano jamás me había dejado leerlo, le pregunté a tu tía por él, pero me dijo que era parte del pasado que me olvidara... pero nunca pude olvidarme.

—Tampoco quiso dármelo, lo tuve que recuperar en Venezuela, no sé siquiera por qué lo tengo, debería haberlo quemado junto con todos estos recuerdos de mierda.

—Sabes que no puedes hacer eso. Necesitamos hablar.

—Sí, lo sé...

Miércoles 5 de enero de 2011.

Abrió la puerta de la habitación de Illel, mientras que en su rostro se dibujaba una convulsión de emociones sacudidas y condensadas por una marea de convergencias inestables que le expulsaban las entrañas para contraer anatemas de presión hasta la médula.

Los recuerdos bañaban su mente limpiándola del presente y le devolvían la inseguridad de un destino atrasado. Allí quedaba lo que no debía ceder, lo que juró no ser jamás: un recuerdo olvidado. Luces en la habitación. Las fotografías de su hermana entorpecían sus intentos de recrear aquella perdida familia que se desfiguraba en su cabeza. No podía reconstruir un solo momento, salvo su vieja lágrima, aquella que nunca secó, que jamás dejó de rodar por su mejilla.

Todos habían muerto, incluso su madre, superada por las circunstancias de los acontecimientos, no lo tuvo en cuenta al tomar la última decisión, no pensó en lo solo que se quedaría su hijo pequeño al momento de matarse. Todos lo habían olvidado y habían actuado tan egoístamente que, debido a ello, él no podía amarlos.

«Illel siempre fue la preferida» —Pensaba Daniel.

Un descuento del futuro y el presente podía revelarse como una fotografía panorámica de las acciones realizadas. Suspendió los tiempos por falta de acopio y estacionó su imaginación a un costado de la realidad, jugó con la idea de ver a Katja, Nancy y Alejandro como sus huéspedes, conversó con ellos y les confesó sus penas y lo que no había podido alcanzar en la vida, la facultad de enamorarse sin prejuicios de intereses conjugados, de desconfianzas gangrenadas y apariencias fugaces; la capacidad de aprender a recibir en lugar de solo dar. Por momentos le parecía estar pagando una deuda anónima, no entendía su necesidad de estar siempre a disposición del prójimo. Conjeturó que podía tratarse de algún sentimiento de culpa, o el resplandor del espíritu de la suerte que él mismo forjó, y que quizás otro en su misma situación no hubiera sabido aprovechar, dirigió su mirada hacia el Alejandro imaginario que estaba frente a sí y con labios temblorosos susurró alguna palabra de regocijo ininteligible, habría querido expresarle que no había intentado todo, pero inmediatamente la mano que Alejandro tenía sujetando a la de Illel le dejó pasmado como una bofetada fría y ensordecedora. Alejandro no había tenido nada de lo que él sí, y sin embargo al momento de morir había conseguido lo que Daniel buscó en vano durante toda su existencia.

Se sentó junto a la hoguera encendida con troncos de pino y comenzó a hurgar en todos los papeles que poseía dentro de esa carpeta de gran espesor, tomó una hoja en blanco para tratar de anotar todos los elementos que poseía y que Julieta le había ayudado a recopilar, en ella había: el diario de Katja cocido junto con el de Nancy, los recortes que había guardado Roberto en su recámara que relataban toda la trágica historia de la familia de Alejandro y algunos de sus crímenes también, la fotografía de Clarice y Constanze, un boleto de barco con fecha 15 de enero de 1933 y salida de Constanza en Rumania con destino final a Estados Unidos, un dibujo que retrataba a dos niñas tomadas de la mano en una plaza de juegos y algunas cosas más sin importancia.

Jueves 6 de enero de 2011.

Luego de una larga charla en la que se amanecieron con Julieta, y de pasar casi todo el día siguiente, salió de aquella casa de la cual pensó que no podría hacerlo jamás una vez que hubiera entrado. Al menos en lo que duró su estadía allí dentro se sintió atrapado por esas paredes que guardaban tiempos que nunca fueron. Se despidió de Julieta con un abrazo más intenso aún que con el que se habían saludado, un abrazo que les arrancó lágrimas a ambos y comenzó a recobrar la conciencia de que él era más que un recuerdo en una mente y un capítulo en un cuaderno.

Había desperdiciado completamente la vida, no habría forma de consuelo posible, no podía subsanar el tiempo perdido en decisiones torpes que solo lo habían determinado a padecerse a sí mismo reprochándose por haberlo hecho. Sentía que la vida, en realidad, estaba perdida, malgastada, la muerte llegaría de un momento a otro y todo por lo que había luchado, todo lo que había conseguido o no, habría sido totalmente en vano ¿Cuál era entonces la consistencia de esa sustancia efímera a la que se le llamaba existencia? ¿A qué le debía algo? ¿A qué le debía sus esfuerzos, sus ansias, su energía? ¿Por qué las personas hacían lo que hacían? ¿A quién querían impresionar? Nunca iba a poder develar cuál era el motor que impulsaba a los seres a correr hacia una muerte segura, o cuál era el motor que los impulsaba a acelerar el proceso por el cual iban acercándose cada vez más a su final.

«¿Por qué desde chicos queremos ser grandes, de grandes queremos alcanzar metas? Si sabemos que en algún momento todo aquello que queremos lograr, todo lo que programamos a futuro en realidad se estará volviendo una proyección hacia el final. Lo mejor que podemos hacer es vivir de recuerdos, estar proyectados siempre hacia el pasado para escapar al momento trágico de la ultimación de nuestra existencia. Y ese velo que cubre a la muerte, la vuelve algo tan intrigante que nos es demasiado difícil desasirnos de ese deseo de conocerla». —Pensaba Daniel dentro de lo profundo de su alma acongojada.

Al final debía tomar la decisión más irrevocable de todas.

Ciudad de Jarkov, Ucrania, domingo 6 de febrero de 2011.

Arribó al aeropuerto de Borispol en Kyyiv o Kiev como solían llamarle los extranjeros, luego de una tediosa escala en Madrid. Y a pesar de que el trayecto fue arduo, también fue entretenido por el simple hecho de estar en un lugar al que nunca había visitado y por la razón que lo había visitado. Su acompañante era un traductor que había contratado por medio de la embajada. Necesitaba hacer ese viaje solo, por lo que Evelyn se quedó en Buenos Aires aguardando su regreso. Las mujeres en Ucrania eran las más hermosas que había visto jamás, y aunque a él los hombres no le atraían en lo más mínimo, no podía dejar de reconocer que eran muy bellos. En tanto se acercaba a Jarkov, los paisajes se tornaban cada vez más hermosos, no podía asimilar el horror retratado por Katja en sus escritos.

Todavía recordaba el abrazo que se había dado con Julieta, quizás fue eso lo más real que había sentido en toda su vida con una desconocida con la que estaba emparentada de una manera abstracta, casi disparatada y trágica por supuesto.

La granja de los Welnkens se conservaba intacta. Por un momento vio a través de los ojos de Katja, salió a dar una recorrida y algo le llamó poderosamente la atención: la granja que estaba justo al lado conservaba detrás del nuevo, el antiguo buzón de correo que señalaba en inglés “Scarlatta family”. Se decidió a golpear las manos y una familia lo atendió con mucha cordialidad. Le enseñaron el sótano de aquella granja donde habían guardado casi como reliquias los recuerdos de una familia que había vivido allí durante la década del '30. Observando en un álbum de fotografías pudo darse cuenta de que esa familia conformada por Sergey y Ekaterina Scarlatta habían tenido una hija llamada Katja. Katja Scarlatta.

Daniel colgó el teléfono luego de hablarle a Julieta y contarle todo aquello y de pronto sintió un escalofrío que lo aterró.

Ciudad de Buenos Aires, Argentina, jueves 17 de febrero de 2011.

En un intento por persuadir a los campanazos no recompensados del instinto de que no le dejasen enamorarse, se propuso mirarla lo menos posible para evitar tener que observar la ternura con que lo atendía, el buen humor con el que despertaba y los ánimos para hacer cada tarea trivial que requería la vida cotidiana. Daniel se había quedado con el dinero ganado en el premio Nobel y no era de ninguna manera una cifra escandalosa, era lo justo y necesario para vivir sin necesidades, esquivando los lujos de un automóvil, una mansión, grandes fiestas o viajes. A Evelyn no parecía preocuparle eso, el ideal quejumbroso de anhelos que no eran suyos había sido contagiado por él desde el primer momento que lo conoció, se dejó llevar por un sueño hecho realidad que no le pertenecía, pero que tendría la suerte o la desgracia de acompañar. Al principio quizás sintió temor, pero ahora estaba con él, escoltándolo en sus travesuras como una madre a un niño consentido.

A veces la belleza, la inteligencia, la fama y la fortuna no logran intimar con el amor, con la plenitud del hecho de estar vivos y las cosas simples sí. Bebió el último sorbo de café.

—Amo el café.

Una vez un hombre dijo que solo se intimaba con la vida cuando decimos de todo corazón una trivialidad. El pecho de Daniel se infló de un sentimiento que pudo haberlo hecho abrazar el mundo. Le dijo que se quedara con todo lo quedaba, que había abierto una cuenta bancaria a su nombre y que ya no debía preocuparse más por el dinero, le entregó la valija de cuero negra y le pidió expresamente que se la entregara en las propias manos a Julieta Pedernera, le dejó la dirección donde podía ubicarla y le dejó además los papeles de donación de todos los cuadros de Katja Esler a nombre de Julieta, y le dijo que debía encargarse de que ella los tuviera y luego de besarla en la frente se encaminó hacia la calle con una pistola 9mm en la cintura por debajo de la ropa. Evelyn comenzó a llorar sin comprender nada, lo único que la aterraba era pensar en que Daniel había decidido abandonarla y morir. Pero «¿por qué? Y ¿Cómo?» —Se preguntaba. Trató de impedirle que saliera a la calle, se colgó de sus piernas para que no pudiera caminar, pero él la ayudó a levantarse y le pidió que fuera fuerte, que no había nada que temer y que se comportara como una mujer fuerte. Sin saber por qué, lo dejó ir.

A los pocos minutos estaba dentro del hospital de Clínicas en la Capital Federal. Todo transcurrió en cámara lenta, las luces tenues del hospital, la pistola contra la sien de la enfermera y el resto de la gente que no entendía nada.

—Es lo último que tengo para dar —dijo encogiéndose de hombros.

A las pocas horas estaba listo el quirófano que Daniel había exigido para ser intervenido luego de su muerte. Además de una decena de policías y cámaras periodísticas. Tres abogados lo acompañaban, los tres habían cobrado altos honorarios para hacer que la última voluntad de su cliente se cumpliera al pie de la letra. Había donado todos sus órganos e incluso su esqueleto a la escuela de medicina.

Conjugando todos los altruismos del mundo en un solo acto, extendió sus brazos mientras caminaba mirando a la cámara, abrazó el escalón más alto de la humanidad, dándole revancha a todos aquellos que no cumplirían sus sueños, a aquellos que sufrían y anhelaban, a quienes a pesar de luchar incansablemente no podían alcanzar su estrella.

—No he sido un hombre feliz, debí haberla amado —confesó levantando los ojos al techo de ese cuarto que por primera vez pisaba y que mucho se asemejaba a lo más cercano que podía llamar hogar. Hubiera cambiado toda esa basura a la que llamaban éxito por una noche en sus brazos pudiéndola amar de verdad.

Los policías bajaron las armas al ver que no podían persuadirlo de ninguna manera. Evelyn permanecía detrás de la valla intentando cruzarla, lo había visto por TV y salió enceguecida a tratar de frenarlo, aunque sabía que no podría hacerlo. Daniel apuntó el revólver a su sien sin dejar de sonreír y ante toda la conmoción, incluso teniendo a todo el hospital llorando, jaló del gatillo y todos aplaudieron sin cesar su última obra. Había dejado todo en el campo de juego, en el escenario, en la vida, y había dado todo hasta el último aliento...

Moría y se daba cuenta lentamente de que nunca había sido completamente feliz. La desconfianza por los seres humanos le había arrebatado todo vestigio de dicha. Nunca se permitió amar plenamente a Evelyn a causa de su fama y fortuna, producto de esa venganza implacable que cambió de nombre reiteradas veces. En un principio creyó llamarse Alejandro Perdernera, más tarde Roberto, Esther e incluso Iel. Hubiera deseado ser una persona normal, sin tantos traumas y recelos. O quizás solamente no poseer ese espíritu incansable que lo conducía a la cima de todo cuanto se propusiera. Que al fin de cuentas no le permitió disfrutar de la vida, de una mujer que lo había amado o no, ¿qué importancia tenía? Era la única que hasta el final había permanecido a su lado. Instantes antes de la partida asumió que había tenido una vida ordinaria, llena de resentimientos. Su éxito no era otra cosa que una venganza oculta, que un obtuso deseo por demostrar al mundo una vitalidad implícita y por enmascarar la tristeza que lo acompañó siempre y que a nadie jamás mostró.

No había alegría más grata para nuestro espíritu que los sueños no cumplidos. Y no había fracaso más grande para la sabiduría que cumplir todo lo que nos proponemos. La fuente de toda incertidumbre es la felicidad o su deseo; es ella la que nos perturba realmente, ella y nuestra mitomanía de hacerla existir.

El dinero era lo que hacía miserables a los seres humanos.

Evelyn lo tomó de la mano llorando con desconsuelo absoluto. La gente moría de cáncer, en un accidente o de un paro cardíaco, pero no moría como Daniel. Toda su vida no había sido otra cosa que un naufragio irreal, impalpable. Un naufragio inevitable cuando se navega sobre un barco de papel.

Nico Quindt

Febrero 1999 – enero 2008

Agosto 2008 – marzo 2012

Septiembre 2014 – octubre 2019